

IDAD A
CIÓN C

IMITACION

DE LA

LIBERTAD

BT601

I5

c.1

CONSTITUCION

GENERAL DE

232



1080042257



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





IMITACION

DE LA

SANTISIMA VIRGEN,

bajo el modelo

DE LA IMITACION DE JESUCRISTO.

OBRA ESCRITA POR UN SACERDOTE FRANCÉS,
Y TRADUCIDA AL ESPAÑOL.

EDICION REVISTA Y CORREGIDA,

Unius vita omnium
S. AMBR.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Capilla Alfonsina

MEXICO.

Biblioteca Universitaria

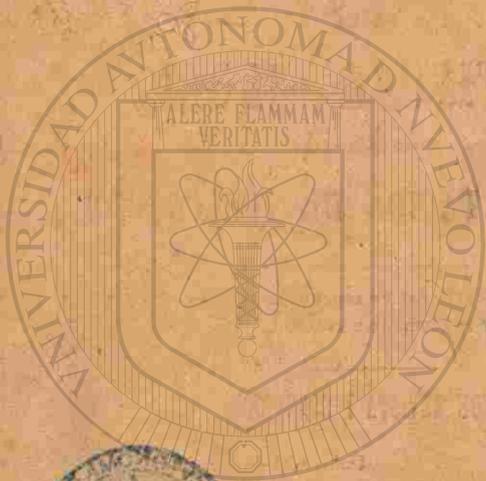
IMPRENTA DE JUAN R. NAVARRO
Calle de Chiquis número 6.

1850

535971
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

37868

6760
47



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



El arte lino.

F. Clavé del.

LA VIRGEN DE LOS DOLORES

ADVERTENCIA.

El autor de esta obra, queriendo, según parece, satisfacer los deseos de algunas almas piadosas que deseaban ver una *Imitación de la Santísima Virgen*, así como hay una *Imitación de Jesucristo*, se propuso tomar por modelo esta última. Su fin fué animar á los fieles á la práctica de la virtud, poniéndoles á la vista el ejemplo mas perfecto que puede ofrecérseles despues del de Jesus.

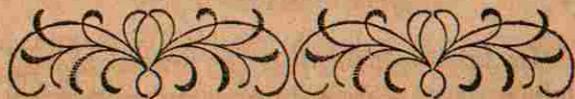
Aquí el autor sigue, por decirlo así, á María en los diversos misterios y en las diversas circunstancias de su vida, desde su inmaculada Concepcion hasta su triunfante Asuncion: considera su conducta, sus sentimientos, las importantes lecciones que da con su ejemplo, y enseña á conformarse con este ejemplo en las diferentes situaciones de la vida en que puede hallarse cada uno.

A fin de interesar y tener mas atento al lector, procura variar el modo de presentar los asuntos de que trata para instruir, hablando ya con Dios, ya con el que lee, ya con los cristianos en general; reflexionando algunas veces como si estuviera solo y en forma de meditacion, é introduciendo otras veces, y con bastante frecuencia á la madre de Dios, que habla con su siervo.

En el libro cuarto se aparta del plan general de la obra; mas espera que los siervos de María verán con placer que ha procurado reunir en el espacio de

algunos capítulos todo lo relativo á la devocion á esta augusta Madre de Dios, y todo lo que es propio para mantener y reanimar los sentimientos de respeto, amor, confianza; en una palabra, los diversos sentimientos de que debemos estar penetrados para con esta divina Señora. Dice que el libro cuarto de la *Imitacion de Jesucristo*, que aun tiene menos conexion con los tres precedentes que el cuarto de esta obra tiene con los tres que tambien le preceden, podria tal vez servirle aqui de excusa.

El autor concluye su Advertencia, diciendo que no debe creerse que él haya pensado poder llegar á la perfeccion del modelo que se puso delante de los ojos escribiendo esta obra, teniéndose por dichoso si no se ha apartado de él enteramente. La *Imitacion de Jesucristo*, es en efecto, una obra inimitable, una obra celebrada en todo el mundo con suma veneracion, una obra divina. Su autor es admirable por el modo sencillo y natural con que presenta sus pensamientos y por aquella uncion que produce los sentimientos de la piedad mas tierna en todos los que le leen con buenas disposiciones. Solo estando lleno del espíritu de Dios pudo hablar tan bien de las cosas de Dios.



LA IMITACION

DE LA

SANTÍSIMA VIRGEN.

LIBRO I.

En el que se consideran la vida y virtudes de la Santísima Virgen, desde su Inmaculada Concepcion hasta el Nacimiento de su Divino Hijo en Belén.

CAPITULO I.

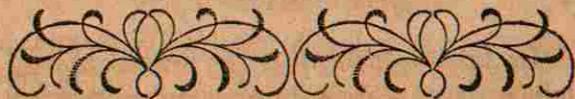
DE LA IMITACION DE LAS VIRTUDES DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

¡Bienaventurados los que no se apartan de los caminos que yo les he señalado! ¡Dichoso aquel que escucha lo que yo le digo por medio de los ejemplos de virtud que le he dado! (1)

(1) Prov. VIII, 32, 34.

algunos capítulos todo lo relativo á la devocion á esta augusta Madre de Dios, y todo lo que es propio para mantener y reanimar los sentimientos de respeto, amor, confianza; en una palabra, los diversos sentimientos de que debemos estar penetrados para con esta divina Señora. Dice que el libro cuarto de la *Imitacion de Jesucristo*, que aun tiene menos conexion con los tres precedentes que el cuarto de esta obra tiene con los tres que tambien le preceden, podria tal vez servirle aqui de excusa.

El autor concluye su Advertencia, diciendo que no debe creerse que él haya pensado poder llegar á la perfeccion del modelo que se puso delante de los ojos escribiendo esta obra, teniéndose por dichoso si no se ha apartado de él enteramente. La *Imitacion de Jesucristo*, es en efecto, una obra inimitable, una obra celebrada en todo el mundo con suma veneracion, una obra divina. Su autor es admirable por el modo sencillo y natural con que presenta sus pensamientos y por aquella uncion que produce los sentimientos de la piedad mas tierna en todos los que le leen con buenas disposiciones. Solo estando lleno del espíritu de Dios pudo hablar tan bien de las cosas de Dios.



LA IMITACION

DE LA

SANTÍSIMA VIRGEN.

LIBRO I.

En el que se consideran la vida y virtudes de la Santísima Virgen, desde su Inmaculada Concepcion hasta el Nacimiento de su Divino Hijo en Belén.

CAPITULO I.

DE LA IMITACION DE LAS VIRTUDES DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

¡Bienaventurados los que no se apartan de los caminos que yo les he señalado! ¡Dichoso aquel que escucha lo que yo le digo por medio de los ejemplos de virtud que le he dado! (1)

(1) Prov. VIII, 32, 34.

La Iglesia, poniendo estas palabras en los labios de María, nos exhorta á estudiar la conducta que esta Reina de los Santos observó sobre la tierra, y á imitar lo que nosotros admiramos en ella.

¡Dichoso, en efecto, el que imita á María; pues imitándola, imita á Jesus, Rey y primer modelo de todas virtudes!

La vida de esta Virgen es una leccion universal. En ella se aprende cómo es necesario conducirse en la prosperidad y en la adversidad, en la súplica y en el trabajo, en los honores y en las humillaciones.

Nosotros no arribaremos jamas á la perfeccion que daba á todas sus acciones; pero aquel será mas perfecto que ménos se separe de ella.

Oh vosotros los que haceis profesion de servir á María, ¿quereis conformaros con este modelo escelente? Pues imitad, en cuanto esté de vuestra parte, la vivacidad de su fé, la prontitud de su obediencia, la profundidad de su humildad, las atenciones de su fidelidad, la pureza de sus intenciones y la generosidad de su amor.

¿Quién de vosotros, ayudado del socorro divino, el que precisamente se debe implorar,

no podrá proponerse seguir á ejemplo suyo, la práctica de estas diferentes virtudes?

Sin esta imitacion, vuestro amor para con ella es bien tibio, y no debeis esperar pruebas muy señaladas de su proteccion.

Es verdad que todos los dias rezais algunas oraciones en su honor; que llevais por otra parte alguna señal exterior de vuestra devocion, y que sois individuo de alguna de estas congregaciones que se le han consagrado mas particularmente. Todo esto no hay duda que le obligará á pedir para vosotros gracias de salud.

Pero si con todo esto, vuestra devocion no se estiende jamas hasta la imitacion de sus virtudes, vuestra devocion no os salvará.

Los filisteos poseyeron el Arca del Señor, y ademas, la enriquecieron con sus dones; y sin embargo, no fué para ellos un recurso de bendiciones, porque no dejaron de amar sus ídolos.

¡Oh Reina de las virtudes! ¿no será justo, si se os ama, que se haga por vos á lo ménos lo que se hace por los amigos que se pretenden tener en este mundo? Se procura revestirse de su propio carácter, y tomar sus mismas inclinaciones.

Da esta conformidad nace la union de los corazones, y no hay de ninguna manera amistad donde no hay semejanza.

Vuestro corazón tan humilde, tan casto, tan sometido á las órdenes de Dios, y tan ardiente por sus intereses, ¿uniria acaso sus afectos á un corazón voluptuoso y soberbio, que se halla sin resignacion en la voluntad de Dios, y sin zelo por su gloria?

Si vosotros me amais, nos decís, Señora, aun con mas justo título que el apóstol, *sed mis imitadores como yo lo he sido de Jesus* (1). Si sois mis hijos, revestíos del espíritu de vuestra Madre.

El espíritu de los hijos de María debe ser como el de su Madre, un espíritu de caridad, un espíritu de paz, un espíritu de mortificacion, y un espíritu de temor y amor de Dios.

¡Oh Virgen Santa! yo pondré en adelante sobre todas las cosas mi devocion hácia vos, en imitar vuestras virtudes.

Este es el mas perfecto homenaje que os puedo prestar; esta es la mas grande señal de amor que os puedo dar.

(1) I Cor. iv, 16.

CAPITULO II.

De la estimacion que debemos hacer de la gracia santificante.

María ha sido exenta del pecado original desde el primer instante de su ser; es decir, que fué concebida en gracia y amistad de Dios.

Nosotros somos todos, cuando entramos en este mundo, las tristes víctimas de la cólera de un Dios; pero solo María, prevenida de su amor, ha entrado en él como la obra principal de su gracia.

No quiso Dios que el templo en que debía habitar tuviese alguna mancha. El honor del Hijo pedía que la madre no fuese, ni aun por un momento, esclava del demonio.

Pero ¿qué estimacion no hizo María de este favor tan señalado? Esta gracia fué á sus ojos lo que la sabiduría á los ojos de Salomon: *la fuente de todos los bienes*.

Dios la habia poseído desde el principio de sus caminos (1). Y esto fué lo que la Santa Virgen apreció mas que todas las coronas de la tierra.

(1) Prov. viii, 22.

Es verdad que Dios la favoreció con otras muchas prerogativas; pero ésta le fué mas preciosa que todas las demas, porque la hacia mas agradable á Dios.

Toda su vida fué un testimonio continuo de su reconocimiento hácia Dios por este tan particular beneficio, que no le ha sido comun con ninguna otra pura criatura.

¡Alma cristianal tú recibiste en el bautismo la gracia santificante que recibió María en el primer instante de su Concepcion.

Por esta gracia adquiriste el derecho de llamar á Dios tu Padre, y á Jesucristo tu Hermano: tú fuiste constituida *heredera de Dios, y coheredera de Jesucristo* (1): el reino mismo de los cielos te fué destinado.

¡Concibes bien toda la excelencia de estos privilegios gloriosos? Pero ¡concibes tambien, como es debido, toda la obligacion que te imponen?

¡Ah, cuán pocos son, para confusion y vergüenza del cristianismo, los cristianos que lo reflexionan, y que por la santidad de sus acciones, trabajan en sostener la dignidad de su elevacion!

(1) Rom. VIII, 17.

¡Cuán pocos son los que se toman el trabajo de conservar esta vestidura de inocencia, símbolo del candor, de la pureza y de la piedad de los hijos de Dios!

Se procura conseguir una gloria falsa de las ventajas del mundo; y por el mas extraño trastorno de ideas, se da el último lugar á una gracia que, propiamente hablando, sola ella debería merecer toda nuestra estimacion.

Se precian los hombres de no degenerar de un nacimiento que se tiene por ilustre en el mundo; y por tener una vida del todo arduo y según la carne, no se teme de ninguna manera degenerar de un nacimiento del todo espiritual y divino.

Se hace vanagloria de una independencia quimérica; y por una alianza monstruosa con el demonio, ninguno se avergüenza de volver á entrar bajo de su imperio, vestir su librea y reducirse á la misma servidumbre en que se había tenido la desgracia de nacer.

Se corre con ansia tras los bienes y posesiones de la tierra, y se descuida y aun se desprecia en alguna manera la herencia eterna de los bienes del cielo.

Almas ingratas, desgraciadas víctimas del

pecado, cualesquiera que seais: ¡ah, *no endurezcáis á lo ménos vuestros corazones á la voz divina que os llama!* (1)

Un segundo bautismo os queda todavía para recobrar la gracia de la adopción que habeis perdido, que es el de penitencia.

Recurrid á él con sinceridad y confianza. Vuestro Padre celestial ninguna otra cosa desea con tanto ardor como volveros su amistad. Pero acudid á él prontamente, porque quizá bien presto no tendréis tiempo para poderlo hacer.

¡Virgen pura y sin mancha! Rogad por nosotros para que dejemos de ser pecadores, para que no volvamos á serlo mas, para que seamos constantes en la resolución en que estamos de reparar las pérdidas inestimables que hemos hecho como pecadores.

Vuestra protección nos conseguirá la gracia de restablecernos perfectamente en la amistad de Dios, y por este medio podrémos bendeciros, después de vuestro Hijo Jesus, como á la fuente de nuestra salud.

(1) Ps. xciv, 8.



CAPITULO II.

Del cuidado que debemos tener de conservar la gracia santificante.

María, concebida en gracia de Dios, sin ninguna mancha de pecado, y sin ninguna inclinación al pecado, no tenia motivo para temer alguna caída en la culpa.

Pero sin embargo, cualquiera hubiera dicho, examinando su conducta, que tenia tanto que temer ó mas que nosotros.

Velaba sin cesar sobre su corazón, como si las criaturas hubiesen podido obtener sus afectos.

Velaba sobre todas sus palabras, como si hubiese tenido causa para desconfiar de sus labios.

No obstante haber sido concebida con todos los privilegios de la inocencia, quiso tener siempre una vida penitente.

Pero nosotros, por mas que estemos rodeados de enemigos lisonjeros y engañosos, que no procuran sino la ocasión de aprovecharse de nuestra flaqueza natural, ni tememos ni velamos sobre nosotros mismos.

Confesamos que somos la flaqueza misma, y sin embargo, nos esponemos frecuentemente á las ocasiones que han hecho caer aun á los mas fuertes.

¿Quién duda que la flaqueza, cuando es presuntuosa, merece perder su apoyo?

Llevamos *el tesoro de la gracia en un vaso bien frágil* (1), que se puede romper cuando ménos lo pensemos.

¿Cuántos enemigos buscan la ocasion de robarnos este tesoro? los hay dentro de nosotros, fuera de nosotros y al rededor de nosotros.

Dentro de nosotros se hallan las pasiones que jamas están bien domadas; fuera de nosotros, los espíritus de las tinieblas, y al rededor de nosotros, un mundo perverso.

Semejantes á una candela mal apagada, pueden siempre volverse á encender nuestras pasiones, y causar nuevos incendios.

Aunque hubiésemos sido arrebatados como San Pablo, *hasta el tercer cielo*, deberíamos siempre temer el ser precipitados en lo mas profundo de los abismos con el ángel rebelde.

(1) II Cor. iv, 7.

En vano se presume estar seguro sobre la sinceridad de sus sentimientos y el fervor de sus resoluciones. Una ocasion desgraciada basta para perdernos.

Una mirada robó á David la amistad de Dios; una Dalila pudo perder á un Sanson.

Se han visto arruinadas las columnas de los mas santos desiertos, despues de haber combatido por espacio de muchos años contra las tempestades mas violentas.

En el camino de la virtud, un dia no se parece al otro; y por falta de fidelidad, puede muy bien una alma, despues de haber sido el objeto de los favores de Dios, llegar á serlo de su reprobacion.

El que contando sobre sus resoluciones pasadas, no vela bastante sobre sí mismo, no tardará mucho tiempo en faltar á ellas.

Cuando se pretende caminar sobre un mar borrascoso y lleno de escollos, sin tomar primero todas las precauciones debidas, se debe esperar padecer bien presto el mas triste naufragio.

Duro es, yo lo confieso, el pasar la vida en velar continuamente sobre sus inclinaciones para combatir las; pero ninguno ha llegado á ser santo sin vigilancia y sin combates.

¡Oh Dios mio! *penetrad mi carne con vuestro temor* (1). El temor me servirá para hacerme vigilante, y mi vigilancia me alcanzará la dicha de salir victorioso de todos mis combates.

Haced que yo comprenda perfectamente que esta gracia que nos hace vuestros amigos y vuestros hijos, es el solo bien que merece mis cuidados, y el único cuya pérdida merece mis sentimientos.

¡Qué dichoso seria yo si no hubiese jamas perdido éste precioso tesoro! Me hubiera libertado de muchos pesares en esta vida, y hubiera conseguido muchas riquezas para la otra.

Dichoso yo, é infinitamente dichoso, si soy fiel á la resolucion en que estoy de padecer ántes todos los males, que esponerme otra vez á perderle.

Si yo sé conservar este tesoro, vos, Señor, habitaréis dentro de mi alma, la poseeréis con vuestra presencia, la iluminaréis con vuestra sabiduría, la sostendréis con vuestro poder, le daréis pruebas continuas de vuestra ternura, y vos mismo seréis su recompensa en el tiempo y en la eternidad.

(1) Ps. cxviii, 120.

CAPITULO IV.

Del cuidado que debemos tener de crecer en gracia y perfeccion.

SIERVO. Vos, Virgen Santa, recibísteis la plenitud de la gracia desde el primer instante de vuestra Concepcion; pero no os contentásteis con gozar en paz de un bien tan grande, sino que toda vuestra vida pusísteis particular cuidado en hacerle fructificar.

De aquí fué que, como la gracia hace comunmente progresos en dondo advierte estos cuidados de parte del sugeto, vos os enriquecísteis cada dia mas. Érais una tierra bien cultivada, en la que el menor grano daba ciento por uno.

Aunque nacísteis con la santidad, sin embargo, esta era en vos sobrenatural; pero la hicísteis como natural por vuestro trabajo y cuidado.

María ha echado ramas como la palma; las ha estendido por todas partes; pero fueron ramas de honor y gracia (1).

(1) Eccl. xxiv, 14, 18.

MARÍA. Si quieres, hijo mio, hacer crecer en tí esta gracia, que te hace amigo de Dios, hijo de Dios, templo del Espíritu Santo, hermano y coheredero de Jesus, huye el mundo, ama la oracion, frecuenta los Sacramentos, y dedícate á la práctica de las virtudes propias de tu estado.

El medio sobre todo en aumentar la gracia santificante y habitual, es el de ser fiel á los movimientos de la gracia actual.

Escucha la voz que te habla interiormente, y déjate conducir de sus impresiones.

Cuanto mas se escucha esta voz, mas instruye; y segun se van haciendo progresos, enseña los medios de hacerlos nuevos y mas grandes.

Muchos, despues de haber andado algun tiempo por los caminos de la virtud, descansan contentos de la jornada que han hecho; pero la gracia jamas dice: Ya es bastante.

Otros se imaginan que hacen demasiado con no hacerse malos; pero esto no basta de ninguna manera. El que es bueno, debe trabajar todos los días en hacerse mejor.

¿Cuántos cristianos quedarán pasmados el dia del juicio, al verse cargados de deudas á favor de la justicia de Dios, por no haberse

aprovechado de los medios que tuvieron para llegar á ser grandes santos?

En el camino de la virtud el no adelantar es volver atras, el no ganar es perder.

Cuando se fijan límites al servicio de Dios, tambien Dios los pone á sus beneficios.

Cuanto ménos andes reparando con él, será contigo mas liberal y magnífico aun desde esta vida.

Por pocas que sean las riquezas que tú tengas en este mundo, siempre serán bastantes; pero bienes de la gracia jamas tendrás demasiado.

Será castigado aquel siervo que desprecia hacer valer los bienes que su señor le ha confiado.

Despierta, pues, hijo mio, del adormecimiento en que estás, porque puede llegar á ser letárgico y mortal. Trabaja en reparar el tiempo que has perdido.

No vuelvas á decir que te contentarás con tener el último lugar *en la casa de tu Padre celestial* (1). Hablar de este modo es esponerse á no tener ninguno.

SIERVO. ¡Oh María, poderosa y eficaz pro

(1) Joan, xiv, 2.

tectora! ayudadme á santificar una vida que Dios me ha dado con el fin de que sea toda consagrada á servirle y amarle.

Ayudadme á merecer una gloria á la que no puedo llegar con el socorro de la gracia, sino mediante mis buenas obras, y cuya grandeza será proporcionada á la estension del favor que habré tenido al tiempo de practicarlas.

CAPITULO V.

De la necesidad que tenemos de dedicarnos á Dios con tiempo.

Escucha, hija mia, con atencion lo que voy á decirte: olvida tu pueblo y la casa de tu padre, y fijarás el corazon del rey que has sabido mover. Este es tu Dios (1).

María escuchó en efecto con tiempo la voz divina que la llamaba al retiro, y dejó desde sus mas tiernos años la casa de su padre para consagrarse á Dios en su templo.

Ninguna cosa fué capaz de detenerla; ni la ternura de su edad, ni la flaqueza de su cuerpo, ni el afecto de sus parientes.

(1) Ps. XLIV, 11, 12.

Todo lo que puede diferir el sacrificio en un corazon que no busca sino á Dios, y que no ama sino á él, aflige á este corazon, porque dilata su dicha.

Retirada María en el templo, se dedicó allí á cumplir lo mas perfectamente que le fué posible las funciones de que estaba encargada, segun su edad y sus fuerzas. El tiempo que no empleaba en esto, le ocupaba en orar y meditar. Por este medio se preparó á tantas y tan especiales gracias como Dios tenia designio de hacerle.

¡O! hija del Rey de los cielos, cuán nobles y gloriosos son vuestros primeros pasos! (1) Vuestro ejemplo será seguido: fueron innumerables las vírgenes que á imitacion vuestra se consagraron con alegría en el templo del Rey de los reyes (2).

Este ofrecimiento que hicieron á Dios de su juventud, de su corazon, de su libertad y de ellas mismas, será un perfecto homenaje hecho á la Magestad de Dios; homenaje que será para ellas una fuente de bendiciones de que las colmará durante el curso de su vida.

(1) Cantic. VII, 1.

(2) Ps. XLIV, 16.

¡Oh, y cuánto se engañan los que no miran á la juventud como el tiempo de abrazar la virtud!

María y los Santos han experimentado bien cuán *ventajoso es al hombre haber llevado desde la juventud el yugo del Señor* (1).

¿Es acaso tratar á Dios como quien es él, no destinarle sino los miserables restos de una vida que nos ha sido concedida solo para emplearla toda en su servicio?

¿Qué sacrificios es el que se hace á Dios cuando para dedicarse á servirle, se ha esperado un tiempo en el que ya faltan las fuerzas y los recursos del mundo?

Mucho hay que temer que no se sufra con paciencia el yugo del Señor, cuando no se resuelve llevarle sino despues de verse fatigado del yugo pel mundo.

Se dice comunmente que se dedicará uno á Dios cuando la edad sea mas avanzada; pero ¿llegará esta edad que se espera? Y aun cuando se llegue á ella, ¿se hará la reforma con la facilidad que se cree?

La esperiencia hace ver que una edad

(1) Theren, III, 27.

mas adelante hace al hombre mas instruido, pero no mas sabio ni virtuoso.

Señor, Señor, abridnos (1), decian las vírgenes insensatas; pero llegaron demasiado tarde, y llamaron inútilmente á la puerta.

¡Dichoso el que se prepara desde la primera edad para ir á presentarse delante del Soberano Juez, que hará dar cuenta de todas las edades!

Aquel que no da á Dios el principio de su vida, debe temer que Dios para castigarle, no permita el que vea bien presto su fin.

¡Oh Dios mío! ¡Cuánto tiempo he pasado sin amaros! Deberia estar verdaderamente inconsolable: si me consuelo fácilmente en este punto, ¿cómo podré decir que al fin ya he comenzado á amaros?

¡Oh si estuviera yo aun en los primeros dias de mi infancia! El espíritu y el corazon, pensamientos y afectos, todo lo que hay en mí seria para vos.

Os doy gracias, Señor, por la gran misericordia de que habeis usado conmigo, conservándome la vida en un tiempo en que yo la pasaba en ofenderos.

(1) Matth. xxv, 11.

Ayudado del socorro de vuestra gracia que imploro, os serviré hasta mi último suspiro con tanta mas fidelidad quanto he comenzado mas tarde.

CAPITULO VI.

Cómo es necesario dedicarse á Dios enteramente y para siempre.

SIERVO. ¡Oh Virgen fervorosa! no solamente os dedicásteis á Dios en los primeros años de vuestra juventud, sino que aun os entregásteis á él toda, y sin la menor reserva.

Le sacrificásteis enteramente vuestra libertad, para no tener otra voluntad que la suya.

No quisísteis tener otra satisfaccion en este mundo que la de agradarle, ni otro gusto que el de privaros por su amor de todo placer.

Siempre fué uniforme vuestra conducta: caminásteis constantemente por los caminos que Dios os habia trazado, é hicísteis en ellos todos los dias nuevos progresos.

Vuestro ejemplo condenz mis inconstan-

cias en el servicio de Dios y la ninguna atencion que he tenido con él.

Mi conducta me cubre de vergüenza; porque habiendo sido Dios siempre el mismo conmigo, en todo tiempo exigia de mí el mismo sacrificio y la misma fidelidad.

MARÍA. ¿Por qué, hijo mio, por qué te has detenido, despues de haber comenzado tan bien? ¿Por ventura Dios no es hoy un Señor tan grande y tan amable como lo era en otro tiempo?

¿No tienes siempre con él las mismas relaciones? ¿Dependes ménos de él en un tiempo que en otro? La obligacion de ser enteramente para él ¿no es igual en todos los tiempos?

A medida que adelantas en edad, los beneficios de Dios se aumentan; y con ellos debe crecer tu engrandecimiento, y por consiguiente tu fidelidad.

Dios solo ha formado tu corazon, y no le ha formado sino para él solo. El, pues, debe ser su único dueño.

Este Señor no te ha dicho: Préstame tu corazon, sino *dime tu corazon*; y fiel á su voz, tú se lo habias consagrado. ¿Pues qué derecho has tenido para quitárselo?

Ayudado del socorro de vuestra gracia que imploro, os serviré hasta mi último suspiro con tanta mas fidelidad quanto he comenzado mas tarde.

CAPITULO VI.

Cómo es necesario dedicarse á Dios enteramente y para siempre.

SIERVO. ¡Oh Virgen fervorosa! no solamente os dedicásteis á Dios en los primeros años de vuestra juventud, sino que aun os entregásteis á él toda, y sin la menor reserva.

Le sacrificásteis enteramente vuestra libertad, para no tener otra voluntad que la suya.

No quisísteis tener otra satisfaccion en este mundo que la de agradarle, ni otro gusto que el de privaros por su amor de todo placer.

Siempre fué uniforme vuestra conducta: caminásteis constantemente por los caminos que Dios os habia trazado, é hicísteis en ellos todos los dias nuevos progresos.

Vuestro ejemplo condenz mis inconstan-

cias en el servicio de Dios y la ninguna atencion que he tenido con él.

Mi conducta me cubre de vergüenza; porque habiendo sido Dios siempre el mismo conmigo, en todo tiempo exigia de mí el mismo sacrificio y la misma fidelidad.

MARÍA. ¿Por qué, hijo mio, por qué te has detenido, despues de haber comenzado tan bien? ¿Por ventura Dios no es hoy un Señor tan grande y tan amable como lo era en otro tiempo?

¿No tienes siempre con él las mismas relaciones? ¿Dependes ménos de él en un tiempo que en otro? La obligacion de ser enteramente para él ¿no es igual en todos los tiempos?

A medida que adelantas en edad, los beneficios de Dios se aumentan; y con ellos debe crecer tu engrandecimiento, y por consiguiente tu fidelidad.

Dios solo ha formado tu corazon, y no le ha formado sino para él solo. El, pues, debe ser su único dueño.

Este Señor no te ha dicho: Préstame tu corazon, sino *dime tu corazon*; y fiel á su voz, tú se lo habias consagrado. ¿Pues qué derecho has tenido para quitárselo?

Es hacer demasiado honor al mundo, el darle algun lugar en sus afectos. Y es hacer á Dios el ultraje mas grande, oponerle un contrario semejante.

Dices que te miras como el hombre mas desdichado sino fueses del número de los amigos de Dios; pero ¿qué amigo es á los ojos de un Dios celoso, un amigo tan flaco y tan cobarde como tú!

Dios no cree que sea darte demasiado el darse todo á tí; ¿pues por qué no serás tú todo para él? Entrégale todas las cosas á este Señor, y lo encontrarás todo en él.

El mundo y todo lo que es del mundo no es nada en la estimacion de aquel para quien Dios es todo.

SIERVO. — ¡Oh Virgen Santa! pues que soy tan flaco y miserable, necesito sin duda de una gracia poderosa y eficaz para aprovecharme de vuestras instrucciones, y caminar sobre vuestros pasos.

Pedid para mí, yo os lo suplico, Madra, al mismo tiempo que me animais con el ejemplo de vuestro fervor; pedid para mí los auxilios que me son necesarios.

¡Ay de mí! despues de tantas inconstancias é infidelidades, ¿me atreveré yo aun á

presentar á Jesus mi corazon? Pero sí, que no ejercita su cólera contra un *corazon contrito y humillado*, ni contra vuestra mediacion.

¡Oh Madre de misericordia! dignaos hacer las paces entre mí y el Señor; haced que este Dios Salvador se digne, á vuestras instancias, llenar de tal suerte mi corazon de sus gracias, que no admita en el servicio de un Señor tan bueno, ni division, ni otras atenciones, y que no suspire sino por él.

CAPITULO VII.

De las ventajas y dulzuras de la soledad.

SIERVO. Vos, Virgen Santa, debísteis pasar en el templo los dias bien tranquilos y serenos.

Allí gozábais en paz y á vuestro placer de las comunicaciones de Dios, y le preparábais dentro de vos misma un templo mucho mas glorioso y mas digno de él.

El pensamiento de la presencia de Dios ocupaba allí sin cesar vuestro espíritu, y estábais continuamente en la contemplacion de sus grandezas y de sus perfecciones.

El *amado estaba allí todo para vos*, y vos estábais *todo para él*. Todo cuanto el mundo podia presentarnos mas rico y mas hermoso, no era nada á vuestros ojos.

MARÍA. Hijo mio: una alma que está en la soledad, apartada del mundo y de sus objetos, pasa en efecto dias felices.

No se ocupa en otra cosa sino en solo Dios, como si él solo estuviese con ella sobre la tierra.

Su espíritu está allí siempre recogido para escuchar la voz de su Dios, y ninguna cosa es capaz de interrumpir la voz de su corazón que se deja entender continuamente.

Encuentra en estas cortas palabras, que dice muchas veces poseida del mas tierno amor; en estas palabras. . . *Vos sois el Dios mi corazón*. . . (1) encuentra, digo, toda su gloria, toda su riqueza y todo su placer.

Sentada, como la Esposa Sagrada, *á la sombra de su amado* (2), mira con compasion las fatigas que se toman los hombres por llegar á ser grandes y opulentos, y no comprende

(1) Ps. LXX, 26.

(2) Cantic. II, 3.

cómo se puede amar otra cosa que lo que ella ama.

Todo lo que pasa sobre la tierra, la mueve poco. Aquel á quien ella ama, es siempre lo que ha sido, y será siempre lo que es: tan santo y tan amable. En este pensamiento encuentra un motivo de alegría siempre nuevo.

Cuando Dios quiere dar á una alma sus lecciones divinas *y hablarle al corazón*, la conduce á la soledad (1).

Pídele, hijo mio, este gusto del retiro, este espíritu de recogimiento que tenian los santos. Desea vivir lejos del mundo, y no te presentes en él sino por necesidad.

Cuando la necesidad te obligue á presentarte, imita á la paloma que se vió obligada á salir del arca; pero volvió á ella inmediatamente, porque no encontró ningun parage en donde poder reposar.

Si no huyes del mundo con cuidado, presto tomarás sus gustos; y una vez que llegues á gustar de las cosas del mundo, ya no gustarás mas de las de Dios.

La Esposa de los cánticos buscó á su Ama-

(1) Os. II, 14.

do en medio de las calles de Jerusalem, y no le halló.

Confiesa sencillamente que nunca has salido de las conversaciones del mundo, sin ser mas responsable á los ojos de Dios, que no lo eras cuando entraste en ellas.

Es, pues, necesario amar el retiro para poder presentarte al público con mas seguridad. En el retiro es en donde se aprende cómo es necesario hablar cuando se está en medio del mundo.

La vida retirada es uno de los medios mas poderosos para conservar la inocencia. Ninguna cosa debilita tanto la virtud del hombre como la frecuente compañía de los hombres.

¿Se puede respirar un aire tan pestilente como el del mundo, sin experimentar su contagio? Retírate, hijo mio, muchas veces á la soledad para respirar aire mas puro.

Los santos solitarios han confesado, que jamas se habian hallado mas bien dispuestos para conversar familiarmente con Dios, que despues que se habian separado de los negocios y compañías del mundo.

Hijo mio: las delicias de Dios consisten en estar contigo: coloca tú las tuyas en estar

con él; y en ninguna parte le encontrarás mejor que en la soledad.

Aquí es donde le descubrirás mucho mas libremente que en otra parte, tus mas íntimos pensamientos, y en donde podrás mas fácilmente decirle tus sentimientos con toda la libertad de una confianza llena de respeto.

Aquí es en donde aquel Señor hará nacer con mas facilidad en tu espíritu aquellos pensamientos que suavizarán tus penas, calmarán tus temores, disiparán tus dudas, y te mostrarán camino seguro para conducirte en todas las cosas con sabiduría.

Y aquí es, finalmente, en donde hará entender á tu corazon una voz secreta, que es propia para él, y en donde su corazon usará de un lenguaje que no es entendido sino de sus amigos, y que imprime en una alma verdades, cuyo conocimiento es un puro afecto de su amor.

CAPITULO VIII.

De la eleccion de estado.

María, que habia buscado y habia amado á solo Dios desde sus mas tiernos años, mereció todas las bendiciones del cielo, que le

preparaba un estado cual era necesario para que se cumpliesen los designios que Dios tenia sobre ella.

Para ser feliz en un estado, es necesario un concurso de cosas y de circunstancias, que la Providencia proporciona ordinariamente á las almas fieles que consultan á Dios sobre su eleccion.

¿Una jóven puede esperar que Dios se las proporcione cuando se ha dejado llevar de la impresion funesta de sus pasiones?

La Providencia hizo coger á María, en su matrimonio con San José, el fruto precioso de las virtudes que habia practicado fielmente.

Si no se hubiera consultado sino al mundo para dar á María un esposo, sin duda se hubiera hecho eleccion de un hombre rico y distinguido por sus talentos.

No se hubiera puesto mucho cuidado en escoger á un hombre virtuoso, á un hombre que hubiese vivido desde su infancia en el temor de Dios. No es éste el uso del mundo.

Miras de interes y consideracion puramente humanas son el principio de la mayor parte de los matrimonios. Los bienes de fortuna los hacen concluir mas presto que los bienes de la gracia.

Esta es la causa de muchos matrimonios desgraciados, en los que dos esposos se causan mutuamente su suplicio.

Dios lo permite así para vengarse desde esta vida, porque no se le ha consultado de ninguna manera en un negocio que necesariamente debe salir mal, si no es él el que le dirige.

Lo permite tambien en castigo del poco cuidado que se ha tenido en los años de la juventud de hacerse digno de su proteccion por la práctica y ejercicio de las virtudes.

La eleccion de los padres de María, ó mas bien, la eleccion de Dios, se fijó, pues, sobre José, *hombre justo*, el hombre mas virtuoso que hubo sobre la tierra, y el esposo mas digno de esta Virgen.

Jamas hubo matrimonio mas dichoso; jamas hubo corazones mas contentos de verse unidos el uno al otro. ¿Qué pesares hubieran podido turbar la paz de sus almas? María y José se hallaban en el estado en que Dios los queria.

Muchos se encuentran descontentos con su estado, sufren mucho en él; y frecuentemente hacen padecer tambien á otros, y esto consiste en que han entrado en un estado en el que Dios no los queria.

Estas palabras del profeta hablan con ellos: *Desdichados de vosotros, hijos desertores de mi providencia, que habeis formado designios sin consultarme* (1).

La gracia de la vocacion es una gracia importante que encierra otras infinitas; y si ésta no se logra por falta de fidelidad, no se deben esperar las demas.

El que se aparta del orden de esta providencia especial, que prepara las gracias de eleccion á aquel que está dispuesto á conformarse con la voluntad de Dios, cae en el orden de una providencia comun, que no proporciona sino gracias comunes, con las cuales es verdad que uno se podrá salvar; pero hay mucho que temer que no se salve, ó á lo ménos que se salve con dificultad.

Consultad, pues, y pedid al Señor, vosotros los que deliberais sobre la eleccion de un estado. Decidle con el Profeta: *Hacedme conocer, Señor, el camino que vos quereis que yo siga* (2).

Vivid al mismo tiempo de tal suerte, que no vea el Señor en vosotros un sugeto indigno de sus cuidados.

(1) Isai, xxx, 1.—(2) Ps. cxlii, 10.

Si la voluntad de Dios no os es conocida claramente, consultad á aquellos que tienen en este mundo su lugar: el Señor los iluminará sobre lo que debeis hacer.

Jesús, que derribó á Saulo en el camino de Damasco, no le esplicó de ninguna manera los designios que tenia sobre él; pero le envió á Ananías para saberlos.

No consulteis á vuestros parientes sino en cuanto lo exija vuestro deber; porque siempre hay que temer que no os den sobre este punto consejos conformes á las máximas del mundo. *Las gentes que el hombre tiene dentro de su casa, serán sus enemigos* (1).

En fin, consultad de alguna manera la muerte; es decir, que abraceis aquel partido que quisiérais haber tenido en la última hora de vuestra vida.

CAPITULO IX.

De la pureza, y de la estimacion que debemos hacer de esta virtud.

Cuando el ángel propuso á María que llegaría á ser la Madre de Dios, no le esplicó de

(1) Matth. x, 36.

ningun modo si esta augusta prerogativa podia componerse con el voto de virginidad que tenia hecho. Y por lo mismo María suspendió su consentimiento.

Mejor queria esceder en mérito á todas las criaturas por la virginidad, que aventajarlas en dignidad.

Pero no, *no os turbeis María* (1), de ningun modo. Esta misma pureza, de la cual vos sois tan zelosa, hará descender dentro de vuestro seno á este Dios que no quiere nacer sino de una Virgen.

María no dió en efecto su consentimiento, hasta despues que comprendió, por las palabras del Angel, que haciéndose Madre de Dios, no tenia nada que temer de su pureza.

¡Oh virtud preciosa! ¡cuán amada nos debes ser, y cuán digna de nuestra estimacion! pues que tú eres la que nos ha dado al Redentor, y la mas perfecta de todas las puras criaturas, te juzgó digna de preferencia á la maternidad divina.

Tú eres la que mereciste el favor de Jesus *al Discípulo amado*. ¡Dichosas las almas que han tenido este precioso adorno sobre la tier-

(1) Luc. i, 30.

ra! pues que tendrán en la eternidad la singular ventaja de *estar cerca del Cordero* (1).

El principe de los apóstoles tuvo verdaderamente grandes privilegios; pero no permitió Jesus sino al Discípulo, que era Virgen, el reposar sobre su seno durante la cena.

Jesus dió á Pedro el cuidado de su Iglesia; pero á Juan dió el cuidado de su Madre.

Por la pureza representamos sobre la tierra la vida de los bienaventurados en el cielo.

La práctica de esta virtud nos hace adquirir un mérito que no tienen los ángeles.

Las almas mas castas son las que participan mas de la union que el Verbo encarnado se dignó contraer con los hombres.

¡O vosotros los que mirais el vicio contrario á esta virtud como digno de perdonarse á la flaqueza natural! Tened entendido, que sin embargo hay pocos vicios que Dios haya perdonado ménos, y que haya mas severamente castigado.

Este vicio aparta el espíritu de Dios, *que no habita de ninguna manera en el hombre carnal* (2).

(1) Apoc. xiv, 4.

(2) Gen. vi, 3.

Este vicio hace caer en una especie de ceguera. Fué necesario un profeta para que David, adúltero, comprendiese la grandeza de su crimen, y para que pensase en hacer penitencia.

Este vicio hace á los hombres insensibles. Salomon, que fué un prodigio de sabiduría por espacio de tantas años, llegó á ser idólatra al fin de sus días, porque se hizo deshonesto.

Nuestros cuerpos son el templo del Espíritu Santo (1). La impureza en un cristiano es una desolacion abominable en un lugar Santo (2).

¡Oh Jesus! Esposo de las vírgenes, que escogísteis á una para Madre: inspiradme un amor tierno á la pureza, un grande horror, y aun el mas grande al vicio que le es contrario.

La virtud de la pureza es superior á las fuerzas de la naturaleza. *No puedo vivir en continencia sin una gracia particular* (3).

Yo os pido, Señor, esta gracia por aquella pureza que hizo á María tan agradable á

(1) I Cor. vi, 19.

(1) Matth. xxiv, 13.

(3) Sap. viii, 21.

vuestros ojos, y que le consiguió el honor de haberos tenido por hijo.

Os la pido por el amor que os han tenido tantas vírgenes que fueron poseidas en este mundo de los encantos del divino Esposo.

Haced que el mas grande de todos mis placeres consista en vencer todos los que vuestra ley condena.

Despertad en mí el temor de las llamas eternas que preparais á los deshonestos.

Apagad en mí el gusto de los placeres sensuales, y dadme el de las delicias del cielo.

Libradme de estas tentaciones importunas que me siguen hasta en los ejercicios de la piedad cristiana.

O ya que las permitais, haced ¡oh Salvador mio! que por la mas grande fidelidad en combatir las, me aproveche de estas ocasiones para daros pruebas de mi amor.

CAPITULO X.

De las precauciones que es necesario tomar para conservar la pureza.

María, por la gracia que recibió en su concepcion, fué inaccesible á las impresiones del vicio, y sin embargo se turbó á la vista del

ángel que se le apareció bajo la forma humana.

La saluda este ángel, y ella inmediatamente *examina dentro de sí misma lo que quiere decir esta salutación* (1).

Se halla con él sola y sin testigos, y esto basta para que se apodere de ella un santo temor.

Vos *daréis al mundo un hijo*, le dice el ángel, *y le pondréis el nombre de Jesus* (2). Nuevo motivo de turbacion para María.

No duda de ninguna manera que lo que este ángel le anuncia no puede suceder, porque *nada es imposible á Dios*; y se informa solamente de qué modo se cumplirá este misterio.

¡Oh qué discrecion en la pregunta que hace! ¡qué prudencia! No dice precisamente sino lo que es necesario.

Por esta conducta se puede fácilmente reconocer una alma que hace de la pureza su principal tesoro.

Su pudor, á manera que la flor delicada, se recela del viento mas pequeño; una mirada, una sola palabra, le llama la atencion.

(1) Luc. 1, 29.

(2) Ibid. 37.

Una Virgen que conoce todo el precio de esta virtud, teme aun las mas remotas ocasiones de perderla.

Las palabras lisonjeras, ofrecimientos expresivos, y aun las conversaciones que parecen mas inocentes, todo le es sospechoso y le hace aumentar la vigilancia y la atencion.

Pero si son necesarias tantas precauciones para conservar la pureza en toda su integridad, ¿se podrá decir que hay sobre la tierra muchas almas castas?

Bastaria para conservar esta virtud que se aplicase tanto cuidado como se pone en salvar las apariencias.

¡A cuántas personas no han servido de ocasion para caer, la ociosidad, la vida delicada, las lecturas peligrosas, y las conversaciones demasiado libres?

Muchas vírgenes cristianas tratan frecuentemente, y sin temor, con personas que no son ángeles.

Ellas dicen que velan para precaverse, y yo les diré tambien que el demonio vela para perderlas.

Una vírgen sobre todo que ama las alabanzas, no será mucho tiempo indiferente para aquel que se las da.

En materia de pureza se debe temer todo por la misma razon que no se teme bastante.

Se procura disimular los peligros que se aman; y la prueba de que se aman, está en que se procuran ocultar.

Todos somos formados de un mismo barro: ¿pues por qué no puede ser de nosotros lo que ha sido de otros muchos, que han visto la triste experiencia de su flaqueza?

Aunque sea necesario contar con el socorro de la gracia, no es permitido por esto exponerse al peligro; porque estos auxilios no están asegurados sino para aquellos que se hallan en la tentacion sin haberla buscado.

Cuando hubiéreis conseguido por espacio de muchos años repetidas victorias sobre el enemigo de la pureza, no os juzgueis por esto invencible, ni dejes de desconfiar aun de vos mismo.

Sed fiel en evitar las ocasiones diarias que se os presentan de todas partes, y que el demonio multiplica continuamente. Entonces Dios os dará gracias de fortaleza en aquellas ocasiones que no se pueden prever, y en donde es necesario una gran virtud para triunfar.

¡O Virgen, Madre de Dios! alcanzadme es-

ta desconfianza de mí mismo, esta prudencia en mis pasos, y esta mortificacion de mis sentidos, de que tanto necesito para conservarme en la castidad.

No puedo lisonjearme de ser, como yo lo deseo, del número de los que os aman, porque no he amado particularmente una virtud que ha sido uno de los principios de vuestra gloria.

Madre purísima, y castísima Reina de las vírgenes: alcanzadme la gracia de vivir en una pureza tan exacta, que siempre halleis en mí esta señal, por la que reconocéis vuestros hijos mas queridos.

CAPITULO XI.

De la verdadera grandeza.

Hay una diferencia infinita entre las distinciones del mundo, y entre aquellos cuyo fundamento es la gracia.

Riquezas inmensas, soberbios palacios, criados sin número, anuncian la grandeza de los reyes. El desprecio del mundo, el horror al pecado y el amor de Dios, es lo que anuncia la grandeza del justo.

En materia de pureza se debe temer todo por la misma razon que no se teme bastante.

Se procura disimular los peligros que se aman; y la prueba de que se aman, está en que se procuran ocultar.

Todos somos formados de un mismo barro: ¿pues por qué no puede ser de nosotros lo que ha sido de otros muchos, que han visto la triste experiencia de su flaqueza?

Aunque sea necesario contar con el socorro de la gracia, no es permitido por esto exponerse al peligro; porque estos auxilios no están asegurados sino para aquellos que se hallan en la tentacion sin haberla buscado.

Cuando hubiéreis conseguido por espacio de muchos años repetidas victorias sobre el enemigo de la pureza, no os juzgueis por esto invencible, ni dejes de desconfiar aun de vos mismo.

Sed fiel en evitar las ocasiones diarias que se os presentan de todas partes, y que el demonio multiplica continuamente. Entonces Dios os dará gracias de fortaleza en aquellas ocasiones que no se pueden prever, y en donde es necesario una gran virtud para triunfar.

¡O Virgen, Madre de Dios! alcanzadme es-

ta desconfianza de mí mismo, esta prudencia en mis pasos, y esta mortificacion de mis sentidos, de que tanto necesito para conservarme en la castidad.

No puedo lisonjearme de ser, como yo lo deseo, del número de los que os aman, porque no he amado particularmente una virtud que ha sido uno de los principios de vuestra gloria.

Madre purísima, y castísima Reina de las vírgenes: alcanzadme la gracia de vivir en una pureza tan exacta, que siempre halleis en mí esta señal, por la que reconocéis vuestros hijos mas queridos.

CAPITULO XI.

De la verdadera grandeza.

Hay una diferencia infinita entre las distinciones del mundo, y entre aquellos cuyo fundamento es la gracia.

Riquezas inmensas, soberbios palacios, criados sin número, anuncian la grandeza de los reyes. El desprecio del mundo, el horror al pecado y el amor de Dios, es lo que anuncia la grandeza del justo.

La verdadera gloria y el verdadero mérito del hombre consiste en *temer á Dios, y en observar sus mandamientos* (1).

El ángel que fué enviado á María por el Señor, le dijo: *Yo os saludo, pues que sois llena de gracia, y el Señor está con vos.* ¿Podía él acaso hacer de esta Virgen un elogio mas glorioso?

Aquel sería digno sin duda de todas las alabanzas de los hombres y de los ángeles, á quien se le pudiese decir: *Vos habeis hallado gracia delante de Dios, y sois agradable á sus ojos.*

En aquel mismo tiempo en que el ángel fué enviado á María, se hallaban Augusto y Herodes en el trono. Se le prodigaban los nombres de grandes, poderosos y magnánimos. ¿Pero qué eran ellos delante de Dios, justo y único juez de la verdadera grandeza?

Una jóven, oculta en las soledades de Nazaret, era infinitamente mas digna que ellos de todos los mas grandes elogios.

La sólida grandeza no se mide por las vanas ideas del mundo, sino por las ideas de Dios, que es el solo grande, y delante de

(1) Eccles. xii, 13.

quien ninguna cosa lo es, sino con respecto á él.

¿Qué son todos los héroes que han admirado al universo, en comparacion de los grandes hombres que ha formado la religion por la virtud?

Mucho mas glorioso es domar las pasiones que sujetar los pueblos (1); y cuesta mucho ménos ganar victorias sobre los otros, que el vencerse á sí mismos.

Un verdadero cristiano no debe ser mirado como uno de estos héroes que deben únicamente su heroismo á una ocasion: estos son héroes de un solo dia; y un cristiano lo es de toda la vida.

Su gloria consiste en vencer todos los obstáculos que se le oponen, así como su fin es el de poseer á Dios y reposar en él.

¿Puede haber por otra parte honor mas grande que el de servir á Dios, y el de pertenecerle como cosa propia? *Servir á este Señor es reinar.*

La Escritura, hablando de Abraham, de Moises, de David, los hombres mas grandes que ha habido sobre la tierra, los llama *sier-*

(1) Prov. xvi, 52.

vos de Dios. Este solo título comprende todos los demás, ó por mejor decir, todos los demás no son nada en comparacion suya.

La calidad de siervo de Dios es tanto mas elevada sobre la de rey y soberano, quanto Dios es superior á los soberanos y reyes del mundo.

¡Oh Rey inmortal, dueño soberano del universo! yo soy hecho para vos, y para vos solo. ¿Quién habrá que os conozca, y no os rinda sus homenajes? ¿Quién os podrá conocer, y no estimar infinitamente la condicion de aquellos que os sirven?

¡Qué gloria para el hombre, siendo criatura tan miserable como es en sí misma, poder tener el honor de servirlos y amarlos!

Haced, Señor, por vuestra gracia, que yo comprenda bien que una persona que en la oscuridad de una vida privada, como era la de la Virgen, cuida de hacer vuestra voluntad y de servirlos fielmente, hace una cosa mas grande y mas gloriosa, que todo quanto el mundo ciego é insensato mira como glorioso y grande.

Y concededme tambien la gracia, de que la nobleza, la gloria y el honor que es anexo á vuestro servicio, me inspire en todos mis em-

pleos, en todas mis acciones, una grandeza de alma, una generosidad y una constancia digna del Señor á quien sirvo.

CAPITULO XII.

Cómo las gracias de Dios son para los humildes.

MARÍA. Hijo mio: quiero manifestarte un secreto para que alcances de Dios grandes beneficios; y es: el de que te juzgues siempre indigno de ellos.

Dios *da sus gracias á los humildes* (1). En un corazon lleno de sí mismo no encuentra Dios lugar para colocar sus favores.

SIERVO. ¡Oh Reyna de los santos! vos nos dísteis sobre este punto ejemplos que nos deben servir de un gran fondo de instruccion.

No es necesario sino considerar el modo con que os portásteis en la visita que os hizo el ángel de parte del Señor, para ver los sentimientos de humildad que teníais de vos misma.

El ángel os anunció que estábais para ser

(1) Jacob. iv, 6.

Madre de Dios, y vos no podíais comprender cómo Dios se había dignado fijar su elección sobre vos para una dignidad tan eminente.

La idea de una elevación tan superior á la naturaleza, os hacia en alguna manera sospechosa la visita de este ángel.

Y en el instante mismo en que el Ser Supremo vino á encerrarse en vuestro seno, no pensásteis sino en abismaros dentro de vuestra nada.

De tantos títulos inseparables de la dignidad con que estábais honrada, retuvísteis únicamente la calidad de *sierva del Señor*.

¡Oh nueva Eva! ¡Cuán diferente habéis sido de la primera! Su orgullo le hizo perder sus privilegios, y vuestra humildad ha sido la causa de los vuestros.

El *Todopoderoso*, para obrar en vos *grandes maravillas*, tuvo en consideración, no las ventajas naturales ó el esplendor del nacimiento, sino los sentimientos de humildad que teníais de *vuestra bajeza*.

Era natural que un Dios que debía humillarse hasta el exceso, haciéndose hombre, tuviese infinitas complacencias en la humildad.

Convenia que eligiese por Madre aquella que, por su profunda humildad, merecia mejor que otra alguna la mas alta de todas las dignidades.

Fuísteis agradable á Dios por vuestra virginidad, y le concebísteis por vuestra humildad.

MARÍA. Hijo mio: á los ojos de Dios, aun mas que á los de los hombres, el que tiene mas mérito es aquel que cree no tener ninguno, aunque tenga muchos.

¿Qué es lo que *Dios mira con complacencia en el cielo y en la tierra? las almas humildes* (1).

¿*Sobre quién pondré yo los ojos*, dice el mismo Dios, *sino sobre el pobre, sobre aquel que es humilde de corazón* (2)?

Dios se aparta de los que se elevan, y se acerca á los que se abaten.

El orgullo es la causa de que tantos cristianos se hallen desnudos de los bienes de la gracia.

Si procurasen conocerse á sí mismos, este conocimiento produciria en ellos la humildad,

(1) Ps. cxii, 5.—(2) Isai. lxvi, 2.

y ésta remediaria su indigencia por las gracias que les atraeria.

Procura, hijo mio, estar vacío de tí mismo, y Dios te llenará de sus dones: hazte rico, confesando que de tu propio fondo no eres sino miseria.

Si eres humilde, Dios se servirá de tí para su gloria; porque el cuidado de éste le confia á los que no quieren ni usurparla ni dividirla con él.

Cuando recibes de Dios algun favor, piensa con humildad y reconocimiento, que es necesario que Dios sea un gran Señor, pues que así gratifica al amor de sus siervos.

No te atribuyas nada, ni de los bienes que posees, ni del bien que haces.

Aun cuando correspondas á la gracia con cuanta fidelidad es posible, acuérdate de que no eres fiel sino con el socorro de la misma gracia, y que Dios, recompensando tu fidelidad, corona sus propios dones.

Procura tener siempre presentes estas tres cosas: Dios es todas las cosas, y yo no soy nada: Dios lo posee todo, y yo no soy sino miseria y corrupcion; Dios lo puede todo, y yo no puedo nada sin su auxilio.

Entónces, aunque no seas nada, ni poseas

nada, ni puedas nada por tí mismo, serás, no obstante, alguna cosa á los ojos de Dios, y se complacerá en concederte sus favores, y en sacarte victorioso de tus enemigos.

CAPITULO XIII.

Cómo la verdadera gloria se halla principalmente en la humildad cristiana.

Los términos en que el ángel se esplicó cuando habló á María, no se conformaban de ninguna manera en el espíritu de esta Vírgen con las ideas que tenia de sí misma.

Su alma fué penetrada de un santo temor, y llegó á sospechar, si acaso lo que pasaba delante de su vista seria una ilusion de los sentidos, ó algun lazo que le preparaba el espíritu tentador.

El ángel le decia, *que era bendita entre todas las mugeres*; y María, que se juzgaba la última de todas, no podia comprender cómo se hacia de ella un elogio semejante.

Este ángel le anunciaba tambien, *que de tal modo habia hallado gracia delante del Señor*, que si prestaba su consentimiento, llegaría á ser su Madre.

Y en vista de un grado de elevacion como

el que se le prepara, María se humilla, y se cree ser bastante dichosa con tener la calidad de su sierva.

¡Oh vosotros los que no respirais ni deseais otra cosa que la gloria! María os enseña en dónde la hallaréis.

La gloria sólida y verdadera consiste en hacerse pequeño. Así lo juzga el mismo Dios, y escrito está: *Aquel que es el mas pequeño entre vosotros, es el mas grande* (1).

Esta grandeza es no solamente sólida, sino segura. Ninguno os la disputará, ni os la intentará robar.

Haciéndoos el mas pequeño, llegaréis á ser el mas grande, porque luego que llegueis á estar convencido de que por vos mismo nada sois, ni nada podeis, este mismo convencimiento, humillándoos, os elevará á Dios, á quien reconoceréis por Autor Soberano de todo bien.

Entonces podréis contar con el poder de Dios, con una confianza tanto mas firme, cuanto este Señor se complace en fortalecer á los flacos.

La humildad por otra parte os librá de

(1) Luc. ix, 48.

las bajezas á que reducen la ambicion y el orgullo. ¿Puede haber alma mas vil que la de un hombre dominado por la pasion de engrandecerse, y que quiera absolutamente ser aplaudido?

Esta misma humildad os hará independiente del respeto humano, y de las vanas ideas de los hombres, á quienes diréis con el apóstol: *Poco me importa que vosotros me juzgueis. Yo no tengo rigurosamente sino un Juez, y este Juez es Dios* (1).

Os hará mirar con indiferencia los honores de este mundo, porque en medio de su esplendor descubriréis la ilusion y la vanidad.

Os escitará, no á igualaros con el prójimo, sino á honrarle, y á mirarle sin envidia superior á vosotros, ó por su graduacion, ó por la estimacion que se le tributa.

La humildad parece que tiene alguna cosa debajo para aquel que juzga de todo por los sentidos, y no se mueve sino por los bienes sensibles; pero sin embargo, es una de las virtudes mas propias para formar corazones nobles y grandes.

Entre todas las virtudes, la humildad es la

(1) I Cor. iv, 3.

que denota mas solidez en el entendimiento y mas firmeza en el alma.

Pero sobre todo os dará la humildad los mas bellos rasgos de semejanza con Jesus, Hombre Dios, principio de la verdadera grandeza y de la verdadera gloria.

Jamas el hombre es mas grande ni mas glorioso que cuando se propone imitar este divino modelo; y nunca estamos mas cerca de él que cuando somos humildes, y cuando siendo abatidos, amamos la humillacion.

Jesus era humilde y amaba la humillacion, porque sabia cuánto glorificaba en esto á su Padre.

En efecto, en el tiempo de sus humillaciones fué cuando el Padre celestial declaró, que Jesus era *el objeto de sus complacencias*, y cuando cantaron los ángeles: *Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos.*

Si eres humilde como Jesus, Dios será glorificado. ¿Y qué cosa puede haber mas gloriosa que procurar la gloria de Dios?

¡Oh Reina del cielo! en quien se verificó de un modo admirable aquel oráculo: *Cualquiera que se humille, será exaltado* (1), y

(1) Luc. XVIII, 14.

que habeis sido tanto mas exaltada, cuanto habeis sido mas humilde, alcanzadme la gracia que necesito para destruir este fondo de orgullo que domina en mí.

¡Ay de mí! yo no he sido hasta este dia humilde sino en la apariencia, y no he contrahecho esta humildad sino para ganar la estimacion del mundo, que aun siendo tan perverso como es, desprecia á los soberbios.

Alcanzadme una humildad sincera que, manteniéndome en el convencimiento de mi flaqueza, me haga, á imitacion vuestra, dirigirlo todo á Dios, esperar lo todo de Dios, depender de Dios en todo y hacerme de este modo digno de la estimacion de Dios mismo, que es la causa única de la grandeza y del honor.

CAPITULO XIV.

Que una alma humilde procura ocultar á los ojos de los hombres lo que es en la presencia de Dios.

El ángel! que el Señor envió á María, le dió los mas grandes elogios, y le anunció que llegaria á ser la Madre del Hijo de Dios;

pero ninguno llegó á saber de la boca de María lo que este ángel le habia dicho.

No se la vió de ninguna manera querer distinguirse ni obrar en lo exterior como Madre del Mesías; se condujo en todo como si hubiese sido una muger regular.

Aunque fué grande el cariño que tuvo á su esposo José; y por mas frecuentes que fuesen las conferencias que tenian entre los dos, jamas le habló ni una sola palabra de lo que le habia anunciado el ángel.

Cuando fué despues á visitar á su prima Santa Isabel, la halló ya instruida en el misterio; pero María no se aprovechó de esta ocasion favorable para instruirla mas.

Dejaba únicamente á Dios el cuidado de manifestar, cuando lo juzgara mas á propósito, los secretos que le eran tan gloriosos.

Toda la aplicacion de su espíritu consistia en mantenerse constantemente en la humildad.

Así es como se debe ocultar á los ojos de los hombres lo que uno es en la presencia de Dios, y los beneficios que se reciben de su liberalidad.

Una virtud oculta está siempre segura, y solo á Dios toca el manifestarla.

Cuando se saca al público este tesoro, está espuesto á perderse. Los colores mas finos suelen perder de su viveza solo con que les dé el aire.

Marta dijo á su hermana: *Aquí está el Señor, y él os llama* (1); pero se lo dijo en voz baja.

Los hombres ciegos y sensuales (2) no estiman ó no conciben cuán superior es á los sentidos todo *lo que es del espíritu de Dios*. Hablarles de esto, es esponerse á sus burlas las cosas mas santas.

El espíritu de Dios se comunica en secreto, y quiere que todo sea reservado entre él y alma favorecida.

Un hombre solo escogido entre mil (3) puede, y aun debe conocer vuestras riquezas espirituales para que os enseñe el medio de aprovecharos de ellas; este es el que en este mundo hace las veces de Dios, para conducirnos por los caminos de la salud y de la perfeccion.

Por lo que toca á los demas hombres, habeis de procurar ser delante de ellos en lo

(1) Joan. xi, 28.—(2) I Cor. ii, 14.—(3) Eccles. vii, 29.

exterior lo que son los hombres de bien y de virtud; sed humilde, modesto, afable, de un humor siempre igual, pero que el interior les sea siempre cerrado.

El que os tenga por un hombre poco versado en la espiritualidad, y distinto del que sois, es una dicha que pone á cubierto las gracias que Dios os hace.

Dios quiere que se ande con fervor por sus caminos; pero es un gran beneficio el caminar por ellos sin que nadie lo entienda.

Algunas almas se han perdido despues de haber recibido de Dios favores muy singulares, por haber hecho demasiada conversacion sobre ellos, haber tenido una vana complacencia, y haberlos hecho admirar á quien no debia saberlos.

Si hubieran tenido la disposicion interior de la Santa Vírgen, el espíritu de humildad, que lleva siempre consigo la luz divina, les hubiera dado una sabia desconfianza, y les hubiera descubierto las astucias del espíritu del orgullo.

Es necesario tener mucha precaucion para no dejarse engañar en la vida espiritual, pero sobre todo en los caminos extraordinarios.

Un licor exquisito y celestial puede llegar á convertirse en veneno por falta de precaucion.

Siempre se ha notado que una alma verdaderamente interior sufre mucho, y tiene necesidad de toda su resignacion en la voluntad de Dios, cuando permite que se haga pública alguna de las particulares gracias con que la favorece.

CAPITULO XV.

De la prudencia de la fe.

Dice el Evangelio que María *reflexionaba* cuando el ángel le llevó la embajada de parte del Señor. Estas reflexiones nacia de su humildad y juntamente de su fe.

Esta *Vírgen prudentísima* sabia que el ángel de las tinieblas se transforma algunas veces en ángel de luz, y que el espíritu del error imita tambien la voz del espíritu de la verdad.

Por esta razon preguntó al ángel, y esperó la respuesta, para ver si se conformaba con lo que los profetas habian dicho del Mesías, y con los principios de su religion.

Luego que el ángel le respondió, ya no necesitó mas de otra regla para conducirse, que la palabra de este ángel, porque reconoció la voz de Dios en ella.

Hay una prudencia que guía y dirige la sumisión á la fe, lejos de serle contraria.

La prudencia hace abrir inmediatamente los ojos para asegurarse de la revelacion, y la sumisión los hace cerrar para creer ciegamente.

Es necesario no creer á toda suerte de espíritu (1): yo no quiero creer de todo cuanto se me puede decir en materia de religion, sino aquello que es conforme con lo que Dios ha dicho, ó por sí mismo, ó por el órgano de su Iglesia, que es la columna y el apoyo de la verdad (2).

Dios nos ha dado los medios de conocer lo que ha revelado; y una vez que la revelacion es cierta, *condenaria, aunque fuese á un ángel, que quisiera enseñarme lo contrario de lo que ella me enseña (3).*

Creo todo lo que me enseña la religion, porque nada me dicta que Dios no haya di-

(1) I Joan. iv, 1—(2) I Tim. iii, 15.—(3) Galat. i, 18.

cho. ¿Y qué cosa puede haber mas cierta que la que ha dicho el que es la misma verdad?

Es ademas imposible el que yo me engañe, así como lo es el que me engañe Dios, ó el que se engañe á sí mismo.

Es una insigne locura creer una cosa, como dicha por el mismo Dios, sin justos motivos; es una locura de paganos, y aun de muchos que se glorían de cristianos.

Pero creer una cosa como palabra de Dios con justos y razonables motivos, no puede ménos de ser esta una prueba de las mas alta sabiduría.

Creer como una fe firme las verdades que Dios ha revelado, es participar de la infalibilidad del mismo Dios.

El exámen en materia de religion hecho con el mismo espíritu con que le hizo María Santísima, produce el efecto de hacerse mas constante en la fe.

Pero ¡cuántas personas hay que hacen este exámen solo con el designio de mantener los errores en que viven, y no para aprender lo que deben creer y lo que deben seguir!

Su intencion no es la de buscar la verdad para seguirla, sino la de ver si pueden encon-

trar razones para dudar de la verdad que no pueden sufrir.

No buscan de ninguna manera reglas ciertas para conocer lo que deben creer, y cómo deben vivir: el fin de sus investigaciones es el de vivir sin remordimiento en el delito.

Un sistema de irreligion es del gusto de muchas personas á quienes la fe les sirve de un tormento continuo.

No se duda comunmente, ni se tiene por sospechosa la fe, sino cuando comienza á ser molesta.

La santidad de sus máximas, y no lo incomprendible de sus misterios, es lo que incomoda á los incrédulos.

Es necesario, ó renunciar á las pasiones, ó sufrir continuamente temores y remordimientos. No hay cosa mas comun que determinarse á no creer, ó á lo menos á formar dudas sobre todo, ménos sobre el desórden lastimoso en que se vive.

CAPITULO XVI.

De la sumision á la fe.

Luego que María se aseguró de que Dios era el que la habia hablado por ministerio

del ángel, creyó firmemente que se obraria todo lo que se le acababa de anunciar; y lo creyó de tal suerte, que de ninguna manera procuró comprender el misterio.

Ni pidió como Acaz que se le manifestase una señal en prueba de que sucederia lo que se le habia revelado; ni dudó como Zacarías; y así no fué en aquella ocasion cuando dijo María: *¿Cómo podrá hacerse esto?*

¿Cómo este Hijo, de quien voy á ser Madre, obrará la redencion? ¿Cuál será el establecimiento de su reino? Ninguna de estas reflexiones oyó el ángel de María; ninguna de estas preguntas y curiosidades, que son propias de una alma flaca. Lo que hizo fué cautivar inmediatamente su entendimiento bajo el yugo de la fe.

Humíllate tú ¡oh alma mia! á imitacion suya, sometiendo tu razon á las verdades que son superiores á tus luces.

No procures comprender los misterios que la fe te propone. Si tú los comprendieras, dejarian de ser misteriosos. Debe ser bastante para tí saber que son verdaderos.

No podrás ménos de quedar plenamente convencido de su verdad, si consideras la fe que te los enseña, con todos los caractéres

trar razones para dudar de la verdad que no pueden sufrir.

No buscan de ninguna manera reglas ciertas para conocer lo que deben creer, y cómo deben vivir: el fin de sus investigaciones es el de vivir sin remordimiento en el delito.

Un sistema de irreligion es del gusto de muchas personas á quienes la fe les sirve de un tormento continuo.

No se duda comunmente, ni se tiene por sospechosa la fe, sino cuando comienza á ser molesta.

La santidad de sus máximas, y no lo incomprendible de sus misterios, es lo que incomoda á los incrédulos.

Es necesario, ó renunciar á las pasiones, ó sufrir continuamente temores y remordimientos. No hay cosa mas comun que determinarse á no creer, ó á lo menos á formar dudas sobre todo, ménos sobre el desórden lastimoso en que se vive.

CAPITULO XVI.

De la sumision á la fe.

Luego que María se aseguró de que Dios era el que la habia hablado por ministerio

del ángel, creyó firmemente que se obraria todo lo que se le acababa de anunciar; y lo creyó de tal suerte, que de ninguna manera procuró comprender el misterio.

Ni pidió como Acaz que se le manifestase una señal en prueba de que sucederia lo que se le habia revelado; ni dudó como Zacarías; y así no fué en aquella ocasion cuando dijo María: *¿Cómo podrá hacerse esto?*

¿Cómo este Hijo, de quien voy á ser Madre, obrará la redencion? ¿Cuál será el establecimiento de su reino? Ninguna de estas reflexiones oyó el ángel de María; ninguna de estas preguntas y curiosidades, que son propias de una alma flaca. Lo que hizo fué cautivar inmediatamente su entendimiento bajo el yugo de la fe.

Humíllate tú ¡oh alma mia! á imitacion suya, sometiendo tu razon á las verdades que son superiores á tus luces.

No procures comprender los misterios que la fe te propone. Si tú los comprendieras, dejarian de ser misteriosos. Debe ser bastante para tí saber que son verdaderos.

No podrás ménos de quedar plenamente convencido de su verdad, si consideras la fe que te los enseña, con todos los caractéres

que han obligado al universo á recibirla.

Estos misterios es verdad que son incomprendibles, yo lo confieso; pero tambien lo es que la fe perderia su mérito si la razon humana pudiera comprenderlos ó esplicarlos. *Bienaventurados aquellos que no vieron y creyeron* (1).

Desde los astros hasta la flor mas pequeña, todo es para tí misterio en la naturaleza. ¿No puedes comprender estos misterios naturales, y quisieras comprender los misterios de Dios?

¿No se ven sino imperfectamente las cosas de la tierra, y se quieren ver con toda claridad las cosas de Dios?

Es necesario no medir las cortas luces del entendimiento humano con el poder y las obras de un ser incomprendible é infinito.

¿Seria Dios lo que es, si nosotros fuésemos capaces de comprender todo el fondo de su ser?

Crear lo que los ojos no ven ni la razon concibe, es rendir un perfecto homenaje á la soberana verdad.

No quiero yo, oh Dios mio, juzgar de las

(1) Joan. xx, 29.

cosas por mis luces, sino por las vuestras que la fe me comunica.

No solamente el sacrificio del corazon es lo que pedis de mí, sino tambien el del entendimiento, el cual se hace por la fe.

Espero subir al cielo, en donde todo me será descubierto; pero ni aun allí comprenderé jamas enteramente ni vuestras perfecciones, ni vuestras operaciones, porque vos seréis siempre infinito, y yo seré siempre limitado.

Yo creo, Señor; pero fortaleced mi poca fe (1): *aumentad en mí la fe* (2).

Estoy seguro de que vos no podreis negarme el don de la fe, que es la fuente de todos los dones, si os le pido como debo.

Os ruego que me le concedais por la intercesion de esta Virgen, que por la sumision y mérito de su fe, *vió cumplirse en ella lo que se le habia anunciado de vuestra parte* (3).

Dadme una fe viva y universal, que sea sin ninguna duda, y que lo abrace todo.

(1) Marc. ix, 23.—(2) Luc. xvii, 5.—(3) Luc, i, 45.

Dudar es lo mismo que no creer: exceptuar un solo artículo es desecharlos todos.

Dadme una fe animada por la caridad, que me haga vivir de una manera conforme á las verdades que me enseña la fe.

No os pido, Señor, el que me concedais la gracia de hacer los milagros que la fe ha hecho obrar á vuestros santos, sino únicamente aquella fe que los ha hecho santos.

CAPITULO XVII.

De los vivos deseos que debe tener una alma de recibir á Jesus por la comunión.

MARÍA. Hijo mio: el misterio que acabas de considerar, puede suministrarte muchas reflexiones, en las que tú no pensarías.

SIERVO. Dignaos, pues, instruirme ¡oh Reina del cielo! *Hablad, que vuestro siervo os escucha* (1).

MARÍA. Antes que yo recibiese la visita del ángel, habia conjurado muchas veces á los cielos, á ejemplo de los justos de Israel, á que se convirtiesen en un dulce rocío, é hi-

(1) I Reg. III, 9.

ciesen descender sobre la tierra al *Justo* por escelencia.

Pero jamas me hubiera atrevido á pensar que sería yo aquella Vírgen que habia de dar al mundo su Salvador.

Quando llegué á saber con toda seguridad que sin embargo habia sido yo elegida para ser su Madre, humillándome á vista de una dignidad tan alta y tan sublime, ¡de qué religiosos sentimientos no fuí yo penetrada! ¡Oh, hijo mio! qué alegría no concebí en considerar que habia de poseer á mi Dios dentro de mi propio seno!

El mismo Dios, que se dignó unirse tan intimamente á mí por su encarnacion, desea, hijo mio, unirse contigo por medio de la comunión. Pero ¡cuán poco vivos son tus deseos de recibirle!

No escuches de ninguna manera los pretestos que te sugieren tu indolencia y una falsa humildad, para separarte de aquella sagrada mesa.

Tú pretendes disculparte con el respeto y el temor; pero el temor y el respeto deben estar subordinados al amor, y deben servir únicamente para hacer al amor mas solícito y atento.

El apartarse de la comunión por un respeto aparente, es privar á Jesus de la satisfaccion que quiere tener de vivir contigo.

El mismo te da pruebas de esto cuando dice que *tiene colocadas todas sus delicias en vivir entre los hijos de los hombres* (1).

Dirás que tus faltas son demasiado repetidas para llegarte con frecuencia al Santo de los Santos; pero, hijo mio, por frágil que una alma sea, si hace todos sus esfuerzos para corregirse, Jesus viene á ella siempre con placer.

Tambien dirás que te apartas de la sagrada comunión, porque te sientes indigno de ella. Antes bien, deberias decir: yo quiero en cuanto esté de mi parte hacerme digno de comulgar, para ser participante de las gracias que Jesus concede á las almas piadosas que se unen á él por la comunión.

No, hijo mio, tus comuniones no son raras por otro motivo, sino porque huyes del trabajo y de la fatiga.

Temes aquella vida fervorosa que exigiria de tí para permitirte comulgar con frecuencia.

(1) Prov. VIII, 31.

¿Te quejas de las flaquezas y enfermedades de tu alma? Pues aprovéchate del remedio eficaz que se te ofrece en este *Pan de vida*.

Jesus en su Evangelio llama á su divino banquete *á los flacos y á los enfermos, á los pobres y á los ciegos*.

Este mismo Señor conoce tus miserias, te presenta en su Sacramento un remedio saludable y el mas propio para aliviarte y fortalecerte.

Es verdad que seria mejor que tuvieses una santidad perfecta para comulgar; pero Jesus no te la pide tan grande.

Si ésta fuese necesaria, ¡cuán pocos serian admitidos á su sagrada mesa, á pesar de todos sus convites!

Si se exigiese una santidad semejante, seria pedir por disposición á la comunión, lo que debe ser su fruto.

Confiesa sinceramente tu indignidad cuando te llegues á la comunión: lleva principalmente una gran pureza de corazón, ó á lo ménos una resolución fuerte y eficaz de trabajar en adquirirla, y tu comunión será fructuosa.

Ten presente que una comunión bien he-

cha produce siempre algun efecto en el alma.

Si por tu vigilancia y fidelidad llegases á ponerte en aquel estado en que es preciso que estés para que puedas participar frecuentemente del Sacramento, estarás ya sin duda bien adelantado en el camino de la perfeccion.

Una alma á quien se le dilata el gozar de la presencia de Jesus en el cielo, pone sus delicias en gozarle por la comunion tanto como le sea posible.

CAPITULO XVIII.

De los sentimientos que debe tener una alma cuando posee á Jesus por la comunion.

MARÍA. Hijo mio: cuando hayas recibido á Jesus en aquella sagrada mesa, y ya repose sobre tu corazon, imita los sentimientos que me animaban cuando yo le llevaba dentro de mi seno.

SIERVO. ¡Oh María! ningun entendimiento humano puede concebirlos, ni hay lengua que pueda explicarlos: solo Dios conoció cuáles fueron entónces los sentimientos y estremos de vuestra alma.

La fe, la humildad, el celo, el reconocimiento, el amor, todas las virtudes repartieron entre sí los instantes en aquellos nueve meses que el Verbo de Dios estuvo en vuestras castas entrañas.

MARÍA. Si llegares á conocer bien, hijo mio, el precio de la gracia que Jesus te concede cuando se da á tí en el Sacramento, y los sentimientos de que está penetrado en favor tuyo, ¿dejarías tú de tener, en cuanto te fuese posible, los mismos sentimientos por él?

¡La criatura es visitada por el Criador!
¡Un pobre por el Rey de la gloria! ¡Una alma afligida por su consolador celestial! ¡Un hombre, que no es sino pecado, por aquel que es la misma santidad!

Humíllate profundamente delante de él: exalta sus bondades, que son infinitamente superiores á cuanto puedes concebir.

Detesta tus ingratitudes pasadas: implora su socorro para en adelante, y prométele una fidelidad eterna.

Entrégate á los escesos de la alegría mas pura, y convida á los ángeles y á los santos á que rindan á Jesus, si es posible, las acciones de gracias que le son debidas por el don magnífico que te hace.

Desea que un Dios tan amable y tan bueno sea amado y glorificado en la tierra, como lo es en el cielo.

Abre tu corazón á todos los fuegos de su amor y desea ser consumido en él.

Ofrécele en reconocimiento de sus beneficios, y para suplir de algun modo á tu flaqueza, los sentimientos de todas las almas santas que le reciben en el mismo Sacramento con devoción y con amor.

Y ofrécele especialmente todos los sentimientos de que estuvo penetrada mi alma, y que me dispensó por su infinita bondad, cuando por la encarnacion se unió tan íntimamente conmigo.

Piensa en aquellas virtudes cuyos grandes ejemplos te da Jesus en la Eucaristía, particularmente en su humildad, y pídele la gracia de imitarla.

En este Sacramento no solamente su Divinidad, sino tambien su humanidad está oculta. Ninguna cosa se manifiesta de Jesus sino á los ojos de tu fe. Pídele la gracia de amar la vida oculta y abatida, de huir las honras y aplausos mundanos, y de practicar todas tus acciones sin el designio de ser visto y estimado.

En este Sacramento admirable, Jesus es el objeto del desprecio de muchos hombres, y de la indiferencia de muchos corazones que no son nada para este Señor, mucho para el mundo, y todo para sí mismos. Pídele la gracia de sufrir con paciencia las injurias y contradicciones.

Ve aquí, hijo mio, los sentimientos que deben ocuparte cuando te llegues á la comunión, y aun por espacio de todo aquel día en que hayas tenido la dicha de recibir á Jesus.

CAPITULO XIX.

De las sequedades que padecen algunas almas en sus ejercicios de piedad, y especialmente al tiempo de la comunión.

SIERVO. Oh Virgen, que sois para Jesus mi recurso y mi consejo: yo os doy gracias por las instrucciones que os dignais comunicarme.

Pero, Virgen Santa, me sucede frecuentemente que al tiempo de la comunión, á pesar de los esfuerzos que yo hago para entrar en los sentimientos que inspira el recibir el Cuerpo y Sangre del Señor, advierto que tengo flaco mi espíritu, y mi corazón frío.

Quisiera yo entonces participar de aque-

llos tiernos sentimientos de amor, de aquellas dulzuras sensibles que debísteis experimentar vos cuando llevábais á Jesus en vuestro seno, y de las que participan al tiempo de la comunión las almas piadosas.

MARÍA. Cuando esperimentes, hijo mio, esa sequedad que dices en la comunión, humíllate, reconociendo que mereces aquel estado por tus infidelidades: súfrele con paciencia en expiación de tus faltas, pero de ninguna manera te desalientes por eso.

Si tienes algun motivo para creer que este estado de privación de fervor pueda ser en castigo de tus culpas, procura corregirte; pero si fuere solamente una prueba que Dios quiere hacer contigo, haz de modo que tengas algun mérito por medio de tu resignación.

El fruto de una comunión bien hecha no consiste precisamente en esperimentar un gusto sensible en la misma comunión, sino que está mas principalmente en la fidelidad, en el cumplimiento de sus obligaciones.

Un corazón puede estar sinceramente consagrado á Dios, y sin embargo no encontrar ningún gusto en las cosas de Dios.

Muchas almas que dirigen sus pasos con fervor por el camino de la perfección, han

esperimentado la misma aridez y sequedad, así en la oración como cuando se llegaban á aquella sagrada mesa.

Los gustos sensibles no son de ninguna manera necesarios á la virtud, ántes bien se pudiera temer muchas veces que una alma no se apegase demasiado á ellos.

El divino Esposo no ignora lo que conviene á sus esposas. Da á las unas dulzuras y consuelos, que no da á las otras por ciertos motivos, que se deben adorar mas bien que procurar comprenderlos.

Si por una parte una alma descuidada no debe esperar ninguna cosa de la liberalidad de Jesus, tambien por otra una alma fiel y fervorosa debe complacerse de tener ocasiones de hacer ver á Jesus, que ella le sirve mas por él mismo, que por los dones que de él recibe.

Nunca creas que Dios te ha desechado porque sientes disgusto en su servicio: haz entónçes fielmente por agradarle, lo mismo que harías si esperimentases gusto en servirle.

Has de ir á tu Dios, hijo mio, mas por la fe que por los sentidos. Procura agradarle en todo; y cree que si lo consigues, encon-

trarás la dicha á que han aspirado y conseguido los santos.

El estado de sequedad es muy propio para santificarte, si sabes aprovecharte de él, correspondiendo á los designios de Dios.

Las ideas de Dios cuando te mantiene en este estado, son de reducirte á que no te busques á tí mismo, sino que hagas consistir tu dicha y tu mérito en aguardarle y servirle.

SIERVO. Indigno como soy de todo consuelo, yo me someto, oh Vírgen santa, así en este punto como en todos los demas, á la voluntad de mi divino Maestro.

Si se digna ponerme en el número de aquellas almas á las cuales concede éstos gustos sensibles, que sea bendito para siempre; y que lo sea tambien, si me los rehusa.

No pido á Jesus otro consuelo que el de serle siempre fiel.

Me juzgo infinitamente dichoso sacrificando todas las satisfacciones de mi corazon á las del corazon de Jesus, mi Dios, y haciendo mi deber, sin experimentar otro gusto que el que se tiene en pensar que se hace solo por agradecerle.

CAPITULO XX.

Del fruto que se debe sacar de la comunión para la conducta de la vida.

SIERVO. Vos fuísteis santa oh Madre del amor mas puro! desde el primer instante de vuestro ser; pero desde la encarnacion del Verbo en vuestras castas entrañas, ¿qué nuevos progresos no hicísteis en la santidad?

La presencia de Jesus por espacio de nueve meses causó en vos tales impresiones, que os duraron toda la vida.

El pensamiento de este favor tan señalado que Dios os había hecho, os mantuvo siempre hasta el último suspiro en una solicitud santa, buscando los medios, y aprovechándoos de las ocasiones de manifestarle vuestro reconocimiento.

MARÍA. Mi ejemplo, hijo mio, te sirve de confusion. Pero tú recibes en la Sagrada Eucaristía al Dios de toda santidad, y ya deberias ser un santo.

Una sola comunión bastaria para llenarte

de todo el fervor de los santos, y tus comuniones te dejan siempre con toda tu flaqueza.

Tú usas siempre de alguna cautela y reserva con Jesus, cuando este Señor no la usa en las bondades que tiene por tí.

Su presencia, es verdad, te inspira cuando le recibes, grandes sentimientos de virtud: le haces entónces muchas promesas; pero promesas y sentimientos, todo se desvanece bien presto.

No obrarias así con un grande de la tierra que te hubiera honrado con su visita.

Cuando el hombre es sensible á los beneficios de un amigo ¡ah! cuán pronto está para manifestarle su reconocimiento! No sosiega su amor hasta encontrar los medios de ejecutarlo.

Pero tú, hijo mio, dejas pasar aquellas ocasiones de virtud, de las cuales se aprovechaban los santos despues de la comunión para hacer conocer á Jesus cuán sensibles eran á la gracia que acababan de recibir.

Este Señor te pide principalmente la vigilancia sobre todos tus afectos, de suerte que no tengas ni uno solo que no sea para él.

Si velases con cuidado sobre tí mismo despues de haber comulgado, conservarias den-

tro de tu alma aquella misma devoción que experimentabas al tiempo de recibir el Sagrado Cuerpo y Sangre de Jesucristo.

Esta vigilancia que debes tener siempre despues de cada comunión, es la mejor disposición que puedes llevar cuando vayas nuevamente á recibir el Cuerpo del Señor.

SIERVO. ¡Oh Vírgen, modelo de toda virtud! yo me avergüenzo á vuestros piés de mi cobardía y mi ingratitud.

Rogad á Jesus que no venga jamas á mi corazón sino para gobernar todos sus movimientos, dirigiéndolos enteramente hácia él.

Haced, Madre mia, que me arranque este corazón que yo llevo tan indigno de aquel Señor: que *crie en mí un corazón nuevo*, y que me dé uno semejante al vuestro, es decir, un corazón ardiente, liberal, tierno, constante para él, así como lo es el suyo para nosotros.

CAPITULO XXI.

De la caridad para con el prójimo.

SIERVO. ¡Oh Vírgen fervorosa! no sin desigñio dejásteis vuestra soledad de Nazareth

de todo el fervor de los santos, y tus comuniones te dejan siempre con toda tu flaqueza.

Tú usas siempre de alguna cautela y reserva con Jesus, cuando este Señor no la usa en las bondades que tiene por tí.

Su presencia, es verdad, te inspira cuando le recibes, grandes sentimientos de virtud: le haces entónces muchas promesas; pero promesas y sentimientos, todo se desvanece bien presto.

No obrarias así con un grande de la tierra que te hubiera honrado con su visita.

Cuando el hombre es sensible á los beneficios de un amigo ¡ah! cuán pronto está para manifestarle su reconocimiento! No sosiega su amor hasta encontrar los medios de ejecutarlo.

Pero tú, hijo mio, dejas pasar aquellas ocasiones de virtud, de las cuales se aprovechaban los santos despues de la comunión para hacer conocer á Jesus cuán sensibles eran á la gracia que acababan de recibir.

Este Señor te pide principalmente la vigilancia sobre todos tus afectos, de suerte que no tengas ni uno solo que no sea para él.

Si velases con cuidado sobre tí mismo despues de haber comulgado, conservarias den-

tro de tu alma aquella misma devoción que experimentabas al tiempo de recibir el Sagrado Cuerpo y Sangre de Jesucristo.

Esta vigilancia que debes tener siempre despues de cada comunión, es la mejor disposición que puedes llevar cuando vayas nuevamente á recibir el Cuerpo del Señor.

SIERVO. ¡Oh Vírgen, modelo de toda virtud! yo me avergüenzo á vuestros piés de mi cobardía y mi ingratitud.

Rogad á Jesus que no venga jamas á mi corazón sino para gobernar todos sus movimientos, dirigiéndolos enteramente hácia él.

Haced, Madre mia, que me arranque este corazón que yo llevo tan indigno de aquel Señor: que *crie en mí un corazón nuevo*, y que me dé uno semejante al vuestro, es decir, un corazón ardiente, liberal, tierno, constante para él, así como lo es el suyo para nosotros.

CAPITULO XXI.

De la caridad para con el prójimo.

SIERVO. ¡Oh Vírgen fervorosa! no sin desigño dejásteis vuestra soledad de Nazareth

para presentaros al público. El espíritu de caridad fué el que os obligó á ello.

¡Dichosas las colinas por donde dirigisteis vuestros pasos! ¡Montañas de Judea: dad saltos de alegría!

¡Oh Madre digna del Dios de la caridad! apenas el ángel os da á entender el estado en que se halla vuestra santa parienta Isabel, cuando vos os apresurais por ir á visitarla.

Marchásteis *á toda prisa*, dice el Evangelio, y fué porque las inspiraciones del Espíritu Santo piden prontitud en la ejecucion.

Las montañas que es necesario atrevesar, no os detienen de ningun modo, porque la caridad llena sus deberes con valor y generosidad.

Dejais por algun tiempo las dulzuras de vuestro retiro, porque sabeis bien que la caridad tiene ciertos derechos, á los cuales deben ceder los gustos de la piedad.

Vuestra caridad no es una caridad pasagera, sino que permaneceis cerca de tres meses en casa de Isabel para favorecerla con vuestras atenciones y cuidados.

¿Qué efectos de santidad tan admirables no produjo esta visita de caridad? Isabel fué

llena del Espíritu Santo: Juan Bautista fué santificado en el seno de su madre.

Isabel y su esposo vivian en la práctica de las virtudes; pero aprendieron de vuestros ejemplos á practicarlas aun mas perfectamente.

MARÍA. Si amas á Dios, hijo mio, no podrás ménos de amar á tu prójimo, por el cual bajó de los cielos, se hizo hombre, y dió su vida en una cruz.

Tu caridad no debe quedarse solo en sentimientos, sino que debe ser real y efectiva. ¡Cuántos afligidos tienen necesidad de ser consolados por tus palabras! ¡Cuántos infelices la tienen tambien de ser aliviados por tus servicios!

Dios ha permitido que hubiera muchos miserables sobre la tierra, para que ellos se hiciesen santos por su paciencia, y tú ejerciendo con ellos la caridad.

Sé pronto en favorecer, cuando puedes hacerlo prontamente, porque las dilaciones hacen siempre perder alguna cosa de su mérito á la caridad.

Procura hacer que tu caridad sea liberal, y dale toda la estension que te sea posible.

No ser generoso en los servicios que se

hacen al prójimo, mas bien es eludir los deberes de la caridad, que cumplirlos.

Cuando no puedas servir á tu prójimo por tí mismo, interésate por él con los demas: solicita para él á lo ménos las bondades de Dios.

No has de mirar al hombre en tu prójimo, sino á Dios. De este modo, quien quiera que sea el que te pida socorro, no podrás ménos de dárselo, porque nada quisieras rehusar al mismo Dios.

Si no se hiciera bien á los hombres sino á proporcion de su mérito y buenas calidades, se les haria muy rara vez.

Ama, hijo mio, las obras de caridad por mas que te cuesten. No te detengas en ejercitar tu caridad, aunque sea á costa de tu amor propio.

El mismo Dios te enseña por su ejemplo á hacer bien á todos los hombres, aun á los mas ingratos.

Dad, dice Jesus, *y se os dará* (1). Dad algunas riquezas temporales, y Dios os dará en recompensa las eternas.

No niegues al prójimo tus consejos para

(1) Luc. vi. 38.

que se determine en sus incertidumbres, y Dios por sus inspiraciones te ayudará á salir de tus dudas.

Alivia á los afligidos con palabras de consuelo, y *el Dios de todo consuelo* por las palabras de su gracia te sostendrá en medio de tus aflicciones.

CAPITULO XXII.

De las grandezas de Dios.

Escuchemos ¡oh alma mia! escuchemos á María, que, arrebatada santamente de júbilo y contento, celebra las grandezas de su Dios.

Entremos en los mismos sentimientos de que ella está penetrada. Juntemos nuestras alabanzas á las suyas.

Glorifiquemos con ella al Señor, á este Dios Todopoderoso, que obra, cuando quiere, las mas grandes maravillas, y cuyo nombre infinitamente santo merece los homenajes de toda la tierra.

Que estiende el poder de su brazo para destruir los designios de los soberbios: que abate á los grandes del mundo para ensalzar á los

humildes, y que despoja á los ricos de sus tesoros para colmar de bienes á los que están necesitados.

¿A quién, en efecto, pertenece propiamente la gloria y la alabanza, sino á vos, ó Dios mío?

La grandeza de los hombres es limitada, es prestada, es frágil, depende de nuestras ideas, y muchas veces es falsa y quimérica.

Pero vuestra grandeza ¡oh Dios mío! no conoce límites (1). Vos la teneis de vos solo, y cualquiera otra grandeza está obligada á rendirle vasallaje.

La grandeza de los reyes se acaba con su vida. *El ruido de su caída es bien pronto seguido de un olvido eterno* (2).

Pero vos, Señor, vos *subsistis eternamente*. Vuestra gloria no puede ser limitada ni por los confines del universo, ni por los del tiempo.

¿De qué podrían gloriarse vuestras criaturas? De vos solo tienen todo su poder y sus riquezas: ninguna cosa pueden sin vos; y vos lo podeis todo sin ellas.

Ninguno hay sino vos que sea grande por

(1) Ps. CXLIV, 3.—(2) Ps. IX, 7.

sí mismo. No necesitais de poder ageno para la ejecucion de vuestra voluntad. Querer y hacer es para vos una misma cosa.

Sin salir de vos mismo, hallais dentro de vos, pero sin límites y sin la menor imperfeccion, cuantas perfecciones pueden tener todos los seres visibles é invisibles.

Solo vos poseeis esencialmente y en propiedad todas las perfecciones posibles, porque solo vos poseeis el ser en toda su plenitud.

Los grandes de este mundo merecen nuestros respetos, solo porque son imágen de vuestra grandeza, y porque os habeis dignado confiarles una porcion de vuestro poder. Fuera de esto, ¿qué son ellos delante de vos? *polvo y ceniza* como los demas hombres.

Todas las grandezas del mundo se eclipsan y desaparecen delante de vos. No hay verdadera grandeza sino aquella que no puede recibir ni aumento ni disminucion.

¡Oh Señor, Dios de las virtudes! ¿quién es semejante á vos (1)? Solo vos mereceis las adoraciones del cielo y de la tierra, porque solo vos sois el Dios grande, el Dios siempre

(1) Ps. LXXXVIII, 9.

grande, el Dios grande en todo y por todas partes.

Grande en todas vuestras obras, en lo mas pequeño como en lo mas maravilloso, en la flor de los campos como en las estrellas del firmamento.

Grande en sabiduría, en poder, en justicia y en bondad. ¿Pues quién podrá jamas ¡oh gran Dios! hablar de vuestras grandezas de una manera digna de vos!

Confieso, Señor, mi insuficiencia. Confesión que os es gloriosa, porque es rendir homenaje á vuestra infinita grandeza el reconocer y confesar que es superior á toda alabanza y á toda espresion.

CAPITULO XXIII.

De la misericordia de Dios.

SIERVO. ¡Cuánto desee, oh María, oiros celebrar las misericordias del Señor, del mismo modo que se han celebrado sus grandezas! Haced, Madre mía, que yo conciba una alta idea de ellas.

Si recorro con vos la serie de todos los hombres *de generacion en generacion*, no veo

á ninguno de aquellos *que han temido al Señor*, sobre quienes no hayan sido ejercitadas sus misericordias.

Si hiere á los pecadores en medio de su cólera, si les hace experimentar los mas terribles castigos, no es sino despues de haberlos llamado y procurado atraer por sus beneficios.

Las ingratitudes é infidelidades de su pueblo no han podido agotar las fuentes de sus bondades. El Señor les ha abierto el seno de su misericordia con una ternura paternal.

Habia prometido á *Abraham* y á su posteridad que les enviaria un Libertador; y ántes de faltar á su promesa ha buscado en sus padres los motivos de hacer á sus hijos las gracias de que éstos eran indignos.

Ya apareció este Libertador, y los hombres no han podido ménos de conocer el amor que les ha tenido.

Ha estendido su liberal mano sobre todos los desdichados. Hasta los mismos pecadores, léjos de ser escludidos de sus beneficios, han sido el principal objeto de su celo.

Con sentimiento, con el mas vivo sentimiento de su corazon, se vió este Señor abandonado de tantos ingratos, que han preferido

una libertad falsa á la ventaja preciosa de ser del número de sus siervos y de sus amigos.

Para colmo de los testimonios de su inagotable caridad, fué clavado en una cruz, en donde ha derramado hasta la última gota de su sangre.

Los hombres le han visto en esta triste situación, le consideran frecuentemente en ella, y sin embargo, su corazón no se mueve. Aun no ha despedido aquel Señor el rayo que debería destruirlos y aniquilarlos, porque su misericordia y la voz de su sangre claman incesantemente en su favor.

Yo mismo soy ¡oh Virgen Santa! una prueba maravillosa de su paciencia en esperar á un pecador, y de su facilidad en recibirle.

Yo soy aquella oveja descarriada que ha sido restituida á su aprisco por este pastor divino. El mismo se ha dignado llevarme sobre sus hombros, temiendo que yo me fatigase demasiado en el camino.

¿Cómo olvidaré yo jamás aquel día en que este padre, lleno de ternura, viendo volver á él á su hijo pródigo, me abrazó, me bañó con sus lágrimas, y me estrechó sobre su corazón?

¡Oh, cuán bueno es este Dios! A vista de un corazón sinceramente contrito y humillado, se olvida de que es Juez para acordarse solamente de que es Padre.

¡Oh Virgen, Madre del Dios de las misericordias, que habeis intercedido para mi conversión! alcanzadme la gracia de la perseverancia.

Bien sabeis, Señora, la poca constancia que he tenido durante mi vida en mis mejores deseos. Conservad, pues, fortaleced, perfeccionad por vuestra protección estos nuevos deseos de santidad que la gracia hace nacer en mí.

Vuestra caridad conmigo no será menor que la confianza que yo tengo en vos. ¿Acaso el enemigo de mi salvación haría mas para perderme que vos para salvarme?

Dignaos, pues ¡oh la mas amable y compasiva de todas las madres! alcanzar á vuestro hijo los mas vivos sentimientos de lo pasado, la mas exacta fidelidad en lo presente, y una firme constancia para en adelante, y de este modo cantaré en los cielos por toda una eternidad las misericordias del Señor y vuestras bondades.



CAPITULO XXIV.

Del reconocimiento que debemos manifestar á Dios por sus beneficios.

¡Oh Dios infinitamente bueno, que me habeis concedido tantas gracias temporales y espirituales desde que vivo sobre la tierra! yo os ofrezco en reconocimiento todos los sentimientos de gratitud que tuvo María por vuestros beneficios durante toda su vida; pero especialmente cuando entró en la casa de Zacarías y de Isabel.

Isabel daba á María las alabanzas mas bien merecidas; pero María quiso que Isabel olvidase aquella de quien habia recibido los beneficios y que no pensase sino en el bienhechor.

Deseaba que todas las criaturas ¡oh Dios mio! se uniesen á ella para bendeciros por los dones que le habiais hecho.

No se tenia por *dichosa* sino porque el *Todopoderoso* se habia dignado *poner los ojos en la bajeza de su sierva*, para hacer ver cuán grande sois, y cuán *misericordioso*.

¡Ay de mí, Señor! bien lejos de ver en mí iguales sentimientos, despues de haberme dado tantas señales de vuestro amor, no mirais en mí sino un ingrato.

Recibo de vos los bienes, y doy á los hombres las gracias por ellos. Me salen bien mis proyectos, y no atribuyo el suceso sino á mi industria.

Pero sobre todo, ¿qué soy yo, ni qué puedo yo por mí mismo, cuando se trata de mi salvacion? y sin embargo yo no procuro agradecer los auxilios que me dais continuamente para salir bien de este grande negocio.

Si hay alguna cosa en mí que sea agradable á vuestros ojos, solo de vos la tengo, y sin vos yo no pudiera conservarla.

Es verdad que yo cooperó libremente á vuestra gracia; pero esta cooperacion misma es para mí un nuevo motivo de reconocimiento; pues que ni quiero ni hago ninguna cosa buena sino con vuestro socorro.

Bien veis, Señor, la miseria y la flaqueza estremada de mi alma: si vuestra gracia me abandona, ¿en qué vendré yo á parar? ¿á qué deplorables estravíos no me arrastrarán mis malas inclinaciones?

Yo no veo para mí seguridad sino en el convencimiento de mi flaqueza, y en la gratitud que debo manifestar por las gracias con que vuestra misericordia la sostiene.

No permitais ¡oh Dios mio! que la infidelidad me haga indigno de vuestros beneficios, y que la ingratitude me los haga olvidar.

La inclinacion dominante de vuestro corazon es la de hacer bien; pero la ingratitude es tambien, entre todos los vicios, el que detiene mas el curso de vuestras misericordias.

Mil veces he merecido no experimentar mas sus saludables efectos; pero vos habeis querido triunfar de mi corazon á fuerza de beneficios.

¡Oh gran Dios! ya no opongo mas resistencia. Yo seré en adelante todo para vos. Como no vivo sino por vos, tampoco quiero vivir sino para vos.

Pero haced por vuestra gracia que así como mis necesidades y vuestros beneficios son continuos, de la misma manera pase mi vida continuamente en implorar vuestras bondades, y en daros gracias por ellas.



CAPITULO XXV.

De las visitas.

El ejemplo de María, en la visita que hizo á su prima Isabel, debería ser la regla de nuestra conducta en el comercio de la vida civil.

Por mas que María esté revestida de la calidad de Madre de Dios, esta Virgen humilde no espera de ninguna manera á que Isabel la prevenga, condenando así la falsa delicadeza de tantas personas celosas de su autoridad, que disputan sin cesar sobre su primacía.

Pero ¿qué motivo fué el que obligó á María á hacer esta visita? no pudo ser otro que el de la religion.

La curiosidad, la vanidad y el amor propio, son los motivos de la mayor parte de las visitas que se hacen en el mundo; pero ninguna de estas razones contribuyó á la que hizo la mas fiel de todas las vírgenes, sino que únicamente la practicó por motivos muy santos.

Las almas virtuosas, aun en las mismas visitas que hacen, y que el mundo no mira sino como deberes de buena crianza, obran siempre por cierto movimiento de virtud.

La piedad, la caridad y la gloria de Dios dirigen los pasos de María. Va á una casa en donde se ama y se sirve á Dios. Va á felicitar á su parienta por las gracias que Dios le ha hecho, de las que ya estaba instruida por el ángel.

Va á hacerle una visita con la mira de serle útil, y de estrechar mas y mas los vínculos de una union santa.

La piedad no se opondrá de ninguna manera á que cumplamos con las obligaciones de la vida civil, antes bien nos hace santificar su cumplimiento por medio de ciertas consideraciones cristianas.

Como esta virtud procura siempre convertirlo todo en provecho suyo, corta, en cuanto le es posible, todo comercio inútil, toda visita de puro cumplimiento.

Las visitas que desean las personas piadosas, son aquellas que les proporcionan medios de edificarse, edificando á los demas.

Cualquiera otra visita les desagrada, porque la virtud no se halla bien sino cerca de

la virtud: les sirve tambien de molestia y fatiga, y aun les da mucho que sufrir por encontrarse como fuera de su elemento.

Los santos hacen servir á la gloria de Dios, á la edificacion del prójimo y á su propia perfeccion, aun las acciones que parecen mas indiferentes.

Si se les imitase en esto, y se practicasen las visitas con el mismo espíritu, ¿qué frutos no pudieran sacarse de este comercio civil que constituye una parte de los deberes de la sociedad?

Se gustarian en ellas mil dulzuras inocentes, desconocidas de las personas del siglo. Se animarian mutuamente los hombres á la virtud.

No se saldria con aquel vacío que dejan en el corazon las visitas enojosas del mundo, sino con aquella alegría inocente que es como el patrimonio de las almas santas.

Tened, pues, almas cristianas, tened siempre á la vista el modelo que acabo de trazaros. No salgais, como María, sino rara vez de vuestra soledad, ni os junteis sino con personas virtuosas.

No busqueis, como ella, sino los medios de glorificar á Dios y de edificar al prójimo, y

sacad el provecho que podais del trato que por necesidad habeis de tener con los demas hombres.

CAPITULO XXVI.

De las conversaciones.

Quiero figurarme en mi espíritu que estoy en casa de Isabel, al tiempo que María la visita. ¿Qué lecciones de humildad, de modestia, de discrecion y de caridad no recibo allí!

Isabel reconoce á María por la *Madre de su Dios*: la colma de alabanzas y de bendiciones. Exalta sus grandezas; la felicita por sus prerogativas.

Pero María, léjos de engreirse por su dignidad, dirige á Dios el incienso que se le da, y toma ocasion de aquí para glorificar al Señor.

Conoce las *grandes maravillas que ha obrado en ella el Todopoderoso*; pero ella todo lo dirige á su mayor gloria; y siendo como es la Madre de Dios, jamas se olvida de que es su *Esclava*.

Humildad sincera, y que no tiene nada de

aquella falsa modestia, bajo la cual no se oculta muchas veces sino un secreto orgullo.

¿Cuántos hay, en efecto, que no desprecian las alabanzas que se les dan, sino por atraerse mas? haciendo servir así, por un rasgo delicado de su amor propio, la misma modestia á su vanidad.

María é Isabel no tratan sino de Dios, de sus grandezas y de sus misericordias: están enteramente poseidas de su amor, y ponen todas sus delicias en contar las maravillas de su sabiduría, de su poder y de su bondad.

Cuando los dones de Dios son el único objeto de nuestra alegría, es Dios por consiguiente el único objeto de nuestras gratitudes y nuestras alabanzas.

La boca habla comunmente de aquello mismo de que el corazon está lleno (1) Vosotros no hablais sino del mundo y de sus vanidades; señal demasiado cierta de que no amais sino al mundo, y de que vuestro corazon está aprisionado por sus falsos deleites.

Ellos *son del mundo*, decia el discípulo amado; *y por eso no hablan sino del mundo, y el mundo los escucha* (2). *Si fuesen de*

(1) Matth. xii, 34.—(2) Joan. iv, 5.

sacad el provecho que podais del trato que por necesidad habeis de tener con los demas hombres.

CAPITULO XXVI.

De las conversaciones.

Quiero figurarme en mi espíritu que estoy en casa de Isabel, al tiempo que María la visita. ¿Qué lecciones de humildad, de modestia, de discrecion y de caridad no recibo allí!

Isabel reconoce á María por la *Madre de su Dios*: la colma de alabanzas y de bendiciones. Exalta sus grandezas; la felicita por sus prerogativas.

Pero María, léjos de engreirse por su dignidad, dirige á Dios el incienso que se le da, y toma ocasion de aquí para glorificar al Señor.

Conoce las *grandes maravillas que ha obrado en ella el Todopoderoso*; pero ella todo lo dirige á su mayor gloria; y siendo como es la Madre de Dios, jamas se olvida de que es su *Esclava*.

Humildad sincera, y que no tiene nada de

aquella falsa modestia, bajo la cual no se oculta muchas veces sino un secreto orgullo.

¿Cuántos hay, en efecto, que no desprecian las alabanzas que se les dan, sino por atraerse mas? haciendo servir así, por un rasgo delicado de su amor propio, la misma modestia á su vanidad.

María é Isabel no tratan sino de Dios, de sus grandezas y de sus misericordias: están enteramente poseidas de su amor, y ponen todas sus delicias en contar las maravillas de su sabiduría, de su poder y de su bondad.

Cuando los dones de Dios son el único objeto de nuestra alegría, es Dios por consiguiente el único objeto de nuestras gratitudes y nuestras alabanzas.

La boca habla comunmente de aquello mismo de que el corazon está lleno (1) Vosotros no hablais sino del mundo y de sus vanidades; señal demasiado cierta de que no amais sino al mundo, y de que vuestro corazon está aprisionado por sus falsos deleites.

Ellos *son del mundo*, decia el discípulo amado; *y por eso no hablan sino del mundo, y el mundo los escucha* (2). *Si fuesen de*

(1) Matth. xii, 34.—(2) Joan. iv, 5.

Dios (1), hablarían de Dios, ó á lo ménos no dirían ninguna cosa que no fuese segun Dios.

Acordaos, pues, de que dareis cuenta en el juicio de Dios de una *sola palabra ociosa*. ¡Qué justo motivo de temor para vosotros!

¡Oh, y cuán pocas conversaciones hay, aun entre personas que hacen profesion de piedad, en donde no se aumente la cuenta que será necesario dar á Dios!

¿De qué se trata en ellas mas comunmente? De vanidades del mundo, de novedades, de cosas de ninguna importancia. Estas son las conversaciones que pasan por las mas inocentes.

No parece sino que no se puede conversar sin hablar de los defectos del prójimo: la conversacion viene á ser molesta, si no se mezcla en ella algun rasgo de crítica ó de malignidad.

¡Ay de vosotras, lenguas maldicientes, que siempre agudas como la de la serpiente, poneis toda vuestra diversion en herir la reputacion del prójimo!

(1) Joan. iv, 6.

¡Y desdichados igualmente aquellos que se complacen en escucharlas! El que presta libremente sus oidos á la maledicencia, se hace cómplice en ella.

Mirad como una obligacion de conciencia el no decir jamas mal de nadie. Si no podeis impedir el que los demas murmuren, hacedles conocer á lo ménos por vuestro silencio, que no tomáis ninguna parte en sus proposiciones maldicientes.

Concebid un horror santo á toda conversacion contraria á la honestidad; y guardaos bien de aprobar; ni aun con cierta sonrisa, como hacen algunos, un lenguaje que el mundo llama galantería, pero que es frecuentemente el lenguaje de la pasion.

Poned especialmente toda vuestra gloria en pasar por un hombre, delante de quien ninguno se atreve á zaherir la religion, ni la piedad. Reprended al impío con una libertad santa; y si no halláreis otro medio de detener la impiedad sobre sus labios, manifestadle á lo ménos, por una señal clara y evidente, cuál es vuestro modo de pensar.

Sed verdadero en vuestras relaciones, modesto y reservado en vuestras palabras, afable con todo el mundo, y no os negueis á una

alegría inocente, pues que la virtud os la permite, y algunas veces os la manda.

Por lo mismo que estais mas espuesto á pecar por la lengua, es necesario que tengais mayor precaucion para no incurrir en aquellas faltas cuya principal causa es ella misma.

Si acostumbrais á conversar á solas con Dios en vuestra casa, os presentareis despues con ménos peligro entre los hombres, quando os sea preciso estar delante de ellos.

Quando tengais que presentaros entre otras gentes, rogad ántes al Señor *que ponga una guarda de circunspeccion en vuestros labios* (1); y pensad durante la conversacion, que Dios está presente, y os escucha. Hablad á este Señor interiormente alguna vez por medio de algun afecto del corazon.

Quando se haya acabado la conversacion, pedios cuenta á vos mismo de lo que ha pasado en ella, para dar gracias á Dios, si no habeis cometido ninguna falta, ó para corregiros, si habeis incurrido en ella.

De este modo llegaréis á adquirir aquella discrecion y prudente cautela en vuestras

(1) Ps. cxli, 3.

palabras, tan recomendada por los maestros de la vida espiritual, y que miran justamente como punto de grande perfeccion.

CAPITULO XXVII.

De la verdadera amistad.

SIERVO. *Un amigo fiel es un rico tesoro, dice la Escritura (1): su hallazgo está prometido únicamente á los que temen á Dios.*

El cielo os hizo hallar, ó María, este precioso tesoro en vuestra prima Isabel, y á ésta la gratificó el Señor, dándola á vos por amiga suya.

Nos ofreceis así la una como la otra el modelo mas perfecto de la amistad, y de una amistad santa, libre de todo aquello que suele corromper las amistades humanas.

Una dichosa uniformidad de sentimientos, pero de sentimientos religiosos, os hacia mirar mas estrechamente la una á la otra: la gracia y la virtud era lo que vos estimábais en Isabel; y esto mismo era lo que vuestra prima estimaba recíprocamente en vos.

(1) Eccl. vi, 14, 6. 16.

Teniais entre las dos frecuentes conversaciones con mutuas confianzas: os dábais consejos: os servíais la una á la otra como á porfia; pero todas las pruebas de vuestra amistad iban dirigidas á un mismo interes, qual era el de la mayor gloria de Dios.

Bien conocia Isabel que su corazon, desde de que se habia unido al vuestro, concebía hácia Dios aun mas vivos sentimientos que ántes.

Y vos, Virgen Santa, haciais tantos progresos en la virtud en casa de vuestra prima, como si estuviéseis en vuestra soledad de Nazaret.

Contentas con vuestra union, os separásteis sin dejar de amaros. La virtud que une dos corazones, no puede estar sujeta á la inconstancia.

MARÍA. Nunca, hijo mio, te lisonjees de que gustas de las dulzuras inocentes de la amistad, si no has procurado buscarlas en una amistad virtuosa.

No hay cosa mas comun que engañarse en la eleccion de los amigos. Es necesario no dar su confianza sino á aquellos cuya fidelidad se conoce, y sobre cuya religion se puede contar.

Encontrarás muchos de estos amigos comunes y ordinarios, que te darán ciertas señales exteriores de amistad; pero no esperes otra cosa de ellos.

Serán tus amigos miéntras puedan sacar algun provecho de la prosperidad en que estés; pero si ésta te llega á faltar, dejarán de serlo.

Procurarán corregirte aquellos vicios cuya infamia pueda recaer tambien sobre ellos: en cuanto á aquellos que el cristianismo condena, pero que no se reparan entre las gentes de mundo, serán los primeros que te esciten á ellos.

Mira lo que es un amigo verdadero: ayuda en las necesidades; consueta en los trabajos; aconseja en las dudas; conduce en los negocios; dirige en los desórdenes, y escita, por medio de sus palabras y de sus ejemplos, al cumplimiento de las obligaciones.

Pero es muy raro hallar un amigo semejante, porque tambien es el consultar á la virtud en la eleccion de los amigos.

Ama á la virtud, y ella te hará encontrar un amigo que sea digno de tí, y, como suele decirse, otro tú mismo.

Hay muchas amistades que parecen á la

primera vista sinceras, y muy finas; y se ve que se acaban luego, porque no habian unido sino vicios.

Haz de tu amistad, en cuanto puedas, un comercio de edificacion, para que dando á tus amigos el buen ejemplo, le recibas mutuamente de ellos.

Condeseiende con ellos en cuanto te permita la conciencia; pero nunca pases mas adelante.

No les pidas ninguna cosa que no sea justa y razonable; y sobre todo, no uses con ellos de la adulacion con la mira de que hagan contigo lo mismo.

CAPITULO XXVIII.

De la confianza en Dios, y cómo debemos abandonarnos á su providencia.

La confianza en Dios es uno de los mas grandes homenajes que podemos hacer á sus perfecciones. Quanto mayor y mas generosa sea de nuestra parte, tanto mas nos honra.

Por medio de esta confianza le reconocemos por el Ser Supremo, que puede todo lo

que quiere, y cuya voluntad iguala á su poder.

Es uno de los medios mas eficaces para alcanzar del cielo muchas gracias y señalados favores.

María nos ha dado mas de un ejemplo de esta virtud. El que nos dejó, remitiendo á Dios el cuidado de su reputacion, es por cierto bien notable.

El esposo que le dió el Señor para guarda de su virginidad, concibe una sospecha contra ella, que es perjuicio de su honor, y piensa en informarse secretamente.

María no manifiesta por eso ninguna inquietud; sino que, llena de confianza en Dios, espera con humildad el instante de su providencia.

Llega en efecto este momento. José es iluminado desde lo alto: se desvanecen sus recelos, y lleno de veneracion por la virtud de su esposa, ya no duda estrecharse inviolablemente con ella.

En esto se ve claramente cuán provechoso es confiar en Dios, y poner en sus manos todos nuestros intereses.

Todo está prometido á la confianza: el rocío del cielo, la feracidad de la tierra, las es-

taciones benignas, y los bienes de la eternidad.

El que se apoyare sobre un brazo de carne, será semejante al arbolillo que crece en el desierto (1). Se hallará seco dentro de muy poco tiempo.

Pero el que pone su confianza en el Señor, y le considera como su único apoyo, se parecerá á uno de aquellos plátanos hermosos que crecen sobre el borde de las aguas (2). Sus hojas, al abrigo de todo viento que las abraze, conservarán su verdor, y el árbol no cesará de dar fruto.

No hay cosa que no nos mueva á la confianza. La bondad de Dios, su poder, sus promesas, su fidelidad, el conocimiento que tiene de nuestras necesidades, nuestra propia flaqueza, y la esperiencia que todos los dias nos está manifestando la insuficiencia de los hombres y aun su perfidia.

Recurrid, pues, con confianza á su providencia en todos vuestros trabajos, cualesquiera que sean. Os quejais de que vuestro Dios no os da socorro en vuestras aflixiones; pero no dudeis de que este Señor solo espera pa-

(1) Jerem. xvii, 5.—(2) Ibid. 8.

ra dáosle el que vuestra confianza os lleve á sus piés á pedirle.

Sabe, mejor que ninguno, la triste situacion en que os hallais; pero si vuestra confianza no le dice nada, se conduce con vosotros como si la supiera.

Os entregais á la turbacion y al desaliento, como si no hubiera Dios en Israel (1).

¡Ah! frecuentemente los hombres se arribatan, se acongojan, se agitan, mientras que un solo acto de confianza restituiria el sosiego y la paz á sus almas.

En todos vuestros peligros, en vuestras dudas, y en vuestras mayores angustias, tomad vuestras medidas, buscad los medios, pedid consejo; pero sea siempre Dios ante todas cosas vuestro primer recurso.

Los hombres no tienen poder, ni luces, ni voluntad para ayudaros y socorrernos, sino porque lo tienen de Dios.

Siempre que nuestra confianza en Dios no sea presuntuosa y temeraria, no puede ser escesiva.

Tanto como el hombre es flaco por sí mis-

(1) IV Reg. i, 16.

mo, otro tanto mas poderoso viene á ser por el Dios en quien se confia.

Los accidentes que os han quitado la salud, no han enflaquecido el poder de aquel que es el único que os la puede restituir.

La muerte os ha robado una persona que era vuestro apoyo; pero no habeis perdido al que la gobernaba en todo lo que hacia por vuestros intereses.

Si queremos reflexionar seriamente sobre esto, veremos que el socorro de Dios no nos falta, sino cuando por nuestra desconfianza nos hemos hecho indignos de él.

CAPITULO XXIX.

De la obediencia.

María y José, sin embargo de que eran de la familia de David, van de Nazareth á Belen para hacerse inscribir allí, segun el edicto augusto, que, con el fin de conocer la estension de su poder, habia mandado hacer un empadronamiento general en todas las partes de su imperio.

No se detienen á examinar si el príncipe habia sido dirigido en el edicto por miras de

interes ó de vanidad. La órden ha sido publicada; ha llegado á su noticia, y se someten á ella.

Si Augusto conociera á María, le diria como Asuero á Ester, *que aquella ley no habia sido hecha para ella* (1); pero la ley la comprende como á los demas, y obedece lo mismo, y aun mejor que los otros, porque lo hace con humildad, con paciencia y sin murmuracion.

María no ve en la órden del príncipe sino la voluntad de Dios, la mira como una disposicion de la Providencia, la cual se somete ciegamente.

La obediencia no sabe formar discursos, porque es en todo muy sencilla. Ninguna cosa hay mas opuesta al espíritu de sumision, que la prudencia de la carne, que quiere verlo y examinarlo todo.

¿En qué vendria á parar la subordinacion, si las órdenes de los que tienen derecho para mandar, se hubiesen de sujetar al exámen de los que deben obedecer?

Si el señor temporal que os manda alguna cosa, no merece por sí mismo vuestra obe-

(1) Esth. xv, 13.

diencia, el soberano Señor á quien representa, la merece.

El que os manda, es verdad que puede engañarse; pero siempre que no se os mande ninguna cosa contraria á la ley de Dios, la obediencia que vosotros le prestais por consideracion á aquel á quien representa, no puede estar sujeta á error; y os servirá siempre de un gran mérito ante Dios.

Es doctrina de los santos, que vale mas hacer cosas pequeñas por obediencia, que hacerlas grandes por su propia voluntad.

La sabiduría mundana insulta á la humildad simplicidad de los corazones obedientes; pero esto consiste en que ella *no ve nada en las cosas de Dios* (1).

¿De qué consideracion deberán ser los juicios de los hombres, para quien toma el Evangelio por regla de los suyos?

No toda obediencia es meritoria. Aquella que prestais por consideracion á las buenas calidades que puede tener aquel que os manda, es una obediencia puramente natural; y por lo mismo no debeis esperar recompensa sino de parte de los hombres.

(1) I Cor. II, 14.

Aun en aquella que se dirige á Dios, se hallan frecuentemente muchos defectos é imperfecciones que le roban una gran parte de su mérito y de su precio.

No obedecer prontamente y con alegría sino en aquello que lisonjea sus propias inclinaciones, mas es hacer su voluntad que la de otro, es ménos obedecer que satisfacer.

El hombre verdaderamente obediente ni dilata la ejecucion de lo que se le manda, ni murmura contra la autoridad de los que gobiernan.

Los libros santos nos enseñan que seamos *sometidos á nuestros señores con toda suerte de respeto, no solamente á los que son buenos y moderados, sino también aun á aquellos que no son de una condicion benigna* (1).

Se haria la obediencia ménos penosa, si se pensase ménos en el hombre á quien se obedece, que en Dios por quien se debe obedecer.

La victoria está prometida, segun el testimonio del Espíritu Santo, al hombre obediente (2).

(1) I Petr. II, 18.—(2) Prov. XXI, 28.

La voluntad propia es un manantial de extravíos y desórdenes. La obediencia nos la santifica, y por este medio nos ahorramos mucho disgustos y arrepentimientos, y merecemos la aprobación de Dios.



LIBRO II.

En el que se consideran la vida y virtudes de la Santísima Virgen, desde el Nacimiento de su Hijo en Belen hasta el tiempo en que se le vió dar la vida sobre el Calvario por la salvacion de los hombres.

CAPITULO PRIMERO.

De la dicha de los pobres.

SIERVO. ¡Oh Virgen Santa! considero, lleno de admiracion y placer, aquella perfecta paz que rebosaba dentro de vuestra alma en el establo de Belen, en donde dísteis al mundo á Jesus.

Se os niega la posada en Belen cuando la llegais á pedir, lo que es para vos un gran motivo de sentimiento; pero no por eso se altera la paz de vuestra alma.

La voluntad propia es un manantial de extravíos y desórdenes. La obediencia nos la santifica, y por este medio nos ahorramos mucho disgustos y arrepentimientos, y merecemos la aprobación de Dios.



LIBRO II.

En el que se consideran la vida y virtudes de la Santísima Virgen, desde el Nacimiento de su Hijo en Belen hasta el tiempo en que se le vió dar la vida sobre el Calvario por la salvacion de los hombres.

CAPITULO PRIMERO.

De la dicha de los pobres.

SIERVO. ¡Oh Virgen Santa! considero, lleno de admiracion y placer, aquella perfecta paz que rebosaba dentro de vuestra alma en el establo de Belen, en donde dísteis al mundo á Jesus.

Se os niega la posada en Belen cuando la llegais á pedir, lo que es para vos un gran motivo de sentimiento; pero no por eso se altera la paz de vuestra alma.

La Reina de los cielos se ve llena de alegría, rodeada de pobres pastores. La Madre del Señor de las estaciones se encuentra gustosa en un establo, espuesta á las injurias del tiempo mas riguroso.

¡Oh Virgen Soberana! os hallais mil veces mas contenta en este establo en el miserable estado en que os veis, que lo estaban los ricos de Belén en medio de la opulencia en que vivian.

MARÍA. Aprende de aquí, hijo mio, el poco caso que se debe hacer de los bienes de la tierra, y cuánto debes estimar tu estado, si te llegas á ver privado de ellos.

En efecto, ¿cómo podrán tenerse los pobres por infelices, cuando piensen que Jesus quiso que su Madre fuese pobre; cuando él mismo no tuvo en su nacimiento sino un pobre, y muy pobre pesebre; cuando *no tuvo durante su vida sobre qué reclinar su cabeza* (1), y no tuvo en su muerte otro lecho que una cruz?

Sus apóstoles no fueron escogidos entre los sábios y poderosos, sino de entre los pobres é ignorantes.

(1) Luc. ix, 58.

A los pobres fué á quienes mas particularmente vino á anunciar su Evangelio; y ha llegado á tanto el amor que ha tenido por ellos, que no ha dudado en asegurar, que mirará como un beneficio hecho á él mismo el que se haga en favor del pobre (1).

Los ricos desprecian á los pobres; pero el mismo Dios que ha dicho: *¡Ay de vosotros, ricos* (2)! *llama á los pobres á su convite* (3).

¡Bienaventurados los pobres de espíritu, dice Jesus, porque de ellos es el reino de los cielos (4)! Palabras que se entienden de aquellos pobres que aman su pobreza, así como hablan tambien de aquellos ricos que no tienen apego á sus riquezas.

Deberian, pues, los pobres, considerar su situacion, no por lo que ofrece de bajo y abatido á los ojos del mundo, sino por lo que tiene de grande y glorioso, que es por donde nos la representa el Evangelio.

Ningun pobre habria, si hubiese fe, y se consultase seriamente, que quisiera cambiar su estado por el de los ricos y felices del siglo.

(1) Matth. xxv, 40.—(2) Luc. vi, 24.—(3) Ibid xvi, 21.—(4) Matth. v, 3.

Hijo mio, el que vive en la abundancia, se apega á los bienes de la tierra, se olvida del cielo, padece vivas tentaciones, y cae frecuentemente: apetecer riquezas, es lo mismo que desear lo mas perjudicial para la salvacion

En vano se procura juntar en esta vida grandes bienes, pues cuando viene la muerte todo se deja.

La virtud es el único bien que queda en aquella hora, y es cierto que el estado de indigencia provee de muchas ocasiones de practicar la virtud.

El rico de quien nos habla el Evangelio, *fué sepultado en los infiernos*, mientras que Lázaro, á quien habia despreciado, *fué conducido despues de su muerte, por mano de los ángeles, al seno de Abraham* (1).

SIERVO. Me acabais ¡oh Virgen Santa! de manifestar cómo la pobreza se debe preferir á todos los bienes de la tierra. Haced, pues, que yo coloque en adelante mis afectos en los bienes del cielo, y que conciba un santo desprecio por los de la tierra.

(1) Luc. xvi, 22.

CAPITULO II.

De la pobreza voluntaria.

¡Qué no tuvisteis que sufrir, oh Virgen Madre de Dios, en vuestra pobreza! pero ni formábais quejas por ello, ni los hombres procuraban aliviaros.

¿Por qué, pues, no representásteis á Jesus el rigor de vuestro estado? ¡La Madre de Dios tenia mas que hablar, y nada se le hubiera rehusado?

Todos los ángeles hubieran venido inmediatamente á vuestro socorro, y hubieran tenido mucho honor el procuraros todos los auxilios necesarios.

MARÍA. Hijo mio: ninguno hay mas rico que aquel que posee á Jesus. Una alma, cuyo único bien es Dios, mira siempre con ojos indiferentes los bienes de este mundo, y consiente voluntariamente en ser pobre.

Yo veia á Jesus, Rey de los cielos, y Señor del mundo, que *siendo rico por sí mismo,*

se habia hecho pobre para enriquecer á los hombres con su pobreza (1), y yo ponía toda mi gloria en imitarle.

¡Dichosos aquellos pobres voluntarios, que, imitando á este divino modelo, se despojan de los bienes de este mundo para no pensar sino en adquirir las riquezas de su amor, y los bienes del cielo!

Bienaventurados, si haciéndose semejantes á Jesus, sufren voluntariamente los efectos de la pobreza, y apartan enteramente su corazón, aun de aquellas cosas, cuyo uso les es permitido.

Pero hay muchos que han abrazado este estado de perfeccion, y sin embargo, están muy distantes de la perfeccion que pide.

Se ve frecuentemente que el corazón se aficiona aun á aquellos cortos bienes que se disfrutan; ¿pues qué sería si se poseyesen mas grandes?

¿Se podrá decir con verdad que se ha hecho pobre por Jesus, quien sin tener los embarazos de las riquezas, desea tener sus comodidades?

Jesus, naciendo en Belen, viviendo en Na-

(1) II Cor. VIII, 9.

zareth, y muriendo en el Calvario, es el único modelo que han pretendido copiar todos los que se han hecho pobres voluntariamente por su amor.

Este es el modelo que todo cristiano debe procurar seguir, apartando de su espíritu y de su corazón todas las riquezas del mundo.

El Espíritu Santo no dice á todos que renuncien á las riquezas, porque no puede exigirse de todos este grado de perfeccion; pero sí dice á todos, que no apeguen á ellas su corazón (1).

Dios no puede establecer su reino dentro de un corazón que está entregado á los bienes perecederos de la tierra.

Jesus, cuando vino al mundo, no eligió para sí una suerte dichosa, según los hombres, sino que despreció las riquezas: forzoso es, pues, que ellas sean dignas de desprecio.

Los bienes de la tierra son falsos; y son perjudiciales, escepto para los que compran con ellos los bienes de la eternidad.

(1) Ps. LXXI, 11.



CAPITULO III.

De la caridad con los pobres.

MARÍA. Ama, hijo mio, á los pobres, y no dejes perder las ocasiones que tengas de aliviarles sus males.

De este modo manifestarás ser digno hijo de Dios, que en sus libros santos se nombra espresamente el procurador del pobre; y que no aconseja simplemente la limosna, sino que la manda á todos aquellos que estén en disposicion de hacerla.

SIERVO. Las instrucciones que me dais ¡oh María augusta! se encuentran aquí confirmadas con vuestro ejemplo. Uno de vuestros mas grandes siervos (1) nos dice, que *repartisteis entre los pobres los ricos presentes que hicieron al Salvador recién nacido los reyes que fueron á adorarle.*

Parecia natural que os hubiéseis aprovechado de ellas para conocer la extrema necesidad que padecíais en Belen; pero aquel

(1) S. Bonav. Vit. Christ. medit. cap. 9.

estado os era muy querido por la semejanza que os daba con vuestro divino Hijo.

Le preferísteis á todas las conveniencias que hubiérais podido tener, y no quisísteis salir de la oscuridad é indigencia en que el cielo os habia hecho nacer, aunque descendiente de la sangre de David.

Ejemplo admirable de desprendimiento, y de caridad juntamente, pues que hicísteis servir para el socorro de los pobres aquello mismo que hubiera podido aliviar vuestra pobreza.

MARÍA. Hijo mio, el mejor uso que se puede hacer de las riquezas, es el de socorrer á los pobres con ellas.

Si tienes muchos bienes, acuérdate de que cuando la Providencia te los ha dado, te ha constituido como su ecónomo ó administrador para que los repartas entre los pobres necesitados.

No imites á aquellos ricos avarientos que tienen siempre las entrañas cerradas á las necesidades de sus hermanos, y que quieren mas verlos morir de miseria, que desprenderse de alguna cosa para socorrerlos.

Estos no piensan sino en atesorar para la vida presente; pero vendrá aquel momento

terrible en que, pasando del tiempo á la eternidad, *despertarán como de un sueño profundo, y se encontrarán con las manos vacías* (1).

Haz como aquellos ricos piadosos y caritativos, que se constituyen los padres de los pobres, y no temen empobrecerse multiplicando sus limosnas.

¿Qué bendiciones no reciben ellos sobre la tierra? Pero ¿cuánto mas preciosas las recibirán despues en el cielo?

El Señor les restituye frecuentemente con usura, aun en este mundo, lo que la caridad les ha hecho derramar en el seno del necesitado; y ademas, todo lo que tienen que esperar en la eternidad, corresponderá á toda la estension de sus promesas.

Si hubieren cerrado los divinos tabernáculos por sus pecados, la limosna se los puede abrir, y *podrán por este medio redimir sus iniquidades* (2).

Mira, hijo mio, como una obligacion, de la cual no te puedes dispensar, el alivio de los necesitados. No escuches de ninguna manera á la codicia, que jamas cree tener bastante para sí.

(1) Ps. LXXV, 6.—(2) Dan. iv, 24.

Te es permitido el ser económico; pero nunca seas ni duro ni avariento. La economía mas laudable es aquella que tiene por objeto el alivio del prójimo.

Nunca te juzgues dispensado de la obligacion de hacer limosna, á ménos que tú seas pobre. *Hazla, pues, segun tus medios* (1).

Si tienes mucho, da mucho; y si tienes poco, pártelo voluntariamente con el pobre (2).

Está cierto, hijo mio, de que todos los que hayan ejercitado las obras de misericordia, tendrán confianza en el tribunal *del Dios de las misericordias*.

CAPITULO IV.

De la necesidad y ventajas de la meditacion.

SIERVO. Cuéntame ¡oh gruta de Belen! todo lo que oyó y entendió María cuando los pastores vinieron á adorar á Jesus en el pesebre.

O si no, decidnos vos ¡oh Virgen, Madre de un Dios! ¿en qué os ocupábais entónces?

MARÍA. Hijo mio, el espectáculo de un

(1) Tob. iv, 8.—(2) Ibid.

Dios infante, alojado en un pesebre, y envuelto en pobres pañales, era para mí un fondo inagotable de reflexiones.

No podia cansarme de meditar este gran misterio. *Todo lo que veía y entendía se grababa dentro de mi alma* (1), y me dejaba las impresiones mas vivas.

Admiraba yo, aun mas que los pastores, la maravilla que acababa de obrarse. Todas las potencias de mi alma estaban ocupadas de este grande objeto.

Por una parte salian continuamente de mi corazon mil tiernos afectos, y por otra no cesaba de dar alabanzas y bendiciones al Dios Todopoderoso.

Si quieres, hijo mio, moverte á vista de los grandes objetos de la fe, es necesario que te ocupes seriamente en ellos, y que los medites con atencion.

La fe de un grande número de cristianos no está enferma, sino porque no procuran mantenerla y fortalecerla con la meditacion.

El olvido de las verdades eternas es la causa de cuantos crímenes y desórdenes se cometen sobre la tierra.

(1) Luc. II, 19.

Meditando frecuentemente sobre las perfecciones de Dios, y reflexionando á menudo sobre la nada de las cosas mundanas, se han desprendido los santos de las criaturas, y han puesto todos sus afectos en el Criador.

Con este santo ejercicio aprendian á no estimar, sino lo que es grande y digno de aprecio á los ojos de Dios: se inflamaba su corazon, y salian de él llamas celestiales, que iban dirigidas al mismo seno de Dios.

No dejes pasar ningun dia sin alimentar á tu alma con alguna de estas verdades. Así es como se aprende la ciencia de los santos.

No te disculpes, como hacen otros muchos, con que no tienes tiempo para meditar: la voluntad es la que te falta, y no el tiempo.

En esta vida no tienes, hablando propiamente, sino un solo negocio, que es el de tu salvacion. Le mirarás ciertamente como de muy poca importancia, si no te persuades de que no se debe dejar pasar un dia sin pensar en él.

Todos los dias hallas tiempo para reflexionar seriamente sobre tus intereses temporales y pasajeros.

¿Pues qué intereses puede haber que te toquen mas de cerca, ni que sean para tí de

mas consecuencia que los de la eternidad?

No te escuses de ninguna manera con que no sabes meditar. Eres capaz de reflexionar sobre mil objetos de pura curiosidad; y cuando se trata de pensar en los grandes objetos de la fe y de la eternidad, ¿pretestas no saber hacerlo?

Solo mirando con la indiferencia mas criminal las cosas de Dios y las de tu salvacion, puedes despreciar este medio poderoso de santificarte.

Hijo mio: si quieres tener siempre tu vida bien arreglada, tómate cada dia un poco de tiempo para examinar delante de Dios si te portas con él como debes.

Si deseas no hallarte sorprendido en la hora de la muerte, aprende todas las horas á morir bien.

Un cuarto de hora que te ocupes todos los dias en meditar al pié de los altares, ó de un Crucifijo, sobre las grandezas de Dios, sobre sus misericordias, sus amenazas, y sobre sus promesas, te hará adquirir una ciencia infinitamente superior á la de aquellos sabios en cuyas obras se aprende todo, ménos la ciencia de salvarse.

¿De qué sirve al hombre haber adornado

su entendimiento de todos los conocimientos útiles y honrosos, segun el mundo, si no tiene los que tuvieron los santos, y que los hicieron ser santos?

El deseo de ser virtuoso, no es bastante para llegar á serlo: es, pues, necesario, estudiar los medios y tomar las medidas convenientes.

Pide continuamente á Jesus la gracia de vencer tu tibieza en un ejercicio, del cual no procura el demonio retirarte, sino porque sabe que es de una grande importancia el practicarle.

No solamente conseguirás por este medio las mas grandes ventajas en tu propia conducta, sino tambien para la de aquellas personas que están mas particularmente confiadas á tu cuidado.

CAPITULO V.

De la observancia de la ley de Dios.

María concibió por obra del Espíritu Santo: llegó á ser Madre sin dejar de ser Virgen: el nacimiento de su Hijo no sirvió sino para hacerla mas pura; y por lo mismo la ley de

mas consecuencia que los de la eternidad?

No te escuses de ninguna manera con que no sabes meditar. Eres capaz de reflexionar sobre mil objetos de pura curiosidad; y cuando se trata de pensar en los grandes objetos de la fe y de la eternidad, ¿pretestas no saber hacerlo?

Solo mirando con la indiferencia mas criminal las cosas de Dios y las de tu salvacion, puedes despreciar este medio poderoso de santificarte.

Hijo mio: si quieres tener siempre tu vida bien arreglada, tómate cada dia un poco de tiempo para examinar delante de Dios si te portas con él como debes.

Si deseas no hallarte sorprendido en la hora de la muerte, aprende todas las horas á morir bien.

Un cuarto de hora que te ocupes todos los dias en meditar al pié de los altares, ó de un Crucifijo, sobre las grandezas de Dios, sobre sus misericordias, sus amenazas, y sobre sus promesas, te hará adquirir una ciencia infinitamente superior á la de aquellos sabios en cuyas obras se aprende todo, ménos la ciencia de salvarse.

¿De qué sirve al hombre haber adornado

su entendimiento de todos los conocimientos útiles y honrosos, segun el mundo, si no tiene los que tuvieron los santos, y que los hicieron ser santos?

El deseo de ser virtuoso, no es bastante para llegar á serlo: es, pues, necesario, estudiar los medios y tomar las medidas convenientes.

Pide continuamente á Jesus la gracia de vencer tu tibieza en un ejercicio, del cual no procura el demonio retirarte, sino porque sabe que es de una grande importancia el practicarle.

No solamente conseguirás por este medio las mas grandes ventajas en tu propia conducta, sino tambien para la de aquellas personas que están mas particularmente confiadas á tu cuidado.

CAPITULO V.

De la observancia de la ley de Dios.

María concibió por obra del Espíritu Santo: llegó á ser Madre sin dejar de ser Virgen: el nacimiento de su Hijo no sirvió sino para hacerla mas pura; y por lo mismo la ley de

la purificacion no debia entenderse con ella.

No obstante, por mas que no fuese comprendida en la ley, quiso observarla, y la observa con tanta regularidad y exactitud, que no omite la menor circunstancia.

El ejemplo de Jesus, que habia querido sujetarse á la ley de la circuncision, no le permite usar de su privilegio.

Por otra parte, la ley no exceptúa á nadie; y así María obedece sin dilacion y sin tardanza.

Parecia que presentando á su Hijo en el Templo, segun la ley, le confundia entre los demas hijos de los hombres.

Pero la ley dice, que las madres ofrezcan á Dios, en el Templo, sus hijos primogénitos, y esto basta. El Padre celestial manifestará, cuando lo juzgue á propósito, la gloria de Jesus. María no piensa sino en obedecer.

Ejemplo bien capaz de confundir nuestra cobardía, cuando se trata de obedecer á la ley de Dios, y de los vanos pretextos que buscamos y alegamos para dispensarnos de una pronta y exacta obediencia.

Es cosa bien extraña que se rehuse el Ser Supremo la sumision que so exige de aquellos que tiene bajo su dependencia.

Siendo, como no eres, otra cosa que polvo y ceniza ¿te atreverás á decir al mas grande de todos los señores, al mismo Dios, que no puedes obedecer; que su ley exige demasiado de tu flaqueza? ¡Oh, qué atrevimiento! ¡qué temeridad!

¡Oh vergüenza! te parece muy pesado el yugo del Señor, sin embargo de que él mismo nos asegura que es *suave y ligero*; y se prefiere á él el del mundo, siendo, como es éste, tan pesado y tan cruel.

Se da al mundo para obedecerle lo mas precioso que los hombres tienen: la flor de los años, la vivacidad del entendimiento, la ternura del corazón, y la actividad de las fuerzas y de los talentos. Pero al Señor se le destina un tiempo para mas adelante, en que dicen que se obedecerá á su voluntad.

Es decir, que se reservan para Dios las heces de los años, las sobras de los sentimientos; en una palabra, todo aquello de que el mundo no hará ya caso.

Se ve todos los dias que los hombres por agradar al mundo, se sujetan ciegamente á sus caprichos, á sus diversiones galantes; y cuando se trata de agradar á Dios, á este Señor tan amable, por medio de una ciega obe-

diencia á sus leyes, se tiene por dura la sujecion, ó á lo ménos, se procuran buscar razones para sacudir el yugo.

Si os consultais á vosotros mismos, y si escuchais al mundo ántes que os determinéis á rendir á Dios la obediencia que se le debe, estad seguros de que no lo obedeceréis, ó de que lo haréis con limitacion, porque la ley de Dios es opuesta á vuestras inclinaciones y á las leyes del mundo.

No debe consultarse á la carne ni á la sangre en lo que interesa á la ley de Dios: la naturaleza nos escita siempre á la relajacion y el mundo á la inobediencia.

¡Oh Señor soberano! que sois el único que teneis derecho para querer, sin que os podamos pedir cuenta de vuestra voluntad: *abrid mi corazon á vuestra ley* (1).

Vuestras palabras son la misma justicia y equidad (2): *haced que caigan sobre mi corazon como un dulce rocío* (3).

Vuestro profeta nos dice en uno de sus cánticos (4): *que una paz abundante es el patrimonio de los que aman y observan vuestra*

(1) II Math. 1, 4.—(2) Ps. cxviii, 142.—(3) Deut. xxxii, 2.—(4) Ps. cxviii et seq.

ley; que ésta es la que comunica la sabiduría á los humildes; la que conduce á la verdadera felicidad; la que destierra la tristeza de los corazones, y la que disipa las tinieblas del entendimiento.

Que es mas digna de estimacion que el oro y las piedras preciosas, y que escede en suavidad á la dulzura de la miel.

Yo me empeño, Señor, de nuevo, en no separarme jamas de su cumplimiento. Dignaos, pues, afirmarme en mi resolucion.

Me propongo observar vuestra ley hasta el último instante de mi vida: será para mí como una rica herencia que quiero conservar con el mayor cuidado; y desde hoy en adelante será siempre para mí el objeto de mi alegría.

CAPITULO VI.

Del buen ejemplo.

Observa María la ley de la purificacion para no dar motivo de escándalo á los judíos que ignoraban quién era esta Virgen.

La observa tambien para dar á su esposo José el ejemplo de una obediencia ciega y

generosa, como asimismo á los demas á quienes Dios instruye como á él del misterio.

No omitas, pues, una accion, aunque no estés obligado á practicarla, si su omision puede escandalizar.

Es necesario dejar algunas veces las dulzuras de la contemplacion, y hacerlo aun con cierta libertad, porque esto es dejar á Dios por Dios.

El que ama á Dios, procura ganar corazones para él; pero el mejor medio de ganarlos es el de enseñar á los otros con el buen ejemplo cómo se le ha de amar.

Las exhortaciones á la virtud, no hay duda que le dan mucha estimacion; pero quando se junta la práctica á la exhortacion, se la persuade mucho mejor: el ejemplo de los santos ha sido causa de que lo sean otros muchos.

Las acciones de virtud que practicaban los apóstoles y los primeros fieles, no eran ménos poderosas sobre muchos espíritus que sus discursos y milagros.

¡Oh, cuán pocos cristianos se encuentran en el dia que sean por su buen ejemplo el *buen olor de Jesucristo!*

No parece que se frecuentan los hombres

sino para contribuir mutuamente á su reprobacion por el mal ejemplo que se dan.

Si quieres condenarte, condénate tú solo, y no hagas parecer contigo á un *hermano tuyo, flaco y miserable, por quien ha muerto Jesucristo* (1).

¿Qué delito no es el robar á tu prójimo los bienes de la tierra! ¿Pues cuán grande no lo será robarle los bienes de la eternidad? Esto es propiamente ser el emisario y el instrumento de los demonios.

Todos debemos dar buen ejemplo, y especialmente aquellos que tienen alguna autoridad ó mando sobre los demas, porque éstos comunmente se conforman con su conducta.

A los grandes comprende tambien muy particularmente esta obligacion. Si no respetan las leyes de Dios y de su iglesia, tienen bien presto imitadores, porque se mira entónces como glorioso el seguir tales modelos.

¿Serán acaso mas grandes que María, que como Madre de Dios tenia todos los títulos de grandeza que puede tener despues de Dios una pura criatura?

(1) I Cor. viii, 11.

Aprendan, pues, de esta Virgen, Madre de un Dios, á servirse de la alta dignidad en que están, para mayor honra y gloria de Dios, que es quién los ha colocado en ella.

¿Es, por ventura, la grandeza, algun título que da derecho, para ser ménos cristiano?

La mayor elevacion, si se aprecia como debe, no es otra cosa que una obligacion mas grande.

CAPITULO VII.

Del amor y precio de las humillaciones.

¡Qué prueba tan grande de humildad, oh Dios mio, nos da vuestra Santa Madre, observando la ley de la purificacion! Ley que no habia sido hecha sino para las madres ordinarias.

La gloria de aquella virginidad de la cual era tan celosa, cuando le anunció el ángel el misterio de vuestra Encarnacion, fué de alguna manera oscurecida por esta ceremonia religiosa.

Pero no ignoraba que vendria el tiempo en que os veria en el mayor abatimiento, y lleno de oprobios; y se tiene por muy dichosa de poder seros en esto semejante.

Cuanto mas vos la habíais distinguido entre las demas mugeres, mas se complacia en confundirse, y en ocultar sus prerogativas.

Una alma que no busca ni desea, como María, sino agradar á Dios, hace poco caso de la estimacion de los hombres, y es poco sensible á sus obsequios.

Prefiere, como se esplica un profeta, el *abatimiento de la casa de su Dios*, á toda la pompa y resplandor que rodea á los hijos del siglo.

La virtud se encuentra mas segura en un estado humilde y abatido, que en el seno de los honores y de las distinciones.

Si está oscura y oculta á los ojos de los hombres, por eso es mucho mas brillante á los ojos de Dios.

La verdadera virtud no pretende otra cosa que atraerse las atenciones de Dios. Aunque sea poco conocida, y aun despreciada, nada importa, entónces es cuando se juzga mas dichosa.

La Providencia, que vela sobre los justos, los conduce muchas veces por el camino de las humillaciones al término del mérito y de la gloria.

El amor propio es verdad que sufre cuan-

do se ve humillado, pero entónces es la humillacion mas saludable.

Los santos daban á Dios muchas gracias por los oprobios que padecian, como por un particular beneficio.

Si yo no tengo los mismos sentimientos, es porque aun soy un hombre todo terreno y carnal, y porque no busco á Dios.

Muchos santos ha habido que pedian á Dios grandes humillaciones: tan grande era el deseo que tenian de su perfeccion.

Si no me siento con el mismo valor, debo á lo ménos recibir con sumision las que él me envía para mi bien, sin que yo se las pida.

Quizá glorificaré á Dios mas por una humillacion sufrida con toda la resignacion que debo tener á su voluntad, que por los dones mas sublimes.

El Hijo de Dios se ha humillado *hasta anonadarse*, como dice el apóstol, y ve aquí el modelo que todos los hombres deben imitar.

Tener horror á las humillaciones, es tenerla igualmente á la semejanza que debemos tener con Jesucristo.

Si Dios me las multiplica, es porque quiere perfeccionar en mí la *imagen de su Hijo*.

Se debe recibir una humillacion con el

mismo placer y reconocimiento que se tendría, si se recibiese un pedazo de la verdadera cruz en que murió Jesucristo.

CAPITULO VIII.

Cómo debemos hacer á Dios los sacrificios que nos pide.

SIERVO. La ofrenda que las madres hacian á Dios en su templo de sus hijos primogénitos, les era poco costosa. Pero la que vos, oh Vírgen Santa, hicisteis de Jesus, os sirvió de un verdadero sacrificio.

Sabíais que debía algun dia dar su vida por la salud de los hombres, y por esto le ofreceis ya entónces como víctima.

Bajo de esta calidad fué propiamente como vos le ofrecisteis, así como él se ofreció á sí mismo á su Eterno Padre.

Este sacrificio fué como el primer momento de todo cuando tuvisteis que sufrir hasta el último suspiro de la vida de Jesus.

Vuestra alma comenzó entónces á ser traspasada *con aquel cuchillo de dolor* (1) de

(1) Luc. II, 36.

que habla Simeon, teniendo á Jesus entre sus brazos.

Las madres de la tierra no hay duda que aman á sus hijos; pero no consagran á ellos todos sus afectos. ¿Cuántos no reservan para la vanidad? ¿cuántos para ellas mismas? pero vos, Madre mia, amábais á Jesus, le amábais de todo vuestro corazon, y no amábais otra cosa que á él.

Era vuestro Hijo único, y comenzábais entónces á gustar la dulzura de ser Madre, y Madre de un tal Hijo.

Pero sin embargo, llega el dia de ir á ofrecerle á su Padre, *y vais sin la menor detencion* (1).

¡Oh digna hija de Abraham y heredera de su fe! Sofocais, dentro de vuestro corazon, todos los sentimientos naturales, para no escuchar sino la voz de Dios, que os pide el sacrificio de lo que teneis mas querido en el mundo.

MARÍA. Hijo mio: sé firme y generoso, así como yo lo fuí, cuando Dios te pide alguna cosa, de cualquiera naturaleza que sea.

¡Ay de mí! El Señor quiso que le sacrificase lo mas querido que yo tenia, y tan jus-

(1) Luc. II, 22.

tamente amaba; pero ¿qué sacrificio es el que exige de tí, sino de aquello mismo que tú debieras aborrecer?

Si amas á Dios, la generosidad debe ser el principal carácter de tu amor. Un corazon estrecho y limitado no sabe lo que es amar.

¿Será, por ventura, amor, no querer emprender nada por Dios, y desanimarse á vista de las dificultades que hay que vencer?

El amor verdadero se señala en el dolor y en los combates. La delicadeza no se aviene bien con los sentimientos que debe tener el que hace profesion de ser discípulo de Jesus.

¿Quieres hacer sacrificios agradables al Señor? Pues hazlos prontamente, y sin examinar lo que te cuesta el hacerlos.

El mundo exige de sus seguidores los sacrificios mas duros; pero no obstante, basta que él los pida para hacérselos pronta y enteramente. ¿Y Dios será el único Señor á quien nada se le ha de sacrificar, sin examinar primero si pide demasiado?

¡Oh hijo mio! cree que ama poco á su Dios el que pone límites á los testimonios de amor que le debe dar.

¿Quién osará presentar al mundo, sin embargo de que no se gobierna sino por capricho, y que no ama sino por interes, un corazón tal como el que la mayor parte de los cristianos se atreven á ofrecer á Dios?

Un hijo que no hace sino aquello precisamente que su padre le ordena, y una esposa que no cuida de agradar á su esposo sino en aquello que nada absolutamente le cuesta, ¿dan acaso alguna prueba de una amistad sincera, ni puede decirse con verdad que éstos aman?

Dios es infinitamente bueno con todas sus criaturas; pero tambien es al mismo tiempo un *Dios celoso*.

No se le sirve como él quiere ni como merece, si no se hace con un *corazon sometido enteramente á su voluntad* (1).

Avergüénzate de ser tan cobarde en su servicio. Y cúbrete de confusion al ver lo poco que haces por él, despues que este Dios ha hecho tanto por tí.

Te parece muchas veces que sus preceptos son dificiles de ejecutar. ¡Pero ah! hijo

(1) Coloss. iv, 12.

mio; si es así, no es por otro motivo sino porque quiere que merezcas sus recompensas.

Fortuna, quietud, reputacion, salud, y aun la misma vida, todo pudiera pedírtelo, porque tiene derecho para todo.

Tampoco debes estrañar si, conforme vas dando á Dios lo que te pide, este Señor te pide cada vez mas. Obra Dios de este modo, porque quiere disponerte para recibir en este mundo grandes favores, y hacer que merezcas las mas grandes recompensas en el cielo.

CAPITULO IX.

De las disposiciones con que debemos mirar los males de que estamos amenazados.

MARÍA. ¿Cuál es, hijo mio, la causa de las lágrimas que derramas, y de los suspiros que das al cielo?

SIERVO. ¡Ay de mí! ¡Reina de los santos! que cuando comenzaba á disfrutar de alguna tranquilidad, me encuentro de repente rodeado de nuevas inquietudes.

La injusticia, la calumnia, la ingratitude, forman contra mí nuevos proyectos. ¡Madre

¿Quién osará presentar al mundo, sin embargo de que no se gobierna sino por capricho, y que no ama sino por interes, un corazon tal como el que la mayor parte de los cristianos se atreven á ofrecer á Dios?

Un hijo que no hace sino aquello precisamente que su padre le ordena, y una esposa que no cuida de agradar á su esposo sino en aquello que nada absolutamente le cuesta, ¿dan acaso alguna prueba de una amistad sincera, ni puede decirse con verdad que éstos aman?

Dios es infinitamente bueno con todas sus criaturas; pero tambien es al mismo tiempo un *Dios celoso*.

No se le sirve como él quiere ni como merece, si no se hace con un *corazon sometido enteramente á su voluntad* (1).

Avergüénzate de ser tan cobarde en su servicio. Y cúbrete de confusion al ver lo poco que haces por él, despues que este Dios ha hecho tanto por tí.

Te parece muchas veces que sus preceptos son dificiles de ejecutar. ¡Pero ah! hijo

(1) Coloss. iv, 12.

mio; si es así, no es por otro motivo sino porque quiere que merezcas sus recompensas.

Fortuna, quietud, reputacion, salud, y aun la misma vida, todo pudiera pedírtelo, porque tiene derecho para todo.

Tampoco debes estrañar si, conforme vas dando á Dios lo que te pide, este Señor te pide cada vez mas. Obra Dios de este modo, porque quiere disponerte para recibir en este mundo grandes favores, y hacer que merezcas las mas grandes recompensas en el cielo.

CAPITULO IX.

De las disposiciones con que debemos mirar los males de que estamos amenazados.

MARÍA. ¿Cuál es, hijo mio, la causa de las lágrimas que derramas, y de los suspiros que das al cielo?

SIERVO. ¡Ay de mí! ¡Reina de los santos! que cuando comenzaba á disfrutar de alguna tranquilidad, me encuentro de repente rodeado de nuevas inquietudes.

La injusticia, la calumnia, la ingratitude, forman contra mí nuevos proyectos. ¡Madre

caritativa! dignaos conceder á vuestro hijo el socorro de vuestra proteccion.

MARÍA. Te hallas, hijo mio, en un estado semejante en alguna manera á aquel en que yo estuve cuando oí en el templo el oráculo de Simeon.

Despues de haberme anunciado la futura grandeza de Jesus, me predijo que seria entregado á la *contradiccion* y persecucion, y que un *cuchillo de dolor, traspasando mi alma*, me haria participar de los males que mi Hijo padeceria.

Ya entónces estaba yo informada por los libros santos, de los tormentos que debia padecer Jesus. Abel muerto, José vendido, David perseguido, y el cordero pascual sacrificado, eran otras tantas figuras que me anunciaban lo que debia suceder.

¡Ah! ¿qué amargura no derramaba sobre los dias de mi vida el espectáculo sangriento de la muerte de Jesus, que tenia sin cesar delante de mis ojos!

¡Qué gemidos no daba yo en lo mas íntimo de mi corazon, cuando teniendo á Jesus en mis brazos, consideraba que no debia salvar al mundo sino por la muerte mas cruel!

Cuando veia en el templo degollar un cor-

dero, ó inmolar una paloma, entónces me decia yo á mí misma: así Jesus será sacrificado algun dia.

SIERVO. ¡Oh Vírgen Madre! bien conozco que os debió ser muy doloroso vuestro estado, y que la iglesia os llama con justa razon la *Reina de los Mártires*.

Muchos mártires perdieron la vida, habiéndoles cortado la cabeza; otros han sido espuestos á las bestias, y algunos han perecido ó por el agua ó por el fuego; pero sus tormentos de ordinario han sido de corta duracion, y los vuestros continuaron por espacio de treinta y tres años.

Poseida siempre de mas valor y fortaleza, que todos los mártires juntos, mirábais del modo mas heróico, los nuevos tormentos que Dios os preparaba, y especialmente aquellos que debíais padecer algun dia en el Calvario.

Pero yo, Vírgen Santa, soy la misma flaqueza y cobardía á vista de los tormentos de que estoy amenazado.

Se renovaba continuamente vuestro dolor, pensando en los tormentos que Jesus habia de padecer, y renovábais tambien sin cesar el primer sacrificio que habíais hecho de él en el templo.

Vuestra alma se hallaba como anegada en la tristeza mas profunda; pero no por eso se alteraba su paz de ningun modo. Queríais vos, con la sumision mas perfecta, todo lo que Dios queria.

Y yo me estremezco cuando considero las nuevas cruces que me destina. Cuanto mas apetezco la paz y el sosiego, mas advierto que mi espíritu se recela, y mi corazon se queja.

MARÍA. No dudes, hijo mio, de que Dios *no permitirá que seas tentado ni afligido sobre tus propias fuerzas* (1); siempre te proporcionará el socorro á la tentacion.

Escucha á su gracia que ya te habla; corresponde á sus movimientos: cuando Dios prepara á un alma muchos trabajos, le proporciona tambien los medios de sobrellevarlos.

Las cruces son uno de los presentes mas ricos que Dios puede hacer á sus criaturas, y el recibirlas con humildad, es el sacrificio mas agradable que se puede hacer al Criador.

Es verdad que son grandes las que te pre-

(1) I Cor. x, 13.

para; pero lo es tambien que Dios tiene sobre tí grandes designios de santificacion. *¿Y te atreverás tú á impedir el que los designios de Dios se ejecuten?*

Tu turbacion y tus quejas no te librarán de estas cruces. Por mas que hagas, será indispensable llevarlas. Pues *¿cuál es el partido mas prudente que deberás seguir?*

Será, hijo mio, el de someterte á todo lo que Dios ordena. *El Señor, dirás, es dueño absoluto de todo; pues obre en mí como lo juzgue mas á propósito* (1).

Verás de este modo que Dios, movido de tu sumision, y fiel á sus promesas, te hará mas ligeras que lo que tú esperabas aquellas cruces que de léjos te parecian de tanto peso.

Te hará el Señor tan llevaderos tus trabajos, que te obligará á decir: *Cuanto mas participamos de los sufrimientos de Jesucristo, tenemos mas parte en los consuelos que nos envía* (2).

SIERVO. Os doy gracias, oh María Augusta, por las lecciones que me dais. Advierto que ellas van animando mi flaqueza.

¡Ah! Vos sois la que me alcanzais una

(1) II Cor. i, 5.—(2) I Reg. iii, 18.

fuerza nueva que siento dentro de mi alma, para ir con valor delante de estas cruces que tanto me llenaban de temor.

Bendito sea el Señor mi Dios (1), que por las instrucciones de su divina Madre, prepara mis manos para el combate, y me enseña á sostener una guerra, en donde sin su socorro no podría ménos de perecer.

CAPITULO X.

Cómo se debe portar una alma, y de los sentimientos que deben ocuparla cuando Dios observa con ella una conducta que le es incomprendible.

Hizo Dios saber á María, por su esposo José, el que ya habia sido instruido por ministerio de un ángel, que era necesario librar al Niño Jesus del furor de Heródes, y ponerse en camino para Egipto.

Pero ¿acaso Dios no tenia en su poder infinito algun recurso para mudar el corazon de este príncipe? ¿No parecia indigno de un Dios el huir de un hombre flaco y miserable?

(1) Ps. cxliii, 1.

teger á todos los que pongan en él su confianza.

Jamas te turbes á vista de las órdenes que Dios te da, por difíciles de ejecutarse que parezcan: espera en él, y te ayudará.

Aunque te parezca que la obediencia á su voluntad te debe esponer á la mayor indigencia, no te acongojes por esto; *déjalo todo á su cuidado (1), que su Providencia hará que nada te falte.*

Si piensas que te vas á ver espuesto á la burla de los malos, á sus insultos y persecuciones, no te desanimes de ningun modo: *Dios será tu protector en medio de tus tribulaciones (2).*

La confianza que tienen en él los justos, es para ellos un seguro fiador de su protección. Aunque parece abandonarlos alguna vez, *les hace por fin hallar la calma (3).*

Los habitantes de Betulia no esperaban ninguna cosa del Dios de sus padres, y este Señor tenia entónces puestos sobre ellos los ojos de su Providencia, mas que nunca.

El casto José no estaba olvidado, y sin embargo se hallaba en una prision oscura gi-

(1) Ps. xxxvi, 39.—(2) Ps. xl.—(3) Ps. liv, 23.

fuerza nueva que siento dentro de mi alma, para ir con valor delante de estas cruces que tanto me llenaban de temor.

Bendito sea el Señor mi Dios (1), que por las instrucciones de su divina Madre, prepara mis manos para el combate, y me enseña á sostener una guerra, en donde sin su socorro no podría ménos de perecer.

CAPITULO X.

Cómo se debe portar una alma, y de los sentimientos que deben ocuparla cuando Dios observa con ella una conducta que le es incomprendible.

Hizo Dios saber á María, por su esposo José, el que ya habia sido instruido por ministerio de un ángel, que era necesario librar al Niño Jesus del furor de Heródes, y ponerse en camino para Egipto.

Pero ¿acaso Dios no tenia en su poder infinito algun recurso para mudar el corazon de este príncipe? ¿No parecia indigno de un Dios el huir de un hombre flaco y miserable?

(1) Ps. cxliii, 1.

teger á todos los que pongan en él su confianza.

Jamas te turbes á vista de las órdenes que Dios te da, por difíciles de ejecutarse que parezcan: espera en él, y te ayudará.

Aunque te parezca que la obediencia á su voluntad te debe esponer á la mayor indigencia, no te acongojes por esto; *déjalo todo á su cuidado (1), que su Providencia hará que nada te falte.*

Si piensas que te vas á ver espuesto á la burla de los malos, á sus insultos y persecuciones, no te desanimes de ningun modo: *Dios será tu protector en medio de tus tribulaciones (2).*

La confianza que tienen en él los justos, es para ellos un seguro fiador de su protección. Aunque parece abandonarlos alguna vez, *les hace por fin hallar la calma (3).*

Los habitantes de Betulia no esperaban ninguna cosa del Dios de sus padres, y este Señor tenia entónces puestos sobre ellos los ojos de su Providencia, mas que nunca.

El casto José no estaba olvidado, y sin embargo se hallaba en una prision oscura gi-

(1) Ps. xxxvi, 39.—(2) Ps. xl.—(3) Ps. liv, 23.

miendo entre sus cadenas. Pero luego se le vió salir de repente para ser elevado á la autoridad soberana.

Es verdad que no siempre la Providencia libra á los justos de todo temor y peligro, ni provee siempre á sus necesidades como desean, ni de la manera que piden.

Pero la conducta del Señor no es ménos admirable cuando los saca de la indigencia ó los venga de las injusticias que padecen, que cuando parece que no hace caso y los deja ser sus víctimas.

Dios tiene cuidado de darles gracia y la paciencia necesaria en sus trabajos, y por este medio les hace mas favor que si los colmasse de prosperidades.

¿Cuántos cristianos hay que padecen muchas necesidades, y sin embargo, se hallan tan contentos en su estado que parece que nada les falta? Bendicen éstos á la Providencia, y no cambiarán su suerte por la de los felices del siglo.

Recorre, pues, al Señor, en todas tus necesidades, y descansa en él. Los socorros que recibirás, aunque no sean siempre palpables y sensibles, no por eso serán ménos en la realidad, ni de ménos consuelo.

Así, Dios mio, por admirables que sean vuestros designios sobre mí, yo me contento con adorarlos. Obrad, Señor, por mas que yo no comprenda los motivos.

Vuestra conducta, por sernos oculta, no es ménos adorable. Vuestras obras llevan el carácter de una sabiduría suprema, aunque el hombre sea incapaz de comprender sus secretos.

Yo quiero, pues, manifestar á vuestras órdenes, aunque no alcance sus motivos, la misma sumision que tengo á las verdades que me habeis revelado.

Aunque yo no conciba estas verdades, son lo mismo para mí que si las viese claramente, porque vos sois, Señor, el que habeis hablado.

CAPITULO XI.

Del cuidado que tiene la Providencia de los justos.

SIERVO. ¡Oh Virgen obediente! considé- ro, con el mayor placer y alegría, aquella igualdad de alma que conservais cuando os veis en la necesidad de salir para Egipto.

Estais firmemente persuadida de que Dios, á cuya conducta os abandonais, velará sobre vos en el camino, y que no os desampará cuando háyais llegado al término que os ha señalado.

Y en efecto ¿cómo no habia de tener aquel Señor puestos sus ojos sobre vos y sobre el sagrado depósito de que estábais encargada?

No, no tenéis por qué temer, ni las *emboscadas de la noche, ni los mortales tiros que pudieran despedir de dia contra vos manos enemigas* (1).

El Señor ha encargado á los ángeles vuestra custodia, y tienen orden de seguirnos fielmente todos vuestros pasos (2).

Les ha mandado apartar de vos *todo peligro, y que os lleven, si es necesario, entre sus manos*.

¿Qué importa que la tierra donde vais sea infestada de serpientes venenosas y de animales feroces, si *vos camináis*, sin experimentar ningun daño, *sobre el áspid y el basilisco, y poneis el pié sobre el dragon y el leon?*

MARÍA. El Señor, hijo mio, ha prometido en muchos lugares de sus libros santos, pro-

(1) Ps. xc, 6.—(2) Ps. xc. 11 et sep.

¿No podia Dios renovar, en favor de Jesus, el prodigio de las plagas con que affligió á los egipcios para salvar á su pueblo?

¡Ah! María no trata de ninguna manera de comprender los designios de Dios en la conducta que observa con ella.

La voluntad de Dios debe igualmente ser obedecida cuando se comprenden las razones de lo que se manda, que cuando no se comprenden.

¿Hallará María con qué mantenerse durante un viage tan largo en medio de los desiertos, y en aquella tierra estrangera á donde se la envía? No intenta examinarlo de ningun modo.

El mismo Dios que le ha hecho intimar la orden de salir, es bastante poderoso para proporcionarle medios de subsistir, por mas que no se prevean.

¿Permanecerá siempre María en Egipto? No se informa de esto. Volverá cuando Dios le dé á entender que es tiempo de volver?

Dios podrá comunicarle órdenes aun mas incomprensibles que estas; pero no por eso se alterará la paz de su alma.

¿De qué puede inquietarse una alma, cuando sabe que Dios la conduce? ¿Puede ha-

ber mas segura proteccion que la de la Providencia?

Vos, Señor, me mandais caminar por unas sendas que me son desconocidas; pero vos lo mandais, y esto basta: vuestra voluntad me sirve de luz y de razon.

Yo no sé á dónde voy; pero estoy seguro de que si me dejo gobernar por una guia tan sábia como vos, no me perderé en el camino.

Caminaré con seguridad, aun en medio de las tinieblas de la noche, porque estoy cierto de que vos no me habeis de abandonar.

¿De qué me servirán mis cortas luces en un camino que vos mismo me habeis abierto, y que me mandais seguir con una obediencia ciega? Si vos, Señor, hablais, á mí no me toca otra cosa que obrar sin escucharme á mí mismo.

Los hombres se abandonan enteramente á la conducta de otro, si le tienen por prudente é instruido: ¿cómo podré yo ¡oh Sabiduría eterna! tener algun motivo de desconfianza, cuando vos sois el que me dirigís?

Vuestra prudencia se complace muchas veces en llegar á los fines por unos medios que parecen enteramente contrarios.

conocimiento, me dais grandes ejemplos de la piedad mas fervorosa.

Este favor era el que os llevaba todos los años á Jerusalem al tiempo en que se solemnizaba la Pascua (1).

Aunque la obligacion de asistir á esta grande solemnidad no se entendiese sino con (2) José, vuestro esposo, nunca dejábais de acompañarle.

¿Cómo podia un amor tan generoso como el vuestro, ceñirse á no hacer por Dios sino lo que era de una obligacion estrecha é indispensable?

¡Ay de mí! ¡y qué alma tan ingrata es la mia! pues yo no he obrado de otro modo con mi Dios.

A pesar de todos sus beneficios, jamas he tenido para él sino un corazon limitado, y ha sido necesario que me mandase como Señor absoluto para que yo le obedeciese y prestase mis obsequios.

MARÍA. Un corazon, hijo mio, que ama á Dios, nada desprecia de cuanto puede agradecerle.

No conoces todo lo que merece el Señor

(1) Luc. II, 41.—(2) Exod. XXIII, 15, 17.

á quien sirves, si eres económico en servirle.

Considera lo que hacen por el mundo los que se declaran partidarios suyos, y aprende de ellos lo que deberías hacer por Dios,

Mira el ardor con que le sirven, sin perdonar ni penas ni fatigas en su servicio: se condenan á mil servidumbres por agradarle.

Pero á tí te sirve de una violencia grande el agradar á Dios, y dar á este Señor soberano pruebas de tu amor: el pedirte atenciones para él es lo mismo, á tu parecer, que intentar sujetarte demasiado.

¿No es vergonzoso para tí el que haya necesidad de proponerte el ejemplo de los mundanos, y de enviarte á su escuela para que aprendas de ellos cómo debes servir á Dios?

No seas, hijo mio, ménos generoso que los hijos del siglo, ni sufras que el mundo se gloríe de ser servido por los suyos con mas celo que lo es el Dios de los cristianos por aquellos que hacen profesion de ser sus discípulos.

No seas mas en adelante del número de aquellos cristianos que creen tener mucha piedad, contentándose con hacer exactamen-

El Bautista se santificó en las riberas del Jordan, en donde Dios queria que estuviese; y así, él no pensó en salir de allí. El género de vida de los apóstoles que seguían á Jesus y oían su doctrina, no le pareció de ninguna manera mas propio para llegar á ser santo.

No, hijo mio, el estado en que te hallas no sirve de impedimento á tu santificacion. El lugar, ni el empleo no son los que han de santificar al hombre, sino al contrario, el hombre es el que debe santificarlos.

Se pone muchas veces la atencion en un estado diferente de aquel en que se vive, mas por incostancia que por amor al bien.

¿Qué ganarias tú en mudar de estado? ¿Te parece que llegarías á ser mejor? Pues cree que te engañas, porque aunque mudes de lugar ó de condicion, siempre se conserva el mismo genio y las mismas inclinaciones.

A cualquier parte que uno vaya, lleva sus vicios consigo; y así, hijo mio, el que necesita mudarse no es tu estado ni tu empleo, sino tú mismo.

Santifica las ocupaciones de tu estado, dirigiéndolas á Dios, y no te quejarás de que ellas te disipan.

Las muchas ocupaciones que trae consigo el gobierno de un reino dilatado, no impidió á David el dedicarse á la oracion, *ni el cantar siete veces al dia las alabanzas del Señor* (1).

Bien léjos de que la multitud de ocupaciones sirviese á los Santos de impedimento para llegar á serlo, su misma santidad era la que los hacia capaces de cumplir bien con sus obligaciones.

La santidad no consiste en servir á Dios en donde el hombre quiere y cómo quiere, sino en servirle en dónde y como es su voluntad.

Mas glorificarás al Señor sobre un lecho de dolores, si su voluntad te pone allí, que si te consumieras á fuerza de trabajos ganando almas para el cielo.

CAPITULO XIII.

Del fervor que se debe tener al servicio de Dios.

SIERVO. ¡Oh Virgen Santa! en todas las circunstancias de vuestra vida de que tengo

(1) Ps. cxviii, 164.

CAPITULO XII.

Que se puede servir á Dios en cualquier estado y situacion en que nos coloque.

MARÍA. ¡Por qué, hijo mio, formas tantats quejas sobre el estado y situacion en que te hallas? Sin duda que no sabeis servir al Señor como debe ser servido.

El cielo está poblado de santos que han llegado á serlo viviendo en un estado igual al tuyo, y en una situacion en todo semejante.

Yo encontré á Dios en el Egipto, á donde me fué necesario ir á habitar, así como lo habia hallado en la Judea, y así procuré servirle allí de la misma manera.

Siempre que se conserve la gracia y la amistad de Dios, en cualquier parte se debe estar contento.

Parecia que á mí me debía ser muy sensible, igualmente que á mi esposo José, el dejar la *tierra de Israel*; y sin embargo no manifestamos ningun sentimiento por esto.

Cuando volvimos á Nazareth, no tuvimos

otro placer que aquel que se tiene cuando se hace la voluntad de Dios, que era en todo nuestra única regla.

Siempre, hijo mio, que no busques el hacer tu propia voluntad, sino la de tu Padre celestial, entónces no desearás otro estado ni otra situacion que aquella en que te habrá puesto.

Dios ha señalado á cada uno el camino que debe seguir para llegar á ser santo, y seria abusar de sus altos designios pretender santificarse siguiendo otro camino.

Ninguno puede llegar á ser santo sin los socorros de la gracia; pero Dios comunica á cada uno esta gracia, segun la medida que le es necesaria, teniendo en consideracion el género de vida á que le llama, y los ejercicios á que le destina.

El que se ha retirado á la soledad, no debe echar ménos al mundo que ha dejado; ni el que vive en medio del siglo, debe decir que no puede salvarse en él: el estado mas seguro para el uno y para el otro, es aquel en que Dios los quiere.

En cualquiera situacion en que uno se encuentre, su salvacion consiste siempre en corresponder fielmente á la gracia.

te lo que les manda la ley de Dios, so pena de castigarlos.

¿No dan éstos motivo para pensar que mirarian con indiferencia la gracia de Dios, si pudieran perderla impunemente? A lo ménos no hay duda que temen á Dios mas que le aman

Teme, hijo mio, á este Dios terrible en sus castigos; pero teme sobre todo el no amar bastante á este Dios tan bueno y tan amable.

Un amigo por quien no hicieses sino aquello que la amistad exige necesariamente de tí, ¿te tendria por un amigo fino?

Todo amor es generoso, y no se limita precisamente á lo que debe hacer por obligacion. Cuando se ama, se procura aprovechar todas las ocasiones de agradar.

Si amaras á Dios con un amor fervoroso, quisieras siempre servirle mas y mas; y jamas tus servicios igualarian á tu voluntad.

Amale, pues, eficazmente, y este mismo amor dulcificará tus penas. Derrama Dios en las almas fervorosas una unción que les hace hallar delicias en lo que mas les repugna.

SIERVO. ¡Oh Madre la mas tierna! alcan-

zad á vuestro hijo este fervor de que me hablais, y del que me habeis dado tan grandes ejemplos.

Si, Madre mia, la menor dificultad me detiene: me dejo vencer de la primera tentacion de enojo y de disgusto: el respeto humano me embaraza muchas veces, y me impide ejecutar lo que la gracia me inspira.

Bien veis la necesidad que tengo de que me animeis. ¡Ah! ojalá que vuestras instrucciones saludables enciendan en mi corazon este amor fervoroso con el cual merece ser servido el Dios de la caridad!

CAPITULO XIV.

De la desgracia que padece el que pierde á Jesus.

Tenia Jesus cerca de doce años cuando acompañaba á sus Padres María y José, que iban á Jerusalem, segun costumbre, á la solemnidad de la Pascua.

Concluida ya la celebridad, salieron de Jerusalem María y José para volverse á Nazareth, pero Jesus se quedó en la ciudad sin noticia de sus Padres. Ya habían andado

una jornada del camino, cuando echaron ménos á su querido Hijo.

¿Qué sentimiento no debió causar esta ausencia á unos Padres que tanto le querian. Pero sobre todo, ¿cuán sensible no debió ser para María esta pérdida?

¡Oh Salvador mio! no os perdió María por falta suya. Vos fuísteis el que os robásteis á su vista por *los intereses de vuestro Padre celestial.*

Pero yo, que os he perdido tantas veces por mis iniquidades, que os he obligado á que os separéis de mí, ¿puedo yo sentir dignamente la desgracia de esta pérdida y de esta separacion?

María no perdió sino la presencia corporal de Jesus, conservando toda su amistad; pero yo he perdido lo mas amable que podia tener en el mundo, que es la gracia y la amistad de Jesus.

El mundo y sus placeres, á quienes he amado mas que á Jesus, ¿podrán ser bastantes para repararme esta pérdida?

¡Dichosos aquellos de quienes nunca se ha separado Jesus, y que le han poseído siempre! ¡Solamente estos saben y pueden decir lo que es el Paraiso de la tierra.!

zad á vuestro hijo este fervor de que me hablais, y del que me habeis dado tan grandes ejemplos.

Si, Madre mia, la menor dificultad me detiene: me dejo vencer de la primera tentacion de enojo y de disgusto: el respeto humano me embaraza muchas veces, y me impide ejecutar lo que la gracia me inspira.

Bien veis la necesidad que tengo de que me animeis. ¡Ah! ojalá que vuestras instrucciones saludables enciendan en mi corazon este amor fervoroso con el cual merece ser servido el Dios de la caridad!

CAPITULO XIV.

De la desgracia que padece el que pierde á Jesus.

Tenia Jesus cerca de doce años cuando acompañaba á sus Padres María y José, que iban á Jerusalem, segun costumbre, á la solemnidad de la Pascua.

Concluida ya la celebridad, salieron de Jerusalem María y José para volverse á Nazareth, pero Jesus se quedó en la ciudad sin noticia de sus Padres. Ya habían andado

una jornada del camino, cuando echaron menos á su querido Hijo.

¿Qué sentimiento no debió causar esta ausencia á unos Padres que tanto le querian. Pero sobre todo, ¿cuán sensible no debió ser para María esta pérdida?

¡Oh Salvador mio! no os perdió María por falta suya. Vos fuísteis el que os robásteis á su vista por *los intereses de vuestro Padre celestial.*

Pero yo, que os he perdido tantas veces por mis iniquidades, que os he obligado á que os separéis de mí, ¿puedo yo sentir dignamente la desgracia de esta pérdida y de esta separacion?

María no perdió sino la presencia corporal de Jesus, conservando toda su amistad; pero yo he perdido lo mas amable que podia tener en el mundo, que es la gracia y la amistad de Jesus.

El mundo y sus placeres, á quienes he amado mas que á Jesus, ¿podrán ser bastantes para repararme esta pérdida?

¡Dichosos aquellos de quienes nunca se ha separado Jesus, y que le han poseido siempre! ¡Solamente estos saben y pueden decir lo que es el Paraiso de la tierra.!

Estar con Jesus, ¡oh dulce compañía! ¡oh suavísimas conversaciones! ¡oh amistad tierna! ¡oh alegría divina!

Pero verse apartado de Jesus, ¡oh espantosa soledad! ¡oh noche obscura! ¡oh extrema miseria! ¡oh infierno anticipado!

¡Ah! quien ha perdido á Jesus, daría por volverle hallar, si conociera su desgracia, todas las riquezas, los honores y los placeres de la vida.

Se siente una pérdida temporal hasta el extremo de estar un hombre inconsolable; y no se llora la pérdida que se hace de todo un Dios! Forsozo es que los hombres sean insensibles, pues que no puede haber mayor pérdida para un cristiano.

No, no hay ningun hombre que deje de sentir la pérdida de los bienes de este mundo: solo á Vos ¡oh Dios mio, bien sobereno é infinito, es á quien los hombres pierden sin sentimiento! ¡Oh, y qué poco que os conocen!

Una esposa, si no está desnuda de sentimientos, ¿podrá permanecer tranquila cuando acaba de perder á un tierno esposo?

Un hijo, á ménos de no estar desnaturalizado, ¿podrá hallarse sin dolor cuando ha perdido al mejor de los padres?

¡Oh Padre de las misericordias! restituid vuestra amistad á vuestro hijo. Divino esposo de las almas, volved á la mia vuestro amor.

Dejaos mover de las lágrimas que corren de mis ojos, que si son copiosas y abundantes, es porque conozco el precio de todo lo que he perdido.

Me tengo horror á mí mismo cuando pienso que he merecido perderos: sí, Padre mio, os he perdido despues de haberme vos dado á conocer, por medio de unas señales bien claras, el amor que me teníais, y la complacencia que espermentábais en verme cerca de vos.

¡Oh, y cuán pequeño es mi corazon para detestar dignamente mi ingratitude! No: los corazones de todos los hombres juntos no serian bastantes para concebir contra mis iniquidades un aborrecimiento tan grande, que igualase á la desgracia que he tenido de cometerlas.

Como yo soy, Señor, el mas ingrato de todos los hombres, esta es la causa porque imploro vuestra mas grande misericordia, para que me supla el arrepentimiento que quisiera tener y que me falta.

Quisiera que mi pesar fuese tan grande como la misma fe que me ilumina, la cual me enseña el horror infinito que debo tener al pecado, y el amor sin límites que os debo tener á vos.

Siento toda la indignidad de mi conducta, y no la sentiria tanto, si vos, Dios mio, usárais de ménos bondad conmigo.

¡Ay de mí! toda mi ingratitud no ha podido cansar vuestra paciencia. Me habeis esperado con una condescendencia que no puedo admirar demasiado, ni podré reconocer bastante.

En el estado miserable en que estoy en vuestra presencia, ¿qué otro motivo de esperanza puedo tener sino vuestra bondad misma? ¡Oh Jesus Salvador mio! restituidme á vuestra amistad, y hacedme conocer por este medio cuán grande es vuestro poder.

Bien sé que he merecido los golpes mas crueles de vuestra justicia. ¡Ah! castigad á este rebelde; pero restituidle el lugar que tenia en vuestro corazon.

Quitadme, Señor, quitadme todo lo que puede aficionarme al mundo, los bienes de fortuna, el honor, la reputacion, la estimacion y amistad de los hombres; pero no permitais

jamás que tenga otra vez la desgracia de perderos.

Concededme la gracia de que repare en adelante por mi fidelidad en amaros el tiempo que he vivido separado de vos.

Dignaos, pues, ¡oh Jesus! admitirme cerca de vos. Vuestro corazon es siempre el mismo, dispuesto siempre á recibiros, á pesar de nuestros desórdenes.

A vos me refugio, ¡oh Dios mio! No quiero salir mas de vos, sino vivir con vos por toda una eternidad.

CAPITULO XV.

Del ardor con que debe buscar á Jesus el que ha tenido la desgracia de perderle.

Luego que María advirtió la falta de Jesus, no perdonó la menor diligencia hasta volverle á hallar: le busca entre sus parientes y conocidos, y ninguno le da razon; marcha inmediatamente á Jerusalem, en donde tuvo la dicha de encontrarle.

La alegría que experimentó al ver á su

amado Hijo, recompensó la inquietud que le habia causado su ausencia.

¡Oh alma mia! tú has perdido á Jesus: imita el ardor de esta tierna Madre, y déjalo todo á ejemplo suyo por volverle á hallar.

Haz que tus lágrimas y arrepentimiento pregunten por él á todas las criaturas, al cielo y á la tierra, á la luz del dia y á las tinieblas de la noche.

Muchas veces se busca á Jesus y no se le halla, porque no se le busca como se debe. En vista de la indiferencia con que se le busca, no parece sino que serviria de sentimiento el encontrarle.

Es necesario que la prontitud en buscarle y la alegría de volverle á hallar, sean una prueba del dolor y sentimiento de haberle perdido.

Pero ¿en dónde hallarás tú á Jesus? ¿será acaso en medio del mundo? Jesus es su enemigo declarado.

No te lisonjees de que la carne y la sangre te ayudarán á encontrarle. *María no le halló ni entre sus parientes ni entre sus conocidos* (1).

(1) Luc. II, 44.

Consulta los oráculos del Evangelio: pregunta á los santos y á los ministros del Señor, y ellos te dirán en dónde se halla.

Encontrarás á Jesus en donde María le encontró: *en el templo*, en la casa de oracion, entre los ejercicios de religion, en compañía de sus ministros y de sus siervos.

Le encontrarás en la soledad, y especialmente en la soledad del corazon, es decir, en el silencio y recogimiento de las pasiones.

Allí es (1) á donde quiere el Señor que vayas para escuchar su voz, y oír las palabras de vida que saldrán de su boca.

Allí es donde le han buscado y le buscan todos los que quieren sinceramente acercarse á él, ó porque se han separado del Señor por los desórdenes de una vida criminal, ó porque le han perdido de vista por tibieza y una disipacion voluntaria.

Cuando le hayas encontrado ¡oh alma mia! ¿de qué paz tan dulce no gustarás entónces? ¿se puede gozar de alguna dicha no estando cerca de Jesus?

(1) Os. II, 14.

Quien ha perdido á Jesus y le vuelve á encontrar, bien presto conoce por esperiencia, que un tesoro tan grande merece bien la pena de buscarse.

CAPITULO XVI.

De la conducta que debe observar una alma despues de haber vuelto á hallar á Jesus.

SIERVO. Vos ¡oh María! habeis vuelto á hallar á Jesus: le llevais á Nazareth en vuestra compañía: ¡oh, y qué dicha la vuestra! Los mismos ángeles os la envidian.

¿Con qué maternal cuidado no vais á velar sobre este precioso depósito? ¿Qué nuevas atenciones no poneis sobre su vida y su persona?

MARÍA. En efecto, hijo mio, es una felicidad grande haber vuelto á hallar á Jesus, despues de haberle perdido, y ninguna cosa se debe omitir para asegurar su posesion.

SIERVO. Dignaos ¡oh Virgen Santa! enseñarme vos misma lo que debo hacer para no verme privado otra vez de este soberano bien.

MARÍA. Hijo mio: examina con atencion y cuidado la causa que podrá haber habido para que Jesus se haya apartado de tí, y cómo has venido á perder su gracia y tenerle por enemigo.

¿No es verdad que comenzaste por descuidarte en su servicio, y por hacerte culpable por medio de una infinidad de negligencias y descuidos que fueron causa de que Jesus se resfriase, digámoslo así, en la comunicacion de sus gracias?

Pues has de saber que estas negligencias repetidas son las que forman el muro de division que se pone entre Jesus y el hombre, cuando éste llega á ser por su desgracia esclavo de la culpa.

¿No has abrigado voluntariamente dentro de tí mismo alguna pasion dañosa, en vez de reprimirla cuando experimentabas aquellos primeros fuegos que encendia en tu corazon?

Cuando Dios te ha pedido el sacrificio de algunas pasiones y afectos demasiado humanos, ¿no te has negado á hacérsele?

Pues ten entendido, hijo mio, que por haber negado á Jesus este sacrificio que te pedia, te hiciste indigno de aquella providen-

cia especial que sirve como de una salvaguardia, e impide muchas veces el que las almas den en un estravío deplorable.

Si reconoces que alguna de estas cosas, ó cualquiera otra han sido la causa de que Jesus se apartase de tí, recurre al principio del mal, porque si no cortas la causa, no cesará el efecto.

Vela mas particularmente sobre tí mismo; *guarda tu corazon con todo el cuidado posible, y no te separes jamas de su recinto* (1).

Es necesario conservar siempre el corazon sin dividir sus afectos: y de este modo se conserva tambien aun la misma vida del alma.

Sé fiel en las cosas pequeñas y de corta consideracion, para que así no llegues á ser infiel en cosas mayores: *el poco cuidado que se pone en evitar las faltas ligeras, conduce insensiblemente á cometer faltas graves* (2).

Jesus no quiere de ninguna manera un corazon dividido. El le ha hecho todo para sí; y quiere poseerle todo entero.

Estas faltas pequeñas que te perdonas, hijo mio, tan fácilmente, y que otros muchos se perdonan del mismo modo, van insensi-

(1) Prov. iv, 23.—(2) Eccles. ix, 11.

blemente apartando al hombre de Jesus, y á Jesus del hombre.

Es veradd que por ellas no se pierde la amistad de Dios; pero disponen para esto. El Señor mira estas faltas leves como señales de frialdad en su servicio, y por esta razon va disminuyendo el número de sus gracias.

La fidelidad mantiene aquel dulce comercio que se forma entre el corazon de Jesus y el corazon del justo.

Haz con Jesus lo que tú quisieras que hiciera Jesus contigo. ¿Quieres que derrame sobre tí todas las riquezas de su amor? pues haz tú con él lo mismo, y entrégale tu corazon sin reserva.

Usar de economías para con Dios es manifestar un corazon bien mezquino. Los afectos que se reservan para otro objeto, le causan una especie de celos.

Se oyen con gusto hasta las palabras mas indiferentes, cuando vienen de una persona á quien se ama: ¿pues por qué no se han de recibir con la misma disposicion de amor y fidelidad las inspiraciones de Jesus, cuando te sugiere por su gracia los medios de evitar el pecado, ó cuando te exita á que crezcas en la virtud?

SIERVO. ¡Oh Virgen Santa! que conocísteis tan perfectamente lo que es amor y fidelidad: yo espero que ayudado de la gracia de Jesus que vos os dignaréis pedir para mí, me aprovecharé de vuestras instrucciones.

Pero permitid, Señora, que yo os manifieste uno de mis temores. Siendo como soy, tan flaco y miserable, ¡ay de mí! ¿tendré yo la desgracia de perder otra vez á Jesus, y de perderle para siempre?

MARÍA. Hijo mio: es muy conveniente que estes poseído de este temor; y si no lo estuvieras, yo misma procuraria inspirártele.

Este temor santo no debe sin embargo estar acompañado de ninguna inquietud ni turbacion; ántes bien, por el contrario, se debe templar por medio de la confianza.

Haz cuanto esté de tu parte para perseverar en el amor de Jesus, y espera de su bondad la gracia de la perseverancia.

SIERVO. ¡Oh Madre piadosa! ¡qué incertidumbre tan cruel la de una alma que nada teme tanto como el no perseverar, y que le deja Dios ignorar si perseverará!

MARÍA. Esta incertidumbre, hijo mio, es indispensable á todos los que están en esta vida: Dios lo ha querido así para que no die-

sen los hombres en el escollo de la presuncion.

Esta misma incertidumbre debe mantenerte en la humildad, inspirarte una santa desconfianza de tí mismo, y hacerte obrar tu salvacion con temor y temblor.

Solo en el cielo se puede estar libre de todo sobresalto, y gozar de la dichosa seguridad de estar siempre con Jesus.

CAPITULO XVII.

Cómo el alma fiel no debe desanimarse cuando experimenta sequedades y arideces, ni cuando le parece que Jesus se ausenta.

Dios observa alguna vez una conducta con los justos, que los turba y los inquieta: para probar su fidelidad, aparta de ellos por algun tiempo su presencia sensible.

Así fué como obró Jesus con su Santa Madre. Habia previsto la pena que le causara su ausencia, y sin embargo se aparta de ella por algun tiempo, y se queda en Jerusalem sin noticia suya.

¡Oh alma cristiana! si quisiese aquel Dios de amor probarte de esta misma suerte, *no*

te turbes por eso; ármate de valor, y espera con paciencia su vuelta (1).

Aunque siempre esté cerca de tí para darte socorro cuando se lo pidas, es conveniente que parezca algunas veces apartarse de tí, para que de este modo conozcas cuánta sería tu desgracia si llegases á perderle del todo.

Cuando favorece á una alma con sus consuelos, es para sostenerla en medio de sus penas; y si permite despues que sea entregada á la sequedad y á la desolacion, es para que no se ensoberbezca á vista de las bondades que usa con ella.

Todos sus amigos, ó la mayor parte, han experimentado esta alternativa de alegría y de tristeza, de devocion y de disgusto, de paz y de tentacion.

Cuando parecia que se apartaba Jesus, y que los abandonaba, digámoslo así, á ellos mismos, experimentaban entónces toda su flaqueza; pero no se desanimaban por esto, porque sabian, que aunque la presencia de Jesus no sea siempre sensible, no por eso debemos tener ménos seguridad de sus auxilios.

(1) Ps. xxvi, 14.

Sabian que Dios ha previsto todos los males que padecemos, y por consiguiente que nos ha proporcionado los medios de aprovecharnos de ellos.

Cuando te sostiene su gracia con dulzuras y consuelos, caminas en su servicio con placer y con facilidad; pero no pienses por esto que es entónces cuando estás mas adelantado.

Entónces se podrá decir que has hecho muchos progresos en la virtud, cuando, habiéndote Dios probado por alguno de sus caminos, y especialmente por la sequedad en tus ejercicios, has llevado con paciencia, humildad y sumision aquel estado de abandono y desamparo en que parecia haberte dejado Dios.

Esta situacion es triste á la verdad, porque siempre se recela mas que sea castigo, que prueba del amor que le tenemos.

Sin embargo ¡oh alma cristiana! cuando te veas en este estado, léjos de perder la confianza, espera siempre, y espera firmemente que presto volverás á ver á tu Amado, que le verás tan amable como ántes, y que la prueba que quiere hacer de tí no será larga, así como no lo fué la de María.

Imita entónces aquel ardor que tuvo esta divina Madre por encontrar á su Hijo. Búscale como ella con un deseo eficaz, y con una impaciencia santa por volverle á hallar.

Pero no murmures de ninguna manera, hijo mio, porque Jesus nada te debe; ó si formas contra él alguna queja, sea queja de amor.

¡Por qué, hijo mio, decia María á Jesus, por qué habeis obrado así con nosotros (1)? ¡Qué sentimiento tan cruel no nos atormentaba por haberos perdido!

Dile tú de la misma manera: ¡Oh Jesus mio! ¿por qué habeis puesto mi corazon á una prueba tan terrible? Bien sabeis vos, Señor, cuánto padezco en vuestra ausencia.

¡He cometido alguna infidelidad contra vos, que os haya obligado á separaros de mí?

Si mi conducta os ha ofendido, y ha sido causa de esta separacion, perdonadme, Señor, que yo pondré en adelante mas cuidado en evitar cuanto pueda desagradaros.

Pero ¡oh Dios mio! cualquiera que sea el motivo que teneis para proceder conmigo de esta suerte, yo me someto enteramente á vuestra voluntad; probadme, Señor de la ma-

(1) Luc. II, 48.

nera que mas os agrade, y por todo el tiempo que querais, pues consiento gustosamente en ello, con tal que yo conserve siempre vuestro amor dentro de mi corazon.

CAPITULO XVIII.

De la vida retirada.

SIERVO. Dignaos ¡oh Vírgen Santa! esplicarme el misterio de aquella vida oscura y retirada que observábais en Nazareth; porque no hay duda que si todos os hubiesen conocido, podríais haber atraído á Jesus muchos corazones y alabanzas.

MARÍA. Hijo mio: yo ponía toda mi gloria en imitar al mismo Jesus, que queria ser por mucho tiempo sobre la tierra *un Dios oculto* (1).

Habia venido á este mundo para enseñar á los hombres por su doctrina á huir de la pompa y á ser humildes; y por la vida retirada que observó en Nazareth, les dió primero el ejemplo ántes de pasar á instruirlos.

El Padre celestial queria ser glorificado por la vida oscura de Jesus, y Jesus prefirió

(1) Isai. XLV, 15.

Imita entónces aquel ardor que tuvo esta divina Madre por encontrar á su Hijo. Búscale como ella con un deseo eficaz, y con una impaciencia santa por volverle á hallar.

Pero no murmures de ninguna manera, hijo mio, porque Jesus nada te debe; ó si formas contra él alguna queja, sea queja de amor.

¡Por qué, hijo mio, decia María á Jesus, por qué habeis obrado así con nosotros (1)? ¡Qué sentimiento tan cruel no nos atormentaba por haberos perdido!

Dile tú de la misma manera: ¡Oh Jesus mio! ¿por qué habeis puesto mi corazon á una prueba tan terrible? Bien sabeis vos, Señor, cuánto padezco en vuestra ausencia.

¡He cometido alguna infidelidad contra vos, que os haya obligado á separaros de mí?

Si mi conducta os ha ofendido, y ha sido causa de esta separacion, perdonadme, Señor, que yo pondré en adelante mas cuidado en evitar cuanto pueda desagradaros.

Pero ¡oh Dios mio! cualquiera que sea el motivo que teneis para proceder conmigo de esta suerte, yo me someto enteramente á vuestra voluntad; probadme, Señor de la ma-

(1) Luc. II, 48.

nera que mas os agrade, y por todo el tiempo que querais, pues consiento gustosamente en ello, con tal que yo conserve siempre vuestro amor dentro de mi corazon.

CAPITULO XVIII.

De la vida retirada.

SIERVO. Dignaos ¡oh Vírgen Santa! esplicarme el misterio de aquella vida oscura y retirada que observábais en Nazareth; porque no hay duda que si todos os hubiesen conocido, podríais haber atraído á Jesus muchos corazones y alabanzas.

MARÍA. Hijo mio: yo ponía toda mi gloria en imitar al mismo Jesus, que queria ser por mucho tiempo sobre la tierra *un Dios oculto* (1).

Habia venido á este mundo para enseñar á los hombres por su doctrina á huir de la pompa y á ser humildes; y por la vida retirada que observó en Nazareth, les dió primero el ejemplo ántes de pasar á instruirlos.

El Padre celestial queria ser glorificado por la vida oscura de Jesus, y Jesus prefirió

(1) Isai. XLV, 15.

esta oscuridad, por agradarle, á todas las maravillas que pudiera haber obrado.

De este modo nos dió á entender que la perfeccion y el mérito de la mayor parte de los hombres no consiste en hacer por Dios cosas grandes, sino en ocuparse, pues que esta es su voluntad, en el trabajo de manos y en otros empleos viles y abatidos, segun el mundo.

Quiso tambien desengañar á los hombres de la falsa idea que tienen formada de la santidad, pensando de ordinario que no puede manifestarse sino por grandes y públicas virtudes.

Pero sobre todo quiso condenar por su vida oculta el anhelo que tienen la mayor parte de los hombres por presentarse al público, y aquel deseo de que están poseidos de ser estimados y aplaudidos.

Desea, hijo mio, estar oculto, ignorado y aun olvidado de los hombres. Siempre que llegues á conseguir la aprobacion de Dios, ¿qué te importa la del mundo? El mundo pasa y todas las cosas con él.

Yo poseia á Jesús en Nazareth, tenia su amor y él tenia el mio: ¿pues qué otra cosa me faltaba para ser dichosa?

Un pequeño rincon de tierra donde vivieses enteramente desconocido de los hombres sin otros bienes que un Crucifijo, le deberias preferir á todos los palacios de los reyes.

Allí es en donde encontrarías una fuente de lágrimas de compuncion, para lavar siempre mas y mas tus iniquidades.

Allí es en donde, uniéndote mas familiarmente con Jesús, hallarías dentro de su amor algunos vislumbres de las delicias del cielo.

Una vida oculta te parece triste, porque no has gustado jamas sus dulzuras.

Si hubieras comenzado á experimentarlas, encontrarías que los honores y placeres del mundo no son sino vanidad, y mas vanos aun los que los buscan.

Es verdad que en una vida semejante hay que sufrir de ordinario las chocarrerías de los mundanos, que se admiran de que un hombre desprecie sus diversiones; pero ¿qué importa, si estas burlas te sirven de un gran provecho, porque te estrechan aun de una manera mas fuerte con Jesús, que es el único objeto de tu amor?

Hay pocos hombres, hijo mio, que vivan en paz, pocos que sean espirituales é interiores, porque son raros los que desean apar-

tarse de la multitud para vivir solos con Dios.

Es verdad que hay algunos que hacen profesión de ser virtuosos, y sin embargo, no se encuentra en ellos una piedad sólida, porque están como derramados esteriormente, y no desean sino presentarse á los demas hombres.

La espiritualidad de éstos está solo en las palabras. Se habla en efecto de la virtud mas fácilmente que se pone en práctica.

La gracia no permanece largo tiempo en una alma disipada, ó que procura atraerse otras atenciones que las de su Esposo celestial.

Pide á Jesus aquellas vivas luces que comunicó á sus santos, y que les hicieron conocer *la dicha de una vida oculta en Dios con Jesucristo* (1).

CAPITULO XIX.

De la vida interior.

A María es á quien conviene particularmente aquel testimonio del Espíritu Santo:

(1) Coloss. III, 3.

Toda la gloria de la hija de Sion está en su interior (1).

Lo que nosotros sabemos de sus acciones esteriore, no es nada en comparacion de lo que pasaba dentro de ella misma.

Figúrate á esta Virgen Madre en su casa de Nazareth: penetra hasta su interior, y examínale con el mayor cuidado.

Pero ¿quién podrá decir cuáles eran sus afectos, sus sentimientos y sus deseos? ¿Quién será capaz de esplicar lo que pasaba en este augusto santuario?

Vos solo ¡oh Dios mio! ocupábais todas las potencias de su alma. Vos solo érais el principio y fin de todas sus acciones.

Estábais siempre presente á su entendimiento; os veía en todas las criaturas, y ninguna cosa podia distraerla de vos, porque vos érais el todo para ella en todas las cosas.

Sus juicios eran gobernados por las máximas de vuestra eterna sabiduría, sus pasos dirigidos por vuestro espíritu, y sus ocupaciones animadas de vuestro amor.

Distante de todo comercio profano, se con-

(2) Ps. XLIV, 14.

sagraba María enteramente á Dios y á sus obligaciones domésticas, con toda la libertad de una alma desprendida de todas las ideas y consideraciones mundanas.

No obstante el imperio que tenia, en virtud de una gracia especial, sobre todos los movimientos de su corazon, tomaba las precauciones mas escrupulosas para cerrar las puertas de su alma á cualquier otro objeto que no fuese el de su Dios.

Se hubiera reprendido un afecto, una intencion, un deseo que no hubiese sido dirigido á Dios y á su mayor gloria.

En este precioso modelo se ve en lo que consiste la vida interior: consiste principalmente en velar sobre sí mismo y sobre su corazon, para que sean dirigidos á Dios todos sus afectos; y sobre su entendimiento para que todo contribuya á elevar á su Dios sus pensamientos.

Esta vigilancia es como una vista siempre atenta, que distingue lo que viene de la naturaleza para reprimirlo, y lo que viene de la gracia para corresponder á ello.

Por este medio se adquiere la gracia y la fuerza necesaria para obrar sin sujetarse á motivos puramente naturales, y sin ella se

incurre frecuentemente en muchas faltas, y se padecen grandes pérdidas.

Teniendo siempre este cuidado, se pueden practicar frecuentes y grandes actos de virtud, sin necesidad de hacer ninguna cosa extraordinaria.

¡Cuántos solitarios y vírgenes santas habrán llegado á conseguir mayor gloria entre los bienaventurados por solo el mérito de una vida interior!

Nunca llegarás á gustar *esta paz y esta alegría que viene del Espíritu Santo* (1), si no eres un hombre interior.

Este sabe poseerse á sí mismo; vela continuamente sobre sí, para libertarse de aquellas inclinaciones que aprisionan al alma y la cautivan; conserva la paz de su corazon en todos los acontecimientos capaces de alterar á una paciencia ordinaria.

Pero el hombre exterior, por el contrario, se agita y se apresura por mil objetos frívolos, indignos de sus cuidados; y pierde de esta suerte su tranquilidad y reposo.

El hombre interior no reconoce otra sabiduría sino aquella que viene de Dios; sabidu-

(1) Rom. xiv, 17.

ría que, descubriéndole la nada de las cosas terrenas, eleva sus ideas y sus pensamientos hasta la contemplacion de las cosas celestiales.

El hombre exterior no consulta sino á la prudencia de la carne; y todo lo que no es conforme á ésta, lo mira como falta de luces, y aun alguna vez lo gradúa de locura.

El uno vela continuamente contra la ilusion y engaño de los sentidos; y el otro juzga y se conduce en todo por los sentidos, dirigiéndolo todo á ellos.

Pon tus delicias en pensar siempre en Dios, en buscar á Dios en todas las cosas, en dirigirlo todo á Dios; y de este modo tendrás dentro de tí el reino de Dios.

Si lo practicas así, serás aquel verdadero adorador, de quien dice Jesus *que adora á Dios en espíritu y en verdad* (1).

¿Por qué te parece que la mayor parte de los hombres se quejan continuamente, y están siempre sin tranquilidad ni reposo? porque llevan una vida exterior, y no se ocupan sino de las cosas de la tierra.

(1) Joan. iv, 23.

Hay muchas personas que, segun su modo de vivir, manifiestan estar siempre con Dios, y sin embargo, no son lo que parecen, porque su corazon está dividido entre una multitud de afectos inútiles, y su entendimiento distraído por una infinidad de pensamientos.

Una persona verdaderamente interior, tiene siempre fijo el pensamiento en Dios, y á él solo dirige toda su atencion y su corazon: cualquiera otra cosa, por lisonjera y halagüeña que sea, no le mueve de ninguna manera.

Es necesario arreglar el exterior por el interior, y no hacer como la mayor parte de los hombres, que comunmente arreglan y muchas veces pervierten el interior como el exterior.

Acostúmbrate á vivir dentro de tí mismo, entregándote á las cosas del mundo solo lo que sea preciso, y de la manera que Dios te manda.

Cuando te ocupas por tu propio estado en cosas de la tierra, sigue el atractivo de la gracia, que te llama dentro de tí mismo para que examines tus intenciones y afectos.

No creas que la vida interior no sea propia sino de ciertos estados, y de cierto tiem-

po; porque es compatible con cualesquiera ocupaciones, y aun con los cuidados mas embarazosos.

Puede practicarse así en la próspera fortuna como en la adversa, en la enfermedad como en la salud, en la vida activa como en la de quietud y reposo; y finalmente, en los tiempos de tentacion y borrasca, como en los de paz y serenidad.

No hay ninguna situacion de la vida en que no se pueda entrar dentro de sí mismo para examinar lo que pasa.

Pero sobre todo dedicáte á los ejercicios de la vida interior, si Dios te llama á las funciones del santuario y de celo. Si desprecias este medio de llegar á la perfeccion, estarás como derramado esteriormente, y no procurarás buscar á Dios, sino á tí mismo.

Ademas de esto, Dios no se servirá de tí para que contribuyas al adelantamiento de las almas en la virtud; porque con dificultad se enseña bien á practicar á los otros lo que no hacemos nosotros mismos.



CAPITULO XX.

Del silencio.

SIERVO. A vos me dirijo ¡oh Reina de las virtudes! para que me enseñeis á guardar silencio y á no hablar sino cuando sea conveniente.

Os ejercitásteis en esta virtud de una manera tan perfecta, que ninguno podrá enseñarme mejor que vos los medios de practicarla yo mismo.

El Evangelista nos refiere algunas de vuestras palabras; y yo veo por ellas que vos no hablásteis jamas sino por algun motivo de virtud.

¡Qué amor á la pureza, qué humildad, qué sumision en las palabras que dijísteis al ángel que os vino á saludar en nombre de la adorable Trinidad!

Hablais en casa de Isabel, para dar gracias á Dios por sus favores. Cuando encontrásteis á vuestro Hijo Jesus despues de haberle perdido, hablais tambien, para manifestarle vuestra maternal ternura; y en las

bodas de Caná hicísteis lo mismo para socorrer las necesidades ajenas, pero que la caridad os hace mirar como propias.

Por otra parte se advierte, que guardásteis un profundo silencio en muchas ocasiones, que al parecer pedían el que hubiéseis manifestado vuestros sentimientos á las personas que os acompañaban.

Testigo de las maravillas que se obraron en el Nacimiento de Jesus, oíais la relacion que hacian los primeros que fueron á adorarle. Nada de cuanto decían se os escapaba; pero lo recogíais todo, como nota el Evangelista (1) *con un religioso silencio.*

Cuando presentásteis al Niño Dios en el templo, guardásteis un silencio de admiracion que no ha podido ménos de referir el Evangelista, porque debia servir para nuestra instruccion.

Subísteis con Jesus al Calvario; permanecéis allí al pié de su cruz; recibís los últimos suspiros de vuestro amado Hijo; pero en este tiempo observais un perfecto silencio de paciencia y resignacion en la voluntad de Dios.

(1) Luc. II, 19.

MARÍA. Mi silencio te habla, hijo mio: todas las almas piadosas entienden bien este lenguaje.

El que yo guardé en todas aquellas circunstancias en que, ó la gloria de Dios, ó la caridad del prójimo no exigían que yo hablase, me era inspirado por aquel espíritu de recogimiento y de retiro que me habia propuesto observar. La gracia era el principio en que se fundaba.

Esto mismo da á entender, que para ser un hombre recogido é interior, es necesario que hable poco, que lo haga con reflexion, y siempre despues de haber consultado al Espíritu Santo, el cual le dictará en el fondo del corazon lo que debe hablar.

Desear hablar mucho es prueba de un corazon y un espíritu disipado; y esta disipacion es ya por de contado un gran mal.

Los sentimientos de piedad se evaporan fácilmente en las conversaciones; pero el silencio los conserva y los fortifica.

Encontrarás pocas personas que se arrepientan de haber callado, y muchas por el contrario de haber hablado cuando debieran callar.

El sabio no habla sino cuando es tiempo de

hablar (1); esto es, cuando obraria mal, ó seria fuera de propósito el callar.

El que no sabe guardar su lengua, *es semejante á una ciudad abierta por todas partes* (2), que por lo mismo está espuesta á las sorpresas y acometimientos del enemigo.

Es imposible que *deje de cometerse algun pecado en las conversaciones dilatadas* (3).

El que hable ménos, aquel será siempre el mas prudente.

Se ha reconocido por una esperiencia constante, que donde hay mas silencio hay mas inocencia.

Observa bien esta máxima: siempre es mas ventajoso el callar, cuando no hay necesidad de hablar.

Es un arte maravilloso el de saber callar ó hablar á tiempo; y ninguno puede ser muy experimentado en las demas artes, cuando no está bien instruido en éste. La gracia es la única que le enseña á practicar esta virtud mejor que todas las lecciones de los hombres.

Hijo mio: cuanto ménos hables á las criaturas, mas hablará á Dios tu corazon.

(1) Eccl. xx, 2.—(2) Prov. xxv, 28.—(3) Prov. x, 19.

Mira todas las cosas que son ordinariamente el objeto de las conversaciones del mundo, como un impedimento á las santas comunicaciones que Dios quiere tener contigo.

Sobre todo, habla poco á los hombres de tus aficciones y trabajos, porque no toman en ellos todo el interes que tú piensas. Representáelos á Dios, que siempre está pronto á consolarte.

Jamas refieras tus penas cuando es el prójimo el que te las ha causado, porque de ordinario tendrás mucho que reprenderte por haberte escedido en la relacion.

CAPITULO XXI.

De la union del alma con Dios.

SIERVO. Seais para siempre bendito ¡oh Dios de amor y de caridad! por las comunicaciones íntimas que os dignásteis conservar con esta Vírgen, á la cual elegísteis para Madre de nuestro Salvador.

Y vos ¡oh Vírgen Santa! recibid las justas alabanzas que merecis por haber corres-

pondido fielmente á las gracias de vuestro Dios.

No puedo cansarme de admirar vuestras excelentes virtudes; pero lo que escita mi admiracion mas particularmente, es aquella estrecha y continua union que supísteis conservar con Dios.

Vuestro corazon, vacío de todo afecto á las criaturas, era como un cielo interior y místico, en donde deseaba habitar el Señor, y en donde vos gozábais en paz de su presencia.

El sueño no interrumpia este dulce comercio, y vos podiais decir como la Esposa de los Cantares: *Yo duermo, pero mi corazon vela* (1).

¡Oh, si me fuera concedido el vivir unido de esta suerte con mi Dios, y no depender de la tierra sino por la union indispensable de mi cuerpo!

MARÍA. Hijo mio: fué una gracia muy particular que Dios me hizo el que jamas perdiese su presencia.

Si aspiras á conseguir el mismo favor, comienza por desprenderte de todo afecto ter-

(1) Cant. v, 2.

reno, y sepárate de todo lo que no es de Dios.

Es verdad que te costará dificultad en los principios; pero tambien lo es, que lo que se te dará en recompensa de tus esfuerzos y sacrificios, nunca puede comprarse demasiado caro.

Haz que todas las cosas que te rodean, te sirvan para levantar la consideracion á Dios. Por todas partes encontrarás mil objetos que darán motivo de alabarle y glorificarle.

Los cielos que giran tan magestuosamente sobre tu cabeza te anuncian la gloria que te espera: la brillantez de los astros es una imágen de su resplandor, y la vasta estension de los mares se pinta la inmensidad.

Todos los seres derramados en la naturaleza te hablan de sus perfecciones, y todo, hasta la menor flor de los campos, es como un libro abierto á tus ojos que te recuerda al Criador.

Sin salir de tí mismo podrás hallar á tu Dios, porque ni tienes vida, ni existencia, ni movimiento sino para él y por él.

El es el que *ilumina tu entendimiento, y mueve tu voluntad* (1); el que llama á las

(1) Prov. xxiii, 26.

puertas de tu corazon para pedirte de la manera mas tierna y afectuosa.

Este Dios de toda bondad es el que cuida de tu conservacion, el que manda á la naturaleza que te provea sin cesar de todo lo necesario.

No es, pues, necesario ir muy léjos para encontrar á tu Dios. Entra dentro de tí mismo, y mira con atencion su santa presencia. El mismo Señor te la hará sensible de mil modos diferentes.

Unas veces será comunicándote vivas luces é ilustraciones repentinas; otras por ciertos toques secretos que te dará en el corazon, inspirándote varios sentimientos de piedad, y algunas veces por las quejas amorosas que te dará de tus infidelidades.

Guárdate de poner obstáculos á las diferentes operaciones de la gracia, ó por alguna ligereza de entendimiento, ó por algun disgusto voluntario.

Dedícate á los ejercicios que puedan llevarte mas á Dios; pero cuida de practicarlos con un verdadero espíritu de religion.

En las acciones ordinarias y preocupaciones de tu estado, procura conformarte con las ideas de la Providencia, y considera que

ella misma es la que te ha señalado aquella tarea ú obligacion diaria.

No hagas ninguna cosa con precipitacion, porque aun en las cosas santas no puede ménos de perjudicar al espíritu interior, por cuyo medio se forma la union con Dios.

Nunca te dejes arrastrar de los movimientos de la naturaleza, ni porque tengas alegría ni sentimiento. A Dios es á quien has de manifestar tu corazon y no á las criaturas.

Comunica con el Señor todo lo que te entristece ó causa regocijo, mirándole como á padre, ó como á un amigo fiel, en cuyo seno puedes depositar con confianza el motivo de tus penas ó de tus satisfacciones.

Y sobre todo, ten presente que por medio de esta confianza, es como se gana su corazon y se adelanta en aquella santa union, que es para una alma cristiana el mas dulce embeleso de su vida.

CAPITULO XXII.

De las obligaciones de su estado.

Dios no nos pide sino rara vez el que le demos á conocer nuestro amor con acciones

puertas de tu corazon para pedirte de la manera mas tierna y afectuosa.

Este Dios de toda bondad es el que cuida de tu conservacion, el que manda á la naturaleza que te provea sin cesar de todo lo necesario.

No es, pues, necesario ir muy léjos para encontrar á tu Dios. Entra dentro de tí mismo, y mira con atencion su santa presencia. El mismo Señor te la hará sensible de mil modos diferentes.

Unas veces será comunicándote vivas luces é ilustraciones repentinas; otras por ciertos toques secretos que te dará en el corazon, inspirándote varios sentimientos de piedad, y algunas veces por las quejas amorosas que te dará de tus infidelidades.

Guárdate de poner obstáculos á las diferentes operaciones de la gracia, ó por alguna ligereza de entendimiento, ó por algun disgusto voluntario.

Dedicáte á los ejercicios que puedan llevarte mas á Dios; pero cuida de practicarlos con un verdadero espíritu de religion.

En las acciones ordinarias y preocupaciones de tu estado, procura conformarte con las ideas de la Providencia, y considera que

ella misma es la que te ha señalado aquella tarea ú obligacion diaria.

No hagas ninguna cosa con precipitacion, porque aun en las cosas santas no puede ménos de perjudicar al espíritu interior, por cuyo medio se forma la union con Dios.

Nunca te dejes arrastrar de los movimientos de la naturaleza, ni porque tengas alegría ni sentimiento. A Dios es á quien has de manifestar tu corazon y no á las criaturas.

Comunica con el Señor todo lo que te entristece ó causa regocijo, mirándole como á padre, ó como á un amigo fiel, en cuyo seno puedes depositar con confianza el motivo de tus penas ó de tus satisfacciones.

Y sobre todo, ten presente que por medio de esta confianza, es como se gana su corazon y se adelanta en aquella santa union, que es para una alma cristiana el mas dulce embeleso de su vida.

CAPITULO XXII.

De las obligaciones de su estado.

Dios no nos pide sino rara vez el que le demos á conocer nuestro amor con acciones

grandes y maravillosas, porque este amor consiste mas particularmente en una constante fidelidad en el cumplimiento de las mas pequeñas obligaciones de nuestro estado.

Por esta fidelidad adquirió María unos méritos que la elevaron sobre los mismos ángeles.

Treinta años permaneció oculta en Nazareth con el Salvador; y en todo este tiempo no se ocupó en otra cosa que en cuidar de su Divino Hijo, en merecer siempre mas y mas la confianza de su esposo, y en proveer á su familia de lo necesario, segun sus fuerzas.

Aprende de su ejemplo cuál debe ser tu aplicacion en el cumplimiento de tus obligaciones, si quieres llegar á la santidad.

Hay muchos que viven engañados, creyendo que el medio para llegar á ser santos consiste en dedicarse á unos ejercicios ajenos de las obligaciones de su estado, despreciando éstas, sin cuyo cumplimiento no puede ser agradable lo demas á los ojos de Dios.

La perfeccion mas grande de todas consiste en amar su estado y en cumplir con sus obligaciones, por humilde que sea, siempre y cuando esté en el órden de la Providencia.

Un artesano que gana su vida con el sudor

de su frente, y un padre de familias que vive sin ambicion en medio de la oscuridad, de una pobre fortuna, no obran ménos su salvacion que los que se hallan en grandes empleos, ó se ejercitan en los ministerios mas santos, y muchas veces la obran aquellos con ménos peligro.

El mejor estado para nosotros no es aquel que nos parece el mas perfecto, sino aquel en que Dios nos ha colocado.

Es una ilusion el querer llegar á ser santo, no de la manera que Dios quiere, sino segun nuestra propia voluntad. Las cosas no se hacen con perfeccion, si no se practican porque Dios quiere y como quiere.

El mérito de nuestras acciones depende mucho ménos de la naturaleza de las cosas que hacemos, que del espíritu que las anima, y de la conformidad que tienen con la voluntad de Dios.

Dios quiere de nosotros una continuacion de acciones pequeñas, y nosotros nos empeñamos en hacerlas grandes. De aquí es que muchas veces no se practican bien ni las unas ni las otras.

Marta, Marta: andas demasiado solícita, y te engañas queriendo hacer mas de lo que Dios

te manda (1). Conténtate con hacer bien lo que te pide, y practícalo con el mismo fervor que si hicieses una cosa grande.

¿Qué cosas grandes hacia aquella muger, cuyo elogio ha consagrado el Espíritu Santo? Se dice de aquella que hilaba y se ocupaba en el cuidado de su casa.

El estar en la iglesia, hacer oracion y visitar los enfermos, son obras escelentes; pero si te dedicas á estos ejercicios, mientras debieras cumplir con las obligaciones propias de tu estado, ¿se podrá decir que haces la voluntad de Dios?

Es necesario orar, y orar frecuentemente, y aun siempre si es posible; pero si por la oracion abandonas tus obligaciones domésticas, cree que tu oracion no será agradable á Dios.

¿Cuántas obras dejarán de ser meritorias, solo porque no nos proponemos hacer la voluntad de Dios, sino lo que nosotros queremos!

Pero ¿qué tesoro de grandes méritos no se adquiere en el ejercicio de una vida comun y ordinaria, cuando todo se encuentra marcado con el sello de la voluntad divina!

(1) Luc. x, 41.

Hay muchas personas que parece que no adquieren grandes méritos, y sin embargo entrarán en el reino del Señor, á causa de la fidelidad y exactitud en el cumplimiento de las obligaciones de su estado.

El Señor de quien habla el Evangelio, no dijo á su siervo: *Entra en la gloria de tu Señor*, porque has obrado cosas grandes, sino *porque has sido fiel en pocas cosas* (1).

CAPITULO XXIII.

De la necesidad de santificar el trabajo y las demas ocupaciones del dia.

MARÍA. Las obligaciones de tu estado, hijo mio, te causan muchos cuidados y desvelos; pero cuando te dedicas á su cumplimiento, no piensas ni un momento en Dios.

SIERVO. ¡Oh Virgen, siempre fiel y vigilante! dignaos enseñarme cómo podré yo á vuestro ejemplo unirme á Dios durante el trabajo, y en el ejercicio de las funciones de mi estado.

(1) Matth. xxviii, 21.

MARÍA. Hijo mio: el trabajo de manos y otras ocupaciones aun mas penosas y de mayor fatiga, no son capaces de suspender en un hombre espiritual é interior su union con Dios.

Una alma acostumbrada al recogimiento interior, tiene una facilidad maravillosa en dirigir su pensamiento á Dios, aun en aquellas ocupaciones mas implicadas y que al parecer deberian distraerla.

La pureza de intencion con que anima todas sus acciones, y el sacrificio que hace de ellas á Dios, le hacen evitar aquella disposicion en que incurren frecuentemente las almas ménos atentas.

El espíritu de fe y de religion lo ennoblece todo, todo lo suaviza y lo consagra; y todo lo que se hace con este mismo espíritu es una accion agradable á Dios, y que mira como digna de sus recompensas.

Haz á lo ménos por Dios lo que ejecutan los hombres por el mundo ó por algun interes temporal. Ocupate en el desempeño de las obligaciones de tu estado; pero has de procurar hacerlo siempre con una intencion santa y cristiana, y de este modo trabajarás á un tiempo para esta vida y para la otra.

Si te dedicas al trabajo únicamente por gusto, por humor, por obligacion, por costumbre, ó por cualquier otro motivo puramente humano; como no es Dios el principio que te hace obrar, pasarás las horas enteras sin dirigirle ni un solo afecto.

Nunca te disculpes con que no sabes hacer dos cosas á un tiempo; porque un corazon en un solo momento puede decir á su Dios todo lo que quiere.

Cuando Marta trabajaba para Jesus, hablaba con él sin distraerse de su trabajo.

En medio de tus ocupaciones ¿no te sueles entretener con los que están á tu lado? ¿pues por qué no te entretienes tambien con tu Dios, que está presente á todo lo que haces?

Su conversacion, bien al contrario de las de los hombres, *no tiene ninguna cosa que desagrade ni disguste* (1), y tiene ademas la ventaja de que pueden gustarse sus dulzuras en toda suerte de trabajos y ocupaciones.

Se puede llegar á ser un gran santo, no haciendo sino cosas comunes y ordinarias; pero es necesario no practicarlas como se practican comunmente.

(1) Sap. VIII. 16.

La mayor parte de los hombres se ocupan ó por obligacion ó por necesidad; pero son muy pocos los que lo hacen porque Dios lo manda, y con la intencion de agradarle: en esto es en lo que ménos se piensa.

Pero tú, hijo mio, cuando estés en medio de tu trabajo, dí frecuentemente al Señor que pones toda tu alegría en hacer su voluntad, y que por agradarle, aun cuando tu trabajo fuese mucho mas penoso, le desempeñarias con la misma aplicacion.

Ofrécele tus trabajos, para que se digne unirlos á todos los que padeció Jesus para salvarte.

Si de tu ocupacion sacas el fruto que te propusiste, bendice al Señor, que es á quien se lo debes; y si no te sucede así, sufre humildemente aquella mortificacion que Dios permite para probar tu paciencia.

Por esta union con Dios en todas tus acciones, serán elevadas aun las mas pequeñas y que parezcan mas viles, hasta hacerte merecer un nuevo grado de gloria en el cielo.



CAPITULO XXIV.

Del amor que debemos tener á Jesus.

SIERVO. ¡Oh Madre Santa de Jesus! cuando viviais en Nazareth con vuestro Hijo, los hombres no le conocian, y aun le despreciaban y abandonaban; pero tenia al consuelo de ser amado tierna y sinceramente de su Madre.

Conociendo su divinidad y sus perfecciones infinitas, le amábais mas que todos los ángeles y los santos le han amado, le aman, y le amarán jamas.

Vuestro amor era mucho mas escelente que el de todas las otras madres. Amábais en él á un Hijo Dios y Hombre juntamente.

De aquí nacia aquel ardiente deseo que teniais de verle amarlo de todas las criaturas racionales tanto como vos le amábais.

Es propio del amor el buscar los medios de comunicarse, y desear que pasen sus llamas á todos los corazones.

Seria necesario conocer á Jesus como vos lo conociais, para amarle de una manera tan perfecta como vos le amábais.

Para hablar dignamente de este amor, seria preciso poder leer dentro de vuestro corazon todo lo que sentiais por el tierno objeto que amabais.

Abridnos vos misma este corazon que tan tiernamente os ama. Descubridnos toda su pureza, su ternura, su vivacidad, y toda la generosidad de los sentimientos de que estuvo animado.

MARÍA. Hijo mio: yo no hubiera sido digna de ser la Madre de Jesus, si el amor que le tenia no hubiera escedido al de todas las criaturas humanas inteligentes.

Crecia todos los dias en este amor porque no habia dia en que no descubriese nuevas perfecciones en este divino Hijo.

No gustaba de otra dulzura ni felicidad que la de amar á Jesus; este era mi sustento, mi vida, mi reposo, mi alegría, y todas mis delicias.

Tenia en Nazareth una vida pobre y oscura; pero era bien recompensada con el tesoro que poseia en la persona de Jesus. Con solo este bien me juzgaba yo mas rica que no lo eran los mas poderosos reyes del mundo.

¡Felices una y mil veces los corazones que

se alimentan del amor de Jesus, y que no suspiran sino por él!

Solo el amor de Jesus llena y satisface el corazon. Ninguna cosa puede agradar mucho tiempo sin este amor.

¿Qué cosa mas agradable puede gustar en el mundo el que no sabe cuán amable es Jesus?

Cuanto mas se le ama, mas se siente el placer de amar al que es verdadera é infinitamente digno de ser amado.

Por grandes que puedan ser las miserias que padezcas en esta vida, ninguna puede igualar á la de no amarle.

El que no ama á Jesus, no ha procurado saber lo que es Jesus, ni cuán digno es de ser amado.

Jesus reúne en sí todas las perfecciones naturales; pero de una manera tan eminente, que son como la obra maestra de las manos del Criador.

Reúne tambien todas las perfecciones de la gracia, de tal suerte, que de su plenitud dimanen las demas gracias que se conceden á todos los hombres.

Y reúne finalmente en sí todas las perfecciones de la Divinidad, que habita en él sustancialmente.

Es Jesus tan poderoso como Dios, tan hermoso, tan sabio y tan santo como el mismo Dios.

SIERVO. ¡Ah! cuando Jesus no fuese infinitamente amable en sí mismo y por sí mismo, lo seria por haberme amado infinitamente. ¡Qué tormentos tan crueles no padeció solo para darme pruebas de su amor?

MARÍA. Añade, hijo mio, á esa consideracion, el que todos los tormentos que sufrió no pudieron agotar el deseo ardiente que tenia de padecer por tí. El amor no tiene límites; y entre todos los amores, el mas ardiente y eficaz que se puede conocer es el de Jesus.

Jesus hubiera hecho por salvarte aun mas de lo que hizo, si hubiera podido dar alguna cosa que fuera mas que él mismo.

¡Oh hijo mio! si encuentras alguna cosa que sea mas digna de tus afectos que Jesus, desde luego consiente este Señor en que se los des; pero si los merece él solo con preferencia á todos los demas, ¿osarás tú rehusárselos?

SIERVO. ¡Ah! haced, Virgen Santa, que desaparezca delante de mi vista todo lo que

es del mundo. No quiero amar, ni amo otra cosa que á Jesus.

MARÍA. Quien conoce á Jesus, desprecia en efecto todo lo demas. De nada sirve el mundo á quien ha gustado las dulzuras de su amor.

SIERVO. Yo puedo, si quiero, tener á Jesus por amigo; y si no cuido de procurarme una dicha tan grande, mereceré con razon ser infeliz.

MARÍA. Sí, hijo mio: coloca tu amor en un objeto, de cuya eleccion nunca tengas motivo de arrepentirte; que no esté sujeto á vicisitudes ni mudanzas; y que lejos de que te le pueda robar la muerte, sea por el contrario en este momento tu posesion eterna.

Solo Jesus es el amigo fiel y constante que jamas falta á sus amigos, aun cuando los demas los abandonen.

Una sola palabra de este amigo es capaz de consolar al corazón mas atormentado.

Los amigos del mundo no son sino consoladores importunos (1).

¡Qué angustia podrás experimentar, ni qué enemigo podrá causarte el menor daño, si

(1) Job, xvi, 2.

tienes el amor de Jesus dentro de tu corazon?

Si Jesus reina en tu corazon y ha colocado en él su trono, eres el hombre mas rico, mas poderoso y mas feliz que hay y puede haber sobre la tierra.

El amor de Jesus es un bien tan grande, que el que le posee no echa ménos ninguno de los bienes del mundo. ¿No tendrá por ventura Jesus con qué satisfacer á un corazon que le ama?

SIERVO. ¡Oh Jesus mio! ¡oh Dios mio! yo os pido, por el amor que os tuvo vuestra Santa Madre, que me concedais la gracia de amaros de tal suerte, que no ame á ninguna cosa mas que á vos, ni tanto como á vos, ni nada sino por vuestro amor.

Bien sé que no puedo amaros tanto como mereceis; pero ayudado de vuestra gracia, deseo amaros tanto como me es posible, y de este modo os amaré tanto como debo.

Encended dentro de mi corazon todo aquel amor con que queréis que yo os ame: quisiera, Señor, ser abrasado con este fuego divino hasta ser consumido en él.

Conocer cuán digno es Jesus de ser amado, y no poder amarle tanto como merece, es

un martirio cruel que solo puede experimentar algun alivio con el deseo siempre nuevo de un amor mas ardiente.

CAPITULO XXV.

De la necesidad de estudiar á Jesus y de imitarle.

MARÍA. Hijo mio: ¿eres tú acaso del número de aquellos cristianos que hablan mucho, pero que es muy poco lo que ponen por obra? Hay ciertos momentos de fervor en que se manifiestan bellos sentimientos; pero la conducta que se observa despues, suele no corresponder á ellos.

Se le dice frecuentemente á Dios que se le ama, y aun parece que se siente así, porque en aquel instante en que la gracia hace impresion, se derraman algunas lágrimas; pero esto no es prueba de un verdadero y sincero amor.

El testimonio que Jesus espera de tu amor es el de que te conformes á los ejemplos de virtud que te ha dado.

SIERVO. ¡Oh Madre mia, modelo perfecto de virtud! solo en esto os ocupásteis en todo

aquel tiempo que estuvisteis con Jesus en Nazareth.

Vemos en el Evangelio que *escuchábais con atención todas las palabras de Jesus, que observábais* (1) con cuidado todas sus acciones, que las meditábais y procurábais conservarlas en la memoria.

MARÍA. Sí, hijo mio: estudiar á Jesus era mi principal ocupacion, y mi único cuidado el de imitarle: procura tú hacer lo mismo, meditando continuamente á Jesus, y conformándote con él.

Dirige á este Señor todos tus cuidados, y no dudes de que no hay otra verdadera ciencia sino la de Jesus: reconócele, pues, en todas las cosas por tu único maestro.

Jesus es un Rey que merece todos tus homenajes, y el que principalmente quiere de tí es el de que imites sus virtudes.

Confróntate muchas veces con este gran modelo, ántes que seas examinado por él en el tribunal de Dios.

El amor que Jesus tenia por tí, fué el que le obligó á darte tantos ejemplos de humildad, de paciencia y de resignacion. Imíta-

(1) Luc. II, 51.

los tú por su amor, y no los pierdas jamas de vista.

Proponte, en cuanto esté de tu parte, ser en todo y por todo una copia fiel.

Si vas á orar, represéntate su recogimiento al tiempo de la oracion: si te diriges al templo, haz que sea siempre, á imitacion suya, con un espíritu de religion y de sacrificio.

Si conversas con los hombres, procura hacerlo con aquella modestia y dulzura con que lo hacia Jesus.

No murmures en tus aflicciones, y vuelve el bien por el mal, si quieres imitar á Jesus, dulce y humilde de corazón: huye los honores del mundo, y desea ser olvidado y abatido.

Jesus no procuró complacerse á sí mismo (1), sino que la gloria de Dios y el cumplimiento de su voluntad fueron siempre el principio y fin de sus acciones.

No hay ningun estado de su vida mortal que no nos pueda servir de ejemplo. Así su vida oculta y retirada como su vida exterior suministran á sus verdaderos discípulos un fondo inagotable de instrucciones.

(1) Rom. xv, 3.

Jesus es el *camino, la verdad y la vida* (1). Solo en sus ejemplos encontrarás el camino que debes seguir, la verdad que debes escuchar, y los medios de conservar la vida de tu alma.

En cualesquiera circunstancias en que te halles, examina qué fué lo que dijo ó hizo Jesus en aquel caso, y conformándote con aquel perfecto modelo que te propone en sus palabras y en sus acciones.

Pues que sabes cuáles fueron sus inclinaciones, sus deseos y sentimientos, examina cuáles son los tuyos; compáralos unos con otros, y reforma lo que sea necesario; teniendo siempre presente que esta reforma que debe producir la semejanza con Jesus, no es negocio de un solo día.

El modelo que te propones imitar es tan perfecto, que jamás se podrá copiar como es en sí; pero debes emplear todos los días de tu vida en imitar algunos rasgos del original.

Pero como para conseguir esta dicha es indispensable la gracia de Jesus, será también preciso que no dejes pasar ningún día sin implorar este auxilio.

(1) Joan xiv, 6.

CAPITULO XXVI.

De la dicha de una familia virtuosa.

Sería un espectáculo bien digno de atraer las atenciones del cielo, el de aquella santa familia que habitaba en Nazareth, cuando vivía allí Jesus con María y José.

¡Qué union y qué paz no reinaria en aquella casa, siendo como era, la morada de las virtudes, y habiendo sido desterrado de ella el desorden de las pasiones!

Mientras que Jesus crecía en edad y en sabiduría á los ojos de Dios y de los hombres, tenía María puestos los ojos continuamente en él para formarse sobre este precioso modelo.

José no estaba ménos solícito en aprovecharse de los ejemplos de la Madre y del Hijo.

Todo entre ellos se dirigía á Dios; todo se hacia allí por Dios. La presencia sola de Jesus llenaba los corazones de alegría, y los encendía en su amor con sus santas conversaciones.

Jesus es el *camino, la verdad y la vida* (1). Solo en sus ejemplos encontrarás el camino que debes seguir, la verdad que debes escuchar, y los medios de conservar la vida de tu alma.

En cualesquiera circunstancias en que te halles, examina qué fué lo que dijo ó hizo Jesus en aquel caso, y conformándote con aquel perfecto modelo que te propone en sus palabras y en sus acciones.

Pues que sabes cuáles fueron sus inclinaciones, sus deseos y sentimientos, examina cuáles son los tuyos; compáralos unos con otros, y reforma lo que sea necesario; teniendo siempre presente que esta reforma que debe producir la semejanza con Jesus, no es negocio de un solo día.

El modelo que te propones imitar es tan perfecto, que jamás se podrá copiar como es en sí; pero debes emplear todos los días de tu vida en imitar algunos rasgos del original.

Pero como para conseguir esta dicha es indispensable la gracia de Jesus, será también preciso que no dejes pasar ningún día sin implorar este auxilio.

(1) Joan xiv, 6.

CAPITULO XXVI.

De la dicha de una familia virtuosa.

Sería un espectáculo bien digno de atraer las atenciones del cielo, el de aquella santa familia que habitaba en Nazareth, cuando vivía allí Jesus con María y José.

¡Qué union y qué paz no reinaria en aquella casa, siendo como era, la morada de las virtudes, y habiendo sido desterrado de ella el desorden de las pasiones!

Mientras que Jesus crecía en edad y en sabiduría á los ojos de Dios y de los hombres, tenía María puestos los ojos continuamente en él para formarse sobre este precioso modelo.

José no estaba ménos solícito en aprovecharse de los ejemplos de la Madre y del Hijo.

Todo entre ellos se dirigía á Dios; todo se hacia allí por Dios. La presencia sola de Jesus llenaba los corazones de alegría, y los encendía en su amor con sus santas conversaciones.

La sumision y obediencia de Jesus, arrebatando de admiracion á José y María, les inspiraba un santo anonadamiento delante de Dios.

¡Oh Dios de santidad! allí sí que érais realmente adorado en espíritu y en verdad! ¡Qué agradables no os serian los homenajes que recibíais de aquellos humildes corazones!

No se puede pintar la imágen de esta dichosa familia sin envidiarla. ¡Ojalá que todas las familias cristianas se formasen en esta escuela tan escelente!

¡Ah! si el amor de Dios reinase entre ellas, así como reinaba bajo el humilde techo que cubria á Jesus, María y José; entónces sí que se veria al mismo tiempo reinar entre ellas el orden, la paz y la buena correspondencia.

El esposo y la esposa gustarian las dulzuras inocentes de la union conyugal. Los hijos serian educados en el santo temor de Dios, y los domésticos no recibirian sino ejemplos de virtud.

No se conocerian aquellos tristes efectos que acostumbran producir los celos y las disensiones; y no se verian estos escándalos

tan frecuentes que se advierten en nuestro dias.

Léjos de hacer servir la prosperidad á un fausto soberbio y ruinoso, experimentarían los pobres sus dulces y abundantes efectos. Se la santificaria, así rindiendo á Dios por ella las gracias que le son debidas, como por medio de una moderacion cristiana.

Una prudente economía seria el tesoro mas rico que se poseyese, y se conoceria entónces su valor. Los ahorros vergonzosos de la avaricia, no serian ménos desterrados que las profusiones del lujo.

La adversidad no escitaria quejas ni murmuraciones contra la Providencia. Se bendeciria á Dios del mismo modo en la pobreza ó en la mediocridad, que en la abundancia y en la elevacion.

La cabeza de la familia ejerceria su autoridad sin imperio y sin altanería. La esposa, siguiendo las intenciones del esposo, velaria con cuidado sobre sus domésticos; y el uno y el otro tendrian el consuelo de ver crecer delante de sus ojos á unos hijos dóciles, que recibirian desde sus mas tiernos años las impresiones de la virtud.

¡Qué bien no resultaria entónces á la so-

ciudad cristiana! ¡qué simplicidad de costumbres tan amable! ¡qué candor y qué inocencia! ¡qué union y qué caridad! ¡qué edificacion, y qué frutos tan maravillosos de santidad!

¡En qué tranquilidad no se pasarían entonces los días! Y cuando fuere necesario pagar el tributo indispensable á la muerte, se haría tanto mas voluntariamente el sacrificio de la vida, cuanto se tendría la satisfaccion de haber vivido, segun la justicia, y en el amor de su Dios.

CAPITULO XXVII.

De la eficacia de la oracion.

En la celebridad de las bodas de Caná, á que asistió María con Jesus y sus discípulos, llegó á faltar el vino. Conociendo María el sonrojo y la confusion que iban á padecer los novios por esta falta, llena de confianza en el poder de su Hijo, le hace presente la necesidad.

Dios ha ligado siempre sus gracias á la oracion; y pronto siempre á repartirlas, nos

convida á que le pidamos, pero quiere que sea con confianza.

El defecto de esta confianza es ordinariamente la señal de una fe enferma, y esta es la causa de tantas súplicas estériles y sin ningun fruto.

Para ofrecerle el tributo de nuestros labios, no es necesario buscar momentos favorables. Dios está siempre dispuesto á escucharnos, y nos dice continuamente: *Pedid, y recibiréis. Aquel que pide, recibe.*

Siendo como somos, siervos de un Dios tan bueno, que á ninguno desecha ni despide, y que es bastante poderoso para enriquecer á cuantos se lleguen á él, ¿cómo es que somos nosotros tan poco solícitos en pedirle sus gracias, ó para nosotros mismos, ó para los otros, á ejemplo de María?

La oracion de María fué corta; porque Dios, bien al contrario de los hombres, no exige de nosotros discursos pulidos, estudiados ni meditados largo tiempo. Para tratar con él no es necesario usar de pensamientos delicados ni elocuentes.

Una súplica hecha con candor y sencillez, en la cual nos limitamos á pedir á Dios lo que sabemos que es de su gloria y de nues-

tra santificacion, ó que á lo ménos no tiene ninguna cosa que sea contraria ni á la una ni á la otra, es ciertamente la que le agrada y le hace propicio.

Las palabras de los labios no son las que obtienen sus favores, sino los sentimientos del corazon.

Algunos suspiros del corazon de la madre de Samuel le obtuvieron no solamente un hijo que pedia, sino al mismo tiempo un profeta y un juez de Israel. *Ana rogaba dentro de su corazon (1).*

Jesus respondiò á María de una manera que, al parecer, no le daba ninguna esperanza; pero no por esto dejó de pedir ni de esperar, y al fin obtuvo lo que deseaba.

Es muy raro que el que pide con perseverancia no consiga lo que desea. La importunidad desagrada á los hombres y los fatiga; pero no sucede así con Dios: es necesario no dejar de pedirle, pues que este Señor jamas deja de escucharnos.

Algunas veces, por fervorosa que sea tu oracion, te parecerá que te dice Dios como á María: que *aun no ha llegado la hora (2)*;

(1) I Reg, I, 13. — (2) Joan II, 4.

pero si tu confianza es siempre firme, esta hora llegará.

El que presume prefijar á Dios cierto tiempo para que le conceda lo que le pide, se hace indigno de su bondad.

Es verdad que muchas veces, no obstante que pedimos á Dios con reiteradas instancias, no nos concede lo que le pedimos; pero entonces nos suele otorgar otra cosa, que es aun mas necesaria que la que se le pedia.

San Pablo pidiò á Dios que le librase de una tentacion, y no se lo concediò; pero porque le pidiò y rogò, le dispensò otra gracia, con cuyo auxilio consiguiò grandes méritos; y de este modo no le quedò duda al apòstol de que Dios le habia escuchado en su oracion.

Hace muchos años, pongo por ejemplo, que estás pidiendo á Dios que te libere de una enfermedad corporal que padeces, y sin embargo, siempre estás enfermo; pero la gran paciencia con que la sufres es el fruto de tu oracion, y por lo mismo debes estar seguro de que Dios te oyó.

Aquello que muchas veces pedimos á Dios porque nos parece un bien, seria para nosotros un gran mal si se nos concediese, y por

esta razon nos lo rehusa Dios por el mucho amor que nos tiene.

Es necesario hacer mucho mas caso de aquellas gracias que se dirigen á nuestra salud y santificacion, que de las gracias temporales. Estas las concede Dios á sus mayores enemigos, y aquellas las tiene reservadas para sus escogidos.

CAPITULO XXVIII.

Cómo la virtud no es incompatible con la buena crianza.

La caridad fué el único motivo que obligó á María, igualmente que á su Hijo, á asistir á la celebridad de las bodas de Caná.

Hubiera sido de mas satisfaccion para María el quedarse en su casa de Nazareth, y gustar allí tranquilamente de las dulzuras de la contemplacion; pero no quiso contristar á los novios que la habian convidado.

La virtud no es incompatible con la buena crianza; ántes bien, por el contrario, quiere que se observe todo lo que ésta pide, y aun es la única que puede hacer el que se practique santamente.

Pero para imitar en todo á María, es necesario figurarte el modo con que se portó en aquella ocasion. ¡Qué discrecion en sus palabras! ¡qué modestia en sus miradas!

La sabiduría de su conducta puede servir de regla á la decencia y cautela que se ha de guardar aun en medio de los placeres mas honestos é inocentes.

Es preciso hacer una grande diferencia entre las leyes de la sociedad y las del mundo. La virtud no conoce á éstas sino para combatir las; pero observa las otras cuanto puede, porque en nada son contrarias á la ley de Dios.

Negarse indistintamente á toda diversion y recreo, seria hacer un agravio á la piedad, y aun acreditar aquella falsa preocupacion de que la virtud hace á los hombres salvajes.

No; la verdadera piedad á ninguno hace salvaje: cualquiera puede muy bien conformarse con las leyes de la urbanidad, sin dejar de ser piadoso.

La verdadera piedad, así por el fin que se propone, como por el motivo que la hace obrar, sabe ennoblecer aun las acciones que son mas indiferentes en sí mismas.

Lo que sí es necesario, es, no entregarse

demasiado á las diversiones, por inocentes que sean, sino cuidar siempre de sí mismo.

Para no incurrir en una gran disipacion en aquellas diversiones á que nos obliga á asistir la buena crianza, será muy conveniente traer á la memoria de cuando en cuando la presencia de Dios.

Gobernaos siempre con la misma modestia y compostura que tendríais si Jesus y María estuviesen presentes.

Manifestad, á ejemplo del ángel de Tobías, que tomáis parte en las alegrías de los demas, siempre y cuando no se haga ninguna cosa que ofenda á la piedad; pero al mismo tiempo es necesario tomar un *alimento invisible* (1), que llene á vuestra alma de delicias.

Dirigid vuestros pensamientos al cielo, y pensad siempre en aquellos placeres inefables de que gozan los santos; placeres con los cuales se les recompensa la indiferencia con que miraron los de la tierra.

Levantad vuestro espíritu y vuestro corazón al Señor, protestándole que todas las alegrías del mundo no serán jamas bastantes

(1) Tob. XII, 19.

para haceros olvidar los puros placeres que se gustan en su servicio.

Decidle que con el socorro de su gracia sacrificaréis voluntariamente todo cuanto os pueda ser mas agradable en esta vida por un solo grado de aumento en su amor.

CAPITULO XXIX.

Cuán dulce cosa es oír la voz de Jesus, y de la eficacia con que una alma debe escuchar sus instrucciones.

Despues de haber disfrutado María de la presencia de Jesus y de la dulzura de sus conversaciones, por espacio de los treinta años que permaneci6 con él en Nazareth, parecia que ninguna otra cosa mas tenia que hacer que repasar en el silencio de su retiro aquellas lecciones divinas que habia recibido de él, sin que fuese necesario seguirle á los diferentes lugares á donde fué durante su vida evangélica.

Sin embargo, San Juan nos dice, que *permaneci6 algunos dias en Cafarnaum* (1) pa-

(1) Joan. II, 12.

ra aprovecharse sin duda de sus instrucciones.

Los demas Evangelistas nos manifiestan tambien que en otra ocasion, no pudiendo acercarse á Jesus *á causa de la multitud que le rodeaba* (1), deseosa de oír su doctrina, se valió del pretexto de que *queria verle y hablarle*.

Ninguno otro conocia mejor que esta Santa Madre el precio de sus divinas lecciones, ni gustaba mas de las delicias de su conversacion.

Y en efecto ¿qué cosa mas dulce para quien sabe distinguir la voz de Jesus, que oír las palabras de vida que salen de su boca?

Una alma que ha comenzado á gustar de Jesus, no puede vivir sin él. En mil ocasiones ha oído ya su voz, y mil veces mas desea volverla á oír.

Todo lugar le desagrada si no encuentra allí á su amado; toda voz le cansa y la molesta, si no es él el que le habla.

¡Oh, y cuán molestos le parecen los discursos de los hombres! Ve que no se ocupan

(1) Matth, xii, 46. Marc. iii, 31. Luc. viii, 20.

sino *de cosas vanas* (1): y solo las palabras de Jesus son para esta alma *palabras de espíritu y de vida* (2).

Desde el mismo instante en que comienza á oír su voz, destierra todos los demas pensamientos para aplicar toda su atencion á este lenguaje divino, que le agrada mucho mas que cuanto puede oír de maravilloso sobre la tierra.

No hay ninguna cosa que oiga con mas alegría, que retenga con mas fidelidad, ni que medite con mas aplicacion; porque nada hay que fructifique en ella con mas abundancia.

Si se queda dormida, despierta, como la Esposa de los Cantares, al menor ruido de la voz de su Esposo. ¡Ah! dice aquella Esposa querida: *Mi Esposo viene; la voz de mi amado ha llegado á mis oídos* (3). Sí, Jesus es el que me habla, no hay duda: no puede equivocár su voz el que le ama.

El mundo, la vanidad y sus placeres, usan de un lenguaje diferente, que no se oye sino con disgusto, y no se conoce sino para tenerle horror.

(1) Ps. cxviii, 85.-(2) Joan. vi, 64.-(3) Cant. ii, 13. p. 15.

Los ojos de la Magdalena no reconocieron á Jesus despues que resucitó; pero apenas le oyó hablar, quando conoció dentro de su corazon que Jesus era el que le hablaba.

¡Oh Jesus! ¡oh Salvador mio! apartad de mí toda voz estraña, que no sirve sino para distraerme de vuestra divina palabra. No quiero escuchar otra voz que la vuestra.

Vanos entretenimientos, objetos frívolos, que tantas veces me habeis servido de impedimento para oír la voz de Jesus! yo no os conozco mas, dejadme á solas con él.

Solo por tener la dicha de oiros, *os seguiré, Divino Maestro, á cualquiera parte á donde fuéreis* (1). Si no escucho vuestra voz en Nazareth, la iré á oír á Cafarnaum ó á Jerusalem.

En cualquiera parte en que yo esté, allí puedo gozar de esta dicha. Hablad, Señor, hablad sin cesar á mi alma (2), *que yo escucharé con el mayor cuidado lo que el Señor me diga en el fondo de mi corazon.*

Dichoso aquel á quien os dignais instruir en la ciencia de vuestra ley (3), pues que él

(1) Matth. VIII, 19.—(2) Ps. LXXXIV, 8.—(3) Ps. xciii, 12.

encontrará con qué suavizar sus penas en el tiempo de la afliccion.

Vuestros ministros me hablan muchas veces de parte vuestra; y muchos libros, que leo con placer, me hablan tambien de vos; pero si vuestra voz no se hace entender al mismo tiempo, ¡qué impresion hará todo lo demas en mi corazon?

Todo lo que me dicen, no hay duda que es bastante para moverme; pero si vuestra gracia no se junta á sus palabras, ni la verdad se grabará en mi entendimiento, ni quedará movido mi corazon.

Hacedme, pues, *oir vuestra voz* (1) ¡oh celestial Esposo de mi alma! para que yo os haga oír la mia; hablad á mi corazon, para que el mio hable al vuestro.

Mas me enseña vuestra voz en un momento, que quanto se puede aprender en muchos años en la escuela de los sabios del siglo.

Vuestra divina voz ha sido la que, despues de haber instruido á muchos, que parecian simples á los ojos del mundo, les enseñó á hablar de un modo admirable de vuestro divino amor, y de la manera mas sublime de vuestros mas grandes misterios.

(1) Cant. ii, 14.

CAPITULO XXX.

*Que no se ha de buscar la gloria de este mundo,
ni la estimacion de los hombres.*

SIERVO. Vos ¡oh Madre dichosa! os complacíais sin duda al ver el honor que se hacía á vuestro Hijo en el tiempo de su predicacion; pero únicamente por él, y en ninguna manera por vos misma.

Jamas se vió que os valiérais para ninguna cosa de la circunstancia de haberos Dios elegido para dar al mundo aquel que, por el resplandor de sus maravillas, y sublimidad de su doctrina, escitaba la admiracion de los pueblos.

Bien diferente de las demas madres que se congratulan abiertamente por el mérito de sus hijos, y quieren participar con ellos de su gloria, si vos seguíais á Jesús á diversos lugares, era solamente para recibir sus instrucciones y alimentar con ellas vuestra alma, y no para recoger la gloria que pudieran ha-

cer recaer sobre vos las bendiciones y alabanzas que se le daban.

Conservásteis siempre la humildad de vuestros sentimientos, aun en aquellas ocasiones mas propias para seducir el corazon humano.

De este modo condenábais el afan con que se busca la gloria] de este mundo, y el amor y la estimacion de los hombres; infeliz veneno que infesta todas nuestras obras.

MARÍA. Es verdad, hijo mio, que mediante la gracia del Señor, me preservé siempre de todo aquello que llamas con razon un veneno infeliz.

Solo á Dios pertenece la gloria. ¿De qué puede gloriarse una criatura, cuando nada tiene que no sea por Dios?

El Señor me habia ya distinguido bastante escogiéndome por Madre del Mesías. ¿Pues á qué fin hubiera buscado yo las distinciones del mundo?

Quien no busca sino á Dios, no ve ninguna cosa grande ni maravillosa sino en Dios. Los vanos honores de este mundo, y todo lo que estiman mas los hombres, no son sino unos objetos frívolos, y de ningun momento delante de su vista.

Consulta, hijo mio, á la fe que profesas; consulta al mismo tiempo á la razon, y no desearás tanto los honores ni las alabanzas.

Variando entónces de objeto tu ambicion, desearás únicamente la gloria que tiene Dios reservada para sus escogidos.

Si los hombres te olvidan y te miran como á una persona con quien no se puede contar, no te entristezcas por esto, ántes bien regocíjate, porque no hay camino que conduzca con mas seguridad al ensalzamiento de una alma en el cielo, que el de la humillacion que se padece con un verdadero espíritu de religion.

Deja, pues, á los partidarios del mundo todos estos títulos y vanas distinciones de que hacen tanto caso, y reserva para tí una gloria mas sólida y verdadera.

Pide frecuentemente á Dios, á ejemplo de David, *que no te deje poner los ojos sobre la vanidad* (1) de las cosas de la tierra.

¡Cuántos no se han perdido, por su desgracia, por haber mirado al mundo como á su ídolo. No aumentes el número de los insen-

(1) Ps. cxviii, 37.

satos que aun le tributan diariamente adoraciones.

SIERVO. Yo me aprovecharé ¡oh Vírgen Santa! de vuestro ejemplo y de vuestras lecciones. No quiero ni deseo otra gloria que la que es consiguiente á la imitacion de vuestras virtudes.

Pero como mi corazon es flaco y fácil en volverse atras, imploro ¡oh Vírgen poderosa! vuestra asistencia. Alcanzadme, pues, aquella firmeza de alma de que necesito para elevarme sobre el desprecio del mundo y sus pérfidas caricias.

CAPITULO XXXI.

De la necesidad que tenemos de sufrir al prójimo con espíritu de caridad y dulzura.

SIERVO. ¡Oh Vírgen, que escedeis en dulzura á todas las puras criaturas! Vos me enseñais bien por la conducta que observásteis con tantos ingratos á quienes enseñaba Jesus su doctrina celestial, y en cuyo favor obraba los mas grandes prodigios, cómo debo yo sufrir los defectos de mi prójimo.

Consulta, hijo mio, á la fe que profesas; consulta al mismo tiempo á la razon, y no desearás tanto los honores ni las alabanzas.

Variando entónces de objeto tu ambicion, desearás únicamente la gloria que tiene Dios reservada para sus escogidos.

Si los hombres te olvidan y te miran como á una persona con quien no se puede contar, no te entristezcas por esto, ántes bien regocíjate, porque no hay camino que conduzca con mas seguridad al ensalzamiento de una alma en el cielo, que el de la humillacion que se padece con un verdadero espíritu de religion.

Deja, pues, á los partidarios del mundo todos estos títulos y vanas distinciones de que hacen tanto caso, y reserva para tí una gloria mas sólida y verdadera.

Pide frecuentemente á Dios, á ejemplo de David, *que no te deje poner los ojos sobre la vanidad* (1) de las cosas de la tierra.

¡Cuántos no se han perdido, por su desgracia, por haber mirado al mundo como á su ídolo. No aumentes el número de los insen-

(1) Ps. cxviii, 37.

satos que aun le tributan diariamente adoraciones.

SIERVO. Yo me aprovecharé ¡oh Vírgen Santa! de vuestro ejemplo y de vuestras lecciones. No quiero ni deseo otra gloria que la que es consiguiente á la imitacion de vuestras virtudes.

Pero como mi corazon es flaco y fácil en volverse atras, imploro ¡oh Vírgen poderosa! vuestra asistencia. Alcanzadme, pues, aquella firmeza de alma de que necesito para elevarme sobre el desprecio del mundo y sus pérfidas caricias.

CAPITULO XXXI.

De la necesidad que tenemos de sufrir al prójimo con espíritu de caridad y dulzura.

SIERVO. ¡Oh Vírgen, que escedeis en dulzura á todas las puras criaturas! Vos me enseñais bien por la conducta que observásteis con tantos ingratos á quienes enseñaba Jesus su doctrina celestial, y en cuyo favor obraba los mas grandes prodigios, cómo debo yo sufrir los defectos de mi prójimo.

Si alguna vez se daban á Jesus bendiciones y alabanzas, ¡cuántas veces no tuvo que sufrir las contradicciones mas violentas?

La envidia se habia dedicado á suscitarle enemigos que destruian su doctrina, trataban sus milagros de prestigios, y lo pintaban á él mismo con los colores mas odiosos.

¡Cuántas veces no fuísteis testigo de estos escesos? Pero vos ¡oh Virgen Santa! á ejemplo de vuestro Divino Hijo, *no teniais por sus enemigos sino sentimientos y pensamientos de paz* (1). Teniais horror al pecado, pero amábais al pecador.

Movida únicamente de la ofensa de Dios, no esplicábais de ninguna manera vuestras quejas contra estos hombres insensibles, antes bien os dignábais interceder por ellos con vuestro Hijo.

¡Ay de mí! observábais con ellos la misma conducta que la que practicais hace tantos años conmigo.

Yo soy, Señora, el siervo mas infiel y mas ingrato, y vos me sufris con bondad, y me alcanzais siempre de Dios nuevos favores.

Madre del Dios de la paz: alcanzadme la

(1) Jerem, xxix, 11.

gracia de *que yo no ofenda mas á nadie con mis malas palabras* (1).

¡Oh vos, cuyo solo nombre hace nacer en el alma sentimientos de suavidad y dulzura! pedid para mí esta virtud, y aquel espíritu de paz que nos hace dignos del título glorioso de *hijos de Dios* (2).

MARÍA. Yo intercederé por tí, hijo mio; pero es preciso que correspondas por tu parte á las gracias que te consiga. La gracia no quita las dificultades; lo que sí hace, es ayudar á vencerlas.

Bien sé que el prójimo te servirá muchas veces de carga por su humor inconstante, por sus ideas estravagantes, por sus modos extraordinarios; pero la gracia, si tú correspondes fielmente á ella, te ayudará á vencer todas esas repugnancias, y tendrás al mismo tiempo mucho mérito.

Las ocasiones de hacer actos heróicos de virtud no se presentaban todos los dias á los santos, pero sí las de sufrir con paciencia los defectos de su prójimo, y de este modo hermoseaban cada dia mas su corona.

La vida del cristiano es una vida de sacri-

(1) Eccles, xviii, 15.—(2) Mach, v, 45,

ficios, y el prójimo por sus defectos presenta todos los dias ocasion de multiplicarlos.

No hay hombre que no peque en muchas ocasiones (1), y por lo mismo todos deben aprovechar los medios de expiar sus pecados; y el mas poderoso de todos es el de sufrir al prójimo con espíritu de penitencia.

Ademas de que, hijo mio, no hay hombre que no tenga defectos, y aquel que tenga menos será el mas perfecto.

Encontrarás defectos en tus hermanos, y éstos los hallarán en tí: procura no ser del número de aquellas personas que creen no tener ninguno, porque es el mayor de todos.

Pues que tus hermanos te toleran tal como tú eres, súfrelos tú tambien tales como ellos son.

Para disimular las faltas de tu prójimo, basta que apliques aquella paciencia de que necesitas para sufrirte á tí mismo en aquellos defectos que no puedes menos de reconocer en tí.

Hace mucho tiempo que trabajas en corregirte, y tu trabajo ha sido hasta ahora en

(1) Jacob. III, 2.

vano. ¿Pues cómo quieres corregir los defectos de los otros?

Por mas quejas y murmuraciones que formes sobre los disgustos que te han hecho sufrir algunas personas, puedes estar seguro de que por este medio ni las corregirás, ni remediarás nada.

El único partido que debes tomar, es el de pedir á Jesus su ayuda para aprovecharte de aquellas ocasiones para probarte á tí mismo, y afirmarte mas en la virtud.

CAPITULO XXXII.

De la resignacion que se debe tener en la voluntad de Dios, aun en aquellas cosas que parecen contrarias á los intereses de su gloria.

SIERVO. ¿Qué motivo de dolor no seria para vos, oh Vírgen piadosa, el ver el poco fruto que sacaban los judíos de las predicaciones de Jesus!

Su doctrina celestial, sostenida con las mas grandes maravillas, no era bastante á convertir una multitud de espíritus obstinados que vivian contentos en su ceguedad.

Semejantes á los enfermos que apartan la mano del que los quiere curar, despreciaban aquellos incrédulos la salud que se les ofrecía.

¿Cuáles serían entónces vuestros sentimientos, oh Madre tierna? Llorábais la ceguera y obtinación de aquellos hombres perversos; pero llorábais en paz y no cesábais de pedir al cielo su conversion.

MARÍA. Ninguno, hijo mio; deseaba mas que yo el que Jesus fuese conocido. El zelo que tenia por su gloria, me hacia sentir mas vivamente el endurecimiento de los judíos; pero ¿por qué debía yo perder la paz de mi alma?

Yo sabia que se sirve Dios muchas veces de los malos para la ejecucion de sus designios, y que sabe sacar el bien del mal. Lo que hacia era adorar aquella sabiduría infinita que permite algunas veces el triunfo de la iniquidad.

SIERVO. Esta paciencia ¡oh Virgen Santa! me servirá de modelo en todos los sucesos de mi vida, y especialmente en aquellos en que vea que quiere vacilar mi fe.

MARÍA. Sí, hijo mio: cuando vieres al crimen que camina orgulloso con la cabeza er-

guida á insultar al inocente, no te dejes arrebatar de los movimientos de un zelo amargo, que se irrita y llena de indignacion, porque la religion te lo prohíbe.

¿Por qué no has de sufrir tú lo que sufre el mismo Dios? ¿No podria acaso impedir lo que á tí te sirve de motivo de escándalo? Pues cuando no lo hace, forzoso es que tenga designios en permitirlo, y á la criatura ninguna otra cosa le toca sino adorarlos.

Nada sucede en este mundo sin que Dios lo permita. Tanto el mal como el bien, sirven á las ideas de la Providencia, y estas ideas no son conocidas de los hombres. Dia vendrá en que se conozca toda su justicia y sabiduría.

Es verdad que no debes ser insensible á los males de la religion: justo es que te affijas por ellos, y aun te es permitido el quejarte amorosamente á Dios.

Pero escandalizarte hasta tal punto que sea en detrimento de la fe ó de la paz de tu corazon, esto no es un verdadero zelo, sino un abuso y un esceso reprehensible.

Una virtud no destruye á otra. La sumision del entendimiento á todo lo que Dios

permite, se puede muy bien componer con un verdadero zelo por la gloria de Dios.

Hay males que piden tus lágrimas y tus gemidos; pero lágrimas derramadas á los piés del Señor, y gemidos exhalados en su seno.

Comunicale tus penas: suplicale que ponga fin á lo que te affige, y dile con una libertad santa, de lo cual no se ofenderá:

Levantaos, Señor. ¿Por qué haceis del dormido? ¿Por qué apartais de nosotros vuestra vista? ¿Por qué nos olvidais en vuestras aflicciones (1)?

Mirad, Señor, que se os declara la guerra: que se ultraja vuestro Santo Nombre; que se blasfema de vuestra religion, y que se pretende destruir vuestras obras.

Vengad vuestra causa, y no permitais mas tiempo que prevalezca la iniquidad, pues que se interesa en ello vuestra gloria.

De este modo cumplirás, hijo mio, con lo que exige de tí el zelo por la gloria de Dios y de la religion, y esperarás en paz que el Señor te venga á consolar.

(1) Ps. XLIII. 23.



CAPITULO XXXIII.

De las señales de la verdadera santidad.

Una muger exclamó en una ocasion en presencia del Salvador de esta suerte: *¡Dichoso el vientre que os llevó, y los pechos que másteis (1)!*

Mas bien debes decir, respondió Jesus: *¡Dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la ponen por obra (2)!*

Jesus dió á entender en estas palabras que la dignidad de Madre de Dios no fué la que distinguió mas á María, sino su constante fidelidad en todos los deberes de la religion; y que su principal mérito no estuvo en la prerogativa de su maternidad que recibió de Dios, y Dios solo, sino en su santidad que tambien la tuvo de Dios, pero mediante su correspondencia y sus buenas obras.

Lo que Dios hace por nosotros no es precisamente lo que nos hace dignos de las

(1) Luc. xi, 27.—(2) Ibid, 28.

recompensas que nos tiene prometidas, sino lo que nosotros hacemos por Dios correspondiendo á los auxilios que nos comunica.

El buen siervo, de quien habla el Evangelio, no hizo consistir su mérito en haber recibido cinco talentos, sino en haber sabido aprovecharse de ellos.

Vosotros os gloriais, y con razon, porque os hallais revestidos de la calidad de hijos de Dios, que recibísteis en el bautismo; pero deberíais reflexionar que esta calidad por sí sola no os dará ningun lugar entre los santos, miéntras no sepais mantenerla por medio de la santidad de vuestra vida.

Entre los santos hay muchos que han tenido raptos y éxtasis; pero no es esta la razon porque les debeis envidiar su suerte. Ellos han sido constantemente fieles á la voluntad de Dios, y en esto es en lo que vosotros debeis procurar imitarlos.

Los que abrazan una profesion santa, no deben descansar sobre la santidad de su profesion, sino sobre su vigilancia y exactitud en cumplir las obligaciones que les impone.

Júdas, segun las apariencias, hizo milagros, y sin embargo, fué un réprobo. De San Juan Bautista no se lee que los haya hecho,

y no obstante le da el Hijo de Dios en el Evangelio los mas grandes elogios.

Bien puede uno llegar á ser alguna cosa en la estimacion de los hombres sin la santidad de la vida; pero delante de Dios ninguna cosa tiene precio sino el ser santo.

Ninguno puede llegar á conseguirlo sino practicando obras santas, y este ejercicio es el que debe ser para nosotros, así como lo fué para María, el fundamento de nuestra gloria.

Es necesario que os persuadais que Dios no ha ligado vuestra salvacion á los dones extraordinarios de la naturaleza ó de la gracia, sino que en cierto modo os ha hecho dueños de ella, haciéndola depender de vosotros, correspondiendo á sus divinos auxilios.

Aquel ¡oh Dios mio! será digno de entrar en vuestro tabernáculo eterno que camine en la inocencia, y cumpla todos sus deberes. (1).

(1) Ps. xiv, 2.





LIBRO III.

En el que se consideran la vida y virtudes de la Santísima Virgen, desde el tiempo en que vió á su Divino Hijo dar su Sangre y su Vida en el Calvario, hasta su gloriosa Asuncion.

CAPITULO PRIMERO.

El que ama á Jesus, debe subir al Calvario y padecer allí con él.

MARÍA. Ya sube Jesus al Calvario. Ven, hijo mio, ven; pues que este Señor te llama para que subas con él. Si es cierto que le amas, no dejarás de seguirle.

El amor que tenemos á Jesus, ¿seria digno de él si le desamparásemos en medio de sus dolores, y cuando todos los demas hombres le desprecian y ultrajan?

Es verdad que no podemos darle ningun

socorro; pero á lo ménos tomaremos parte en sus sufrimientos, mezclando nuestras lágrimas con su Sangre, y le daremos el consuelo de que vea que estamos prontos á sufrir por su amor todo cuanto nos ordene.

SIERVO. Pero ¡oh Virgen generosa! ¿es posible que no hay otro medio de dar á entender á Jesus nuestro amor, que sufriendo y padeciendo por él? ¿No pudiéramos manifestarle este amor en la tranquilidad y el reposo?

MARÍA. Hijo mio: en la tranquilidad y el reposo es fácil dar á Jesus pruebas de que le amamos; pero no puede juzgarse bien de la solidez de este amor sino en medio de la tempestad.

Jesus ha dicho: *el que no lleve mi Cruz y me siga, no puede ser mi discípulo* (1).

Debes, pues, considerar como dias felices, aquellos en que hayas tenido ocasion de padecer alguna cosa por su amor.

Muchos cristianos no aman á su Divino Bienhechor sino á causa de sus beneficios, pareciéndose en esto á los amigos del mundo, que no aman sino por interes.

(1) Luc. XIV, 17.

Dicen éstos que aman á Jesus de todo su corazon, y sin embargo *no pueden velar ni una sola hora con él* (1) en el jardin de su agonía.

Protestan que le seguirán por todas partes, aunque sea necesario ir á morir con él; pero inmediatamente el terror de los sufrimientos debilita en ellos el amor, y no siguen á Jesus sino á lo léjos.

Pero tú, hijo mio, si amas á Jesus, no podrás ménos de amar su Cruz; y si le amas de todo tu corazon, abrazarás, lleno de júbilo y contento de las ocasiones que se te proporcionen de padecer y sufrir.

Aquel á quien no es necesario violentar como á Simon Cirineo para que lleve la Cruz de Jesus, y que participa voluntariamente de la amargura de la hiel que le fué presentada en el Calvario, aquel es el que verdaderamente ama á Jesus.

En el fuego de la tribulacion es en donde se prueba el oro del amor (2). Aquí es en donde se purifica y se perfecciona.

Jesus vivió en medio de lágrimas; pues

(1) Matth. xxvi, 40.—(2) Eccles. ii, 5.

¿cómo puedes tú esperar, ni resolvete á vivir entre delicias?

Un verdadero cristiano es un hombre formado *sobre el modelo de Jesus* (1) sufriendo, agonizando, y aun muerto en la Cruz.

Encuentras á Jesus digno de ser amado, cuando piensas en tantos y tan crueles tormentos como ha padecido por tu amor; pero ¡ah! ¿cuánto no debes tú amar aquello mismo que sirve de objeto tan digno á tus afectos, y aquellos mismos tormentos de que Jesus te hace participante solo porque te ama?

Los hombres rescatados por la Cruz, deben mirarla como á su herencia y toda su gloria.

Jesus no ha entrado *en su gloria sino por el camino del sufrimiento* (2). Ni hay ni ha habido otro para mí ni para los santos: con que no hay remedio, es indispensable que siga el mismo camino quien desee llegar al mismo fin.

SIERVO. ¡Oh Vírgen, Madre de un Dios! si vos padecísteis tantos tormentos, y llegásteis á concebir tanta estimacion por el sufri-

(1) Philip. iii, 10.—(2) Luc. xxiv, 26.

miento, fué porque amábais á Dios mas que todos los mártires y santos juntamente.

Ayudadme con vuestra intercesion á vencer mi delicadeza, mi sensibilidad y el horror natural que tengo á la Cruz, para que mi entendimiento, mi corazon y todo lo que hay en mí, puedan manifestar á mi Dios que yo le amo.

Vos fuísteis la Virgen mas santa; y sin embargo, fuísteis la mas afligida. Consiento, pues, con gusto, en participar de vuestros sufrimientos, con tal que participe de vuestro amor.

Haced, Madre Soberana, que yo ame y ponga todas mis delicias en la Cruz de Jesus; para que en la hora de mi merte, Jesus crucificado sea toda mi fortaleza y mi consuelo.

MARÍA. ¡Cómo podrias, en efecto, abrazar con confianza á un Crucifijo en la hora de la muerte si hubieras vivido como *enemigo de la Cruz* (1)?

En la hora de la muerte no solo no se siente haber estado muchas veces sobre la Cruz, sino que es entónces cuando quisieran los

(1) Philip. iii, 8.

hombres no haberse separado de ella jamas, porque tendrian la ventaja de ser semejantes á Jesus crucificado en aquello mismo en que quiere que sean conformes con él.

Sí, hijo mio: si hallándote espuesto á los desprecios y malos tratamientos del mundo, y á las persecuciones mas sangrientas, te veo padecer con sumision, paciencia y constancia, entónces será cuando mire en tí una imágen admirable de Jesus.

Entónces sí que te amaria, hijo mio, mucho mas que te amo, porque cuanto mas te parezcas á Jesus, serás un hijo mas digno de tu Madre.

SIERVO. ¡Oh Madre mia! el motivo que me animará en adelante, y me servirá de consuelo en todos mis sufrimientos, será el de pensar que yo llevo mi cruz con Jesus y por Jesus; pero al mismo tiempo, ¡qué ventaja para mí la de considerar que mi estado y mis disposiciones me atraerán de una manera especial vuestra proteccion y vuestro amor!



CAPITULO II.

De la conformidad que debemos tener en la voluntad de Dios cuando estamos en la afliccion.

SIERVO. A vos recorro ¡oh Consoladora da los afligidos! en medio de la triste situacion en que me hallo.

Dignaos manifestarme aquellos sentimientos de que debo estar mas particularmente penetrado en los males que estoy sufriendo, y á vista de los que me amenazan.

MARÍA. Debes ocuparte, hijo mio, de una total y perfecta conformidad en la voluntad de Dios, que lo ordena y gobierna todo para su mayor gloria y para tu salud.

Cuando ves que se te acerca una afliccion, que la padeces continuamente, que se te aumenta; y cuando esperabas algun alivio, adviertes que hay otra cosa que te amenaza, dí y repite muchas veces al Señor: ¡Oh Dios mio! hágase en todo vuestra voluntad.

El pensamiento de esta voluntad divina me fortaleció y consoló en el templo de Je-

rusalen, cuando me anunció Simeon que Jesus seria entregado á la contradiccion de los hombres, y que mi alma seria traspasada con un cuchillo de dolor.

Me animó y consoló tambien en el Calvario cuando ví á Jesus clavado en la Cruz, y dar el último suspiro en medio de los mas crueles tormentos.

Como el amor que tenia á Jesus era sin límites, lo fué tambien mi dolor; pero mi resignacion no fué ménos grande que mi dolor y mi amor.

Destierra, pues, de tu entendimiento, aun cuando padezcas los mayores trabajos, cualquiera otra reflexion que la que se encierra en estas cortas palabras: *Dios lo quiere.*

Las demas consideraciones no servirán sino para exasperar tu dolor y hacerte sentir mas el peso de tu desgracia.

¿Pues qué, hijo mio, sabiendo que es Dios quien te envía la afliccion, osarias tú decir que no la quieres?

Si un hombre que se dirige por principios de sabiduría, no puede querer sino lo que sea bueno, ¿qué deberás tú pensar de un Dios que es infinitamente sábio?

Dios, á la verdad, no quiere el pecado de

aquellos que contribuyen á tu afliccion; pero quiere que ceda en gloria suya la paciencia con que tú debes sufrirla.

Permite el pecado de tus enemigos, y quiere que sus consecuencias sirvan á tu santificacion.

David no miraba en Semei á un hombre que le ultrajaba, sino á un Dios justo que se servia de aquel vil instrumento para humillarle y hacerle espigar sus culpas.

El mismo Jesus, hablando á sus apóstoles del cáliz de su Pasion, no les dijo ni una palabra de la ingratitud de los judíos que se lo preparaban, sino de la voluntad de su Padre que lo habia ordenado así.

En el jardin de las Olivas dijo á Pedro, que no habia aun comprendido bien que un cristiano que padece, que se ve oprimido y perseguido, no debe valerse de otras armas que las de la paciencia y resignacion: *¡Pues qué!* le dijo, *¿no beberé yo el cáliz que me ha dado mi Padre (1)?*

Esto no es decir que no puedas pedir á Dios que te libre de los males que te afligen, sino que si Dios no obstante quiere que be-

(1) Joan. XVIII, 11.

bas de su cáliz, deberás entónces decir: *Padre mio: hágase todo, no como yo quiero, sino como vos quereis (1).*

No mireis, Señor, á la extrema repugnancia que tengo en padecer y sufrir, sino en cuanto sea conforme á vuestra gloria, y á la ejecucion de vuestros designios.

Pero si adviertes que léjos de disminuirse tus aflicciones se aumentan cada dia mas, entónces dirás de esta suerte: *¡Sí, Padre mio, me someto humildemente á estos nuevos trabajos, pues que es conforme á vuestra voluntad que yo los padezca (2).*

¿Vos lo quereis? pues yo tambien lo quiero. ¿Vos sois, Dios mio, el que lo ordenais así? pues consiento en ello. Si es necesario padecer, padeceré; y aun si fuese necesario morir, moriré con gusto.

¡Ojalá que el rigor de los golpes que me enviéis, ó que permitais que me vengan por otra parte, apresure aquel feliz momento en que iré á gozar de las dulzuras eternas de vuestra presencia y de vuestro amor!

(1) Matth. XXIX, 39.—(2) Matth. XI, 26.



CAPITULO III.

De la paciencia.

¿Cuánto no tendría que sufrir la Madre del Verbo encarnado cuando vió á este Divino Hijo hecho el Hombre de dolores, entregado á las potestades de las tinieblas, arrastrado de tribunal en tribunal, tratado como seductor, é insultado por una soldadesca insolente?

¿Cuando le vió azotado cruelmente, coronado de espinas, reputado por mas criminal que Barrabas, condenado á muerte, cargado con el instrumento de su suplicio, y agobiado bajo de su peso?

¿Cuando oyó los golpes de los martillos que remachaban los clavos en los piés y manos de este Hijo querido; cuando le vió levantar en la Cruz, colocado entre dos malvados, insultado por sus enemigos que triunfaban de su muerte, y no tenían que presentarle sino *vino mezclado con hiel* para aplacar su sed?

Y en fin, ¿cuando le vió dar en la Cruz el

último suspiro, y fué testigo ella misma de la lanzada con que un atrevido ministro le abrió el costado para asegurarse de su muerte?

En medio de estos crueles tormentos, manifestó María la paciencia mas heroica. No se la oyó formar ni la queja mas pequeña.

Imitó María en el Calvario el silencio que habia observado Jesus en la casa del gran sacerdote. Rodeado de falsos acusadores *no decia ni una palabra* (1), porque conocia que hubiera hablado inútilmente en su defensa, y deseaba por otra parte que tuviese efecto el decreto de muerte, al cual se habia consagrado voluntariamente por nuestro amor.

¡Alma afligida! hé aquí el modelo que debes imitar. Si necesitas hablar alguna cosa cuando estás en el sufrimiento, habla, pero con dulzura, y con espíritu de paz. Si no son oidas tus quejas, sufre y calla, y no opongas á la injusticia sino la paciencia.

Pero ¿qué paciencia? Una paciencia cristiana que sea hija de un espíritu de religion, y no una paciencia humana, tal como la que inspira muchas veces la política ó el temperamento.

(1) Matth. xxvi, 63.

Los que se humillan bajo la mano de Dios, que adoran su justicia y misericordia en los trabajos que les envía, y que hacen de la paciencia de Jesus y de María el modelo de la suya, éstos sí que padecen como conviene á un verdadero cristiano.

Llevar la cruz con impaciencia, es hacerla mucho mas pesada, y es añadir la iniquidad á la pena.

El camino de la Cruz es el camino del cielo. Todos los santos le han seguido, y *los justos* (1) que están sobre la tierra caminan tambien por él; *padecen muchas tribulaciones*, porque Dios prepara á su paciencia una preciosa corona.

¡Ah! ¡desgraciados de aquellos cristianos que hacen servir para su perdicion lo que debería servir á su salud! semejantes en esto á aquel criminal que murió al lado del Salvador en el Calvario, blasfemando sobre su Cruz, y que desde el Calvario mismo bajó á los infiernos.

Si en las aficciones que padecemos, no nos rebelamos contra Dios, á lo ménos murmuramos de los trabajos que nos envía, y

(1) Ps. xxxiii, 20.

entonces mereceríamos ciertamente que Dios para nuestro castigo apartase de nosotros este medio poderoso de santificaros.

Muchas veces importunamos al cielo para que nos libre de nuestra cruz, y *no sabemos lo que pedimos* (1). Esta cruz es para nosotros una fuente copiosa de méritos.

¿En dónde se han visto jamas frutos mas abundantes de santidad y de escelentes virtudes que á la sombra de la Cruz y en el Calvario?

La paciencia nos hace adquirir allí mas mérito en pocos dias, que conseguiríamos en muchos años en una vida consagrada á los ejercicios de una piedad tranquila.

¿Cuántas veces sucede que el amor propio se engríe en las acciones de piedad? pero en una vida de aficciones se merece tanto mas, quanto la naturaleza tiene allí muy poca parte, y todo está dedicado á Dios.

No deseemos de ninguna manera una cruz mas bien que otra. Ni digamos: yo quisiera ésta mejor que aquella, porque la llevaria con mas paciencia.

¡Oh alma cristiana! cualquiera otra cruz

(1) Matth. xx, 22.

que la que llevas, no sería la que te conviene. Dios sabe mejor lo que necesitas que tú misma; y si quedase á tu arbitrio escoger tu cruz, te engañarías en la eleccion.

Las cruces que Dios nos hace llevar, son la medida de nuestras necesidades, de nuestras fuerzas, y de los designios que tiene sobre nosotros.

CAPITULO IV.

Cómo Dios reserva muchas veces los mas grandes sufrimientos para los que le son mas fieles en su servicio.

¿No era bastante ¡oh Dios mio! el que María hubiese llevado en su espíritu por espacio de treinta y tres años la imágen de los tormentos que su Hijo debia padecer? ¿era aun necesario que ella misma fuese testigo de su muerte?

Vos no exigísteis que Sara asistiese al sacrificio que Abrahan debia hacer por orden vuestra desu hijo Isaac.

Pero ya lo entiendo, Señor: era preciso que María, que debia ser algun dia la Reina de los santos, entrase mas íntimamente que to-

dos ellos en esta *sociedad de sufrimientos* (1) de que habla el apóstol, y que vos habeis establecido entre Jesus y los predestinados.

No debo admirarme al ver aumentarse las aflicciones de muchos justos con su fidelidad en vuestro servicio.

Debo mirar los grandes sufrimientos que padecen algunas veces, como otras tantas gracias particulares que les haceis, y como una prueba evidente de la estimacion que os merecen.

Recompensais lo que hacen por agradaros con aflicciones que los hacen siempre mas semejantes al divino modelo que les presenta el Calvario.

Las personas á quienes mas amábais, y que os amaban con el mas tierno amor, se hallaron en el Calvario al pié de la Cruz.

Es una felicidad muy grande, el ser reputado por digno de participar de los sufrimientos de Jesus de una manera particular.

Todo discípulo que quiera ser perfecto, debe ser como su maestro (2). Jesus, nuestro Maestro, cuya perfeccion debemos procurar imitar, ha pasado por las mas grandes tribulaciones.

(1) Philip. III, 10.—(2) Luc. VI, 40.

Pocas almas hay de una virtud eminente que no hayan sido fuertemente probadas.

Comenzaron por ser virtuosas, y vos les proporcionásteis despues alguna grande adversidad, para que llegasen á ser perfectas.

Porque habeis sido agradable á Dios, decia el ángel á Tobías, ha sido necesario que la adversidad os probase.

Es mucho mas generoso el amor que se manifiesta cuando se ejercita la virtud padeciendo y sufriendo por Dios, que cuando se practican otras diferentes obras de piedad.

Es verdad, Dios mio, que sirve á una alma de mucho consuelo el poder decir con San Pedro: *¡Bien sabeis, Señor, que yo os amo!* pero no se sabe perfectamente lo que es amarnos, si no se aprende primero á padecer por vos.

Esto no es decir que las afrentas mas atroces, las cárceles y las enfermedades largas y crueles, han de ser precisamente la herencia de vuestros Santos, miéntras estén en este mundo; porque vos sabeis prepararles otras cruces, que, aunque no sean de tanto terror en la apariencia, no son ménos eficaces para perfeccionarlos, y aun para hacerlos morir sobre ellas mismas.

¿Quién sabe á cuántos y cuán violentos combates no tienen que entregarse las almas que quereis purificar, y que llamais á una santidad eminente?

¿Cuántas veces parece en lo exterior que gozan de una profunda paz, y sostienen dentro de sí mismas la guerra mas cruel?

Si vcs, Señor, no armáis á los elementos y á la malicia de los hombres contra vuestros siervos, permitís que el infierno se desencadene contra ellos.

Pero todo esto es para su mayor santificacion: cuánto mas tienen que combatir y vencer, tanto mas se acrisola y perfecciona su virtud.

Se fortalece y aumenta su fe ¡oh Soberano Señor! adorando vuestra voluntad con una sumision siempre mas perfecta, y reconociendo en vos á un Padre sabio que *castiga á sus hijos porque los ama* (1).

Su esperanza se hace siempre mas viva; porque conociendo vuestra bondad infinita, se aseguran de que, léjos de abandonarlos al furor de sus enemigos, vendreis vos á su socorro, y se animan al combate con el pen-

(1) Hebr. XII, 6.

samiento de que las aficciones que se padecen en este mundo, producen un peso eterno de gloria (1).

Su caridad es mucho mas ardiente; porque, separándose cada dia mas de las criaturas, no viven sino para aquel que es el Dios de su corazon, y su herencia para siempre (2).

Entonces es cuando su fidelidad os honra mas particularmente. En el seno de la alegría y del consuelo no se sirve muchas veces sino por interes; pero en la aficcion, cuando el corazon está poseido de amargura, y sin embargo permanece el alma fiel, se prueba la firmeza y constancia del amor.

¡Oh Dios mio! cuántas veces he dicho en mis aficciones que parecia que no me amabais; pero en adelante solo diré: Demos gracias á Dios, pues que esta adversidad que me envia, es un presente de su amor.

Sus siervos fieles, sus amigos y sus santos han padecido penas mucho mas grandes que las mias, porque eran mucho mas dignos que yo de sus atenciones y sus gracias

Sufram, pues, con la paciencia y resig-

(1) II Cor. iv, 17.—(2) Ps. LXXII, 26.

nacion de los santos, para obtener la gracia de padecer aun mas.

CAPITULO V.

Cómo una alma no debe turbarse á vista de la repugnancia que siente al padecer y sufrir.

SIERVO. A vos me diijo ¡oh Virgen Santa! en medio de la turbacion que me causa la vista de la Cruz. Siento dentro de mí mismo una repugnancia estremada al sufrimiento; y esta disposicion me llena de temor.

MARÍA. Hijo mio: la repugnancia natural no te hace de ninguna manera culpable á los ojos de Dios; ántes bien te servirá de un nuevo mérito, si permaneces siempre fiel y sometido á su voluntad.

Cuando se dice que los santos amaban los sufrimientos, no quiere decirse que los amasen naturalmente.

En la aficcion, el hombre sufre y padece; pero el cristiano se alegra y se regocija: la naturaleza resiste; pero el cristiano triunfa de la naturaleza.

samiento de que las aficciones que se padecen en este mundo, producen un peso eterno de gloria (1).

Su caridad es mucho mas ardiente; porque, separándose cada dia mas de las criaturas, no viven sino para aquel que es el Dios de su corazon, y su herencia para siempre (2).

Entonces es cuando su fidelidad os honra mas particularmente. En el seno de la alegría y del consuelo no se sirve muchas veces sino por interes; pero en la aficcion, cuando el corazon está poseido de amargura, y sin embargo permanece el alma fiel, se prueba la firmeza y constancia del amor.

¡Oh Dios mio! cuántas veces he dicho en mis aficciones que parecia que no me amabais; pero en adelante solo diré: Demos gracias á Dios, pues que esta adversidad que me envia, es un presente de su amor.

Sus siervos fieles, sus amigos y sus santos han padecido penas mucho mas grandes que las mias, porque eran mucho mas dignos que yo de sus atenciones y sus gracias

Suframos, pues, con la paciencia y resig-

(1) II Cor. iv, 17.—(2) Ps. LXXII, 26.

nacion de los santos, para obtener la gracia de padecer aun mas.

CAPITULO V.

Cómo una alma no debe turbarse á vista de la repugnancia que siente al padecer y sufrir.

SIERVO. A vos me diijo ¡oh Virgen Santa! en medio de la turbacion que me causa la vista de la Cruz. Siento dentro de mí mismo una repugnancia estremada al sufrimiento; y esta disposicion me llena de temor.

MARÍA. Hijo mio: la repugnancia natural no te hace de ninguna manera culpable á los ojos de Dios; ántes bien te servirá de un nuevo mérito, si permaneces siempre fiel y sometido á su voluntad.

Cuando se dice que los santos amaban los sufrimientos, no quiere decirse que los amasen naturalmente.

En la aficcion, el hombre sufre y padece; pero el cristiano se alegra y se regocija: la naturaleza resiste; pero el cristiano triunfa de la naturaleza.

¿Piensas tú que no fué estremada mi sensibilidad en el Calvario? Si cualquiera madre es sensible á los males que padece un hijo suyo, ¿cuánto no debió sufrir la Madre de Jesus cuando le vió abrumado á fuerza de tormentos y de oprobios?

Seria necesario amar á Jesus tanto como yo le amé, para llegar á comprender cuál seria entónces el esceso de mi dolor.

El mismo Jesus en el jardin de las Olivas dejó obrar sobre su corazon el temor de los tormentos y de la muerte.

No quiso que su divinidad, que daba un precio infinito á sus tormentos, le quitase el sentimiento.

Hijo mio: siempre que en tus aficciones quieras sinceramente lo que Dios quiere, no te turbes por ninguna cosa que pase dentro de tí mismo.

Si alguna vez te dejas llevar de la vivacidad natural, tampoco te desanimes por eso, porque seria añadir á la impaciencia una nueva falta.

El turbarse por no ser tan perfecto como se quisiera, nace comunmente de vanidad y orgullo. Tú eres flaco, y Dios conoce tu flaqueza: eres un hombre, y no un ángel.

El hombre no puede pasar su vida sin incurrir á lo ménos en algunas faltas ligeras, aunque no hay ninguna en particular que no pueda y no deba evitarse.

Tú no has sido concebido en la inocencia como yo, ni por consiguiente libre de toda propension al mal, ni de las demas flaquezas propias de la humanidad.

Cuando se te escapa alguna murmuracion, pide inmediatamente perdon á Dios por ella, prométele cuidar mas de tí mismo en adelante: implora el socorro de su gracia, y sosiégate ofreciendo aumentar tu vigilancia con que debes vivir.

Una falta, cualquiera que sea, no puede repararse mejor que por la humillacion y vergüenza de haberla cometido.

Cuando estés en el cielo, hijo mio, en compañía de los santos, gozarás de la impecabilidad.

SIERVO. ¡Oh Reina de los santos! ¿cuándo llegará este momento dichoso! cuándo me veré libre del temor de ofender á mi Dios! temor cruel para un corazon que le ama.

Venid á lo ménos, *Madre de gracia y de misericordia*; venid al socorro de vuestro siervo. Haced que vuestra poderosa protec-

cion me sirva de escudo contra los enemigos de mi salud.

CAPITULO VI.

Que á vista de Jesus crucificado debe padecer una alma con valor y constancia.

SIERVO. La tierra se estremece en la muerte de Jesus, el sol se eclipsa, las piedras se dan unas con otras, y toda la naturaleza se conmueve; pero aun hay otro objeto que me arrebatara mas que todas estas maravillas.

Vos sois ¡oh María! ¡oh Madre virtuosa! que permanecéis en pié cerca de la Cruz, renovando en cada instante el sacrificio que haceis al Eterno Padre de vuestro querido Hijo Jesus.

¿Cómo pudisteis sufrir un espectáculo semejante? De dónde os vino aquella firmeza y constancia? Dignaos, pues, manifestárselo á una alma á quien abate la adversidad, por poco considerable que sea.

MARÍA. Hijo mio, yo tenia delante de mis ojos el ejemplo mas poderoso, á Jesus crucificado, que no proferia sino palabras de

paz, que sufría con la mas perfecta resignacion á la voluntad de su Padre, y que le pedia por los méritos de su sangre la salud de los mismos que le crucificaban.

Tenia los ojos puestos sobre este divino modelo; penetraba hasta lo mas íntimo de su corazon, y procuraba revestirme de los mismos sentimientos.

Viéndole sacrificar tan generosamente su vida por los hombres, en medio de los mas terribles tormentos, aprendí á hacer yo misma á Dios con generosidad el sacrificio de lo que mas amaba en este mundo, que era el mismo Jesus.

Al pié del Calvario encontrarás, como yo, hijo mio, el alivio de tus penas, la fuerza en tu abantamiento, y una resignacion valerosa en los sacrificios que Dios te pida.

Cuando te encuentras en medio de una afliccion, vas á mendigar consuelos de los hombres; pero no tardas mucho tiempo en conocer que no hay allí la compasion que tú buscas.

Por mas que quieras escitarlos á que se compadezcan de tí, acabarán por fastidiarse de la relacion de tus penas, y se enojarán de tu misma presencia.

Si entónces entras dentro de tí mismo y consultas á tus propias reflexiones, sentirás aumentarse tus penas, y que muchas veces aquellos mismos esfuerzos que haces para arrancar la saeta que te hiere y molesta, no sirven sino para clavarla mas.

Así, hijo mio, lo que debes hacer en estos tiempos de combate, es armarte de Jesus crucificado, y recurrir á él como á tu único apoyo mientras dure la borrasca y la tempestad.

Por mas abatido que esté tu ánimo, encontrarás en él la fuerza suficiente; y por profunda que sea la amargura de tu corazon, hallarás allí todo tu consuelo.

Si lo que padeces viene de parte de los hombres, allí verás pendiente de la Cruz al mas ultrajado de todos los padres, al mas despreciado de todos los señores, al amigo mas abandonado, y al justo mas perseguido.

Si te viene de parte del infierno, repara á Jesus entregado á todo su furor.

Y á vista de esto ¿te atreverás á quejarte de que el cielo te trata con demasiado rigor, si consideras el que el Eterno Padre ha ejercido con su Hijo amado?

Es verdad que Dios te envía en castigo de tus culpas algunas penas temporales; pero

¿qué son estas penas, si las comparas con las que ha padecido Jesus por librarte de las eternas?

Yo he sido rescatado, dirás, considerando á un Crucifijo, por los tormentos escesivos de un Dios. ¡Ah! justo es que una alma redimida de esta suerte, tenga, por el sufrimiento, alguna semejanza con el Redentor.

Hijo mio: te pareces poco á Jesus en tus virtudes, y por lo mismo Jesus crucificado te dice que debe servirte de mucho consuelo el serle semejante, á lo ménos sufriendo y padeciendo por su amor.

Recorre, pues, á él, en todos tus males, en todas tus angustias y en todas tus tentaciones.

Bésale entónces con amor, báñale con tus lágrimas, y estréchale tiernamente sobre tu corazon.

Figúrate que estás en el Calvario, y que te es permitido abrazar los piés de tu Dios, que padece y muere por tu amor.

Manifiéstale tus penas, juntándolas á las tuyas, y pídele que te las alivie.

Ruega á este Salvador misericordioso que te haga oír desde su Cruz alguna palabra de consuelo, que te ayude á sufrir el rigor de la que tú llevas.

Dile que no le dejarás ni un instante, hasta que haya restituido á tu alma la paz y el sosiego, y la haya fortalecido por la uncion de su gracia.

Si eres fiel á este santo ejercicio, serán enjugadas tus lágrimas, se te restituirá la paz, el valor sucederá á la flaqueza, la Cruz no te será tan amarga, y aun su amargura se trocará en dulzura y suavidad.

Pero si aun te quedase alguna cosa que sufrir, padecerás á lo ménos con los sentimientos de paciencia, resignacion y amor, que hacian decir al apóstol: *Me regocijo en los oprobios, en las miserias, en las persecuciones, y en los grandes trabajos que padezco por Jesucristo* (1).

CAPITULO VII.

De los sentimientos que debemos tener para con nuestros enemigos.

María no podia tener otros mayores enemigos que los judíos y fariseos que habian conspirado contra su Hijo, y le habian hecho condenar á muerte.

(1) II Cor. xii, 10.

Pero uniendo sus sentimientos con los de Jesus, que amaba á sus enemigos hasta dar la vida por su salud, decia sinceramente, á su ejemplo: *Perdonadles, Dios mio.*

Miraba á estos enemigos implacables de Jesus que se aplaudian del suceso de su crimen, oia las maldiciones de que le cargaban, y las blasfemias que vomitaban contra él.

Cualquiera otra madre que la de Jesus hubiera solicitado contra estos impíos y sacrilegos las venganzas del cielo; pero María, instruida en la escuela del *Dios de la paz*, estaba animada de un espíritu diferente.

Jesus, pendiente de la Cruz, no cesaba de pedir al cielo misericordia, en favor de sus perseguidores y autores de su muerte; y María, al pié de la Cruz, ofrecia por ellos la sangre de la víctima adorable que sacrificaban.

¡Ah! si los judíos hubiesen podido leer en los corazones de Jesus y de María los sentimientos de caridad y ternura que uno y otro tenían por ellos, ¿hubiera sido menester otra cosa para que cediesen en sus criminales y perversas disposiciones?

En estos dos corazones tan penetrados de amor por los mismos que los llenan de amargura, es en donde se debe aprender el espí-

ritu de caridad y de paz con que debemos amar á nuestros enemigos, como nos manda el Evangelio.

Jesús y María han puesto toda su gloria en perdonar las ofensas: ¿y podremos decir que se engañaron en el juicio que habian formado de la verdadera gloria? ¿ó deberemos tener á ménos el imitar estos modelos tan gloriosos?

Por grandes y de cualquiera naturaleza que sean las ofensas que se nos hagan, ¿igualarán jamas á los ultrages que se hicieron al Salvador y á su Santa Madre?

María era, despues de Jesús, el objeto mas amado de las complacencias divinas. La ofensa contra Jesús era infinita, y la que se hacia á María era la mas atroz que se podia concebir despues de la de su Hijo.

Sin embargo, ¿con qué amor no derrama Jesús su propia sangre, y la ofrece á su Padre como en precio de la gracia que pide por sus mismos verdugos! ¿Con qué caridad no ruega María al Eterno Padre que escuche las súplicas y la voz de la sangre de su Hijo!

El odio y la rabia mas cruel ¿no debían espirar al pié de esta Cruz, en donde vemos á Jesús y María interesarse de una manera

tan admirable por los mismos que la han levantado?

Esta misma Cruz, precioso instrumento de nuestra salud, solicita nuestra condenacion si nos atrevemos á acercarnos á ella con la venganza en el corazon.

¡Oh Dios mio! el amor de los enemigos no puede ser sino efecto de una gracia poderosa que os pido por los méritos de Jesús y por la intercesion de María, cuyos corazones eran tan dulces para con los mas ingratos, y tan caritativos con sus mas crueles perseguidores.

¡Corazon adorable de Jesús! corazon amable de María! ¡oh corazones tan buenos con todos aquellos que han sido causa de vuestros dolores mas profundos! haced pasar á mi corazon toda la generosidad de vuestros sentimientos.

¡Ah! si llego á sentir alguna vez los movimientos de la venganza, juntaré inmediatamente mi corazon á estos corazones sagrados. ®

No le separaré jamas hasta que haya recibido las impresiones de aquella bondad, caridad y dulzura de que están llenos.



CAPITULO VIII.

De las disposiciones que debemos tener cuando vemos padecer á nuestros parientes y amigos.

Dios nos affige algunas veces en las personas de nuestros parientes y amigos, y el cariño que les tenemos nos hace sentir vivamente los males que padecen.

¿Qué afficcion no es para una madre el ver á un hijo suyo á quien ama, tendido sobre un lecho de dolores, y para un amigo el ser testigo de los males agudos que padece su amigo, sin arbitrio para remediarlos?

Afficcion legitima, y que no puede condenarse siempre y cuando sea subordinada á la voluntad de Dios; pero que llega á ser criminal cuando no se conforma con ésta, y se prorrumpen en quejas contra la Providencia.

¿Quién debió ser mas affigido que María al tiempo de la Pasion de su Hijo, y de un Hijo de quien habia recibido tantas pruebas del amor mas tierno y eficaz?

¿Cuántas veces no le dijo María en su co-

razon: *Hijo mio; mi amado Hijo: ¡ah! quién pudiera padecer y morir en tu lugar (1)!*

Si las hijas de Sion, viendo pasar á Jesus, cargado con el instrumento de su Pasion, no pudieron ménos de derramar copiosas lágrimas, ¿en qué océano de amargura no debió estar anegado el corazon de María cuando le vió clavado en el sangriento leño en que debía espirar?

¡Ah, si pudiera á lo ménos dar algun alivio á los males de su Hijo, ó sostenerle la cabeza inclinada bajo el peso del dolor, ó templarle la sed de que se queja!

Pero no: léjos de poder esperar que alguno de los que estaban presentes se moviese á compasion y le diese algun socorro, no oye por todas partes sino bocas blasfemas que insultan al mismo poder de Jesus y á su divinidad.

Muchas veces se encuentra cierta satisfaccion en padecer por aquello mismo que se estima; pero ¿qué cruel no es el ver sufrir á lo que se ama, sin poderle dar ningun alivio?

¿Qué hará, pues, María, en una situacion tan dolorosa? ¿permanecerá al pié de la Cruz

(1) II Reg. xviii, 33.

á vista de un espectáculo de tanto horror, ó se retirará para evitar el dolor de ver espirar á Jesus en medio de los tormentos?

Bien diferente de la madre de Ismael, que tomó el partido de abandonar á su hijo por no verle morir, permanece María constante al pié de la Cruz, sometiéndose en paz á las órdenes del Eterno Padre, y ofreciéndole los tormentos de Jesus por la salud del mundo.

Se mantiene firme allí María, porque allí es donde Dios quiere que esté, y allí estará hasta la consumacion del sacrificio.

Su fe, su sumision y su amor á Dios, hacen de ella una segunda víctima que es agradable al cielo, y la acepta en union del holocausto que se le ofrece en la persona del Redentor de los hombres.

Aprended de aquí vosotros, cualesquiera que seais, padre tierno ó amigo fiel, hijo ó esposo, que estais á punto de perder lo que os sirve de mas consuelo en este mundo; aprended á triunfar de vuestro dolor.

Tened presente que cuanto mayor sea el sacrificio que hagais en este mundo, tanto mas podréis ganar para el cielo.

La religion no condena vuestras lágrimas ni vuestra sensibilidad; pero si escuchais su

voz, ella misma os enseñará á moderarlas y santificarlas.

Esta misma religion os prohíbe entregaros á aquella tristeza mortal que se niega á todo consuelo, y os manifiesta el cumplimiento que se hace de la voluntad de Dios, como el motivo mas propio y eficaz para consolaros.

Desahogad al principio vuestro corazon con llantos, con suspiros y gemidos; pero despues volved inmediatamente á Dios, adorad sus designios, y someteos á ellos humildemente.

Buscad, pues que el Señor os lo permite, buscad los medios de aliviar los males de la persona á quien amais: tambien os es permitido el pedirle su curacion, pero con humildad y poniéndolo todo en sus manos.

Señor: le podréis decir: *bien conocéis cuánto espero de vuestra bondad. Vos sois testigo de mis lágrimas. Mi corazon está entregado á las mas grandes tribulaciones* (1).

Señor y Dios mio: *en vos pongo toda mi confianza* (2). Espero que oiréis la súplica que os hago, de que restituyais la salud á esta persona, por la cual os pido.

(1) Ps. xxxii, 9 et 10.—(2) Ibid. 16.

Sin embargo ¡oh Dios mio! *aquí me teneis pronto á quanto dispusiéreis de mí* (1). No tengo, ni quiero, otra voluntad que la vuestra.

CAPITULO IX.

Del espíritu con que debemos sufrir la pérdida de aquellas personas á quienes tiernamente amamos.

Jesus habia muerto. ¡Oh; qué largo es para María el tiempo que media entre la muerte de su Hijo y su gloriosa resurreccion!

Habia muerto Jesus, y María habia perdido al Hijo mas amable y mas amado.

La tristeza de David en la muerte de Absalon, y los gemidos de Raquel llorando á sus hijos, no nos pintan sino friamente el dolor de María cuando no vió mas á Jesus, ni oyó aquellas dulces palabras que salian de su boca.

Pero esta tierna Madre, la mas santa y mas religiosa que hubo jamas, no obstante que Jesus, nada perdió de su virtud.

Su fe constante en la resurreccion futura

(3) Ps. xxx, 10 et 12.

y pronta de su Hijo, y su resignacion á lo que Dios habia ordenado para su gloria y para la salud del mundo, fueron todo su apoyo y su consuelo.

¡Oh vosotros á quienes Dios aflige, robándoos lo que mas temeis perder; madre desconsolada por la pérdida de un hijo á quien amábais tiernamente; esposa llena de lágrimas, que os veis condenada ántes de tiempo á una triste viudez, no perdais de vista el modelo que teneis aquí delante de vuestros ojos!

Vuestras lágrimas son justas. Tambien lloró José sobre la sepultura de su padre Jacob, y Agustin en la muerte de Mónica su madre.

Pero aprended de María á ofrecer á Dios el sacrificio de vuestro dolor, y el espíritu de paciencia con que debeis llevarle.

La muerte acaba de romper de una manera irrevocable los vínculos que os unian en este mundo á la persona que llorais: pero ¿acaso no teneis ninguna esperanza de volveros á reunir? Vosotros mismos ¿habeis de estar siempre en este mundo?

La fe que profesais ¿no os enseña que los verdaderos fieles se verán unidos en el seno

Sin embargo ¡oh Dios mio! *aquí me teneis pronto á quanto dispusiéreis de mí* (1). No tengo, ni quiero, otra voluntad que la vuestra.

CAPITULO IX.

Del espíritu con que debemos sufrir la pérdida de aquellas personas á quienes tiernamente amamos.

Jesus habia muerto. ¡Oh; qué largo es para María el tiempo que media entre la muerte de su Hijo y su gloriosa resurreccion!

Habia muerto Jesus, y María habia perdido al Hijo mas amable y mas amado.

La tristeza de David en la muerte de Absalon, y los gemidos de Raquel llorando á sus hijos, no nos pintan sino friamente el dolor de María cuando no vió mas á Jesus, ni oyó aquellas dulces palabras que salian de su boca.

Pero esta tierna Madre, la mas santa y mas religiosa que hubo jamas, no obstante que Jesus, nada perdió de su virtud.

Su fe constante en la resurreccion futura

(3) Ps. xxx, 10 et 12.

y pronta de su Hijo, y su resignacion á lo que Dios habia ordenado para su gloria y para la salud del mundo, fueron todo su apoyo y su consuelo.

¡Oh vosotros á quienes Dios aflige, robándoos lo que mas temeis perder; madre desconsolada por la pérdida de un hijo á quien amábais tiernamente; esposa llena de lágrimas, que os veis condenada ántes de tiempo á una triste viudez, no perdais de vista el modelo que teneis aquí delante de vuestros ojos!

Vuestras lágrimas son justas. Tambien lloró José sobre la sepultura de su padre Jacob, y Agustin en la muerte de Mónica su madre.

Pero aprended de María á ofrecer á Dios el sacrificio de vuestro dolor, y el espíritu de paciencia con que debeis llevarle.

La muerte acaba de romper de una manera irrevocable los vínculos que os unian en este mundo á la persona que llorais: pero ¿acaso no teneis ninguna esperanza de volveros á reunir? Vosotros mismos ¿habeis de estar siempre en este mundo?

La fe que profesais ¿no os enseña que los verdaderos fieles se verán unidos en el seno

de Dios de una manera infinitamente mas perfecta que lo estuvieron sobre la tierra?

Todos hemos de resucitar algun dia: dulce y preciosa esperanza, la cual proponia el apóstol á los primeros cristianos como un motivo capaz de enjugar sus lágrimas, y de hacerles sufrir en paz la pérdida de sus hermanos.

No os abandoneis á la tristeza, como hacen aquellos hombres que no tienen esperanza (1).

Llorad, sí, como cristiano lleno de fe, que despues de haber satisfecho á la ternura natural, vuelve á recobrar su imperio sobre sí mismo.

Solo la religion santa y divina que profesamos es la que puede proveernos de motivos de verdadero consuelo.

Por otra parte, esta persona á quien amábais, y que os ha robado la muerte, ¿hacia toda vuestra felicidad en la tierra?

¿La amais acaso mas que á Dios, que ha permitido vuestra separacion por justos motivos que debeis adorar?

Por mucho amor que tuviéseis á la perso-

(1) *Thess. iv, 13.*

na que habeis perdido, aun es mucho mas el que debeis tener á la voluntad de Dios.

Vuestro amor no era bien ordenado: sin duda que la amábais mas de lo justo. Vuestras lágrimas, que os son tan amargas, si no cesan de correr, son una prueba de ello.

Puede ser que esta persona os sirviese de un grande obstáculo á vuestra perfeccion y á vuestra salud; y Dios, separándola de vosotros, ha usado de una grande misericordia.

Aprovechaos de esta afliccion para no aficionaros demasiado á ningun objeto terreno. Amad únicamente á aquel, *cuyos años no se acaban jamas (1).*

Si amais á alguno con Dios, amadle solo porque Dios os lo permite, ó porque quiere que lo ameis; pero que sea de modo que no defraudeis á Dios de ninguna manera del amor que le debeis tener: el medio mas seguro es el de amar á Dios en él.

Quando se ama así, siempre está uno dispuesto, á pesar de la repugnancia y sensibilidad natural, á separarse quando Dios lo disponga del objeto que se ama.

Es verdad que el dia del sacrificio el cora-

(1) *Hebr. i, 12.*

zon gime y vierte copiosas lágrimas; pero sin embargo, el corazón no desea sino lo que Dios quiere, y el pensamiento de que es la voluntad de Dios la que se cumple, modera las lágrimas y los gemidos.

CAPITULO X.

De la necesidad que tenemos de afirmarnos en la fe y en la esperanza cuando nos hallamos en circunstancias que parecen contrarias á estas virtudes.

Los apóstoles habían reconocido á Jesus por *Hijo de Dios vivo*; pero al tiempo de su pasión, infieles á la confesion de su fe, la disimularon y *huyeron* (1).

No lo hizo así María; porque siguió á Jesus al Calvario, en donde le reconoció por su Redentor, con la firme esperanza de que resucitaria, pues que así lo había prometido.

Después de la muerte de Jesus, los discípulos, dos á lo ménos, de quienes habla San Lucas (2), *apenas tenían esperanza* de que se cumpliese lo que Jesus había predicho.

(1) Matth. xxvi, 56.—(2) Luc. xxiv, 21.

Pero María, sin padecer la menor duda en esta parte, perseveró en creer y en esperar firmemente que Jesus, á quien había visto morir cubierto de oprobios, resucitaria lleno de gloria, y sometería el mundo á su Evangelio.

Esta fe de María, apoyada constantemente en el principio de que no puede faltar lo que una vez ha dicho Dios, por ser la misma verdad, debe ser la regla de la nuestra.

Si los impíos, de que el mundo está lleno no nos dan ocasión de declararnos abiertamente por la fe que profesamos, el enemigo de nuestra salud buscará á lo menos medios de hacernos vacilar, sugiriéndonos dudas sobre las verdades reveladas.

Firmes y constantes *en la fe* (1), *le debemos resistir* con valor, sin pararnos á examinar sus sugerencias; y entonces *huirá lejos de nosotros* (2).

Desechad inmediatamente en presencia del Dios de la verdad cualquiera duda que ocurra á vuestro entendimiento; y por medio de esta reprobacion pronta, generosa y sin-

(1) 1 Petr. ii, 9.—(2) Jacob. iv, 7.

cera, se aumentará y fortalecerá en vosotros la fe.

Cuando padezcáis grandes trabajos, será especialmente cuando el demonio procurará ofuscar y llenar de obscuridades vuestro entendimiento, exitándoos á que dudeis de la justicia, de lo sabiduría, del poder, de la bondad de Dios que os aflige.

Acordaos entónces de lo que Dios tiene dicho en sus libros santos, de la necesidad de los sufrimientos, de la gloria que los seguirá, y de sus soberanos designios cuando envia aflicciones á los hombres, aun á aquellos que le sirven con mas fidelidad.

Dios no puede mudarse. Lo que una vez ha dicho, siempre permanece cierto y verdadero; y tu palabra es tan inmutable, como él mismo.

Del mismo modo, en cualquier estado de tentacion, de dolor ó de amargura, de sequedad ó desolacion, en que os halleis, proponed siempre por regla la esperanza generosa y constante de María.

Procurad que vuestra alma, lejos de ceder y dejarse abatir, se sostenga por medio de esta virtud, que tiene por fundamento la fidelidad de Dios en sus promesas.

Esperad aun contra la misma esperanza (1), como hizo en otro tiempo Abrahan, *convencido plenamente de que todo lo que Dios ha prometido, lo puede hacer.* (2).

Este Dios es vuestro Criador, y tiene declarado que jamas abandonará la obra de sus manos, y que siempre tendrá en ella puestos los ojos.

Es el Soberano Señor de toda la naturaleza; por consiguiente no hay ninguna cosa que le sea imposible, ni aun difícil.

El Señor es el apoyo de sus siervos: y no hay ninguno que pueda dudarle, por poca reflexion que haga sobre las promesas de su alianza (3).

Por triste y dolorosa que pueda ser vuestra situacion, vuestra esperanza no puede estar mas bien fundada que sobre una providencia, una bondad, y un poder infinito.

¡Cuántas veces os ha asegurado por boca de sus Profetas y de sus Apóstoles, que oye, que sostiene, protege, consuela y salva á todo el que espera en él?

Implorad, pues, sus ausilos con confianza,

(1) Rom. iv, 18.—(2) Ibid. 21.—(3) Ps. xxiv, 15.

No dudando de ningun modo de que su misericordia os sacará de la triste situacion en que estais, ó que si os mantiene en ella, os protegerá hasta el fin, y será pora su mayor gloria y vuestra salud.

Dios permite algunas veces que nos hallemos en grandes tribulaciones, para que conozcamos mejor lo que puede una viva esperanza en él, y para manifestarnos el paternal amor que nos tiene.

Una viriud probada fuertemente se hace mucho mas lugar en el corazon de Dios, que una devocion tierna.

CAPITULO XI.

Que Dios envia el consuelo despues de la tribulacion; pero que sin embargo es menester acostumbrarse á padecer sin él.

SIERVO. Regocijaos, ¡Oh Reina del cielo! porque el hijo que habeis merecido llevar en vuestro seno, y cuya muerte os ha costado tantas lágrimas, ha resucitado ya, como lo habia prometido.

Gozad en paz de las comunicaciones ínti-

mas que tendrá con vos hasta el dia de su ascencion al cielo.

Justo es que participeis mas que ningun otro del beneficio de la resurreccion, pues que participásteis mas que otro alguno de los oprobios de su pasion.

¡Qué alegría para vos, y qué consuelo tan inefable el verle en todo el resplandor y gloria de su Divinidad.

Ya se enjugaron vuestras lágrimas: ya está cerrada aquella profunda llaga que teníais en vuestro corazon: ya cesaron vuestros sufrimientos.

María. Hijo mio, *Dios está con sus amigos en la tribulacion* (1) para fortificarlos con la uncion de su gracia, y para darles, cuando sea de su agrado, consuelo en los dolores que padecen.

Así los experimentó el Rey Profeta: *Dios, dijo: ha derramado el consuelo dentro de mi alma á proporcion de las aflicciones que me ha enviado* (2).

Si el Señor, dice en otra parte, abandona algunas veces el justo á la tempestad, al fin le hace volver ha hallar la calma (3).

(1) Ps. xc, 15.—(2) Ps. xciii, 19.—(3) Ps. liv, 23

SIERVO. Bien conoceis, Virgen Santa, los males que padezco hace tanto tiempo; pero yo me veo siempre sin consuelo.

MARÍA. Hijo mio, aunque muchas veces no se esperimente un consuelo sensible, no por eso puede decirse que uno esté destituido de todo consuelo.

¿No es por ventura un bien sólido y verdadero el pensar que la tribulacion te hace semejante á Jesus, y te coloca en fe camino del cielo?

Dios tiene sus designios cuando deja padecer á sus siervos sin hacerles gustar estos consuelos que tú dices.

Hay muchos Santos que han pasado por desiertos bien áridos, sin tener ni una sola gota de este rocío.

Los amigos de Jesus no deben parecerse á los del mundo, que no quieren tomarse ningun trabajo por sus amigos si no esperan alguna recompensa.

Descansa en todo sobre la Providencia; y está seguro de que cuando el consuelo te sea necesario ó útil, no te faltará.

La gracia de Jesus es la que te sostiene en tus trabajos, y con esta gracia tienes bastante (1).

(1) II Cor. XII, 9.

Los Santos, á quienes Jesus ha dejado padecer sin experimentar estos consuelos sensibles, hallaban todo su consuelo en no tener ninguno, porque sabian que de esta suerte se hacia su amor mucho mas puro y generoso.

Espera algun tiempo mas, y verás llegar el día en que tengan efecto las promesas que tiene hechas Jesus á los que padecen.

En el cielo te tiene preparados bienes y dulzuras con abundancia.

Pero por otra parte, hijo mio, ¿un pecador como tú se atreve á pedir consuelo?

El único que debe tener un pecador arrepentido es el de pensar que, padeciendo sin consuelo, satisface mejor á la justicia de Dios por los pecados que ha cometido.

CAPITULO XII.

Que debemos dirigir al cielo nuestros afectos.

Despues que dejásteis la tierra, ¡oh Salvador mio! los pensamientos de vuestra santa Madre, sus miradas, sus afectos y suspiros se dirigen sin cesar al cielo.

Envidiaba la dicha de los ángeles y de los

santos que gozaban de la presencia de su amado, y les pedia que le dijese que moria de amor en su ausencia.

¿Qué podia presentarle el mundo que le agradase? Cuando se llega á amar á Jesus no se desea otra cosa que á él.

El que junta en la tierra su tesoro de vuestra gracia y de vuestra amistad, no puede padecer mayor angustia que la de verse privado de vuestra presencia y de vuestros divinos favores.

Esperando cada dia la muerte, que es la única que puede poner fin á mis penas, os enviaré continuamente, ¡oh Jesus mio! los suspiros de mi corazon que os desea, que os llama, y que os hallará siempre tarde.

¿Quién me diera tener alas como la paloma (1)? entónces sí que me remontaría, y me iría á descansar con vos.

¿Se me dilatará por mucho tiempo esta dicha? ¿Tardará mucho tiempo en decirme el Esposo de mi alma: *He aquí que vengo á poner fin á tus miserias* (2)?

¡Ah! la Esposa dice: *Venid, Señor*. Sus gemidos y suspiros repiten sin cesar: *Así*

(1) Ps, LIV, 7.—(2) Apoc. XXII, 12.

sea. *Venid, Señor, Jesus* (1).

Mi corazon os habla: mis ojos os buscan por todas partes: suspiro sin cesar por vuestra vista (2).

Conozco dentro de mí mismo que soy hecho para alguna cosa grande: ando como arrastrando en esta vida. ¡O Jesus! sí, yo soy hecho para vos, para poseeros eternamente.

¡Riqueza inagotable! todo falta en donde vos faltais. ¡Luz eterna! todo está lleno de tinieblas en donde vos no estais.

Cuando poseyese todos los bienes que hay en este mundo, no dejaria por eso de ser pobre y miserable, si no puedo decir con verdad: *Jesus es todas mis cosas*.

Sí, Jesus es *todo para mí*. Espresion que lo abraza y comprende todo: palabra que no es bien conocida sino de aquel que ama á Jesus sobre todas las cosas.

Léjos, pues, de mi corazon todo otro amor que el que se funda en vuestra gracia.

¡Oh gracia de mí Jesus! encendedme continuamente con el fuego sagrado de vuestro amor: haced que este fuego divino me abra-

(1) Ibid. 17et 20.—(2) Ps. XXVI, 13

se y me consuma.

Si no puedo veros tan pronto como yo quisiera, ¡oh Salvador mio! me desquitaré á lo ménos amándoos miéntras esté en esta vida.

Mi amor, que me da la justa esperanza de poseeros algun dia, será todo mi consuelo, mientras dure mi destierro.

CAPITULO XIII.

De lo que debemos hacer para que descienda sobre nosotros el Espiritu Santo.

Habia prometido Jesus á sus Discípulos que les enviaría el Espiritu Santo. María para recibirle se retiró al Cenáculo con los apóstoles, con los parientes de Jesus, y aquellas santas mugeres que le habian seguido en sus viajes.

En el silencio del retiro, y con el ejercicio de la oracion se dispusieron á recibir el Espiritu santificador.

Juntos todos en un mismo lugar, y unidos de corazon y de voluntad, formaban los mas ardientes deseos de que descendiese sobre ellos.

Disposiciones escelentes para recibir al Dios de amor y de la caridad, que desea comunicarse á las almas fervorosas que le buscan léjos del ruido y del tumulto, y que le dirigen sus votos ardientes y sinceros.

¡Oh, y con qué ardor deseaba María la venida de este Divino Espiritu, disponiéndose para recibirle por medio del fervor de sus oraciones, por la pureza de sus deseos y la eficacia de su amor.

Los demas que la acompañaban y esperaban como ella, debian sentirse animados poderosamente por la presencia y ejemplo de esta Vírgen.

María era ya entónces llena de gracia; pero el Espiritu Santo, que queria enriquecer siempre mas y mas á su Esposa con sus dones, le preparó con todas las disposiciones necesarias.

Por abundantes que sean en una alma las influencias del Espiritu Santo, puede siempre estarlas recibiendo de nuevo.

Quando una alma es fiel, recibe de Dios muchas gracias; pero si persevera en sus fidelidades, le tiene Dios reservadas muchas mas. El tesoro de los dones del que es Todopoderoso nunca se agota.

Cualquiera que conociese como María la excelencia de sus dones, no vería cosa digna de estimacion sobre la tierra. Estos dones serian el solo objeto de sus deseos.

¡Ah! ¿qué se podrá pensar de la indiferencia de la mayor parte de los cristianos, y del poco ardor con que desean lo que hay mas digno de su ambicion?

¿Y son acaso igualmente indiferentes por los favores de este mundo? ¡Ah! ¿cuántos malos ratos no se dan para conseguirlos? no hay medio de que no se valgan.

Miran como un oprobio el carecer de bienes de fortuna, y no se avergüenzan de sus necesidades espirituales.

Hecedme conocer las mias, ¡Oh Divino Espíritu, Autor de toda gracia, y de *todo don perfecto!* Vos solo podeis comunicarme riquezas verdaderas.

Reconozco lleno de confusion y vergüenza que mi resistencia á vuestras inspiraciones me hace enteramente indigno de vuestros beneficios.

Pero, ¡Oh Dios mio! la súplica que os hago para que me la concedais en adelante, la junto á la que os hacia María en el Cenáculo: de este modo mi oracion os será agrada-

dable, y os hará propicio.

Imploro á esta misma Vírgen, tan poderosa cerca de vos, y la suplico que interponga su intercesion en mi favor.

Dignaos, pues, ó Vírgen poderosa; Esposa del Espíritu Santo, dignaos pedir por mí el espíritu de sabiduría, para que haciéndome gustar los bienes del cielo, me haga insípidos los de la tierra, y los vanos honores de este mundo.

El espíritu de inteligencia y de luz, para que me ilumine en esta region de tinieblas, y me haga conocer los caminos de Dios, instruyéndome en las verdades eternas.

El espíritu de discernimiento y de consejo, para me haga descubrir y evitar los lazos que me puedan armar los enemigos de mi salud y de mi perfeccion;

El espíritu de fortaleza y de valor, para que me eleve sobre mi flaqueza, me haga vencer mis pasiones, resistir el torrente del mal ejemplo, despreciar el respeto humano, hollar las pompas del mundo, y afirmarme contra la inconstancia de mi propio corazon;

El espíritu de piedad y de temor, para que me dirija y me anime en el servicio del Señor, en la observancia de su ley, y en el

culto que le debo dar como á mi Ciador, mi Padre, mi Salvador y mi Juez.

CAPITULO XIV.

Que cada uno segun su estado, debe tener celo por la gloria de Dios y salvacion de las almas.

SIERVO. Mucho gusto tengo, ¡oh Virgen Santa! en consideraros en medio de aquel pequeño rebaño de fieles fervorosos, que por el cuidado y predicacion de los Apóstoles se formó despues de la ascension de Jesus y de la venida del Espíritu Santo.

Tenian en vos la Madre mas tierna y mas zelosa. Quién es capaz de explicar cuán útil fuísteis á la Iglesia recién nacida de Jerusalem?

Cuando los Apóstoles se separaron de vos para ir á conquistar el universo, vuestros votos y oraciones los acompañaban por todas partes, y los ayudaban á sostenerse en sus trabajos, y á vencer todos los obstáculos que encontraban.

Para mantener la fe y la virtud de aquellos fieles con quienes vivíais, se aplicaba

especialmente vuestro zelo á ganarles su confianza: ¡y cómo no habiais de conseguirla inmediatamente de todos aquellos que tenian la dicha de acercarse á vos?

No podian admirar bastante el afecto que la madre de Jesus les profesaba, la libertad y facilidad con que permitia que la tratasen, y las atenciones que tenia por ellos.

Si la eminencia de vuestra dignidad, ¡oh dulce Madre! si vuestras virtudes, y las luces infusas de que Dios os habia llenado, os conciliaban el respeto de todos, vuestra bondad ganaba todos los corazones.

Una sola mirada que echáseis sobre una persona afligida, debía bastar para suavizar todos sus males.

Vuestras palabras, abrasadas con un fuego divino, y revestidas de la fuerza del Altísimo, ablandaban á los mas insensibles, daban nuevo calor á los mas tibios, animaban á los mas cobardes, é inflamaban á los fervorosos.

¿A cuántos enfermos no es probable que procurásteis la salud del cuerpo y la del alma?

Si vuestro zelo tuvo mucho que llorar por las persecuciones que padecian en Jerusalem

culto que le debo dar como á mi Ciador, mi Padre, mi Salvador y mi Juez.

CAPITULO XIV.

Que cada uno segun su estado, debe tener celo por la gloria de Dios y salvacion de las almas.

SIERVO. Mucho gusto tengo, ¡oh Virgen Santa! en consideraros en medio de aquel pequeño rebaño de fieles fervorosos, que por el cuidado y predicacion de los Apóstoles se formó despues de la ascension de Jesus y de la venida del Espíritu Santo.

Tenian en vos la Madre mas tierna y mas zelosa. Quién es capaz de explicar cuán útil fuísteis á la Iglesia recién nacida de Jerusalem?

Cuando los Apóstoles se separaron de vos para ir á conquistar el universo, vuestros votos y oraciones los acompañaban por todas partes, y los ayudaban á sostenerse en sus trabajos, y á vencer todos los obstáculos que encontraban.

Para mantener la fe y la virtud de aquellos fieles con quienes viviais, se aplicaba

especialmente vuestro zelo á ganarles su confianza: ¡y cómo no habiais de conseguirla inmediatamente de todos aquellos que tenian la dicha de acercarse á vos?

No podian admirar bastante el afecto que la madre de Jesus les profesaba, la libertad y facilidad con que permitia que la tratarasen, y las atenciones que tenia por ellos.

Si la eminencia de vuestra dignidad, ¡oh dulce Madre! si vuestras virtudes, y las luces infusas de que Dios os habia llenado, os conciliaban el respeto de todos, vuestra bondad ganaba todos los corazones.

Una sola mirada que echáseis sobre una persona afligida, debía bastar para suavizar todos sus males.

Vuestras palabras, abrasadas con un fuego divino, y revestidas de la fuerza del Altísimo, ablandaban á los mas insensibles, daban nuevo calor á los mas tibios, animaban á los mas cobardes, é inflamaban á los fervorosos.

¿A cuántos enfermos no es probable que procurásteis la salud del cuerpo y la del alma?

Si vuestro zelo tuvo mucho que llorar por las persecuciones que padecian en Jerusalem

los cristianos, tambien le servia de mucho consuelo el ver los progresos que hacian los Apóstoles en las naciones adonde habian ido á predicar el Evangelio, y especialmente los que hacia San Juan delante de vuestros ojos en la ciudad de Efeso, adonde tuvisteis necesidad de refugiaros por espacio de algunos años.

Para poder comprender bien la alegría que concebíais en esto, no es necesario sino considerar el interés particular que tomábais en todo la que miraba á la mayor estension del Reino de Dios.

¡Oh Reina de los Apóstoles! alcanzadme una chispa de aquel sagrado fuego que os abrasaba por la gloria de Jesus, y la gracia de que consiga hacerle glorificar y amar.

MARÍA. ¡Oh hijo mio, y cuánto me agrada el ver en tí este deseo! El zelo por la gloria de Dios es inseparable de un verdadero cristiano, así como la caridad que es un efecto suyo.

Hay muchos que piensan que no es propio sino de hombres apostólicos; pero ciertamente que se engañan, por que conviene á todos estados y á todas condiciones,

No hay ningun estado en que no se pueda

y aun se deba ejercitar este zelo por el buen ejemplo, por consejos dados á tiempo, por palabras de consuelo á los afligidos, y sobre todo, por la oracion.

La conversion de un pecador es muchas veces efecto de las lágrimas que derrama en la soledad una alma fervorosa y desconocida del mundo.

En ciertos momentos de fervor, quisieras estar en medio de los idólatras, y trabajar en su conversion. ¡Deseos santos, pero necesariamente ineficaces! Vas á buscar lejos de tí lo que puede decirse que tienes dentro de tu propia casa.

Socorrer á los pobres y enfermos, instruir á los ignorantes, educar á tus hijos en la piedad, mantener á tus domésticos en su deber, y edificar al pueblo en que vives con tu buen ejemplo, este es el campo en que el Padre de familias quiere que trabajes para su gloria.

¿Se puede mirar con indiferencia la salud del prójimo, si se considera que Jesus ha dado por él su sangre y su vida?

Muchos cristianos serán castigados por haber despreciado el bien que podian haber hecho, y por los pecados ajenos que podian haber evitado, y no lo hicieron.

Si amas á Dios, hijo mio, es necesario que te persuadas que nunca le manifestarás mejor tu amor, que haciéndole bendecir y amar.

Ya que Dios tiene tan pocos que le sirvan fielmente, dale á lo ménos el placer, no solo de que sea glorificado en tí, sino tambien el de que vea que te aprovechas de todos los medios que te permite tu estado para que le glorifiquen los demas.

CAPITULO XV.

En dónde ha de buscar una alma cristiana su consuelo en los trabajos que padece por la virtud, y en la pena que le causa la duracion de su destierro.

SIERVO. ¿Cuál seria oh Santa Madre de Dios, vuestro consuelo en las persecuciones que padecia la iglesia en sus principios, de las que participábais vos mas que ningun otro?

MARÍA. Hijo mio: yo hallaba todo mi consuelo, así como todos los demas fieles perseguidos en la memoria de los tormentos de Jesus, que la gloria de su resurreccion y de su ascension no me hicieron jamas perder de vista.

Visitaba los Santos Lugares en donde se habian obrado los Misterios de la Redencion, y especialmente el Calvario, en donde reflexionaba sobre las virtudes y beneficios de Jesus, y sobre la insensibilidad é ingratitud de los hombres, que le habian hecho morir afrentosamente en una Cruz.

Cuando la Madre de Jesus pensaba en el modo cruel con que los hombres le habian tratado, ¿cómo era posible que tuviese, ni aun desease tener, una vida apacible y tranquila?

Piensa tú lo mismo, hijo mio, y medita muchas veces la conducta que el mundo ha observado con tu Salvador. En este pensamiento encontrarás todo tu consuelo, y el alivio de las penas que te haga sufrir el mundo, solo porque eres fiel á tu Dios.

¿En qué camino tan penoso y difícil, en donde todo era desprecios, ultrages y persecuciones, no se empeñó Jesus, solo porque te amaba, sin que jamas se apartase de él? Cuando el Señor te dice que vayas en pos de él, te advierte que tendrás mucho que padecer por su amor.

Hay mucho que temer que no sea verdadera aquella virtud, que no sufre de parte

del mundo, ninguna contradiccion ni desgracia.

Los siervos de Dios son tanto mas amados en el cielo, quanto mas aborrecidos son en el mundo.

¡Qué paciencia y qué consuelo no inspiran estas palabras: *El discípulo no puede ser sobre su maestro* (1)! Si soy perseguido en este mundo, tambien fué perseguido Jesus.

Es verdad que padezco; pero como Jesus, y con Jesus; él es mi modelo; él será mi fortuna y toda mi recompensa.

SIERVO. ¡Oh Reina de los bienaventurados! estaba reservado para vos otro género de tormentos que no padeció ningun santo. ¡A qué estado de debilidad y flaqueza no os reducía aquella santa impaciencia que teníais por reuniros en el cielo con vuestro Hijo!

¡Jesus reinaba en la gloria, y su Madre permanecía aun en el destierro! Era para vos una muerte continua el no morir y el estar separada del único y tierno objeto de vuestro amor.

Pero la dicha que teníais de recibir todos

(1) Joan. xv, 20.

los dias á Jesus dentro de vos misma por medio de la comunión, os servia de un recurso abundante de consuelos.

San Lúcas nos dice que los fieles *asistian frecuentemente á comulgar en la fraccion del pan* (1); y por lo mismo no podemos dudar, que siendo mucho mayor y mas escesivo el amor que teníais á Jesus, recibiríais todos los dias su cuerpo y sangre adorable.

MARÍA. En efecto, hijo mio; de mis comuniones era de donde yo sacaba cada dia nuevas fuerzas para sobrellevar la duracion y tristeza de mi destierro.

¡Oh dulces momentos en que yo poseia de nuevo dentro de mi seno aquel que habia llevado durante nueve meses, y con quien habia tenido la dicha de vivir por espacio de tantos años!

Entónces era cuando con un ardor siempre mas vivo pedia á este *amado de mi alma, que me hiciera ver la morada de su descanso* (2) y de sus triunfos.

Le suplicaba que apresurase aquel momento en que, poseyéndole sin nubes ni otra

(1) Act. II, 52.—(2) Cant. I, 51.

cosa que embarace mi vida, gozaria por una eternidad de su admirable presencia.

Adoraba la voluntad de Dios, y preferia su cumplimiento á todos mis deseos; pero la comunión era toda mi fuerza y mi consuelo en los continuos combates que tenia que padecer.

Si experimentaba sin cesar dentro de mi alma las mas vivas ansias por el cielo, tambien era necesario que mi sumision trabajase en moderarlas, y contuviese lo impetuoso de mis trasportes.

¡Ah, hijo mio! no merece el nombre de amor el de aquel que se halla bien en ausencia del objeto amado. ¿Cómo es posible que ame verdaderamente á Dios aquel que dice todos los dias que *venga á él su reino*, y que sin embargo nada desea ménos que su venida?

El cristiano que ama á Jesus de todo su corazon es aquel que á pesar del horror natural que tiene á la muerte, daria de buena gana lo mas precioso que hay en este mundo por ir á unirse con Jesus en el cielo.

Distante de su Dios, vierte lágrimas y desfallece de sentimiento. *No estará con-*

tento sino cuando sea testigo de su gloria (1).

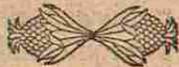
¡Ah! esclama con el profeta en medio de los continuos trasportes de su amor, *¿cuándo llegará el momento en que despues de mi destierro, pareceré delante de mi Dios (2)?*

¿Cuán penosa es esta dilacion para un verdadero cristiano! Es ciertamente la prueba mas dura que puede padecer, y no encontrará el alivio de sus penas sino en su resignacion, y en recibir el cuerpo y sangre del Señor lo mas frecuentemente que le permita aquel que tiene en este mundo el lugar de Dios y conoce sus disposiciones.

Habla y visita á su amado, que bajo de aquel sagrado velo está presente real y verdaderamente como en el cielo. Los dos corazones se unen y se estrechan de la manera mas tierna.

Ya llegará el dia en que se levantará este velo, y se dejará ver Jesus como es en sí (3).

(1) Ps. XVI, 17. — (2) Ps. XLI, 3. — (3) I Joan. III, 2.



CAPITULO XVI.

De la preparacion para la muerte.

Toda la vida de la Santísima Virgen fué una preparacion continua para morir.

¿Cuántos méritos no adquirió en una vida de mas de sesenta años, ocupada únicamente en el ejercicio del divino amor?

El amor que tenia á Dios recibia á cada instante nuevos aumentos, y se halló tan perfecto en la hora de su muerte, que mas bien puede asegurarse que murió de un raptó excesivo de amor, que por decadencia de la naturaleza.

Imitad, pues, á esta Virgen, consagrando á Dios todos los momentos de una vida que no se os ha concedido para juntar riquezas en este mundo, para ser honrado, estimado y aplaudido en él, sino para servirle, y merecer la corona de la inmortalidad.

Cuando poseyéseis todas las riquezas de este mundo, y reináseis sobre todos los pueblos del universo, ¿qué tendríais en la hora de la muerte? Todo lo habríais de dejar for-

zosamente; ninguna cosa de éstas os ha de acompañar.

En aquella hora no se poseen otros bienes que lo que se ha hecho por Dios en el curso de la vida.

Aprended á ser prudentes á costa de tantos cristianos que no piensan en la muerte sino al fin de su vida, y que mueren con el gran sentimiento de no haber dedicado sino algunos dias, ó quizá algunas horas, al negocio importante de su salvacion, cuando es necesario trabajar en él toda la vida.

El número de los insensatos es infinito (1); y la mayor parte de los hombres son semejantes á aquel que no pensase en preparar las cosas necesarias para un viage, sino á la hora misma de partir, ó á un reo que ultrajase y llenase de oprobios á su juez, cuando éste iba á juzgar su causa; ó á aquel finalmente que formase proyectos de diversion, cuando debia esperar por momentos ser conducido al cadalso.

Pasad la vida pensando siempre que se ha de acabar, y de esta suerte no le tendríais tanto amor. No perdais jamas de vista la

(1) Eccles. 1, 15.

eternidad que viene despues, y viviréis de una manera cristiana.

Hay muchos que no quieren pensar en la muerte, porque la temen; pero el medio de no tener motivo de temerla, es el de pensar en ella con frecuencia, y prepararse continuamente.

Una vida santa dulcifica el pensamiento de la muerte, y éste contribuye mucho para vivir santamente.

Guardaos de que no os entristezca, en la hora de la muerte, lo que en el dia os sirve de tanto regocijo. Si quereis tener consuelo al tiempo de morir, poned en la virtud los placeres de vuestra vida.

Si os fuera preciso morir hoy ó mañana, ¿estaríais en disposicion de presentaros á vuestro Soberano Juez? ¿Qué penitencia es la que habeis hecho? ¿qué méritos habeis procurado adquirir?

Aprovechaos de los dias que os quedan. Es verdad que no está en vuestra mano el hacer volver el tiempo que ya pasó; pero le podeis reparar, y Dios no os dilata la vida sino para esto.

¿Viviréis aun mucho tiempo, ó moriréis dentro de algunos dias? Vosotros lo igno-

rais; pero debeis tener por cierto y seguro, porque así lo dice el Señor, *que os arrebatará la muerte á la hora que ménos lo penséis.*

Si podemos morir á todas horas, como no hay duda, es necesario que estemos siempre dispuestos, penetrándonos bien del pensamiento de que la muerte es el momento decisivo de una eternidad.

Suplicad á la Reina del cielo que dé gracias á Dios por el tiempo que aun nos ha dejado para prepararos; y pedidle tambien que os consiga la gracia de que useis de él santamente.

Para conseguir esto, el medio mejor es el de hacer todas vuestras acciones como si cada una fuese la última de vuestra vida.

Para morir santamente, es necesario morir en la fe, en la esperanza y en la caridad: haced frecuentemente estos actos durante vuestra vida, y preparaos con ellos muchas veces para la muerte.

Tened entendido que en la hora de la muerte no se saben hacer actos de virtud, cuando no se han ejercitado en la vida.



CAPITULO XVII.

De la dulzura de la muerte de los justos.

SIERVO. Seria necesario comprender ¡oh María! el amor que os tenia Jesus, para poder formar alguna idea de las delicias inefabables de que llenó á vuestra alma en la hora de la muerte.

Seria menester saber cuánto amábais vos á Jesus para venir en conocimiento de los santos y vivos trasportes de vuestra alma, cuando veáis acercarse aquel momento feliz que debia reuniros al único objeto de vuestro amor.

Exhalásteis el último aliento de vuestra vida con tanta paz y sosiego, como si os hubiéseis entregado al mas dulce sueño.

¿Qué recelo podía tener en la hora de su muerte, una Virgen que no habia sido jamas sino para Dios, y que no habia estimado sino las cosas de Dios?

¿Una Virgen que no habia puesto su felicidad sino en Dios, ni habia tenido otra ambicion que la de agradarle?

MARÍA. Si quieres, hijo mio, participar de las delicias y dulzuras de mi muerte en el dia que salgas de este mundo, no pongas la felicidad en los bienes de la tierra.

Haced, Señor, que yo muera con la muerte de los justos (1). Esta es la súplica que hacen todos los cristianos; pero hay muy pocos, por su desgracia, que miren los bienes de este mundo con aquella indiferencia y aun desprecio con que los miraban los justos.

La mayor parte de los hombres, aunque criados para el cielo, no piensan sino en la tierra: ¿pues qué esperanza pueden tener de ir al cielo despues de su muerte?

Jesus no hace participantes de su felicidad, sino á aquellos que durante su vida colocaron su felicidad en amarle.

¿Qué estado puede haber de mayor consuelo que el de un justo, que al fin de una carrera llena de tentaciones y de sufrimientos, goza del testimonio de una conciencia apacible?

Miéntras el pecador no mirará á Jesus al tiempo de su muerte sino como á un juez

(1) Num. xxiii, 10.

inexorable, se le representará al justo como un padre lleno de bondad.

Es verdad que éste le ha ofendido durante su vida, y quizá gravemente y muchas veces, pero no ha esperado á la hora de su muerte para hacer penitencia.

Por otra parte, el sacrificio que hace generosamente de su vida, mediante el cual se une en espíritu al sacrificio de la Cruz, le sirve de un poderoso motivo de esperar en la misericordia de su Dios.

Desde el día que se consagró enteramente á él, ha combatido con valor y constancia por la fidelidad con que debía servirle; ¿pues por qué no ha de esperar *la corona de la justicia!*

¡Qué cosa tan dulce no será para tí, hijo mio, el poder decir, á ejemplo de Jesus, cuando vieres acercarse la muerte: Es verdad que *dejo al mundo, pero me voy á mi Padre* (1)! Voy á tomar posesion de la herencia que me tiene preparada.

¡Oh Padre mio! *os he glorificado cuanto he podido en la tierra. He desempeñado el negocio que me dejásteis encargado; pues glori-*

(1) Joan. xvi, 28.

ficadme ahora vos (1). Dignaos hacerme participar de la gloria que me teneis prometida.

Cuando se ha tenido siempre la lámpara encendida, no se teme de ninguna manera oír decir: *Hé aquí al esposo que viene: salgámosle al encuentro* (2).

Jamas hubiera yo pensado, decia una alma santa, que hubiese tanta dulzura en la muerte.

En esta hora es cuando Jesus da á conocer mas particularmente á los que le aman, cuán digno es en efecto de ser amado.

Cuando Dios ha sido, durante la vida, el único objeto de los afectos del corazon, no permite ordinariamente que este corazon obre de otro modo en la hora de la muerte.

Antes bien por el contrario, le hace á impulsos de su gracia, semejante á una antorcha, que al tiempo mismo de apagarse, arroja una luz mas viva.

Vive, pues, amando sinceramente á Dios, si quieres tenerle el mismo amor en la hora de tu muerte.

SIERVO. La gracia mas preciosa ¡oh Madre mia! que puedo desear y obtener de la

(1) Ibid. xvii, 4 et 5.—(2) Matth. xxv, 6.

bondad de Dios, es la de morir con unos sentimientos en todo conformes á los vuestros.

Morir de amor, despues de haber vivido en el amor, del amor y para el amor, ¡oh, cuánto desea este género de muerte el corazon de un justo!

Esta muerte seria el cúmulo de todos mis deseos. Pero ¿acaso será concedida esta gracia á un pecador como yo?

Os suplico ¡oh Virgen Santa! el que á lo ménos me alcanceis de Jesus la de participar de alguna manera de esta muerte de amor.

Morir amando á Jesus, de tal suerte que el último aliento de la vida sea un suspiro de amor, ¡oh, y qué dicha tan superior á cuantas pueden lisonjear al corazon humano!

¡Oh Jesus mio, Salvador mio, y Dios mio! concededme este insigne favor. Yo os le pido, Señor, por el amor infinito con que me ama vuestro corazon adorable, y por el excesivo amor con que os amó el corazon de vuestra Santa Madre.

DIRECCION GENERAL DE LOS

CAPITULO XVIII.

De los santos deseos de la muerte.

SIERVO. Todo el tiempo que permanecisteis en este mundo despues de la ascencion

de Jesus, no fué para vos ¡oh Virgen Santa! sino un tiempo de lágrimas.

Os consumiais poco á poco en las mas puras llamas del divino amor; pero de una manera mas lenta y perezosa que lo que vos deseábais.

¡Ay de mí! estoy demasiado apegado á la tierra para poder representarme bien aquel estado de santa impaciencia en que estuvisteis hasta el último instante de vuestra vida.

Si apenas puedo llegar á conocer la inquietud de David, cuando veia que se le dilataba su destierro, ni la del apóstol cuando deseaba tan eficazmente la disolucion de su cuerpo; ¿cómo podré yo formar idea de la vuestra?

Si mi corazon estuviese penetrado de estas llamas de amor que os abrasaban, ¡oh, y cuán vil y despreciable me parecería la tierra! ¡oh, qué ardientes suspiros no prorrumpiría yo, cuando mirase al cielo!

Un corazon que está lleno de amor por Jesus, ¿qué puede desear en la tierra si no la posesion del mismo Jesus?

Quando me presentasen todos los bienes de este mundo para que de este modo fuese yo el mas el mas feliz de todos los hombres,

bondad de Dios, es la de morir con unos sentimientos en todo conformes á los vuestros.

Morir de amor, despues de haber vivido en el amor, del amor y para el amor, ¡oh, cuánto desea este género de muerte el corazon de un justo!

Esta muerte seria el cúmulo de todos mis deseos. Pero ¿acaso será concedida esta gracia á un pecador como yo?

Os suplico ¡oh Virgen Santa! el que á lo ménos me alcanceis de Jesus la de participar de alguna manera de esta muerte de amor.

Morir amando á Jesus, de tal suerte que el último aliento de la vida sea un suspiro de amor, ¡oh, y qué dicha tan superior á cuantas pueden lisonjear al corazon humano!

¡Oh Jesus mio, Salvador mio, y Dios mio! concededme este insigne favor. Yo os le pido, Señor, por el amor infinito con que me ama vuestro corazon adorable, y por el excesivo amor con que os amó el corazon de vuestra Santa Madre.

DIRECCION GENERAL DE LOS

CAPITULO XVIII.

De los santos deseos de la muerte.

SIERVO. Todo el tiempo que permanecisteis en este mundo despues de la ascencion

de Jesus, no fué para vos ¡oh Virgen Santa! sino un tiempo de lágrimas.

Os consumiais poco á poco en las mas puras llamas del divino amor; pero de una manera mas lenta y perezosa que lo que vos deseábais.

¡Ay de mí! estoy demasiado apegado á la tierra para poder representarme bien aquel estado de santa impaciencia en que estuvisteis hasta el último instante de vuestra vida.

Si apenas puedo llegar á conocer la inquietud de David, cuando veia que se le dilataba su destierro, ni la del apóstol cuando deseaba tan eficazmente la disolucion de su cuerpo; ¿cómo podré yo formar idea de la vuestra?

Si mi corazon estuviese penetrado de estas llamas de amor que os abrasaban, ¡oh, y cuán vil y despreciable me parecería la tierra! ¡oh, qué ardientes suspiros no prorrumpiría yo, cuando mirase al cielo!

Un corazon que está lleno de amor por Jesus, ¿qué puede desear en la tierra si no la posesion del mismo Jesus?

Quando me presentasen todos los bienes de este mundo para que de este modo fuese yo el mas el mas feliz de todos los hombres,

no debería decir siempre: *Mejor es para mí morir y estar con Jesucristo (1)?*

¿Que son todos los bienes de esta vida para el que conoce y ama á Jesus? Jesus es su soberano bien, y encierra en sí solo todos los demas bienes.

¡Estar con Jesus, con este Padre tan bueno, con este Amigo tan tierno, con este Señor tan liberal, y con este Salvador tan amable!

¡Estár con Jesus, gozar de su presencia, amarle de todo corazon, y amarle para siempre! ¡Oh Reina del cielo! el mundo y la tierra ¿pueden ofrecermé bienes que sean comparables á este?

¡Ah! ¡ojalá que se presente cuanto ántes á mi vista aquella feliz morada en donde habita! Solo Jesus puede satisfacerme plenamente.

Es verdad que si por una parte deseo la muerte para reunirme á él, me recelo por otra de parecer en el tribunal de mi Juez.

Pero yo espero en la misericordia de mi Redentor, y espero tambien en vuestra intercesion, ¡oh tierna Madre!

(1) Philip. 1, 23.

MARÍA. Sí, hijo mio, espera, y espera firmemente. Si Jesus es un Juez inescorable, tambien es un Salvador lleno de bondad.

Procura conservar siempre el temor de sus juicios; pero que sea de modo que el amor y la esperanza sean en tí superiores al temor.

Teme, pero ama aun mas. De ninguna manera podrás manifestar mejor á Jesus tu amor, que deseando verle cuanto ántes en medio de sus triunfos, y dejar una tierra en donde es tan fácil apartarse de la fidelidad que se le debe.

Si estás bien penetrado de estos sentimientos, no dudes, hijo mio; que Dios te defenderá contra tus enemigos al tiempo de morir.

Yo misma imploraré sus auxilios para tí, porque en todo tiempo tengo cuidado de mis hijos, y sobre todo en la hora de su muerte,

CAPITULO XIX.

Del amor de Dios.

SIERVO. Vos, ¡oh Vírgen Madre! fuísteis víctima del divino amor. Este amor divino consumiô en fin á impulso de sus llamas la

víctima que él se preparaba hacia tantos siglos.

Una alma tan generosa para Dios, tan sometida á su voluntad, tan fiel y tan santa, no podia ménos de ser separada así de su cuerpo.

Léjos de sorprenderme al veros morir de amor, me causa mucha maravilla el que la viveza y continuacion de los transportes de vuestro amor no os quitasen mucho ántes la vida.

Después de haber salido pura y sin mancha de las manos del Criador, inmediatamente que le conocisteis, elegisteis su divino amor por vuestro único fin, y no vivió ni se alimentó jamás vuestro corazón sino del mismo ardor de las llamas que le penetraban.

Durante el curso de vuestra vida no tuvisteis otro objeto que este amor. Pensamientos, sentimientos, palabras, acciones, temor, esperanza, alegría, tristeza, todo iba dirigido á él.

Cuanto mas se conocen la grandezas y las perfecciones infinitas de Dios, se le ama mas, y se le encuentra cada vez mas digno de ser amado; ¿y quién entre las puras criaturas conoció jamás mejor á Dios que Vos?

¡Corazones de los Santos! vosotros estuvisteis penetrados sin duda de este amor; pero el corazón de María, puede asegurarse de algun modo, que tuvo en sí toda la plenitud del amor. ¡Serafines! escesivo es vuestro amor; pero á vista de este horno encendido, no es sino una pequeña chispa.

¡Oh Madre del mas bello amor! (1) seria necesario haber amado y amar como vos para poder decir y explicar cuanto amabais.

¡Vos moris de amor! ¡y nosotros, ni vivimos ni trabajamos en procurarnos á lo ménos la dicha de morir amando!

MARÍA. ¿Cuál es, hijo mio, tu ocupacion en este mundo, si no es aquella para la cual solo has nacido? Dios te ha criado para que le ames.

¡Oh locura insigne de los hombres, que entregan su corazón á otro amor que aquel que puede por sí solo hacer su felicidad temporal y eterna!

Sacude, hijo mio, esa flaqueza vergonzosa que te detiene en los caminos del divino amor. Apenas puede decirse que has dado hasta ahora algun paso por ellos.

(1) Eccles. xxiv, 24.

¡Temes los sacrificios que debes hacer! pues ten entendido que no se ama de ningún modo aquello que no cuesta. El amor que no se declara sino cuando nada hay que sufrir por el objeto amado, es amor muy sospechoso.

Ama con esfuerzo y con valor, y está pronto á perder todos los bienes de este mundo ántes que la gracia de Dios, y á padecer todos los males ántes que cometer contra él la menor ofensa.

Si una vez tu voluntad se deja encantar del amor divino, ninguna cosa te parecerá imposible, porque *el amor es fuerte como la misma muerte*. (1), y no conoce dificultades.

Vicios tienes dentro de tí mismo que corregir, y sentidos que domar; pues ama, y verás que el amor hace esta obra, y dentro de poco tiempo.

No ames sino lo que Dios ama; y si amas á otro objeto con Dios, ámale como él quiere que se le ame: Dios solo es el que debe agradecer en todo.

El verdadero amor mira con indiferencia todo lo que no es Dios: no busca sino á él, y le ve en todas las cosas.

(1) Cant, VIII, 6

Serás dichoso, hijo mio, bajo del imperio de este amor: cuanto mas vivas en él, mas desearás vivir. Es verdad que tendrás que sufrir en sus cadenas; pero sin embargo sufrirás con gusto y quisieras ser su esclavo.

Haz que este amor sea tu único tesoro, y hallarás que en las mas grandes necesidades de esta vida, él solo suple por todos los bienes.

En la muerte es donde se conoce especialmente cuán dichoso es aquel que se deja conducir por sus impresiones.

La muerte, este tiempo de turbacion y de angustias para el comun de los hombres, es para un cristiano poseido de este amor, tiempo de consuelos y de la mas dulce paz.

Entrégate, pues, al amor divino: abandónate á su conducta, haz que él sea tu elemento, y el único que te haga obrar: no hagas ninguna cosa, sino por amor.

SIERVO. Yo siento nacer en mí cuando os escucho, ¡oh Virgen augusta! un violento deseo de no tener en adelante otro dueño que el divino amor.

¡Ah! pues que mi corazon está aun á tiempo de contentar á mi Dios, y que solo mi corazon es el que puede agradarle, ya no es

mas para mi ni para las criaturas; se lo doy á Dios gustoso y se lo consagro enteramente.

Este deseo es un efecto de su gracia que vos me habeis alcanzado; por que sin él, y sin sus auxilios yo no pudiera amarle.

Sin esta gracia ni pudiera amarle como es necesario, ni perseverar en este amor. ¡Ah! rogad continuamente, Madre mia, para que jamas se aparte de mí este amor.

Estoy sin embargo lleno de temor, porque conozco mi inconstancia; pero vos que la conoceis, y que me la echais en cara tan justamente, dignaos ser por vuestra proteccion mi apoyo y mi fortaleza.

Si, desapareced, objetos viles y percederos de este mundo; vosotros sois la muerte de mi corazon. Este quiere por fin vivir; ¡y seria vivir ¡oh Dios mio! el vivir sin vuestro amor?

¿Qué importa que las criaturas se quejen de que las abandono? ellas mismas han sido las que, bajo el pretexto de servir las, me han robado mi verdadera dicha. Las perseguiré por mis desprecios, hasta que ya no traten mas de interrumpirme en el ejercicio de mi amor.

¡O Virgen, modelo perfecto de amor! mi corazon va á ser como un nuevo cielo, en el que,

imitando la vida que tuvisteis en la tierra, y la que teneis ahora con los santos, amaré únicamente á mi Dios con la firme esperanza de morir en su amor, y de amarle eternamente.

bíais hecho por corresponder á la eleccion y

CAPITULO XX.

Que la gloria del cielo nos está prometida bajo el título de recompensa.

SIERVO. Ya estais, ¡oh Virgen Santa! en posesion de la gloria que el Soberano Remunerador preparaba á vuestras virtudes y á vuestros méritos.

¡Oh! ¿cuándo podré yo, testigo de esta gloria, contemplarla con los ángeles y los santos, y admirar su resplandor?

¿Cuando me será permitido, uniéndome á sus conciertos que arrebatan y embelesan, celebrar vuestros méritos, y tributaros las alabanzas que os son debidas?

El alto grado á que estais elevada en el cielo, no es un puro favor que Jesus ha querido hacer á su Madre; os era debido en cierto modo en recompensa en todo cuanto ha á los designios de Dios.

No, vos no estariais colocada allí, si la maternidad divina hubiese sido en vos un título estéril, y si no hubieseis tenido la semejanza mas perfecta con vuestro Divino Hijo, por medio de una imitacion fiel de sus virtudes.

La santidad de vuestra vida ha sido vuestro principal mérito á los ojos del Dios de toda santidad.

MARÍA. Hijo mio, ninguno entra en el cielo sin haberse santificado primero en la tierra.

No es á la dignidad, ni á las riquezas, ni á los talentos á los que Dios concede la entrada en la morada de la bienaventuranza, sino al uso santo que se hace de estas cosas y á los méritos que se han adquirido durante la vida.

Dios no conoce excepcion de personas (1). A cada uno dará segun sus obras (2).

Las almas mas elevadas en el Reino de los Cielos han sido en la tierra las mas virtuosas y las mas perfectas.

Dios juzga de una manera muy diferente que los hombres. Estos se pagan frecuentemente de esterioridades y apariencias; y

(1) Ephes. vi, 9.—(2) Rom. ii, 6.

aquel es un justo apreciador del mérito y de la virtud

Te tiene preparadas grandes recompensas; pero quiere que las merezcas: á este fin te envia todas las gracias y auxilios necesarios, y si tú usas de ellos santamente, tendran efecto sus promesas.

Es verdad que coronará en tí sus propios dones; pero al mismo tiempo recompensará tus virtudes y buenas obras.

Este Señor lleva una cuenta fiel de todo lo que se hace por él, y no habrá ni *un solo vaso de agua dado en su nombre* que no tenga su recompensa.

¿De cuánto consuelo no te debe servir, hijo mio, el trabajar para un Señor tan bueno, tan liberal y tan magnífico?

El mundo, á quien se procura agradar tanto, recompensa mal á los que le sirven; pero tú, tú podrás decir: *Yo bien sé de quien me fio, y estoy seguro de que el depósito de mis méritos no perecerá (1)* en las manos del Señor á quien sirvo.

Espero de su misericordia una corona eterna, que será mas resplandeciente, cuanto mi

(1) II Tim. i, 12.

fidelidad en agradarle haya sido mas esacta y mas constante.

Ecsámínate ahora á tí mismo, y mira que es lo que haces para merecer el premio que te está prometido.

¿En dónde estan tus victorias? Cuáles son tus buenas obras? Qué virtudes practicas? Es decir: Qué méritos tienes que presentar en el tribunal de Dios?

SIERVO. ¡Ay de mí! no puedo pensar sin la mayor confusion, en lo poco que he hecho hasta aquí para merecer las recompensas del cielo.

MARÍA. No te desanimes por eso, hijo mio. Aun está en tu mano poderlas alcanzar. La gracia te habla, ella te insta; pues procura ser fiel á su voz.

Ruega, llora, trabaja, sufre, sacrifica y marcha por el camino de los santos, y llegarás como ellos al término de la felicidad.

SIERVO. Ya salgo finalmente, bajo vuestra proteccion, del estado de inaccion en que he vivido hasta el presente. Procuraré con vuestro ayuda reparar, lo mas fervorosamente que me sea posible, los años estériles que tengo que llorar.

Vigilancia, lágrimas, humildad, mortificacion y paciencia en sufrir las tribulaciones:

todo esto será bien recompensado solo con algunos momentos de aquella felicidad que gozan los santos con su Dios por toda una eternidad.

Pero sobre todo, el Señor á quien tengo que servir, ¡cuánto no merece por sí mismo el que yo haga por agradarle!

¡Ah! sí, yo quiero servirle: haré cuanto esté de mi parte por darle gusto, aun mas por quien es en sí mismo, que por los bienes infinitos que tiene preparados á mi fidelidad.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



LIBRO IV.

En donde se trata de los sentimientos de respeto, estimación, zelo, amor, ternura y confianza de que debemos estar penetrados á favor de la Santísima Virgen.

CAPITULO PRIMERO.

De las grandezas de la Madre de Dios.

SIERVO. Por grandes que sean los sentimientos que tenemos de vos, ¡oh Virgen Santa! jamas podrán igualar á vuestras grandezas, porque estas serán siempre superiores á todas las ideas que nosotros podremos concebir.

Para hablar dignamente de vos, sería necesario comprender lo mas grande que hay

cerca de Dios, lo mas admirable que hay en gracias, en perfecciones, en poder y en gloria.

De vos ha nacido Jesus. El Evangelio que nos manifiesta esta virtud, no se estiende mas sobre vuestras alabanzas, y es porque esta sola espresion basta para fundar sólidamente todos los elogios que se os puedan dar.

Vuestra dignidad de Madre de Dios no es nada ménos que una especie de afinidad con el soberano Sér. El efecto de la maternidad divina es acercarse cuanto es posible á la Divinidad.

Esta dignidad os hizo contraer con Dios una alianza singular, en virtud de la cual sois Hija del Padre, Madre del Hijo, Esposa del Espíritu Santo de una manera tan admirable, que no es propia ni conviene sino á vos.

En virtud de esta alianza sois verdaderamente Reina del Universo, Reina de los Cielos.

Decir que Jesus ha nacido de María, es decir que María no tiene otro que sea superior á ella sino Dios.

¡Oh Virgen Madre! aun aquellos ángeles que sean superiores á los demas en gracia

y en perfeccion, no podrán ménos de estar en el órden de vuestros siervos: ¡tanta es la distancia que hay entre vos y ellos!

Yo juzgo de vuestra grandeza por la de vuestro Hijo, la cual resalta necesariamente sobre vos misma. Por la escelencia del Hijo se viene en conocimiento de la madre.

Comprendo fácilmente que la augusta calidad de Madre de Jesus, es la causa de todas las gracias de que Dios quiso colmaros, y de todos los privilegios y prerogativas con que se complació en distinguiros;

Y que teneis bajo de esta calidad una especie de dominio sobre todos los tesoros de las gracias de Jesus, y un poder absoluto de intercesion para con él.

Entiendo tambien que ciertas leyes generales, que no son otra cosa que castigos del primer pecado, no han debido comprender á la Madre de Dios, Madre tan amable, tan amada, y elegida espresamente desde eterno para serlo;

Y que habiendo dado á Dios esta vida que cooperó en cuanto estuvo de su parte á que él mismo nos redimiese, merecis llevar justamente el titulo de *Medianera de nuestra salud*, sin perjuicio de la calidad de solo y

único Medianero que, en sentido propio, no conviene sino á vuestro Hijo.

Pero ¡comprender toda la elevacion de vuestra dignidad! ¡Ah! es todo tan grande en la Madre de un Dios, que los mismos serafines se contentan con admirarlo.

Vos misma dijisteis en presencia de vuestra santa parienta Isabel todo lo que Dios habia hecho por vos en estas solas palabras: *El Todopoderoso ha obrado en mi favor grandes maravillas.*

Y la Iglesia, á pesar del amor que os profesa, y del zelo que tiene por vuestra gloria, se ve obligada á confesar que, cuando considera que *habeis llevado en vuestro seno á aquel que los cielos no pueden contener, no sabe de que espresiones usar para publicar vuestras grandezas.*

¡Oh Madre admirable de mi Dios! me siento penetrado en vuestra presencia hasta en lo mas íntimo de mi alma, de la admiracion mas dulce y mas profunda.

A vista de vuestras grandezas y de vuestra elevacion, estoy poseido de un santo temor, y de un respeto que me tiene como anonadado á vuestros piés.

CAPITULO II.

*De los rasgos de semejanza que hay entre
Jesus y María.*

SIERVO. Cuando considero ¡oh Divina María! vuestro nacimiento, vuestra vida, vuestra muerte y vuestra gloria en el cielo, encuentro entre Jesus y vos unos rasgos de semejanza que me arrebatan.

Vos fuísteis unida á vuestro Hijo en los decretos eternos de la Providencia. *Dios me ha poseído desde el principio de sus caminos* (1), dice la Sabiduría eterna en el Texto Sagrado. *Yo he sido especialmente predestinada desde la eternidad. Cuando Dios echaba los fundamentos del universo, también entré yo en sus miras y en sus designios.* Expresiones que son propias de Jesus, pero que la iglesia os aplica.

¿Cuántas promesas, oráculos, figuras y símbolos hay en la Antigua Ley, que anuncian- do á Jesus, os anuncian también á vos?

(1) Sap. VIII.

Jesus fué impecable por su naturaleza; y vos, libertada por la gracia del pecado original, fuísteis exenta de todo pecado actual, aun el mas leve.

El Verbo de Dios, encerrado en vuestras castas entrañas, se puede decir de algun modo que no hice por espacio de nueve meses sino una misma cosa con vos.

Después le alimentásteis con vuestra propia sustancia, que se convertía en la suya.

En su vida oculta pasó treinta años con vos, viviendo en una misma habitacion, disfrutando de la misma fortuna, ocupado en los mismos ejercicios, y teniendo los mismos sentimientos.

En el tiempo de su vida evangélica, participásteis de sus trabajos cuanto os fué posible, y en su muerte tuvisteis también parte en sus oprobios é ignominias.

Jesus fué el mas humilde, el mas dulce, el mas caritativo, y el mas paciente de todos los hombres, y vos fuísteis la mas paciente, la mas caritativa, la mas dulce, y la mas humilde de todas las mugeres.

En Jesus se hallaban reunidas todas las perfecciones divinas é increadas; y en vos residian todas las perfecciones creadas de una

manera tan escelente, que todas las de los ángeles y los santos desaparecerian delante de las vuestras.

Jesus os hizo de tal modo semejante á él por medio de las virtudes mas eminentes, que hizo de vos una imágen viva de sí mismo.

Así como fué incorruptible en el sepulcro, así fuísteis vos tambien. El resucitó por su propia virtud, y vos fuísteis resucitada por un privilegio especial que se os concedió.

Estais en el cielo en cuerpo y alma como él. Jesus está sentado á la diestra de su Padre, y vos estais despues de él. Jesus es Todopoderoso por sí mismo, y vos lo sois por vuestro Hijo, que os ha constituido la dispensadora de sus tesoros. El es el Señor del cielo y de la tierra, y vos sois la reina de los ángeles y de los hombres.

En todas partes en donde Jesus es adorado, se os honra tambien á vos. Ningun corazon hay consagrado á su amor, que no os sea enteramente devoto. Ningun templo erigido á su gloria, en que no se halle algun monumento levantado á la vuestra.

El dulce nombre de María es inseparable del dulce nombre de Jesus en la boca y en el corazon de los verdaderos fieles.

La Iglesia une frecuentemente en sus santos officios vuestras alabanzas á las que da á Jesus.

Celebra los misterios de vuestra vida, así como celebra los de la vida de Jesus.

Jesus es el *Rey de los siglos, el Autor de la gracia, nuestro Abogado cerca del Padre, el Dios de las misericordias, el Dios de todo consuelo, la luz del mundo.* Y nosotros os llamamos con la iglesia, *Reina del mundo, Reina del cielo, Abogada nuestra, Madre de la gracia, Madre misericordiosa, Consoladora de los afligidos, estrella que conduce en el tiempo de la tempestad al puerto de la salud.*

¡Gracias eternas sean dadas á Jesus, porque os ha concedido todos los favores y privilegios que convenia á un tal Hijo, el conceder á una tal Madre!

¡Ah, Vírgen Sannta! si las consideraciones que acabo de hacer en vuestra presencia os son gloriosas, no son ménos dulces para mi corazon y para todos los que os aman.



CAPITULO III.

De la gloria de María en el cielo.

SIERVO. Reinad ¡oh Virgen Santa! reinad para siempre en los cielos sobre los patriarcas, á quienes escedísteis en fidelidad; y sobre los profetas y apóstoles, cuyo zelo fué muy inferior al vuestro.

Reinad sobre los mártires, á quienes vencísteis en la constancia; y sobre las Vírgenes, pues que fuísteis mas pura que todas ellas.

Reinad tambien sobre todos los justos, porque vuestra humildad fué muy superior á la suya, y sobre todos los ángeles y serafines, á quienes escedísteis en la obediencia y en el amor.

Yo os admiro y respeto sobre aquel trono admirable en que astais colocada, y en donde por vuestro poder para con Dios sois el asilo de los pecadores, el apoyo de los justos, la esperanza de los afligidos, y el remedio de los pueblos.

Bendigo al Señor por esta gloria inmensa

á que os ha elevado, y porque quiso que vuestro mismo cuerpo participase de ella ántes del dia de la resurreccion general.

Justo era que este cuerpo tan casto, en el que el mismo Dios se habia dignado hacerse Hombre, fuese exento de la corrupcion del sepulcro.

Pero ¡quién podrá jamas llegar á comprender esta gloria? *Si los ojos no han visto, ni los oídos oído: si el corazón del hombre no ha podido hasta ahora formar idea de lo que Dios tiene preparado á los que le aman (1),* ¿cómo es posible que nosotros lleguemos á comprender lo que Dios os tenia preparado, habiéndole amado vos mas que todos los ángeles y santos?

La gloria de que gozais es no solamente proporcionada á la grandeza de vuestra dignidad, sino tambien á la grandeza de vuestro mérito.

Para juzgar de lo sumo de esta gloria, bastaria considerar que á la que Dios ha glorificado ha sido á su propia Madre.

Pero así como en los santos la medida de su gloria se toma de la de su mérito, del mis-

(1) I Cor. II, 9.

mo modo en vos la sublimidad de vuestra elevacion se debe tomar especialmente de la grandeza de vuestras virtudes.

Vos formais en el cielo un órden y una clase separada, siempre á la verdad infinitamente debajo de Dios, pero siempre muy superior á todo lo que nó es Dios.

Convenia que aquella á quien habia dado Dios el poder de mandarle á sí mismo tuviese el derecho de mandar á los ángeles y á los santos.

¡Ah! ¡con qué prontitud, y como á porfia, no os rinden todos obediencia y los honores que os deben!

Arrebatados al ver el imperio que tenéis sobre ellos, os sirven con un afecto de corazón digno de las complacencias de todo un Dios.

Bendicen á Dios sin cesar por los singulares privilegios y gracias que os ha concedido, y por las extraordinarias prerogativas de gloria con que os honra.

¡Qué aclamaciones de júbilo y de alegría en las bendiciones que os dan á vos misma! ¡Qué ternura en los sentimientos que los animan, y de que están penetrados en vuestro favor!

¡Oh, y cuánto desean todos que seais conocida en la tierra tan perfectamente como en el cielo, para que siendo vuestros los corazones de todos los hombres, seais honrada por todas partes!

¡Oh amable Reina de la celestial Sion! ¡tendré yo la dicha de cantar con los santos las alabanzas de vuestro Hijo y las vuestras? ¡participaré algun día de las delicias inefables de que gozais en el cielo?

MARÍA. Hijo mio: el medio de animarte y sostenerte en los combates á que necesitarás entregarte para vencer los obstáculos que se opongan á tu dicha, es el de pensar muchas veces en estos bienes eternos que Dios tiene preparados á tu valor y á tu constancia.

Piensa frecuentemente en que se trata de una gloria que satisface infinitamente todos los desprecios, y de un tesoro que hace olvidar todas las miserias de este mundo.

De un descanso que premia infinitamente todos los trabajos, y de un consuelo que recompensa todos los sufrimientos.

Como no hay ninguno sino Dios, que sea grande, tampoco hay ningun otro que pueda dar grandes y verdaderas recompensas. En

el infierno castiga como Dios, y en el cielo recompensa como Dios.

¡Oh, hijo mio! si llegas á lograr la dicha de salir bien en el negocio de tu salud, verás á Dios, le poseerás y le amarás, y nunca dejarás de verle, poseerle y amarle; porque Dios, que es siempre el mismo con respecto á sí, es siempre nuevo para los bienaventurados.

En aquella deliciosa morada de los cielos todo es placer sin dolor, alegría sin angustia, descanso sin inquietud, paz sin temor, y gozo sin sobresalto.

Allí no reina ninguna otra voluntad ni otros afectos sino los de Dios. Dios es todo en todas las cosas. Todo se halla en él. Allí todos son ricos, poderosos y felices con Dios y como Dios.

Si deseas llegar á conseguir esta felicidad, trabaja, hijo mio; trabaja continuamente. No digas jamas: tanto tiempo ha que estoy sufriendo; he ganado tantas victorias: ¿y todavía no he hecho bastante? *Aquel solo será salvo que perseverare hasta el fin* (1).

SIERVO. ¡Oh Virgen, que sois para con Je-

(1) Matth. x, 22.

sus toda mi esperanza y mi vida, alcanzadme la constancia en el servicio de Dios, y hacedme ver á vuestro Hijo Jesus despues de este destierro.

Si la uncion sola de su gracia es un gozo anticipado del cielo, y hace sentir á una alma cuán digno es de ser amado, ¿qué será el ver y poseer al mismo Dios?

CAPITULO IV.

De la dicha de San Juan, á quien Jesus dió á María por Madre: dicha que participan todos los cristianos.

SIERVO. ¡Oh Madre del Salvador! ¡qué dicha tan grande la de San Juan cuando Jesus, estando á punto de morir, le eligió para que vos leuviéseis en lugar del mismo Jesus á quien perdíais.

San Juan fué desde aquel momento vuestro hijo, y vos fuísteis su Madre. ¡Ah! con justa razon se le llama en el Evangelio *el discípulo amado de Jesus* (1).

El amor que siempre tuvo á Jesus, y su

(1) Joan. xix, 26.

constancia en seguirle con vos hasta el Calvario, le merecieron este favor insigne.

¿Podía dejarle su Divino Maestro, despues de su muerte, herencia mas preciosa? pero ¿con qué gratitud y reconocimiento no la recibió él?

Ninguna cosa omitió para corresponder á la gracia que Dios le había hecho. ¡Qué respeto tan profundo en presencia de su Madre! ¡qué sumision á su voluntad, y qué solicitud tan continua en agradarle!

Pero de vuestra parte ¿qué pruebas de bondad, y qué testimonios de ternura no le dísteis en todas ocasiones! experimentaba en cada momento cuán dichoso era en estar á vuestro lado.

¡Oh discípulo amado de Jesus! ¡dichoso hijo de la mas amable y mas santa de todas las madres! yo sufriría todas las adversidades por gozar de vuestra dicha; padecería las mas grandes humillaciones por tener vuestra gloria, y perdería todas las coronas del mundo por un tesoro semejante.

MARÍA. El discípulo amado no fué solo el que se me dió por hijo en la muerte de Jesus, sino que cuando éste hablando con aquel le dijo: *Hé aquí á tu Madre:* y cuando el

Señor me dijo á mí: *Aquí tenéis á vuestro hijo;* el discípulo te representaba á tí y á todos los demas cristianos.

Yo, hijo mio, tengo penetrado mi corazon en favor tuyo, de todos los sentimientos de amor que una verdadera madre puede tener por un hijo á quien ama tiernamente.

Procura corresponder como el discípulo amado á esta calidad de hijo, aficionándote á mí para siempre, y esfuézate, sobre todo, á merecer toda la ternura de tu madre por una inocencia y una santidad de vida que me hagan honor.

SIERVO. ¡Oh Madre mia! consiento en que *mi mano derecha me quede inútil, si yo llegase á olvidaros jamas;* y quiero que *mi lengua se pegue á mi paladar, si no os tuviere siempre presente en mi entendimiento* (1).

¡Qué dicha para mí al considerar que la misma Madre de Jesus se digna ser tambien la mia, cuando me deberia tener por muy feliz con que se dignase recibirme en el número de sus siervos!

Pero pues que quereis tomar, por un efecto de vuestra bondad y por el mucho amor

(1) Ps. cxxxvi, 6, 7.

que me teneis, el nombre de Madre, yo le recibo gustoso, y usaré, con la mas grande satisfaccion de mi alma, con el reconocimiento mas vivo, del nombre de hijo.

¡Ser hijo vuestro! Ah! yo prefiero este nombre glorioso á todos los títulos de honor, aun á aquellos que se buscan con la mayor diligencia entre los hombres.

¡Vos sois mi Madre! ¡qué inestimables ventajas no me producirá esta adopcion tan dichosa! hasta el mismo infierno me temerá.

Es verdad que he sido ingrato largo tiempo para con mi Dios; que soy digno del mayor castigo, y confieso que no merezco ni el perdon, ni su gracia; pero sin embargo, yo espero en su misericordia cuando considero que vos sois mi Madre.

Ya me habeis manifestado que lo sois obteniéndome la gracia de mi conversion, que me parece haber sido verdadera: llenad, pues, el colmo de vuestro amor, alcanzándome la gracia de la perseverancia.

Tened conmigo todas aquellas bondades de una madre que conserva siempre á favor de su hijo los sentimientos de ternura, aun cuando él no los merezca.

¡Oh Madre mia! proporcionaos á vos mis-

ma el consuelo de ver siempre en adelante en mí un hijo que, por su amor á Jesus y á vos, no se hace indigno de los sentimientos que teneis por él.

CAPITULO V.

Del amor que debemos tener á María.

La estimacion que Dios hace de una cosa, es la única regla que debemos tener para apreciarla segun su justo valor. Sus afectos deben ser la regla invariable de los nuestros.

Para comprender lo que debemos pensar de María, y hasta qué punto debemos amarla, sería necesario considerar la estimacion que Dios ha hecho de ella, y las repetidas pruebas de amor que le ha dado.

La multitud de mis esposas, nos dice el Espíritu Santo, es innumerable; pero no hay sino una sola entre todas que esté llena de todas las perfecciones (1)

Esta Esposa, amada de Dios de una manera tan particular, es la que despues de Dios debe reinar en nuestros corazones, y á

(1) Cant. vi, 7.

que me teneis, el nombre de Madre, yo le recibo gustoso, y usaré, con la mas grande satisfaccion de mi alma, con el reconocimiento mas vivo, del nombre de hijo.

¡Ser hijo vuestro! Ah! yo prefiero este nombre glorioso á todos los títulos de honor, aun á aquellos que se buscan con la mayor diligencia entre los hombres.

¡Vos sois mi Madre! ¡qué inestimables ventajas no me producirá esta adopcion tan dichosa! hasta el mismo infierno me temerá.

Es verdad que he sido ingrato largo tiempo para con mi Dios; que soy digno del mayor castigo, y confieso que no merezco ni el perdon, ni su gracia; pero sin embargo, yo espero en su misericordia cuando considero que vos sois mi Madre.

Ya me habeis manifestado que lo sois obteniéndome la gracia de mi conversion, que me parece haber sido verdadera: llenad, pues, el colmo de vuestro amor, alcanzándome la gracia de la perseverancia.

Tened conmigo todas aquellas bondades de una madre que conserva siempre á favor de su hijo los sentimientos de ternura, aun cuando él no los merezca.

¡Oh Madre mia! proporcionaos á vos mis-

ma el consuelo de ver siempre en adelante en mí un hijo que, por su amor á Jesus y á vos, no se hace indigno de los sentimientos que teneis por él.

CAPITULO V.

Del amor que debemos tener á María.

La estimacion que Dios hace de una cosa, es la única regla que debemos tener para apreciarla segun su justo valor. Sus afectos deben ser la regla invariable de los nuestros.

Para comprender lo que debemos pensar de María, y hasta qué punto debemos amarla, sería necesario considerar la estimacion que Dios ha hecho de ella, y las repetidas pruebas de amor que le ha dado.

La multitud de mis esposas, nos dice el Espíritu Santo, es innumerable; pero no hay sino una sola entre todas que esté llena de todas las perfecciones (1)

Esta Esposa, amada de Dios de una manera tan particular, es la que despues de Dios debe reinar en nuestros corazones, y á

(1) Cant. vi, 7.

la que se deben dirigir todos nuestros sentimientos.

El amor que Dios le tuvo, llegó hasta concederle todos los privilegios que pudieran distinguirla entre todas las demas; y el que nosotros debemos tenerle, la debe distinguir de todo lo que puede merecer después de Dios nuestros afectos.

Dios la ha amado hasta darle el primer lugar después de él en la tierra y en el cielo; y nosotros, después de Dios, no debemos tener ni en el cielo ni en la tierra otro objeto mas digno de los homenajes de nuestro respeto y de nuestro amor.

No ha habido ningún justo que no le haya dado en su corazón el primer lugar después de Jesús.

Los Santos Padres nos dicen que en vano se lisonjeará ninguno de amar al Hijo, si no ama juntamente á la Madre; porque estos dos amores no pueden separarse.

Ellos mismos nos hacen mirar el amor que tenemos á María, como una de las pruebas mas seguras que se pueden tener de predestinacion, y como uno de los dones mas preciosos de la gracia.

Pero aun cuando nada de esto hubiera, el

amor que María nos está manifestando continuamente, ¿no nos persuade sin cesar el que nosotros debemos tenerle?

Esta misma Madre indaga nuestras necesidades: siente nuestras aflicciones: previene nuestras súplicas: suple nuestros defectos; y olvida nuestras ingratitudes. ¿Pues porqué nosotros no le hemos de corresponder manifestándole un amor tierno y eficaz?

Aprovechemos con cuidado las ocasiones de agradarle, y hagamos que nada nos parezca pequeño cuando se trate de su servicio. Todo es grande, en efecto, en todo lo que mira al servicio de la madre de Dios, de la Soberana del mundo.

Asistamos con prontitud á todo lo que pertenece á su culto, y á cuanto pueda contribuir á hacerla honrar y amar.

Ofrezcámosle cada dia con exactitud y puntualidad el tributo de nuestros labios y los homenajes de nuestros corazones, y pongamos nuestra gloria en ser del número de sus siervos declarados.

Levantémos nuestro entendimiento y nuestro corazón hácia su trono, ó para admirar sus grandezas y perfecciones, ó para implorar su proteccion.

Ejercitemos las limosnas, ayunos y demas obras de caridad y mortificacion con ánimo de honrarla, imitando sus virtudes.

Frecuentemos los sacramentos en los dias de sus fiestas para celebrarlas mas santamente, y hagamos alguna vez, si nos fuese posible, ofrecer el Sacrificio del Altar, en accion de gracias por los dones y prerogativas con que Dios se dignó enriquecerla.

Visitemos muchas veces los templos erigidos á Dios en honor suyo; respetemos sus imágenes y las personas y lugares que le están especialmente consagrados.

Asistamos lo mas frecuentemente que nos sea posible á los ejercicios públicos de su culto, á los discursos que traten de sus virtudes, de sus prerogativas, y de la devocion que debe tenerle todo buen cristiano.

Estos son los medios con los cuales el que sea hijo verdadero de María debe manifestarle su amor, y procurar atraerse siempre mas el de su Madre.

¡Oh poderosa protectora y madre tierna de los hombres! ¡oh María! bien conoceis la sinceridad de la resolucion que formo de ser fiel á estos ejercicios.

Doy gracias al Señor por los sentimientos

de amor que me inspira hácia vos, con lo que me da una prueba segura del amor que me tiene.

La fidelidad con que me propongo servir os escederá á la de todos vuestros siervos, y aun á la de aquellos hijos que os sirven con mas fervor.

¡Ojalá que mi fidelidad pudiera competir hasta con la de los mismos ángeles! pero esta dicha está reservada para el cielo.

CAPITULO VI.

Del celo que debe tener un hijo de María por los intereses y gloria de su Madre.

MARÍA. Hijo mio, yo soy tu madre, y te estoy dando repetidas pruebas de ello en los beneficios que alcanzas de Dios.

Tú eres mi hijo, y bajo este concepto me rindes homenajes, me llamas á tu socorro en las penas y tribulaciones que padeces, y esperas en el poder que tengo cerca de Jesus.

Pero advierto que entre todos los medios de manifestarme tu amor, hay uno de que haces poco caso.

SIERVO. Dignaos, pues, dármele á conocer, ¡oh Madre mia! Ninguna cosa deseo mas que llenar todos mis deberes para con vos.

MARÍA. Es, hijo mio, el que no procuras bastante el que se me dé el honor y la gloria que se me debe. Parece que muchas veces te cuesta demasiado trabajo el tomar mi defensa contra mis enemigos.

El zelo que yo tengo por tí es el que tú debes imitar en defender mis intereses, y en hacer glorificar, honrar y amar á tu Madre.

No es bastante el que me des tu corazón despues de Jesus, si no aprovechas las ocasiones que se te presentan para ganarme otros.

Mira, hijo mio, los esfuerzos que ha hecho y hace diariamente la heregía para desterrar, ó á lo ménos debilitar mi culto. A tí te corresponde el reparar estos ultrajes en cuanto esté de tu parte.

SIERVO. En efecto ¡oh Virgen Santa! siempre el infierno se ha desatado contra vos. El nombre de María, este nombre tan venerable y tan dulce para todos los fieles, le ha sido siempre odioso.

Vos sois *aquella muger* de quien decia el Señor al principio del mundo, *que debía que-*

brantar algun dia la cabeza de la serpiente (1); y esta es la causa del ódio implacable que os tienen los demonios.

Como no desean sino perder á todos los hombres, quisieran que ninguno recurriese á vos, y borrar, si les fuese posible, la alta idea que tenemos de vuestra misericordia y poderosa intercesion para con nuestro Redentor.

Es infinitamente glorioso para María el que sean solo los herejes los que se levanten contra ella, y el no tener otros enemigos que los de Jesus.

María es aquella *torre de David de donde penden mil escudos* (2): las armas de los enemigos, de quienes ha triunfado, le servirán siempre de trofeos.

Dios por otra parte suscitará siempre defensores zelosos de su gloria, porque las *puertas del infierno no podrán jamas prevalecer contra ella.*

¿Qué acciones de gracias no debo yo dar á Dios por haberme hecho nacer en el seno de la verdadera Iglesia, en donde tengo la dicha de conoceros y amaros?

(1) Genes. III, 15.—(2) Cant. IV, 4.

Pero, Madre mia, si es verdad que yo os amo, no hay duda que debo defender vuestros intereses y aprovecharme de las ocasiones de procurar vuestra gloria.

Me ocuparé pues en adelante en aumentar cuanto me sea posible el número de vuestros siervos.

Aconsejaré, euando la ocasion se me presente, á mis parientes, amigos y conocidos los ejercicios de devocion en honor vuestro. y tendré la mayor satisfaccion en ocuparme con ellos en vuestros soberanos misterios.

Si no pudiere con mis palabras encender el fuego de vuestro amor en los corazones tibios y enfermos, procuraré á lo ménos hacerlo con mi ejemplo.

Pero sobre todo no consentiré jamas que se os ultraje en mi presencia. ¡Ah! quién no conoce, no merece ser conocido. No quiero tener amigo que no os ame.

¡Oh Dios mio! derramad vuestra gracia en el corazon de todos los hombres, para que conociendo y amando á Jesus su Redentor, aprendan de este modo á conocer y á amar á su soberana Madre.

¿Es posible que ha de haber hombres que carezcan de sentimientos por aquella que ha

eido desde la eternidad el objeto de las complacencias del mismo Dios?

CAPITULO VII.

Del poder quẽ tiene con Dios la Santísima Vígen en favor de los hombres.

María es la Hija querida del Eterno Padre, la Madre del Hijo, y la Esposa del Espíritu Santo. Penetrad bien el sentido de estas palabras, y concebireis una idea tan grande de su poder, á la cual nada se le puede añadir.

Siendo como es la Hija immaculada del Padre celestial, y la mas perfecta de todas las crtaturas, ¿qué poder no tendrá sobre su corazon?

El mismo es el que le ha dado en el cielo un poder que iguala á *la plenitud de gracia*, con que la enriqueció en otro tiempo sobre la tierra.

Madre de un Dios hecho hombre tan real y verdaderamente como son madres nuestras las mugeres que nos han dado á la luz del mundo, ¿Y no seria escuchada de su Hijo?

Todo lo que puede el Hijo por sí mismo, puede la madre mediante su intercesion. Este es el lenguaje de los santos Padres.

Dudar si María tiene bastante poder con Dios para alcanzar las gracias que nos son necesarias, es dudar si el Hijo honra á su Madre;

Salomon decia á Bethsabee, *que era justo escucharla favorablemente, porque era su Madre* (1). ¿Y no deberá esperar María, cuando pida por sus hijos una respuesta semejante de un tribunal en donde tiene derechos mil veces mas santos y mas señalados?

Cuando rogamos á Dios por la intercesion de los santos, el amor que les tiene, y la confianza con que les pedimos, suelen como obligarle muchas veces á que nos oiga favorablemente; pero cuando le suplicamos poniendo á María por intercesora, su misma dignidad de Madre Dios es la que habla por nosotros.

Quien piense que el mismo Dios quiso estarle sometido en la tierra, ¿se presumirá que ahora que reina con él en el cielo, tiene ménos atenciones con ella?

(1) III, Reg. II, 20

El Señor le ha dado una como inspeccion general sobre todos sus bienes, y se complace en comunicárnoslos por su medio.

Si una esposa tiernamente amada no puede ménos de ser atendida de su esposo, ¿cómo María, siendo la Esposa del Espíritu Santo, no podrá aplacar á ese Divino Esposo en nuestro favor, y conseguir de él grandes favores?

Dios por otra parte la ha constituido Reina del cielo y de la tierra; conque es consiguiente que le haya comunicado un poder conforme en todo á esta calidad!

Una reina tendria sin duda este título en vano, si no pudiese socorrer á los miserables, y hacer algunos dichosos.

Dios, que por intercesion de los santos ha obrado muchas veces los mas grandes prodigios, ¿seria ménos atento á las súplicas de aquella que es la Reina de los santos?

¡Oh Vírgen bendita de los ángeles y de los hombres! no me queda duda del poder que teneis para con Dios, y así yo me pongo enteramente bajo de vuestra proteccion.

Proteccion segura; que no falta jamas; proteccion poderosa, que vence todos los inconvenientes; y proteccion universal, de la cual no se escluye á nadie.

Es verdad que soy un hijo criminal que he cometido mil faltas contra mi Padre, é indigno de que Dios me escuche; pero ¡oh María! yo os pongo por mi medianera.

¡Oh Madre de mi Dios! dignaos velar sobre mi conducta, y dirigir mis pasos en todo tiempo y por todas partes; porque todo está rodeado de peligros así temporales como espirituales.

Os pido principalmente vuestra proteccion para aquel día fatal, despues del cual ni hay mas tiempo ni gracias que esperar, para aquel momento crítico y decisivo en que debe terminar mi carrera y comenzar mi eternidad.

No es que yo pretenda, ¡oh Madre de misericordia! vivir en adelante en una ociosidad criminal, y descansar sobre la viva esperanza que tengo en vos; no, no es este el espíritu de vuestros siervos.

Sino que, ayudado de la gracia de Jesus, que espero que me habeis de conseguir, responderé á vuestros cuidados, y obraré de acuerdo con vos, para que de esta suerte pueda llegar á gozar de aquella felicidad eterna, á la cual quereis conducir á todos los que os sirven.

CAPITLO VIII.

De los sentimientos de bondad de que está penetrado en favor nuestro el corazon de la Santísima Virgen.

SIERVO. No es necesario, ¡oh Virgen Santa, y Madre de misericordia! no es necesario sino que nosotros os manifestemos nuestras necesidades y miserias, para que vos intercedais con Jesus para nuestro alivio.

¿Cómo no os habeis de interesar por nosotros, si considerais que el mismo Hijo de Dios tomó eu vuestras entrañas una carne semejante á la nuestra solo por redimirnos?

Sois Madre de Jesus, y esto basta para que no olvideis á los hermanos de Jesus, miembros y coherederos de Jesus.

En cualquiera situacion en que nos hallemos, por triste y desgraciada que sea, siempre sereis para nosotros un recurso infalible, porque vuestra bondad se estiende á todo.

Los anales de la iglesia nos presentan innumerables testimonios de vuestro inmenso poder, y de vuestra compasion solícita.

Vos sois aquella *ciudad de Dios*, celebrada por los bienes que nos procurais, *de la cual se refieren cosas admirables* (1).

¡Ay! nos quejamos de los males que padecemos, sin reflexionar que los padeceríamos mucho mayores, si vuestras contínuas súplicas no contuviesen el brazo de la divina justicia.

No nos veríamos muchas veces en tan triste y miserable situación, como nos vemos si acudiésemos á implorar vuestro socorro.

Mas no, no pensamos en esto; sin embargo de que la Iglesia nos enseña desde nuestros mas tiernos años á llamaros la *Consoladora de los afligidos, el Socorro de los cristianos*.

Vos lo sois en efecto. ¡Qué hombre habrá, por mas ingrato que sea, que se atreva á decir que os ha invocado alguna vez, y no le habeis oido?

Si vuestra intercesion no alcanza siempre de Dios, las gracias que deseamos por motivos que no debemos procurar saber, á lo ménos nos consigue siempre la gracia de la paciencia, de la constancia y resignacion en la voluntad de Dios.

(1) Ps. LXXXVI, 2.

Dios, cuando os crió, os destinó para que fuéseis nuestra abogada, nuestro refugio, nuestro consuelo y nuestra madre; y os dió á este fin la mas grande propension á la misericordia.

Miéntas Jesus estuvo encerrado en vuestro seno, ¿quién duda que comunicaria á vuestro corazon todo el carácter del suyo?

Siendo como sois imágen verdadera de aquel divino modelo, á quien tuvísteis por espacio de treinta y tres años delante de vuestra vista, poneis como él todas vuestras complacencias en *hacer bien y socorrer á los miserables* (1).

Desde ese trono de gloria, en que os ha colocado el Sér supremo, procurais imitar su clemencia. Vuestra poderosa intercesion hace que bajen mas frecuentemente sus gracias que sus castigos sobre los hombres, aun sobre los mas ingratos.

¡Ah! Virgen Santa, para juzgar yo de la bondad de vuestro corazon, no tengo mas que consultar al mio, y considerar los sentimientos que han grabado en él vuestros beneficios contínuos.

(1) Act. x, 38.

Hay en el corazon de todos los fieles unos sentimientos tan grandes de vuestra bondad, que son sobre toda espresion y discurso.

CAPITULO IX.

De la invocacion de María.

MARÍA. Hijo mio, en cualquiera situacion que te halles, por triste y desesperada que sea llámame á tu socorro, y yo intercederé por tí.

Sea lo que quiera lo que desees, como no sea contrario á la gloria de Dios ni á tu salvacion, siempre te oiré favorablemente.

No me pidas ninguna cosa sino con un firme deseo de que se cumpla la voluntad de Dios. Una súplica hecha de este modo no queda jamas sin algun fruto.

Hay algunos cristianos que no reparan en pedirme que yo les consiga, lo que saben muchas veces que no es conforme á la voluntad de Dios. ¿Y deberán estos esperar que yo los oiga?

Hay otros que no piensan en invocarme

sino cuando desean bienes de la tierra; y están por otra parte en una perfecta indiferencia sobre los bienes de la gracia.

Si yo ruego por ellos no es para alcanzarles lo que me piden que las mas veces les seria dañoso y perjudicial, sino otras cosas que no piensan en pedirme, y les serian mas útiles.

Pido para ellos aflicciones y trabajos, para que conociendo por este medio la vanidad de las cosas de este mundo, les hagan levantar su corazon al cielo.

Gracias de conversion y de salud, gracias para adelantar en la virtud y contraer grandes méritos, esto es lo que conviene pedirme ante todas cosas. Siempre oigo favorablemente semejantes súplicas.

No pido bienes temporales para los que me invocan, sino cuando veo que pueden contribuir á un bien sólido y verdadero.

El buen écsito de un pleito, una abundante cosecha, serian algunas veces cosas muy funestas para los mismos que las desean. Por lo comun el que está en medio de la abundancia no piensa en la eternidad,

Los enfermos me piden ordinariamente que les consiga el alivio de sus males; pero

sin embargo yo no pido á Dios sino aquellas gracias que les son mas necesarias en el estado en que se hallan.

No soy yo de aquellas madres á quienes ciega el cariño, y no les deja procurar el verdadero bien de sus hijos. El amor que te tengo, hijo mio, no me hará obrar de otra suerte.

Yo no intercedo con Jesus sino para obtener aquello que conozco que te será mas útil para este mundo y para el otro.

Bajo de esta inteligencia recurre siempre con confianza á mi proteccion. Recurre á ella en todos tus trabajos, de cualquiera naturaleza que sean.

Como estas aficciones te serán frecuentes, es necesario que mi nombre, despues del de Jesus, esté siempre en tus labios, y que le tengas grabado profundamente en tu corazon.

SIERVO. ¡María! ¡oh nombre sagrado! ¡oh nombre amable! jamás se pronuncia con confianza sin que se logre algun provecho.

Feliz el que le repite muchas veces con amor, que le saluda devotamente, que le respeta con sinceridad, y que le invoca en todos sus trabajos.

Despues del nombre de Jesus, que es *nombre sobre todo nombre*, no hay ninguno mas venerable, ni mas dulce, ni mas amado de todos los fieles.

A la invocacion de este nombre, el pecador se siente lleno de esperanza en la misericordia; el justo aumenta su caridad; el que está en la tentacion, consigue la victoria sobre sus pasiones; el afligido se llena de toda paz y consuelo.

¡Ah! este sagrado nombre de María será, despues del de Jesus, mi recurso en mis aficciones, mi consejo en mis dudas, mi fuerza en mis combates, y mi guia en todos mis pasos.

CAPITULO X.

De la confianza que debemos tener en María, y de la que deben tener los pecadores que quieren volverse á Dios y alcanzar su perdón.

MARÍA. Hijo mio, conozco que no tienes en mí una confianza tan perfecta como desieras. Unas veces dilatas el invocarme en tus necesidades, y otras parece que lo haces

sin embargo yo no pido á Dios sino aquellas gracias que les son mas necesarias en el estado en que se hallan.

No soy yo de aquellas madres á quienes ciega el cariño, y no les deja procurar el verdadero bien de sus hijos. El amor que te tengo, hijo mio, no me hará obrar de otra suerte.

Yo no intercedo con Jesus sino para obtener aquello que conozco que te será mas útil para este mundo y para el otro.

Bajo de esta inteligencia recurre siempre con confianza á mi proteccion. Recurre á ella en todos tus trabajos, de cualquiera naturaleza que sean.

Como estas aficciones te serán frecuentes, es necesario que mi nombre, despues del de Jesus, esté siempre en tus labios, y que le tengas grabado profundamente en tu corazon.

SIERVO. ¡María! ¡oh nombre sagrado! ¡oh nombre amable! jamás se pronuncia con confianza sin que se logre algun provecho.

Feliz el que le repite muchas veces con amor, que le saluda devotamente, que le respeta con sinceridad, y que le invoca en todos sus trabajos.

Despues del nombre de Jesus, que es *nombre sobre todo nombre*, no hay ninguno mas venerable, ni mas dulce, ni mas amado de todos los fieles.

A la invocacion de este nombre, el pecador se siente lleno de esperanza en la misericordia; el justo aumenta su caridad; el que está en la tentacion, consigue la victoria sobre sus pasiones; el afligido se llena de toda paz y consuelo.

¡Ah! este sagrado nombre de María será, despues del de Jesus, mi recurso en mis aficciones, mi consejo en mis dudas, mi fuerza en mis combates, y mi guia en todos mis pasos.

CAPITULO X.

De la confianza que debemos tener en María, y de la que deben tener los pecadores que quieren volverse á Dios y alcanzar su perdón.

MARÍA. Hijo mio, conozco que no tienes en mí una confianza tan perfecta como desieras. Unas veces dilatas el invocarme en tus necesidades, y otras parece que lo haces

con cierta desconfianza de la voluntad que te tengo.

Yo quisiera que tuvieras en mí aquella confianza que tiene un hijo en su madre, cuya bondad y ternura le es bien conocida.

Quisiera que recurrieras á mí en todo tiempo, en todo lugar, y en todas tus necesidades así temporales como espirituales, y aun en las de tus parientes y amigos.

El no recurrir á mi intercesion sino de tiempo en tiempo, y como hacen algunos cristianos, en los dias de mis fiestas, y en sus mas urgentes necesidades, ¿es acaso tener en mí una entera confianza?

Imita á la Iglesia, hijo mio, que no pide ninguna cosa á Dios, sin valerse de mi intercesion.

No hay ninguna gracia para la cual no recurra á mí como á aquella por cuyo medio se complace el Señor en comunicarlas á sus hijos.

Su conducta es siempre conforme al espíritu de Dios, y ella debe ser la regla de la tuya. Es necesario que á su imitacion tengas en mí una confianza contínua, universal, ardiente, dulce y amorosa.

Recorre á Dios por medio de Jesus, que

es el solo y único medianero entre Dios y los hombres; pero á Jesus has de pedirle poniendo á su Madre por intercesora. Yo soy uno de los caminos mas seguros para llegar á él, y para que te reciba favorablemente.

SIERVO. ¡Oh Reina del cielo! reconozco vuestro poder y vuestra bondad: pero decidme, Madre mia, ¿no es indigno de vos el interesaros por un pecador como yo?

¿Es posible que una Virgen tan pura, tan celosa por el amor de Dios, tan perfecta pueda mirarme con ojos tan propicios?

MARÍA. Hijo mio, ¿no soy yo *el refugio de los pecadores*? intercedo por todos aquellos que me invocan con confianza, cuando quieren volver al servicio de Dios.

Dios, movido del interes que yo tomo en su reconciliacion, jamas deja de oír mis ruegos.

Yo misma soy el único recurso que les queda á muchos pecadores, y el solo medio que Dios les da para que vuelvan á entrar en su amistad.

¿A cuántos cristianos no he alcanzado yo el perdon de sus delitos, por grandes que hayan sido? Me han pedido que los cubriese con mi proteccion contra la divina justicia,

y yo los he protegido hasta conseguir hacer la paz con su Soberano juez.

Hay pecadores que están resueltos á vivir en su pecado, y se lisonjean no obstante de que les conseguiré la gracia de no morir en él. Confianza que no es mas que presuncion, pretension que me es injuriosa.

Otros hay que gimen bajo el peso de sus cadenas, y hacen esfuerzos para romperlas; pero conocen su debilidad, y recurren á mí con confianza: esperan que por mi intercesion han de conseguir la gracia de fortaleza que necesitan y el perdon de sus pecados. ¡Ah! ninguna cosa deseo mas que el que vengan á mí estos pecadores, que se acerquen á mí con confianza, seguros de que no los arrojaré de mis piés, sino que los recibiré con amor.

SIERVO. *¡O Madre de mi Señor! en el momento en que llego á oír vuestra voz (1), mi turbacion se disipa, y quedo penetrado de la confianza mas viva.*

Vos sois para mí como aquella paloma que se presentó despues del diluvio con un ramo de oliva que es símbolo de la paz.

(1) Luc. 1, 43, 4.

Recibid bajo de vuestra proteccion salu- dable á un pecador lleno de confusion, con- trito y arrepentido de los desórdenes de su vida, que quisiera borrarlos hasta con su propia sangre.

Alcanzadme la gracia de que llóre amar- gamente las culpas que he cometido, y de que pierda la vida ántes que volver á come- ter los pecados que detesto de todo mi cora- zon.

Por el fruto bendito de vuestro vientre hi- cisteis la paz entre Dios y los hombres: ha- cedla tambien entre mí y mi propia concien- cia, entre mí y Dios.

¡Oh Vírgen poderosa! ¡oh madre llena de bondad! ¡cuántas acciones de gracias no de- bemos rendiros por tantos beneficios como recibimos diáriamente de Dios por vuestra intercesion!

¡Ojalá que todos los corazones os fuesen consagrados para siempre! ¡que todas las bo- cas de los hombres no cesasen de publicar y de celebrar vuestras alabanzas!

¡Y finalmente que los cielos digan sin ce- sar á la tierra: Amor, gloria á María; y que la tierra responda incesantemente á los cie-

los: Gloria, amor á María, *en la eternidad y por toda la eternidad* (1)

CAPITULO XI.

De la oracion que se llama comunmente la Salutation Angélica.

Es muy frecuente entre los cristianos invocar á la Santísima Virgen haciéndole esta oracion; pero ¿se reflexiona, como se debe, lo gloriosa que es para María, y la instruccion y consuelo que tiene para sus hijos?

¿La meditan ellos alguna vez al pié de los altares, para rezarla siempre despues con aquel respeto humilde que inspira, y con la atencion que pide?

Es verdad que vosotros saludais á María como *llena de gracia*; pero ¿habeis comprendido bien toda la grandeza que en sí encierran estas cortas palabras? Pues es lo mismo que decir, que María tuvo la gracia santificante, las gracias actuales, las virtudes sobrenaturales, y todos los dones del Espíritu Santo.

(1) Mich. iv, 5.

Cuando pronunciéis aquellas palabras regocijaos, al considerar la plenitud de bienes de que la colmó el Señor, y suplicadla que os dé alguna parte en aquel rico tesoro.

Despues le decís: *El Señor es contigo*. Y en efecto, Dios estuvo con María de una manera mas particular que lo estuvo con las demas criaturas, y aun con los mismos justos. Estaba Dios con ella para protegerla, y como para dirigir todas las potencias de su alma.

Cuando saludéis á María de esta suerte, concebid dentro de vuestro corazon el mas ardiente y eficaz deseo de participar algun dia de la dicha inestimable de esta Virgen.

¡Ah! al que tiene al Señor consigo, ¿qué le queda que desear? ¿qué tiene mas que esperar, ni de qué se puede afligir?

Felicitais tambien á María, diciéndole que es *bendita entre todas las mugeres*: que es lo mismo que decir, que Dios le dispensó unos privilegios que no ha tenido á bien conceder á ninguna otra criatura.

Manifestadle interiormente la grande alegría que concebís por el amor excesivo que Dios le ha tenido, y por las bendiciones que se le dan en el cielo y en la tierra.

Luego añadís con Santa Isabel, que es bendito el fruto de su vientre. En efecto, el Hijo de María es bendito, adorado y glorificado en todo el universo.

Gozad por un momento del placer que siente con esto una alma que verdaderamente ama á Jesus.

La Iglesia ha hecho que pidamos despues á la Santísima Virgen el que ruegue por nosotros pecadores. Con lo que há querido dar á entender, que siendo los pecadores por sí mismos indignos de ser oídos por las grandes iniquidades que han cometido contra Dios, será escuchada María, si se resuelve á pedir por ellos.

Sí, Dios oirá á María, por que essu Madre. Y esta es la razon porque la Iglesia quiere que la invoquemos bajo de este título, que le es tan amado y tan glorioso.

Es lo mismo que si le dijésemos: *Santa María, Vos sois Madre de Dios*; el poder que teneis con vuestro Hijo no conoce límites, y este poder unido á vuestra bondad, es el fundamento de la esperanza que tengo en vos.

Pedís finalmente á la Santísima Virgen, que ruegue por vosotros ahora y en la hora de vuestra muerte. Los peligros de la salud

son continuos durante la vida, y siempre hay necesidad de una proteccion poderosa.

Pero en la hora de la muerte, en la cual vuestros enemigos redoblarán sus esfuerzos para perderos, es aun mucho mas necesaria esta proteccion.

¡Momento terrible de la muerte! es verdad. Pero un verdadero siervo de María no muere jamas con la muerte de los réprobos.

CAPITULO XII.

De la confianza que debemos tener en María mientras vivimos en este mundo

SIERVO. ¡Oh Vígen Santa! los enemigos de mi salud me cercan por todas partes. No piensan sino en robarme la gracia y la amistad de mi Dios: defendedme de sus embestidas, y alcanzadme la victoria.

Vos sois la Hija del Dios de los ejércitos, y si mis enemigos llegan á conocer vuestro poder, huirán léjos de mí.

Sois la madre de aquel que manda á los vientos y á las tempestades; y solo con que vos digais una sola palabra en mi favor, me quedaré en paz.

Sois la Esposa del Espíritu de la luz y de la fortaleza: pues haced que yo conozca y ponga por obra los medios de vencer tan terribles enemigos.

En medio de la turbacion en que estoy, no me queda otro recurso que arrojarme á vuestros brazos, así como un hijo se arroja al seno de su madre, cuando está poseido de temor.

Por grande y miserable pecador que sea, Jesus quiere que me mireis como á hijo vuestro. Este es el tiempo de manifestar que teneis por mí verdaderos sentimientos de Madre.

Esta gracia es la que os pido, no por quien yo soy, que no merezco seguramente ninguno de vuestros cuidados, sino por el amor que teneis á vuestro Hijo Jesus.

Los pobres acuden á los ricos en sus necesidades; les piden, y suelen lograr su alivio.

Y Vos, Madre mia, que sois la Soberana del cielo y de la tierra, ¿no escuchareis la súplica de un hijo pobre y miserable, que solicita vuestra bondad?

Pero, ¡oh Virgen Santa! si pedis por mí la gracia de que no vuelva á caer en los lazos que me tienden los enemigos de mi salud,

pedid al mismo tiempo la de que lllore amargamente mis iniquidades pasadas, y que alcance el perdon de todas ellas.

Sí, Madre Soberana, conseguidmelo todo de una vez; no solamente el cumplimiento del deseo que tengo de no servir jamas á otro dueño que á Jesus, sino tambien un vivo dolor por los pecados que he cometido contra él miéntras he servido al mundo su enemigo.

No mireis á lo que soy por mí mismo y por mis culpas, sino á lo que valgo por el precio infinito de la sangre que me ha redimido.

Dios quiso que fueseis testigo de la muerte de Jesus en el Calvario, para que heredando vos sus sentimientos á favor de los pecadores, pidiéscis por ellos misericordia.

Cuando vuestro corazon se hallaba mas penetrado al ver los oprobios y los dolores de Jesus crucificado, entónces fué cuando me fuísteis dada por Madre, para que este mismo corazon se compadeciese algun dia de mis necesidades y miserias.

¡Cuántos pecadores están hoy gozando de aquella gloria inmensa, que hubieran padecido eternamente en el infierno, sino hubié-

rais vos intercedido por ellos? Pues pedid para mí las mismas gracias de penitencia que les alcanzásteis.

No se ha oído jamás que os hayáis negado á escuchar la súplica de un pecador, que reconociendo la multitud y gravedad de sus ofensas, ha recurrido á vos para solicitar su perdón.

¡Oh María! ¡qué gloria tan grande no es para vos, el hacer Dios que dependa en alguna manera de vuestra intercesion el perdón de tantos criminales!

El que yo deseo alcanzar por vuestra mediacion contribuirá, si lo consigo, á vuestra mayor gloria.

En fin, ¡oh Virgen Santa! interceded por mí, para que yo persevere en el santo temor y amor de Dios. Dignaos alcanzarme esta gracia, que las mayores virtudes no serán bastantes para conseguírmela. ¿Cuánto no tengo que temer, siendo como soy la misma debilidad é inconstancia?

Vuestro nombre, el dulce nombre de María, es un nombre en virtud del cual, se pueden esperar las pruebas mas señaladas de la amistad de Dios.

¡Ah! acordaos, Madre mia, sí, yo os lo su-

plico, que si tengo la dicha de morir en el santo temor y amor de Dios, habrá una alma mas que le bendecirá, le alabará y le amará con vos en aquella bienaventuranza eterna.

CAPITULO XIII.

De la confianza que debemos tener en María en la hora de la muerte.

¡Oh Madre del Redentor! ¡oh María! ya estoy en los últimos instantes de mi vida: ahora, ahora es cuando necesito mas que nunca de vuestra ayuda.

Me veo como colocado entre el Paraiso, y el Infierno. ¡Ay de mí! ¡cuál será mi suerte, si no usais en mi favor del poder que tenéis con vuestro hijo?

En vuestras manos tiene colocadas las gracias mas preciosas, para que las distribuyais entre los hombres. Derramadlas sobre mí: esta es la ocasion que mas necesito de ellas.

Ya comienza á abrirse el tribunal á donde voy á dar cuenta de mi vida: hablad en mi favor ántes de presentarme yo. Espero

que la Madre de mi juez me alcanzará un juicio favorable.

Estrella del mar, sed mi guía en medio de las tempestades que me amenazan un próximo naufragio, y conducidme á puerto de salud.

Luz celestial, disipad las nubes que el espíritu de las tinieblas procura derramar dentro de mi alma. Sosegad la turbacion en que estoy cuando pienso en los pecados de mi vida. Alcanzadme un arrepentimiento vivo y eficaz.

Modelo de toda virtud, conseguidme la gracia de que permanezca en mí la fe en todo su vigor, la esperanza en toda su fuerza, y la caridad en toda su perfeccion.

Os doy gracias por todas las bondades que habeis ejercitado conmigo durante mi vida, aun en aquellas ocasiones en que ménos las merecia: ¿Me negareis vuestra asistencia ahora que mi confianza en vos se aumenta á proporcion de la necesidad en que me veo?

No, Madre tierna, la mas tierna de todas las madres, no os apartareis ni aun por un instante de un hijo vuestro que se va á morir. Asistidme hasta el último suspiro.

Muero con sumision, pues que Jesus ha ordenado mi muerte; y á pesar del horror natural que á esta tengo, muero gustoso, pues que muero bajo vuestra proteccion.

Contemplaré dentro de poco tiempo, como espero, las grandezas, las perfecciones, los atractivos, y los triunfos de Jesus, y admiraré el trono maravilloso de vuestra gloria.

Ya se acerca mi agonía, y mis labios no podrán implorar vuestra asistencia; pero mi corazon siempre os hablará.

Pronunciaré mil veces desde lo mas íntimo de mi alma los nombres sagrados de Jesus y de María: yo os suplico ¡oh Jesus mio! que mireis todos los suspiros y movimientos de mi corazon durante mi agonía, como otros tantos actos de amor por vos y por vuestra Santa Madre,

¡Ay Señor! tened piedad de mí. No me atrevo á decir: *por que soy vuestro siervo* (1). ¡Ay de mí! Aquí teneis, Señor, un grande pecador, que no sabe si ha tenido la dicha de aplacar vuestra justicia; pero á lo ménos tened piedad de mí, Dios mio, *porque soy hijo de vuestra sierva*.

(1) Ps. cxv, 16.

Vos me habeis hecho la gracia de que yo haya tenido toda mi vida una grande confianza en María. Os doy gracias por que siento aumentarse los sentimientos de esta confianza en el momento mas crítico de mi salvacion.

¡Oh Dios mio, *Dios de misericordia!* este es un nuevo favor que me dispensais, porque quereis salvarme á ruegos de esta Virgen, á la que vuestra Iglesia nos enseña á invocar en todo tiempo, y sobre todo *en la hora de nuestra muerte.*

CAPITULO XIV.

De la devocion con San José, Esposo de la Santísima Virgen.

La mayor prueba que podemos dar á la Santísima Virgen del amor que le tenemos, y prueba que le es sin duda muy apreciable, es la de tomar á su Santo Esposo José por objeto principal de nuestra devocion, y consagrarnos á su servicio.

Y en efecto, ¡qué estimacion no debemos

hacer á este santo? ¿de un hombre á quien Dios escogió para que fuese tutor de la infancia del Verbo encarnado, testigo y protector de la virginidad de su Madre?

Este santo veló continuamente en la custodia del verdadero tabernáculo de Israel: trasladó el arca de la Nueva Alianza, segun las circunstancias de los tiempos, y tuvo como en depósito el precio de la salud y de la redencion de los hombres.

¡Qué gloria tan admirable haber tenido en esta vida una autoridad legítima sobre la Reina del cielo y de la tierra, y aun sobre *el Rey de los siglos, Rey inmortal, á quien pertenece toda gloria!*

Para poder formar alguna idea de este mérito tan escelente, no es necesario sino considerar que San José fué esposo de María. Las virtudes del uno hacen venir en conocimiento de las virtudes del otro. María recibió de Dios un esposo digno de ella.

Pero sobre todo, considerad que el Niño Jesus reposó mil veces sobre su casto corazón de este Niño Dios?

José vivía con aquel que todas las gracias, y con la

nal por donde se comunican; ¿pues cuántas riquezas espirituales no recibiría?

Paciencia, dulzura, humildad, amor del prójimo, amor de Dios; todas las virtudes brillarian en él, las poseería en el grado mas sublime.

¡Oh alma cristiana! que quieres dedicarte á los ejercicios de una vida devota é interior! si deseas alcanzar las gracias necesarias, recurre con confianza á la intercesion de un santo que las practicó de una manera tan perfecta.

La iglesia ha erigido á Dios templos en su honor; ha establecido su fiesta, y convida á los fieles, con ciertas prácticas de devocion que ella misma autoriza á que le miren como á uno de los mas poderosos protectores que pueden tener para con Dios.

El nombre de José se invoca devotamente por todos los fieles, y le juntan frecuentemente con los de aquellas personas sagradas con quienes tuvo en este mundo la mas estrecha alianza.

Si en el tiempo en que Jesus y María vivian en Nazareth hubiéramos deseado alcanzar alguna gracia, ¿de qué otro mediador mas poderoso nos pudiéramos haber valido, que

de San José? ¿Pues qué, tendrá acaso en el dia ménos crédito? *Id*, pues, á José (1) para que interceda por vosotros. De cualquiera naturaleza que sea la gracia que deseéis; Dios os la concederá á sus ruegos.

Aun hay mas. De cualquiera condicion que seais, y sea el que quiera vuestro estado, vuestro estado mismo y vuestra condicion, os inspirarán motivos de la gran confianza que debeis tener en él.

Los nobles y los ricos deben considerar, cuando le pidan, que S. José es descendiente de patriarcas y de reyes.

Los pobres: que no se ha desdeñado de su oscuridad; que ha vivido como ellos en la indigencia, y trabajado toda su vida como un pobre artesano.

Las vírgenes: que conservó toda su vida la mas perfecta virginidad; y las personas casadas, que fué cabeza de la familia mas Augusta que hubo jamas:

Los niños: que fué el sustentador de Jesus, conservador y gobernador de su infancia.

Los sacerdotes: que tuvo frecuentemente

(1) Genes. xli, 55.

á Jesus entre sus brazos, y que él mismo ofreció al Eterno Padre las primicias de la sangre de Jesus en el dia de su circuncision.

Las personas religiosas: que santificó la soledad de Nazareth por su retiro del mundo, y por las conversaciones íntimas que tenia con Jesus y su Santa Madre.

En fin, las almas caritativas y piadosas: que jamas hubo corazon, despues del de María, que amase á Jesus con mas ardor y ternura, que el de este santo.

Però sobre todo, *recurrid á José* si quereis alcanzar la gracia de una buena muerte. La opinion comun de que murió entre los brazos de Jesus y de María, es causa de la gran confianza que tienen los fieles de que por su intercesion conseguirán tambien una muerte tan dichosa y llena de consuelo.

Se nota, en efecto, que en la hora de la muerte especialmente, es cuando se cogen los frutos de la devocion que se ha tenido en esta vida con este gran santo.

FIN.



TABLA

DE LOS CAPITULOS.

LIBRO I.

En el que se consideran la vida y virtudes de la Santísima Virgen, desde su Inmaculada Concepcion hasta el Nacimiento de su Divino Hijo en Belen.

| | Pág. |
|--|------|
| CAPÍTULO I. De la imitacion de las virtudes de la Santísima Virgen. | 1 |
| CAP. II. De la estimacion que debemos hacer de la gracia santificante. | 5 |
| CAP. III. Del cuidado que debemos tener de conservar la gracia santificante. | 9 |

á Jesus entre sus brazos, y que él mismo ofreció al Eterno Padre las primicias de la sangre de Jesus en el dia de su circuncision.

Las personas religiosas: que santificó la soledad de Nazareth por su retiro del mundo, y por las conversaciones íntimas que tenia con Jesus y su Santa Madre.

En fin, las almas caritativas y piadosas: que jamas hubo corazon, despues del de María, que amase á Jesus con mas ardor y ternura, que el de este santo.

Però sobre todo, *recurrid á José* si quereis alcanzar la gracia de una buena muerte. La opinion comun de que murió entre los brazos de Jesus y de María, es causa de la gran confianza que tienen los fieles de que por su intercesion conseguirán tambien una muerte tan dichosa y llena de consuelo.

Se nota, en efecto, que en la hora de la muerte especialmente, es cuando se cogen los frutos de la devocion que se ha tenido en esta vida con este gran santo.

FIN.



TABLA

DE LOS CAPITULOS.

LIBRO I.

En el que se consideran la vida y virtudes de la Santísima Virgen, desde su Inmaculada Concepcion hasta el Nacimiento de su Divino Hijo en Belen.

| | Pág. |
|--|------|
| CAPÍTULO I. De la imitacion de las virtudes de la Santísima Virgen. | 1 |
| CAP. II. De la estimacion que debemos hacer de la gracia santificante. | 5 |
| CAP. III. Del cuidado que debemos tener de conservar la gracia santificante. | 9 |

| | |
|--|----|
| CAP. IV. Del cuidado que debemos tener de crecer en gracia y perfeccion. | 13 |
| CAP. V. De la necesidad que tenemos de dedicarnos á Dios con tiempo. | 16 |
| CAP. VI. Cómo es necesario dedicarse á Dios enteramente y para siempre | 20 |
| CAP. VII. De las ventajas y dulzuras de la soledad. | 23 |
| CAP. VIII. De la eleccion de estado. | 27 |
| CAP. IX. De la pureza, y de la estimacion que debemos hacer de esta virtud. | 31 |
| CAP. X. De las precauciones que es necesario tomar para conservar la pureza. | 35 |
| CAP. XI. De la verdadera grandeza. | 39 |
| CAP. XII. Cómo las gracias de Dios son para los humildes. | 43 |
| CAP. XIII. Cómo la verdadera gloria se halla principalmente en la humildad cristiana. | 47 |
| CAP. XIV. Que una alma humilde procura ocultar á los ojos de los hombres lo que es en la presencia de Dios. | 51 |
| CAP. XV. De la prudencia de la fe. | 55 |
| CAP. XVI. De la sumision á la fe. | 58 |
| CAP. XVII. De los vivos deseos que debe tener una alma de recibir á Jesus por la comunion. | 62 |
| CAP. XVIII. De los sentimientos que debe tener una alma cuando posee á Jesus por la comunion. | 66 |
| CAP. XIX. De las sequedades que padecen algunas almas en sus ejercicios de piedad, y especialmente al tiempo de la comunion. | 69 |
| CAP. XX. Del fruto que se debe sacar de la comunion para la conducta de la vida. | 73 |

| | |
|---|-----|
| CAP. XXI. De la caridad para con el prójimo. | 75 |
| CAP. XXII. De las grandezas de Dios. | 79 |
| CAP. XXIII. De las misericordias de Dios. | 82 |
| CAP. XXIV. Del reconocimiento que debemos manifestar á Dios por sus beneficios. | 86 |
| CAP. XXV. De las visitas. | 89 |
| CAP. XXVI. De las conversaciones. | 92 |
| CAP. XXVII. De la verdadera amistad. | 97 |
| CAP. XXVIII. De la confianza en Dios, y cómo debemos abandonarnos á su Providencia. | 100 |
| CAP. XXIX. De la obediencia. | 104 |



LIBRO II.

En el que se consideran la vida y virtudes de la Santísima Virgen, desde el Nacimiento de su Hijo en Belen, hasta el tiempo en que se le vió dar la vida sobre el Calvario por la salvacion de los hombres.

| | |
|--|-----|
| CAP. I. De la dicha de los pobres. | 109 |
| CAP. II. De la pobreza voluntaria. | 113 |
| CAP. III. De la caridad con los pobres. | 116 |
| CAP. IV. De la necesidad y ventajas de la meditacion. | 119 |
| CAP. V. De la observancia de la ley de Dios. | 123 |
| CAP. VI. Del buen ejemplo. | 127 |
| CAP. VII. Del amor y precio de las humillaciones. | 130 |
| CAP. VIII. Cómo debemos hacer á Dios los sacrificios que nos pide. | 133 |
| CAP. IX. De las disposiciones con que debemos mirar los males de que estamos amenazados. | 137 |
| CAP. X. Cómo se debe portar una alma, y de los sentimientos que deben ocuparla cuando Dios observa con ella una conducta que le es incomprendible. | 142 |
| CAP. XI. Del cuidado que tiene la Providencia de los justos. | 145 |
| CAP. XII. Que se puede servir á Dios en cualquier estado y situacion en que nos coloque. | 149 |

| | |
|--|-----|
| CAP. XIII. Del fervor que se debe tener en el servicio de Dios. | 152 |
| CAP. XIV. De la desgracia que padece el que pierde á Jesus. | 156 |
| CAP. XV. Del ardor con que debe buscar á Jesus el que ha tenido la desgracia de perderle. | 161 |
| CAP. XVI. De la conducta que debe observar una alma despues de haber vuelto á hallar á Jesus. | 164 |
| CAP. XVII. Cómo el alma fiel no debe desanimarse cuando experimenta sequedades y arideces, ni cuando le parece que Jesus se ausenta. | 169 |
| CAP. XVIII. De la vida retirada. | 173 |
| CAP. XIX. De la vida interior. | 176 |
| CAP. XX. Del silencio. | 183 |
| CAP. XXI. De la union de el alma con Dios. | 187 |
| CAP. XXII. De las obligaciones de su estado. | 191 |
| CAP. XXIII. De la necesidad de santificar el trabajo y las demas ocupaciones del dia. | 195 |
| CAP. XXIV. Del amor que debemos tener á Jesus. | 199 |
| CAP. XXV. De la necesidad de estudiar á Jesus, y de imitarle. | 205 |
| CAP. XXVI. De la dicha de una familia virtuosa. | 209 |
| CAP. XXVII. De la eficacia de la oracion. | 212 |
| CAP. XXVIII. Cómo la virtud no es incompatible con la buena crianza. | 216 |
| CAP. XXIX. Cuán dulce cosa es oír la voz de Jesus, y de la eficacia con que una alma debe escuchar sus instrucciones. | 219 |

- CAP. XXX. Que no se ha de buscar la gloria de este mundo, ni la estimacion de los hombres. 224
- CAP. XXXI. De la necesidad que tenemos de sufrir al prójimo con espíritu de caridad y dulzura. 227
- CAP. XXXII. De la resignacion que se debe tener en la voluntad de Dios, aun en aquellas cosas que parecen contrarias á los intereses de su gloria. 231
- CAP. XXXIII. De las señales de la verdadera santidad. 235



LIBRO III.

En el que se consideran la vida y virtudes de la Santísima Virgen, desde el tiempo en que vió á su Divino Hijo dar su sangre y su vida en el Calvario, hasta el dia de su gloriosa Asuncion.

- CAPÍTULO I. El que ama á Jesus debe subir al Calvario, y padecer allí con él. 238
- CAP. II. De la conformidad que debemos tener en la voluntad de Dios cuando estamos en la afliccion. 244
- CAP. III. De la paciencia. 248
- CAP. IV. Cómo Dios reserva muchas veces los mas grandes sufrimientos para los que le son mas fieles en su servicio. 252
- CAP. V. Cómo una alma no debe turbarse á vista de la repugnancia que siente al padecer y sufrir. 257
- CAP. VI. Que á vista de Jesus crucificado debe padecer una alma con valor y constancia. 260
- CAP. VII. De los sentimientos que debemos tener para con nuestros enemigos. 264
- CAP. VIII. De las disposiciones que debemos tener cuando vemos padecer á nuestros parientes y amigos. 268
- CAP. IX. Del espíritu con que debemos sufrir la pérdida de aquellas personas á quienes tiernamente amamos. 272

- CAP. X. De la necesidad que tenemos de afirmarnos en la fe y en la esperanza cuando nos hallamos en circunstancias que parezcan contrarias á estas virtudes. 276
- CAP. XI. Que Dios envía el consuelo despues de la tribulacion; pero que sin embargo, es menester acostumbrarse á padecer sin él. 280
- CAP. II. Que debemos dirigir al cielo nuestros afectos. 283
- CAP. XIII. De lo que debemos hacer para que descienda sobre nosotros el Espíritu Santo. 286
- CAP. XIV. Que cada uno, segun su estado, debe tener zelo por la gloria de Dios y salvacion de las almas. 290
- CAP. XV. En dónde ha de buscar una alma cristiana su consuelo en los trabajos que padece por la virtud, y en la pena que le causa la duracion de su destierro. 294
- CAP. XVI. De la preparacion para la muerte. 300
- CAP. XVII. De la dulzura de la muerte de los justos. 304
- CAP. XVIII. De los santos deseos de la muerte. 308
- CAP. XIX. Del amor de Dios. 311
- CAP. XX. Que la gloria del cielo nos está prometida bajo el título de recompensa. 317

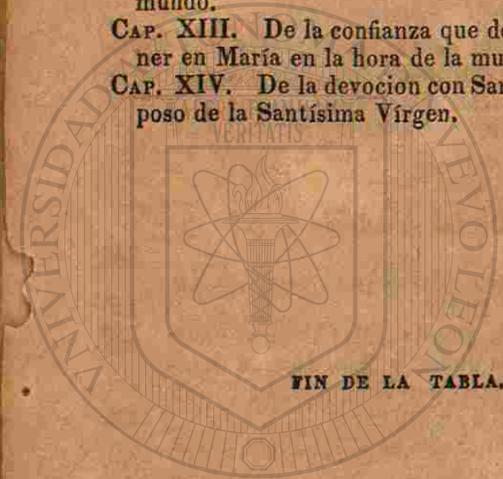


LIBRO IV.

En donde se trata de los sentimientos de respeto, estimacion, zelo, amor, ternura y confianza de que debemos estar penetrados á favor de la Santísima Virgen.

- CAPÍTULO I. De las grandezas de la Madre de Dios. 322
- CAP. II. De los rasgos de semejanza que hay entre Jesus y María. 326
- CAP. III. De la gloria de María con el cielo. 330
- CAP. IV. De la dicha de San Juan, á quien Jesus dió á María por Madre: dicha de que participan todos los cristianos. 335
- CAP. V. Del amor que debemos tener á María. 339
- CAP. VI. Del zelo que debe tener un hijo de María por los intereses y gloria de su Madre. 343
- CAP. VII. Del poder que tiene con Dios la Santísima Virgen en favor de los hombres. 347
- CAP. VIII. De los sentimientos de bondad de que está penetrado en favor nuestro el corazon de la Santísima Virgen. 351
- CAP. IX. De la invocacion de María. 354
- CAP. X. De la confianza que debemos tener en María, y de la que deben tener los pecadores que quieren volverse á Dios y alcanzar su perdon. 357

- CAP. XI. De la oracion que se llama comun-
mente la Salutacion Angélica. 362
- CAP. XII. De la confianza que debemos te-
ner en María, mientras vivimos en este
mundo. 365
- CAP. XIII. De la confianza que debemos te-
ner en María en la hora de la muerte. 369
- CAP. XIV. De la devocion con San José, Es-
poso de la Santísima Virgen. 372



FIN DE LA TABLA.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NUEV
LIOTE